



**Departamento de Historia Contemporánea  
Universidad Complutense de Madrid**

## **LOS ALBORES DEL NUEVO MADRID:**

**El distrito de Arganzuela (1860-1878)**

**Fernando Vicente Albarrán**

**Trabajo Académico de Tercer Ciclo  
Director: Dr. Luis Enrique Otero Carvajal**

**Septiembre 2006**

## ÍNDICE

<b>1. Objetivos y alcance de la investigación .....</b>	<b>5-10</b>
1.1 La elección de un objeto de estudio: Arganzuela (1860-1939).....	5-6
1.2 Nueva historia urbana y microhistoria.....	6-8
1.3 Objetivos y metodología de la investigación.....	8-10
<b>2. Crecimiento decidido, Ensanche dubitativo: Madrid en la 2ª mitad del siglo XIX.....</b>	<b>11-31</b>
2.1 Despegue demográfico de Madrid a partir de los años 50.....	11-18
2.2 Soñando con la moderna capital: proyectos de reforma y el plan de Ensanche de Castro.....	19-26
2.3 Funcionamiento y fortuna del plan Castro.....	26-31
<b>3. El despertar de una nueva ciudad: la lenta marcha de las “afueras del Sur” en su integración a la ciudad.....</b>	<b>32-71</b>
3.1 La evolución histórica de la periferia sur madrileña hasta 1860.....	33-43
3.2 Castro y Arganzuela: la inserción de la zona Sur en el proyecto de Ensanche...43-47	
3.3 Arganzuela a la altura de 1860: una realidad social en gestación.....	47-71
<b>4. Arganzuela en Madrid, Madrid en Arganzuela: Comportamiento y evolución de la nueva población del Sur.....</b>	<b>72-110</b>
4.1 Acelerado crecimiento demográfico en una zona de repulsión poblacional.....	74-80
4.2 Flujo migratorio como factor principal de desarrollo.....	80-86
4.3 Composición profesional en un contexto de segregación socioespacial.....	86-110

## **5. Ferrocarriles, almacenes, corralas y descampados: condiciones socioespaciales del Ensanche Sur.....111-162**

5.1 Características comunes y presentes de los distritos presentes en Arganzuela.....111-117

5.2 En torno a la estación del Mediodía y el barrio de Las Delicias.....118-133

5.3 Convivencia de clases y marginalidad social: los arrabales de las “afueras” de Inclusa.....133-153

5.4 Fábricas, paradores y suburbios en “las afueras del puente de Toledo”.....153-162

## **6. Una vida en común: familias en el nuevo Madrid del siglo XIX.....163-203**

6.1 El “contexto familiar” de Madrid.....164-166

6.2 Estructuras familiares y diferencias sociales.....166-167

6.3 Ilusión y realidad en torno a la familia nuclear.....168-174

6.4 La solidaridad familiar a escena: familias extensas y complejas.....174-180

6.5 Realquilados y vecinos: estrategias y solidaridad extrafamiliares.....181-184

6.6 Diferencias sociales en la organización familiar.....184-200

6.7 ¡Cómo se pasa la vida...tan callando! El ciclo vital en las familias.....201-203

## **Conclusiones.....204-211**

## **Apéndices.....212-225**

## **Bibliografía.....226-231**

Quiero expresar un especial agradecimiento a mi director, Luis Enrique Otero Carvajal, por la oportunidad que me ha brindado, así como por su experiencia y sabiduría en los momentos de duda; a mis padres y hermanos, su cariño y confianza siempre me ayudaron a seguir; y a Raquel, por su inquebrantable apoyo y comprensión. Sin ellos no hubiese llegado hasta aquí.

## 1. OBJETIVOS Y ALCANCE DE LA INVESTIGACIÓN

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación mucho más amplio y ambicioso, cuya pretensión es la reconstrucción histórica del proceso por el que Arganzuela, arrabal surgido en las afueras de Madrid a mediados del siglo XIX, se incorporó a la ciudad, primero como zona de Ensanche, finalmente como un barrio característico de la capital en el momento de su cristalización como metrópoli en los años 30 del siglo XX, como auténtica ciudad de masas. El objetivo final que preside el proyecto es aplicar al estudio de la ciudad de Madrid las técnicas y métodos de una historia urbana que se ha visto influenciada progresivamente por la sociología histórica, la antropología cultural y los campos temáticos descubiertos por la nueva historia cultural y la historia de la vida cotidiana, las cuales han demostrado su capacidad explicativa con óptimos resultados.

### 1.1 La elección del objeto de estudio: Arganzuela (1860-1939)

Esta propuesta de estudio se centra en un reducido espacio urbano de la capital española, el actual distrito de Arganzuela, y su análisis comparativo con el de Chamberí, cuya investigación corre a cargo de Rubén Pallol Trigueros<sup>1</sup>, becario de investigación de la Comunidad de Madrid en el Departamento de Historia Contemporánea de la U.C.M., ámbitos que comparten el marco general de la urbe madrileña, entendida como una trama de relaciones sociales y económicas que trasciende sus límites municipales, proyectándose a su entorno geográfico. Su elección no está relacionada con una pretensión de recuperar o reivindicar una historia localista al uso de la ciudad de Madrid.

Arganzuela es uno de los actuales distritos de Madrid que nacieron del proyecto de Ensanche de la ciudad elaborado por Carlos M<sup>a</sup> de Castro en 1860. A partir de esa fecha, lo que había sido un territorio de las afueras se convirtió, a lo largo del período 1860-1939, en una encrucijada en la que se enfrentó una ciudad que pugnaba por crecer con una población, en su inmensa mayoría, venida de medios rurales y que abandonaba

---

<sup>1</sup> Cuya tarea se ha plasmado en diferentes trabajos, siendo el más significativo su Trabajo Académico de Tercer Ciclo PALLOL TRIGUEROS, R.: *El distrito de Chamberí, 1860-1880: El nacimiento de una nueva ciudad*. Universidad Complutense de Madrid, 2004. Este estudio será con el que se lleven a cabo las comparaciones del presente texto.

sus viejos valores y formas de vida para integrarse en un espacio urbano en radical transformación. Arganzuela es una de esas zonas, junto con los distritos de Chamberí y de Salamanca, de un Madrid que excede los vetustos límites que permitía su muralla, y que, en su despliegue sobre su entorno, se somete a la tensión entre sus viejos hábitos de vida de ciudad centenaria y una realidad cambiante: inmigración que hace doblar la población de la ciudad, desarrollo económico e industrial, avance en las formas de participación y organización políticas. El Ensanche se muestra así como el escenario privilegiado para el estudio de estas transformaciones en la ciudad, que corren paralelas a un proceso de aculturación experimentada por una masa de población inmigrante.

Las razones que llevan a elegir el distrito de Arganzuela frente a los otros dos se relacionan con la condición social de sus componentes (la mayoría pertenecen a la clase trabajadora, frente a un Chamberí de clases medias o a la alta burguesía de Salamanca), el carácter claramente inmigrante del distrito (un fenómeno distintivo de la época a estudiar, lo que permite su pormenorizado análisis, así como del funcionamiento de las redes que actúan en estos casos). Por otro lado, se trata de un espacio urbano reducido y con coherencia en sí mismo, pues se trata de una división administrativa con entidad, que se encuentra en plena transformación y por ello se constituye en una zona de germinación casi ex novo de la sociedad de masas.

## 1.2 Nueva historia urbana y microhistoria

Este proyecto colectivo, del que forma parte esta investigación, surge al calor de la creciente influencia que están consiguiendo, en el actual panorama historiográfico español, los estudios de ámbito local y que han elegido, en palabras del profesor Ángel Bahamonde, *como marco preferencial la ciudad*<sup>2</sup>. Como él mismo adelantó, la historia urbana ha entrado en el siglo XXI como una de las disciplinas fundamentales del actual panorama historiográfico español, no sólo por la centralidad de su objeto de estudio, sino también por las posibilidades que ofrece a la aplicación de las últimas propuestas metodológicas. A la vez, Bahamonde subrayaba la necesidad de distinguir entre una historia urbanística, centrada en los aspectos urbanísticos, y una historia urbana en la que sería obligatorio “tener en cuenta la relación dialéctica entre la construcción de la

---

<sup>2</sup> BAHAMONDE MAGRO, A.: “La historia urbana”, en FUSI, J. P. (ed.): *La historia en el 92. Ayer, nº 10*. Marcial Pons, Madrid, 1993, p. 47.

ciudad y las realidades sociales, económicas, políticas y culturales que configuraron este proceso”<sup>3</sup>.

Fue el propio profesor Bahamonde, junto con Otero Carvajal, uno de los principales impulsores de este tipo de estudios con la celebración de los Coloquios de Historia madrileña<sup>4</sup>, que ha tenido una impresionante estela de investigaciones sobre numerosas ciudades españolas (Salamanca, Valencia, Vitoria, Alcalá de Henares, etc.)<sup>5</sup>.

El marco urbano permite que el abanico de líneas de investigación se despliegue en toda su extensión y, para llevarlas adelante, la microhistoria se estima como la metodología más eficiente para desentrañar unos fenómenos que, desde un punto de vista macro, podrían ser ignorados. No obstante, y como bien ha señalado recientemente el profesor Otero, para dar respuestas a complejos procesos históricos, se aspira a establecer una relación dinámica entre las dimensiones global y local<sup>6</sup>.

A pesar de los evidentes avances conseguidos en el campo de la historia de la vida cotidiana<sup>7</sup>, las enormes dimensiones demográficas de Madrid han actuado de freno a la hora de afrontar su estudio. En este sentido, la microhistoria y su aplicación al distrito de Arganzuela, así como su comparación con el caso de Chamberí, ofrece una solución al tiempo que una garantía de éxito para alcanzar los objetivos de la investigación. Haciendo propia la aspiración del profesor Otero, el amplio conocimiento que existe sobre la historia de Madrid permite establecer un esclarecedor diálogo entre lo general y lo más particular, evitando una mera descripción localista.

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 53

<sup>4</sup> BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, 2 vols. Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, 1986; y BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*. 2 vols. Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1989.

<sup>5</sup> OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P., GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; ESTEBAN DE VEGA, M., GONZÁLEZ GÓMEZ, S., REDERO SAN ROMÁN, M.: *Salamanca 1900-1936: La transformación limitada de una ciudad*. Excma. Diputación Provincial, Salamanca, 1992; RIVERA BLANCO, A.: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992; SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992.

<sup>6</sup> OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las ciudades en la España de la Restauración (1868-1939)” en *España entre repúblicas (1868-1939). VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, noviembre 2005 (en prensa).

<sup>7</sup> CASTELLS, L., y RIVERO, A.: “Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)” en *Ayer*, nº 19, coordinado por L. CASTELLS. Marcial Pons, Madrid, 1995.

Por otro lado, el análisis en profundidad del distrito en los diferentes aspectos señalados anteriormente, empleando para ello las nuevas herramientas de la antropología histórica más reciente, permite afrontar otra serie de cuestiones que, si no son el objetivo central del trabajo de investigación, son igualmente relevantes (como pueden ser las formas de sociabilidad y de cultura popular en la ciudad<sup>8</sup>).

### 1.3 Objetivos y metodología de la investigación

Este trabajo de investigación representa el primer avance de un estudio más amplio del distrito de Arganzuela, tanto porque abarca las primeras etapas del límite cronológico fijado (su aparición como arrabal de las afueras y su transformación con la puesta en marcha del Ensanche, es decir, los años que transcurren entre mediados del siglo XIX y 1878), como porque resulta un primer ensayo de aplicación de las técnicas y métodos señalados a una de las fuentes empíricas básicas sobre las que se sustenta el proyecto de investigación: los padrones municipales.

El principal objetivo es la descripción de la forma en que se reflejó en este espacio urbano el crecimiento de Madrid, cuyo aumento demográfico y urbano fue acelerándose a partir de mediados del siglo XIX. Con esto no se pretende profundizar en las características urbanísticas y arquitectónicas del Ensanche madrileño, un aspecto bien abordado anteriormente<sup>9</sup>, sino en las transformaciones demográficas y sociales que estaba experimentando Madrid y que, obviamente, afectaban a este rincón del sur. Estos procesos de cambio fueron brillantemente estudiados en sus líneas generales por historiadores como Antonio Fernández<sup>10</sup> o Ángel Bahamonde<sup>11</sup>, pero todavía las lagunas son importantes en el conocimiento, por ejemplo, del fenómeno inmigratorio, principal sostén del crecimiento de la ciudad, o de la evolución social de las llamadas clases populares.

---

<sup>8</sup> Un aspecto abordado por URÍA, J.: “La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas”, en SUÁREZ CORTINA, ed.: *La cultura española de la Restauración*. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999, pp. 103-144.

<sup>9</sup> BARREIRO, P.: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid, 1900-1939*. MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*. Instituto de estudios de Administración local, Madrid, 1982.

<sup>10</sup> Sin ánimo de exhaustividad se puede citar su trabajo FERNÁNDEZ GARCÍA, A., y BAHAMONDE MAGRO, A.: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (dir.): *Historia de Madrid*. Editorial Complutense, Madrid, 1993.

<sup>11</sup> BAHAMONDE MAGRO, A., y TORO, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, 1978.



Asimismo, en el progresivo conocimiento de la capital, se ha caracterizado al modelo de crecimiento de Madrid como atípico respecto al patrón decimonónico que une al crecimiento de las ciudades un desarrollo económico industrial. Es bien sabido que Madrid no tuvo un sector industrial fuerte en todo el siglo XIX, pero tuvo un notable desarrollo urbano y demográfico debido a la masiva afluencia de inmigración. Dar respuesta a esta aparente contradicción es uno de los propósitos de este trabajo.

Un segundo gran objetivo de la investigación consiste en analizar la forma en que el proceso de reforma urbana que significó el Ensanche madrileño afectó a las formas de vida de sus habitantes, cómo se estructuraba la población que residía en estos nuevos espacios. Esta aspiración entronca con la pretensión antes declarada de afrontar una nueva historia urbana que focalice su interés, no tanto en la evolución urbanística de la ciudad, como en los efectos que ésta tenía en las personas. Las ciudades del siglo XIX se convirtieron, sin lugar a dudas, en el espejo de las transformaciones sociales. En los proyectos de ensanche, más que en sus realizaciones, existía un deseo tal de reorganizar la convivencia urbana respecto a la característica de la urbe preindustrial del Antiguo Régimen, que suponía toda una refundación de la ciudad tal y como se conocía entonces. De la cierta confusión de clases, fruto de la convivencia vertical, se pasa, en los proyectos de reforma, a un nuevo factor que los equipara a todos ellos: la segregación socioespacial. Es decir, la nueva ciudad decimonónica, hija de la revolución industrial y de la emergente burguesía, contemplaba la distinción y separación de barrios burgueses y barrios obreros. Sin embargo, hay que reiterar que Madrid no albergaba a una clase obrera como podía ser la londinense o, incluso, la de algunos puntos de la geografía nacional como podían ser los casos catalán y vasco; por ello, una vez más, Madrid presenta unos aspectos que la diferencian y que es necesario explicar.

Para afrontar estos retos con garantías, se ha procedido a la recogida informática de los datos aparecidos en las hojas de los padrones municipales referentes al distrito de Arganzuela de 1860 y 1878. Con esta fuente documental se ha creado una inmensa base de datos (que lógicamente se agrandará con los padrones de 1905 y 1930) en la que se incluye la dirección de cada familia; el número de habitantes por casa; los vínculos familiares que les unían; la edad, sexo, profesión, lugar de nacimiento, fecha de llegada a Madrid y si sabían leer y escribir, de cada persona; el salario que percibían por su trabajo; el alquiler que pagaban por su vivienda; la contribución que satisfacían

anualmente; y todos aquellos datos que, aleatoriamente, dejaran constancia los encargados de rellenar la hoja de padrón. Como puede deducirse, este volumen de información, hasta el momento no utilizada sistemáticamente para el conocimiento de la ciudad, permite un abanico de posibilidades de estudio muy amplio: pirámides de población, tamaños y estructuras de los hogares, tasas de actividad laboral y estructura socioprofesional, niveles salariales, series de alquileres por barrios o calles, etc.

Pero la aspiración es ir más allá de la historia cuantitativa y, una vez que se realicen las generalizaciones pertinentes, proceder a un tratamiento microscópico de aquellos casos que ayuden a ilustrar el discurso gracias a su singularidad o relevancia. De esta forma, se pretende un acercamiento a la sociedad madrileña de la segunda mitad del siglo XIX, no sólo señalando sus rasgos más gruesos, sino que muestre la gran ambigüedad de comportamientos y actitudes que albergaba, asumiendo, en palabras del profesor Otero, la complejidad de los individuos, de los grupos sociales y de las sociedades, para reconstruir una nueva narratividad de la historicidad<sup>12</sup>; a la vez que se recupera el rostro humano de la Historia, de aquellas personas que marcaban el latido de la sociedad y que, como muy bien recogió Galdós, era difícil que alguien recordara.

*“Las demás horas del día las empleaba [Iberito] en recorrer estos o los otros barrios: ya se espaciaba por Buenavista, ya por la Inclusa y Latina. La calle de Toledo, así como Rastro y Embajadores, le entretenían singularmente, y no se cansaba de contemplar el ir y venir afanoso de la gente humilde, la muchedumbre de mujeres fecundas, los chiquillos de diferentes edades que de aquella fecundidad eran muestra y testimonio, los hombres peor comidos que bebidos, y que en diferentes industrias y oficios luchaban por el pan. Era el pueblo, que con su miseria, sus disputas, sus dichos picantes, hacía la historia que no se escribe.”<sup>13</sup>*

<sup>12</sup> OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las ciudades en la España de la Restauración (1868-1939)” ..., *op.cit.*, p. 31

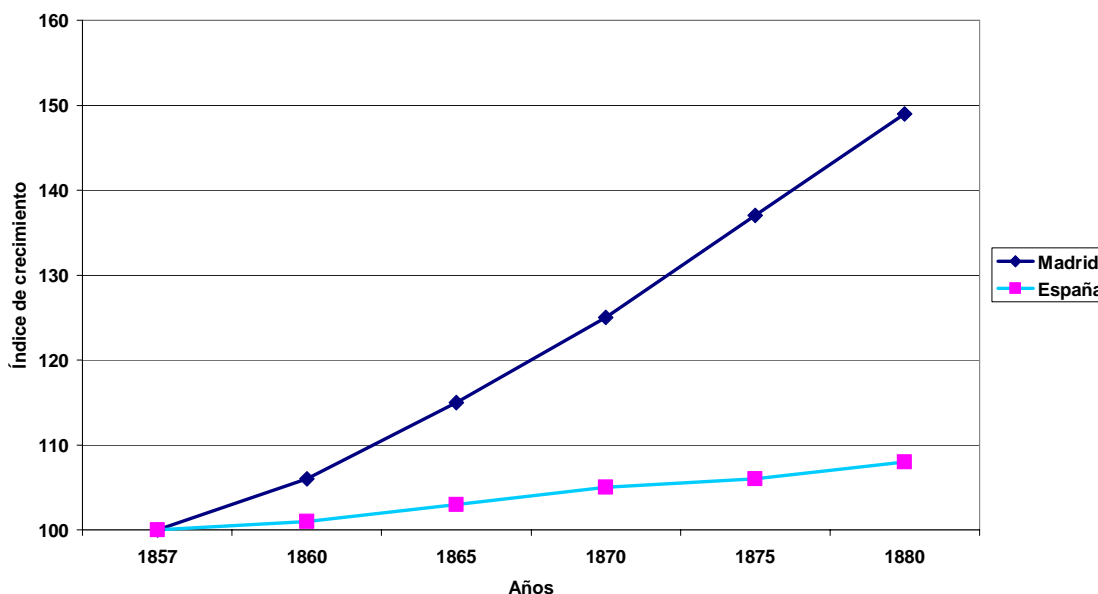
<sup>13</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *Prim. Episodios Nacionales*, nº 39. Club Internacional del Libro, Madrid, 2003, p. 41.

## 2. CRECIMIENTO DECIDIDO, ENSANCHE DUBITATIVO: MADRID EN LA 2ª MITAD DEL SIGLO XIX

### 2.1 Despegue demográfico de Madrid a partir de los años 50

El crecimiento poblacional de Madrid a lo largo del siglo XIX es bien conocido por la comunidad historiográfica especializada. La urbe pasó de los 207.877 habitantes que apuntó Canga Argüelles en 1797<sup>14</sup> a los 539.835 habitantes que aparecieron registrados en el censo nacional de 1900. Es decir, un aumento del 2´6 ó 3´1, en función de la cifra de partida que se elija, a lo largo de la centuria decimonónica. Por sí solo, el dato puede ser indicativo de nada. Es en la comparación con otras realidades donde cobra sentido; al hacerlo con el conjunto nacional, observamos en el gráfico 1, para el período que se va a estudiar, un crecimiento importante de la capital respecto al total español, una tendencia que se reforzará con la llegada del siglo XX.

Gráfico 1. Crecimiento de la población



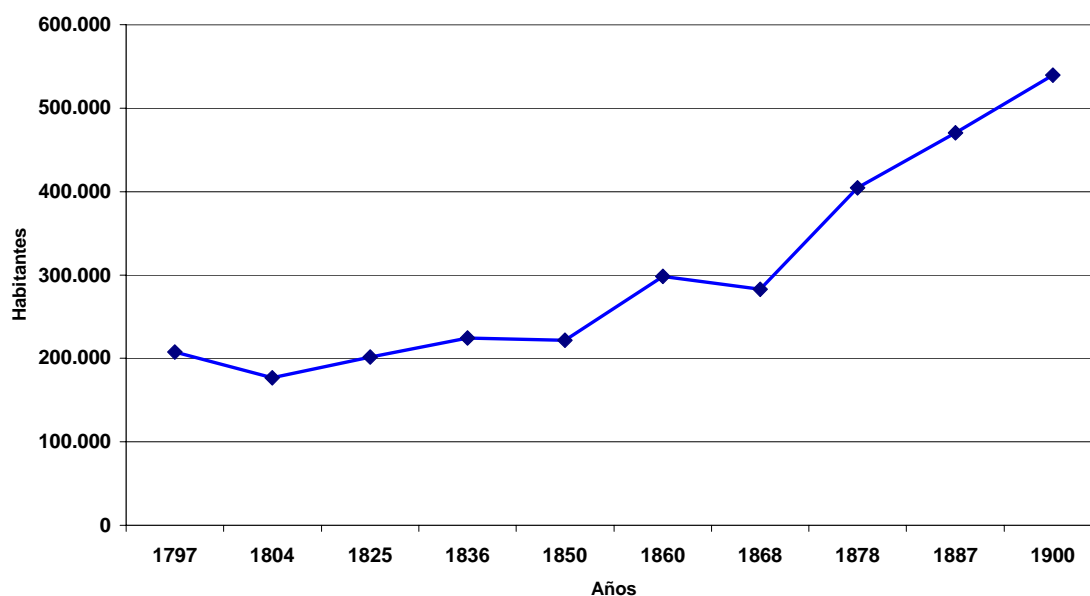
[Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por los censos nacionales recogidos en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*. 2 vols. Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de

<sup>14</sup> Antonio Fernández sitúa la cifra entre 175.000 y 200.000 para el año 1800. BAHAMONDE MAGRO, A., y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (dir.): *Historia de Madrid*. Editorial Complutense, Madrid, 1993, p. 479.

Madrid, Madrid, 1989, vol. 1, p. 31. Se parte del año 1857 por ser el inicio de la estadística moderna en nuestro país, con el primer censo demográfico. La evolución demográfica del conjunto de España, así como su comparativa por regiones, puede seguirse, de forma sintética, en PÉREZ MOREDA, V.: “La población” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” dirigida por José Mª JOVER ZAMORA. Tomo XXXIII. Espasa Calpe, Madrid, 1997, pp. 53-98.]

Sin embargo, este avance de Madrid se torna en diminuto a la sombra de la evolución alcista experimentada por sus correligionarias europeas: en el siglo XIX, París multiplicó su censo por 5, Londres por 6, Viena por 7 o Berlín por 11<sup>15</sup>. Por tanto, un crecimiento importante según los parámetros que se utilicen en la afirmación. Por otro lado, hay que resaltar que esta tendencia de incremento poblacional se manifestó en la capital española más bien desde mediados del siglo XIX, siendo la nota característica de la primera mitad un duermevela demográfico que se refleja en el raquítico aumento de apenas 13.000 habitantes en 1850.

**Gráfico 2. Evolución de la población de Madrid en el siglo XIX**



[Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por FERNÁNDEZ GARCÍA, A., *op.cit.*, p. 481.]

Para dar respuesta a por qué Madrid (y también de otras ciudades españolas que experimentan un crecimiento análogo al de la capital, como Bilbao o Barcelona) se descuelga de la explosión demográfica que experimentan las capitales europeas durante el siglo XIX y principios del siglo XX, es preciso conocer el modelo demográfico característico de ambos casos.

<sup>15</sup> BAHAMONDE MAGRO, A., y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La sociedad madrileña en el siglo XIX”... *op.cit.*, p. 479.

Reinhard y Armengaud establecieron el inicio del ciclo demográfico moderno hacia 1870<sup>16</sup>, que algunos autores retrasaron a 1900. David Reher, en cambio, ha señalado que la urbanización en España se asienta, hasta esa misma fecha, sobre comportamientos demográficos de tipo antiguo, caracterizados por unas tasas de mortalidad altas que producen un crecimiento vegetativo negativo, sólo compensado por una fuerte inmigración, mientras que en Europa la transición demográfica está prácticamente concluida<sup>17</sup>.

En el caso de la capital de España, el modelo demográfico fue perfectamente definido por el profesor Fernández García<sup>18</sup>, quien establece una cronología específica en su evolución, dividida en tres etapas: una primera que sería de ciclo antiguo, entre 1876 y 1901; una segunda, de transición, hasta 1920; y una final, hasta la década de los años 30 del siglo XX. Por tanto, el comportamiento de la población madrileña difirió del modelo europeo más avanzado debido a la persistencia de una serie de arcaísmos a los que hizo referencia el citado autor: la principal nota descollante sería la incapacidad de la ciudad para reproducirse biológicamente. En efecto, a pesar de mantener altas tasas de natalidad, Madrid era una ciudad “mortal”, de la muerte como se la calificó tristemente<sup>19</sup>, debido a unas tasas de mortalidad espeluznantes. Philip Hauser mostró bien a las claras, con la frialdad de las estadísticas, una dura realidad:

<b>Tabla 1: Crecimiento vegetativo de Madrid<sup>20</sup></b>			
	<b>nacimiento</b>	<b>defunciones</b>	<b>saldo vegetativo</b>
<b>1861-1870</b>	119.470	131.550	-12.080
<b>1878-1884</b>	104.601	112.735	-8.134
<b>1894-1900</b>	109.732	114.863	-5.131

<sup>16</sup> ARMENGAUD, A., y REINHARD, M.: *Historia de la población mundial*. Ariel, Barcelona, 1966

<sup>17</sup> REHER, D. S.: “Urbanization and demographic behaviour in Spain, 1860-1930” en VAN DER WOUDE, A.; DE VRIES, J.; HAYAMI, A.: *Urbanization in History. A process of dynamic interactions*. Clarendon Press, Oxford, pp. 282-299.

<sup>18</sup> BAHAMONDE MAGRO, A., y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La sociedad madrileña en el siglo XIX”... *op.cit.*, pp. 480-486; y especialmente en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico”...*op.cit.*, pp. 30-73.

<sup>19</sup> REVENGA, R.: *La muerte en Madrid*. Dirección General de Sanidad, Madrid, 1901

<sup>20</sup> HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*. Edición a cargo de Carmen del Moral. Editora nacional, Madrid, 1979, vol. 1, p. 51.

Como se ve, prácticamente a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX, el crecimiento vegetativo fue negativo<sup>21</sup>. En esta situación tiene un papel protagonista la mortalidad infantil, con unas elevadísimas tasas (a mediados de la década de los 80, en España suponía la proporción de alrededor del 245 por 1000 de nacidos, pero Madrid rebasaba el 400 por mil<sup>22</sup>). El panorama se agravaba cuando hacían acto de presencia los temidos azotes epidémicos que, si bien fueron remitiendo, todavía se hicieron sentir notablemente<sup>23</sup>. La mortalidad en Madrid llegó a tales extremos, que se convirtió en un motivo de alarma entre médicos, higienistas y demás estudiosos de la población, como Hauser o Méndez Álvaro, que llevaron a cabo un intenso debate sobre sus causas y remedios. Indudablemente, la muerte no afectaba por igual al conjunto de las clases sociales que componían la población de Madrid, sino que presentaba un comportamiento diferenciado. Los momentos de crisis epidémicas eran muy indicativos de la mortalidad diferencial entre distritos, en función de su composición social<sup>24</sup>. Las pésimas condiciones higiénicas y de salubridad de las viviendas, el hacinamiento, la promiscuidad, la carencia de elementales servicios públicos en algunos barrios (como la falta de alcantarillado en las Peñuelas, por ejemplo), el bajo nivel salarial o la falta ocasional de trabajo, la escasa y/o mala alimentación, etc., constituyeron una serie de factores que confluían en las zonas “bajas” de la ciudad y que explican la amplia presencia de la muerte en estas zonas de Madrid. Aunque no era sólo en las tasas de mortalidad donde los distritos dominados por las clases populares presentaban un mayor arcaísmo respecto al modelo demográfico de tipo moderno, sino también en otras como la natalidad, con lo que el nivel de vida de los madrileños dependía, en gran medida, de su nivel económico y social, que le ubicaba dentro del plano urbano en una determinada vivienda y en un determinado barrio y distrito.

---

<sup>21</sup> Incluso entre 1886 y 1892, Hauser señala que el saldo vegetativo entre los nacimientos y las defunciones por término medio anual es negativo en 1.314 personas.

<sup>22</sup> Hauser establece, entre 1896 y 1900, para los menores de 1 año un 246'2 por 1000; y entre los 2 y los 4 años, un 92'8 por 1000. *Íbidem*, p. 534.

<sup>23</sup> Las epidemias de cólera en 1855, 1865 y 1885; y la global de gripe, cólera y viruela en 1890. Para su conocimiento profundo, FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Vicens Vives, Barcelona, 1985.

<sup>24</sup> Frente a un 22'4 por 1000 ó 23'2 por 1000 de mortalidad de los distritos de Congreso y Buenavista, entre 1894 y 1900, los distritos que están presentes en el Ensanche Sur (Inclusa, Latina y Hospital) presentan un 40'2, un 36'8 y un 36'6 por 1000, respectivamente. Datos obtenidos de HAUSER, Ph.: *Madrid ...*, *op.cit.*, p. 531.

Como ha señalado el profesor Fernández García, es necesario tener en cuenta que en Madrid actuaban diferentes modelos demográficos para explicar esta divergencia de situaciones entre zonas urbanas de la misma ciudad.

El mantenimiento en el tiempo de las tasas de natalidad y mortalidad anteriormente indicadas hubiera llevado al estancamiento, si no la caída, de la población de Madrid. Sin embargo, el número de habitantes dio un fuerte estirón desde mediados del siglo XIX. Una corriente continua y creciente de inmigrantes estaba detrás del despegue poblacional. Madrid se convirtió en un pozo que engullía importantes flujos migratorios. En este punto hay que preguntarse: ¿Era atractivo emigrar a una ciudad donde las posibilidades de morir, especialmente para los recién nacidos, eran muy superiores a las del resto de España<sup>25</sup>? Los profesores Bahamonde y Otero Carvajal aportaron un punto de vista para entender ésta y otras cuestiones relacionadas. La ciudad madrileña había permanecido oculta a los historiadores por su carácter de sede de la Corte, en primer lugar, y de capital del Estado liberal, posteriormente. El problema metodológico que planteaba esa confusión de las dos caras de una misma moneda fue salvado por su propuesta de dualidad de la ciudad, distinguiendo las dinámicas económicas y sociales debidas a la capitalidad y aquellas otras debidas exclusivamente a la ciudad<sup>26</sup>.

En el primer caso, la capital del nuevo Estado liberal se convirtió, o más bien perpetuó la situación heredada de años anteriores, en el gran destino para la clase dirigente del país (en sus más diversos ámbitos políticos, económicos, culturales, sociales, etc.), como centro de decisión más importante dentro de un Estado liberal fuertemente centralista (a pesar de sus conocidos límites en llevar a la práctica esas decisiones o leyes en políticas concretas y efectivas), donde las funciones teatrales, la ópera, los salones o los paseos, actuaban como brillantes escaparates para la élite social española. Una capital que atraía también al sector de las capas medias, siempre difuso en sus límites, las clases del talento (médicos, profesores, técnicos, etc.) a las que habría que añadir todos aquellos que llegaban con aspiraciones de aferrarse a la creciente burocracia liberal, sueño vital de generaciones de españoles.

---

<sup>25</sup> Las zonas rurales, para esta misma época, presentaban saldos vegetativos positivos.

<sup>26</sup> BAHAMONDE, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI, J. P.: *España. Autonomías, Madrid*, Espasa, pp. 517-613

En el segundo caso, referido a las dinámicas propias de la ciudad, las causas de la atracción no aparecen de forma tan nítida. Como han señalado Bahamonde y Fernández García, la economía madrileña no representaba la de una ciudad en proceso de industrialización, más bien la continuidad de rasgos preindustriales imprimió sus señas de identidad económica, al menos hasta finales de siglo<sup>27</sup>. La economía de la ciudad es más industrial que burguesa; predomina más el comerciante sujeto a una estructura familiar que el empresario en sentido estricto<sup>28</sup>. Madrid todavía se nos aparece como una ciudad de los oficios, donde predomina el taller artesanal en coexistencia con el comercio de estructura familiar, con un crecimiento económico que aparece ahogado por una demanda aquejada de perpetuo raquitismo<sup>29</sup>. A pesar de este panorama económico, afluían a la ciudad miles de jornaleros, en su inmensa mayoría provenientes de las zonas rurales de toda España, aunque con una preponderancia significativa de las provincias limítrofes a la capital. Éstos eran generalmente campesinos, o hijos de ellos, que se veían expulsados de sus comunidades de origen por la miseria o la simple falta de trabajo y marchaban a la ciudad en busca de esperanzas para su futuro. Su ritmo de llegada superaba al crecimiento de la propia ciudad<sup>30</sup>. Los jornaleros estaban invariablemente ligados a situaciones de subempleo y paro encubierto debido a su falta de cualificación profesional y a las peculiaridades de la economía de la ciudad, dominada, como ya se ha dicho, por horizontes artesanales en los que actuaban de forma poderosa los lazos de parentesco. La importancia que adquirió la “mano familiar” para penetrar en esta especie de red clientelar fue fielmente descrita por Baroja, cuando retrata los primeros pasos de Manuel en su lucha por la vida en la capital española. Al poco tiempo de llegar de su pueblo, y después de desembarcar en la casa de huéspedes donde trabajaba su madre, el primer destino del chico estuvo predeterminado por los lazos familiares:

---

<sup>27</sup> BAHAMONDE MAGRO, A., y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (dir.): *Historia de Madrid*. Editorial Complutense, Madrid, 1993, p. 515.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 516.

<sup>29</sup> BAHAMONDE, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, *op.cit.*, p. 556

<sup>30</sup> Antonio Fernández aporta la cifra de 11.049 en 1848 en los recuentos de Madoz, y de 20.000 en 1880, mientras que Carmen del Moral, cuya fuente es Hauser, habla de 51.993 jornaleros en 1898. DEL MORAL, C.: *El Madrid de Baroja*. Sílex, Madrid, 2001, p. 107.



*“La madre de Manuel tenía un pariente, primo de su marido, que era zapatero. Había pensado la Petra, en los días anteriores, enviar a Manuel de aprendiz a la zapatería; pero le quedaba la esperanza de que el muchacho se convenciera de que le convenía más estudiar cualquier cosa que aprender un oficio; y esta esperanza la hizo no decidirse a llevar al chico a casa de su cuñado.*

*[...] Sucedió, pues, que al día siguiente de la bronca en el comedor de la casa de huéspedes, la Petra, muy de mañana, despertó a Manuel y le mandó vestirse [...].*

*- ¿Adónde va usted ahora a llevar a Manuel?*

*- A una zapatería de un primo mío de la calle del Águila.”<sup>31</sup>*

Evidentemente, aquellos que no disfrutaron de estas ayudas familiares se encontraron con una situación mucho más comprometida. Especialistas de nada, pero dispuestos a trabajar en lo que se terciara, el incipiente desarrollo industrial madrileño no era capaz de absorber a esta abundante mano de obra descualificada. Esta situación no era exclusiva de Madrid; todo lo contrario, en las zonas más industrializadas era un comportamiento conocido. Enriqueta Camps, en su excelente estudio sobre la conformación del mercado de trabajo industrial en Cataluña, parte de la hipótesis del origen en buena parte industrial de los trabajadores de fábrica. Un campesino del siglo XIX tenía muy pocas posibilidades de convertirse en trabajador de fábrica a lo largo de su vida<sup>32</sup>.

Madrid presentaba una serie de rasgos que caracterizaron un peculiar mercado de obra con una oferta de mano de obra descualificada muy abundante<sup>33</sup>. Tras la desamortización de Mendizábal, las obras que generaron la remodelación del casco antiguo, el proyecto de Ensanche de la ciudad, así como una serie de grandes infraestructuras (la traída de las aguas del Lozoya, la canalización del canal del Manzanares, la construcción de estaciones de ferrocarril y su vía de circunvalación, etc.) motivaron una superabundancia de trabajos relacionados con la construcción, la mayoría de baja cualificación, poco salario y temporales, pero a los cuales podían acceder esos campesinos que llegaban a la ciudad que, por toda preparación, presentaban una mano detrás de la otra.

<sup>31</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*. Bibliotex, Madrid, 2001, p. 26 y ss.

<sup>32</sup> La autora cifra estas posibilidades en un 5% entre 1846 y 1860, y en un 15% para el resto del siglo. No obstante, matiza la hipótesis cuando observa los cambios ocupacionales producidos de padres a hijos. CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

<sup>33</sup> En este apartado se siguen las líneas marcadas por el estudio de BAHAMONDE MAGRO, A.: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, 1980, pp. 143-175.

Nos referimos a trabajos como albañiles, costaleros, peones en general, mozos de cuerda, etc., todos asimilables a las condiciones de vida y cualificación de la masa jornalera<sup>34</sup>. Un sector, el de la construcción, que se erigió para una gran parte de la población (y de manera muy especial, en la zona a estudiar) en una de los clavos a los que agarrarse para no caer en situaciones de pobreza y mendicidad, aunque no siempre lo conseguían. Por ello, el mundo jornalero, y por extensión el del trabajo descualificado, fue el más cercano a las instituciones de beneficencia, tanto públicas como privadas, que actuaban en la capital intentando aliviar, por motivos no siempre filantrópicos, la situación de las familias más empobrecidas.

Por tanto, se puede deducir que la marea incesante de inmigrantes que llamaba a las puertas de la capital, evitando su caída poblacional, no era empleada de forma prioritaria en la economía que daba el rostro a la ciudad, el mundo artesanal, sino en la propia ampliación urbanística que ellos provocaban con su masiva llegada. Crecimiento económico basado en el crecimiento físico y humano de la ciudad. El Ensanche madrileño, aparte de los aspectos referidos al problema del preocupante hacinamiento y las precarias condiciones higiénicas, apareció a partir de 1860 como una oportunidad de oro para una economía débil en el tránsito del Antiguo Régimen al Estado liberal: por un lado, se lograba emplear al gran número de inmigrantes sin cualificación; por otro lado, como ha demostrado Ángel Bahamonde, se dio rienda suelta a la inversión especulativa de la burguesía<sup>35</sup>. El Ensanche, además de la operación urbanística que conllevaba, pudo convertirse en una adecuada solución para los problemas que tenía planteados Madrid, como capital del nuevo Estado liberal y como ciudad que dejaba atrás sus ropajes preindustriales por la modernidad. Sin embargo, ésta sólo apareció en forma de maquillaje para tapar unos problemas que se perpetuaron y, consecuentemente, se agravaron.

---

<sup>34</sup> Posteriormente se abordará con mayor profundidad la diferente composición socioprofesional en el distrito Sur, con una clara diferencia entre inmigrantes y naturales de Madrid.

<sup>35</sup> BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid (1856-1866)*. Editorial Complutense, Madrid, 1981.

## 2.2 Soñando con la moderna capital: proyectos de reforma y el plan de Ensanche de Castro.

Con la entrada en el siglo XIX, las concepciones barrocas de los espacios urbanos (necesidad de amplitud que permitiese apreciar la perspectiva monumental del edificio) entraron en irremediable crisis con los importantes flujos de personas que acudían a la ciudad en busca de trabajo. La ciudad estuvo sometida a intensos procesos de cambio morfológico y estructural; primero de forma un tanto aleatoria, posteriormente a través de una elaborada planificación. En el nuevo urbanismo, actuaron elementos de fondo, propios de los nuevos tiempos: fábricas (aun en aquellas ciudades, como Madrid, donde eran escasas y de dimensiones pequeñas), nuevos medios de comunicación (ferrocarril), nuevos servicios (el papel de capital de un Estado), flujos inmigratorios (cuyo ritmo y volumen eran desconocidos).

A mediados de siglo XIX era evidente que Madrid se asfixiaba en el interior de un recinto amurallado, cuya cerca mandó levantar Felipe IV en 1625. Los antecedentes del proyecto de Castro son sobradamente conocidos en sus líneas generales; por tanto, no se procederá a una extensa relación. El modelo inmigratorio de crecimiento de Madrid, antes explicado, generaba una serie de graves problemas de hacinamiento y salubridad, compartidos con otras ciudades nacionales y extranjeras, que requerían de soluciones por parte de las autoridades. En 1787, recogido incluso por el propio Castro y Fernández de los Ríos, el ilustre Gaspar Melchor de Jovellanos presentó un *Informe*, “*luminoso escrito*” lo calificó Castro, en el que proponía el ensanche de la ciudad para “*poner coto al acrecentamiento de las posadas secretas y hacer desaparecer la escasez y encarecimiento de las habitaciones de Madrid*”. El gran ilustrado pensaba en una intervención al norte de la ciudad (construcción de casas baratas, que harían bajar los precios de alquiler) y en la cesión gratuita de los terrenos (el ejemplo más contrario de lo que ocurrió en el siglo XIX) como principales soluciones a un problema que, como tantos otros, descubría con genial anticipación pero que, de igual forma, cayó en saco roto y se encerró en el cuarto del olvido<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> El propio Castro se hace eco del acierto de Jovellanos en sus aseveraciones: “*Bien pudiéramos decir que Jovellanos vivía hoy entre nosotros y escribía este informe conociendo las necesidades actuales de la población. Tal es la verdad que encierra y la previsión con que aparece escrito; seguramente este grande*

La posesión de los terrenos elegidos por particulares, o vinculados a manos muertas, y una situación de hacinamiento todavía poco acuciante actuaron como barreras insalvables para el proyecto ilustrado.

Hasta mediados del siglo XIX, el crecimiento de la población fue poco significativo, con lo que los problemas que traía consigo todavía no habían hecho acto de presencia. En esta etapa<sup>37</sup> se optó por la reforma del casco antiguo (con el fin de un mejor aprovechamiento del suelo) y por aumentar la altura permitida de edificación (para albergar más habitantes por edificio, es decir, incrementar el hacinamiento)<sup>38</sup>. Durante el primer tercio del siglo XIX, la situación del Madrid fernandino era de una precariedad financiera absoluta y los retoques urbanísticos dependieron de iniciativas regias (iniciadas por José I). Sólo gracias a los diferentes episodios desamortizadores, con sus correspondientes expropiaciones y derrumbes de edificios religiosos, permitieron una ligera descongestión de la trama viaria con la apertura de algunas plazuelas (la obra más importante fue la que se llevó a cabo con la Plaza de Oriente) y nuevos solares sobre los que edificar nuevas viviendas. Fue en la etapa isabelina cuando se concluyeron la mayor parte de estas iniciativas, y se dio comienzo a otras de mayor ambición, como la famosa remodelación de la Puerta del Sol o el canal de Isabel II. Sin embargo, hacia 1836 Mariano José de Larra hacía el siguiente comentario sobre el cariz que estaba adquiriendo la situación de la urbe:

*“se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población que se va colocando sobre los límites que encerraron a nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes”*<sup>39</sup>

---

*hombre no pudiera haber dicho más... en apoyo de tan importante mejora”* en BONET CORREA, A.: *Plan Castro*. COAM, Madrid, 1978, pp. 61-64.

<sup>37</sup> Pedro Navascués realiza una división tripartita, siguiendo una cronología política, de las reformas urbanísticas madrileñas (Madrid fernandino, Madrid isabelino y Madrid de la Revolución y de la Restauración), mientras que Antonio Fernández parece optar por dos etapas, con un criterio más demográfico (en función del crecimiento de la ciudad, habla de dos etapas que se corresponden con cada una de las dos mitades del siglo XIX). Para mayor detalle, ver FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “Los marcos de vida (1): El crecimiento de las ciudades” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida* dirigida por José M<sup>a</sup> JOVER ZAMORA. Tomo XXXIII. Espasa Calpe, Madrid, 1997, pp. 546-588; y NAVASCUÉS PALACIO, P.: “Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*. Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 400-435.

<sup>38</sup> RUIZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976

<sup>39</sup> El comentario está recogido por FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. La Librería, Madrid, 2002 (facsimilar de la edición de 1876), p. 729.

Como ha sido sobradamente resaltado, en esta cirugía urbana resultó una figura clave el escritor y edil del Ayuntamiento Mesonero Romanos, hombre que tuvo a la ciudad de Madrid como una de sus preocupaciones vitalicias. Debido a su ascendencia sobre el Ayuntamiento, fue el causante de echar por tierra uno de las iniciativas que pretendía evitar, siguiendo con la metáfora de genial articulista, que el *helado* acabara desbordándose: el proyecto de ensanche de la ciudad del ingeniero Juan Merlo (1846). Es evidente la falta de visión en este asunto de Mesonero (cuya argumentación se basó en “*la innecesidad, la inconveniencia y hasta la imposibilidad material de acometer por ahora, ni en mucho tiempo, tan considerable ampliación*”) y en una actitud, según Bonet Correa, en la que se confundían una ideología conservadora y sus intereses inmobiliarios al norte del casco antiguo<sup>40</sup>. El Ayuntamiento optaba por una política continuista en las intervenciones interiores, sin “*traspasarse la ronda vieja, mientras hubiera medio de ir añadiendo pisos quintos y sotabancos, mientras las casas no amenazaran ruina en fuerza de encaminarse al cielo; poco importaba... que la faena de subir cientos de escaleras acabara con los pulmones; el caso era no ensanchar a Madrid en tanto que hubiera medio de elevarle*”<sup>41</sup>. Otra idea contemporánea al frustrado proyecto Merlo, de menor importancia, se encuentra el plan de Mendizábal (1847), que preveía la construcción hospitales y cuarteles en las afueras, y que sería recogida por los proyectos de la década siguiente.

Por toda ampliación de la ciudad, Mesonero se limitó a proponer la creación de cinco arrabales extramuros en los que “*además de habitación cómoda para la mayoría de artesanos y gente de escasos medios, hallarían cabida las grandes fábricas y talleres que en el interior no encuentran edificios convenientes*”, porque “*además de las clases acomodadas que exigen y pueden pagar amplitud, belleza y reposo, existen otras muchas activas e infelices que por conveniencia propia deben vivir separadas del centro*”<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> BONET CORREA, A.: *Plan Castro...*, op.cit., pp. XXI-XXIII.

<sup>41</sup> FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid...*, op.cit., p. 730.

<sup>42</sup> Cita de su *Proyecto de mejoras generales* recogida por MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982, p. 23.

El limitado horizonte de este pensamiento se hizo palpable con el fracaso proyecto de *La Propietaria*, la primera gran empresa constituida en Madrid, en 1847, dedicada al negocio inmobiliario. Con unos objetivos prioritarios de compra de terrenos y construcción de edificios, su fundación fue, en palabras de Bahamonde, “el primer ensayo de acción coordinada de la burguesía especuladora para superar la iniciativa individual que únicamente podía plantearse proyectos limitados”<sup>43</sup>. La prueba final del algodón se vio en tan sólo una década, cuando el Ensanche hizo renacer a Madrid como el nuevo Potosí para este grupo social, con el marqués de Salamanca al frente.

En todo caso, no fueron los intereses de la burguesía especuladora los que dieron un vuelco a la situación, sino la marea humana que empezó a emigrar a la capital, de forma acelerada a partir de mediados de siglo, hasta desbordarla, rompiendo así todos los diques de contención que se habían expuesto para no proceder al ensanchamiento de la ciudad. El inicio de obras de auténtica envergadura, unos pocos años antes de la aprobación del plan Castro, y necesarias para el crecimiento económico e industrial de la ciudad, como fueron la traída de las aguas del Lozoya y la construcción de las primeras estaciones de ferrocarril (Atocha y Norte), indicaban el comienzo de una nueva etapa en la que Madrid tenía que deshacerse de sus pétreos grilletes. Los “nuevos madrileños”, llegados del campo español en su inmensa mayoría, eran la personificación de un doble proceso a escala nacional en la articulación de la sociedad liberal: por un lado, la reforma agraria liberal generada por la desamortización (en sus dos fases, Mendizábal y Madoz, aunque ésta última tuvo mayor impacto en las economías campesinas por su venta de los comunes), el final de las guerras carlistas, y la pervivencia de periódicas crisis de subsistencias, actuaron como factores de expulsión poblacional hacia unas ciudades que empezaban a recuperar su pretérita vitalidad; por otro lado, el ferrocarril, una de las locomotoras que acercaría al país a la Modernidad, actuó de cordón umbilical entre Madrid y las principales ciudades españolas, especialmente las costeras (que luego veremos traducido en la importante presencia de gentes de estas provincias alejadas de la capital), en un proyecto que buscaba la articulación de un mercado nacional, facilitando un transporte más rápido, seguro y económico de personas y mercancías.

---

<sup>43</sup> La vida de esta sociedad fue recogida en el brillante estudio de BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico...*, *op.cit.*, pp. 184-193

Por tanto, factores económicos (desamortización, el ferrocarril) y sociales (presencia en la capital de una burguesía activa y especuladora, contingentes de población inmigrante en aumento) se mezclaban en el momento previo a la transformación completa de la faz de Madrid.

Estos procesos no pasaron desapercibidos a los ojos del Ministro de Fomento, Claudio Moyano, en cuyo R. D. de 8 de abril de 1857 puede leerse lo siguiente:

*“Señora: El aumento de población que en estos últimos años ha experimentado la capital de la Monarquía, las grandes mejoras que en breve deben plantearse en ella, transformándola, puede decirse, por completo, y sobre todo, las nuevas necesidades creadas por los adelantamientos del siglo, reclaman imperiosamente el ensanche de la Corte (...). No existiendo en Madrid más que un solo centro de población, en él se aglomeran los habitantes, contribuyendo así a que en lugar de extenderse la construcción en sentido horizontal hacia los barrios extremos como sería de apetecer, se mantenga estacionaria en un mismo punto, elevando de día en día el número de pisos de los edificios para hacerlos cada vez más estrechos, incómodos e insalubres. Pero no son, Señora, estas consideraciones las que con más fuerza aconsejan el ensanche de la capital. (...)Madrid, residencia de V.M. y de todos los altos cuerpos del Estado, va a presenciar en breve el establecimiento de algunas mejoras de primer orden (...). Centro ya de las carreteras generales, como después lo será de toda la red de ferrocarriles de la Península, en breve ha de convertirse esta villa en una plaza de gran movimiento social y mercantil adonde afluyan, en escala hasta ahora desconocida, viajeros de todas las provincias y naciones, y mercancías de todas clases y procedencias. Para el verano de 1858 llegará a las puertas de Madrid un gran caudal de aguas, que al mismo tiempo que satisfaga las primeras necesidades del vecindario, (...) suministre a la agricultura y a la industria poderosos elementos de desarrollo y prosperidad. (...)En resumen, Señora, son tan poco satisfactorias las circunstancias en que se encuentra la capital de la Monarquía, tantas y tan importantes las mejoras que dentro de breve tiempo van en ella a establecerse, (...)que no puede dilatarse más la realización del ensanche, como el más pronto y eficaz remedio para que desaparezcan los males presentes...”<sup>44</sup>*

El proyecto de ensanche corrió a cargo del ingeniero Carlos M<sup>a</sup> de Castro, aprobado en julio de 1860. En su Memoria del anteproyecto pueden seguirse los presupuestos e influencias que le guiaron, así como las características de su obra. Parece evidente que fueron tres las vías que inclinaron la acción del ingeniero: la primera, los límites marcados por el Gobierno a través del Real Decreto aprobado, un rígido molde del que sólo escapó ocasionalmente, según Mas Hernández; la segunda, la profunda

<sup>44</sup> BONET CORREA, A.: *Plan Castro...*, op.cit., pp. 6-7.

admiración que Castro sentía por Ildefonso Cerdá y su ensanche barcelonés, hasta el punto de reconocer que sin este referente le hubiera sido muy difícil llevar a buen puerto su proyecto; y, la tercera, el conocimiento que tenía sobre capitales europeas de primer orden como Londres o París, especialmente ésta última y la obra del barón de Haussman.

El proyecto Castro está recorrido por un espíritu higienista, cuya principal preocupación era mejorar la salubridad pública mediante un alojamiento más desahogado de la población. En la primera parte de su Memoria, donde realiza una aproximación a la situación de la ciudad, en justificación de la necesidad de proceder al ensanche, Castro aporta un cuadro con el estado comparativo del número de habitantes y nivel de hacinamiento de diversas ciudades. En él, Madrid aparece, a la altura de 1857, con 28'68 metros cuadrados por habitante (incluyendo el Retiro, el Botánico, el Convento de Atocha, la Montaña del Príncipe Pío o el Campo del Moro. Sin ellos, la cifra se reduce a 18'7), frente a los 112'57 de Londres, los 97,08 de Segovia, los 48 de Santiago de Cuba, o los 46'45 de París. El ingeniero fijaba en 40 metros cuadrados el mínimo exigible. Aunque la plasmación del Ensanche en la realidad distorsionó en gran medida este espíritu preocupado por la higiene, en su proyecto original aparece en numerosas ocasiones. Adoptó el plano hipodámico, con una trama de manzanas ortogonales. Las calles estaban jerarquizadas según su anchura (30 metros las de primer orden, 20 y 15 metros las de segundo orden), lo que a su vez condicionaba la altura de los edificios. Asimismo, concedía gran importancia a la existencia de amplios espacios verdes, que ocuparían hasta una cuarta parte de la superficie urbana, y una serie de plazas circulares, todo convenientemente distribuido por el plano (por otra parte, la abundante presencia de cuarteles vino por la condición de capital de la nación que poseía Madrid). Incluso la obligación impuesta por la Administración de encerrar Madrid nuevamente, por razones de índole militar y fiscal, fue esquivada por Castro con la sustitución de una nueva muralla por un foso, el cual permitía la libre circulación del aire.

Sin embargo, junto a estas loables intenciones, el proyecto de Castro contemplaba otro criterio mucho más llamativo: la segregación social de los diferentes barrios que componen la ciudad. Además de expresión arquitectónica y centro económico, la ciudad es el hogar de una sociedad compleja.



De acuerdo con Fernández García, en el espacio interior de la ciudad se desarrolla una trama de funciones y grupos articulados en un sistema de relaciones. Se define lo urbano como el ámbito en el que se realizan procesos sociales que sin ese marco no existirían<sup>45</sup>. En cada momento histórico, la ciudad es el espejo de una determinada estructura social, reflejando los intereses de las clases hegemónicas. En este caso, se pretendía pasar de una distribución socioespacial propia de las ciudades del Antiguo Régimen, en donde la cierta amalgama y diferencia en vertical de las clases sociales eran las notas características, a otra nueva, propia de la sociedad liberal y del grupo social que la encabeza, una burguesía en imparable ascenso social, que pretende alejarse físicamente de las clases populares, tanto en el estilo de vida como en el lugar de residencia<sup>46</sup>. En el proyecto de ensanche madrileño, Castro preveía una formación de barrios muy diferenciados socialmente: un barrio fabril en Chamberí (Norte), barrio aristocrático en Almagro y Paseo de la Castellana (Nordeste), barrio de clase media entre el Paseo de la Castellana y la carretera de Aragón (Este), barrio obrero detrás del Retiro (Sureste) y sector industrial y agrícola en el Ensanche Sur. En todo caso, Castro realizó esta previsión basándose en los *usos previos* del suelo que observó al realizar su estudio, aunque, como liberal conservador, los identificaba con las conveniencias de cada clase:

*“... al considerarlos detenidamente y comparándolos entre sí, se advierte que en la construcción de cada uno de ellos [los diferentes grupos de edificios construidos a las afueras de Madrid] parece haber dominado una idea diversa, idea que se presiente y se hace tangible en algunos casos y en cierto modo puede decirse que tiende a fijar el porvenir de aquellas localidades. Nosotros aunque no hemos admitido estas tendencias, para seguirlas ciegamente, hemos procurado no obstante armonizar, en cuanto ha estado a nuestro alcance, los principios que sentamos como base de toda edificación, con la conveniencia de las diferentes clases que forman la sociedad de Madrid...”<sup>47</sup>*

<sup>45</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “Los marcos de vida (1): El crecimiento de las ciudades” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal*, op.cit., p. 548.

<sup>46</sup> Este proceso ha sido estudiado en otras ciudades españolas, destacando los casos de RIVERA BLANCO, A.: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior* (Vitoria, 1876-1936), Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992; SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992; UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1998. Éste último estudio, aunque escapa a nuestra cronología, es especialmente interesante por su análisis de la evolución social de Pamplona y Vitoria.

<sup>47</sup> BONET CORREA, A.: *Plan Castro...*, op.cit., p. 103.

Estos usos previos, que se iban a prolongar en el tiempo según los cálculos de Castro, se mantenían pero siempre con un respeto sacro hacia la propiedad privada, propio del liberalismo conservador:

*“Al describir estos diferentes grupos de edificación en que venimos considerando dividida la zona de ensanche, hemos dicho que lo hacemos conformándonos con las ideas que creíamos ver predominar en las construcciones existentes, pero por esto no deberá suponerse que nosotros tratemos de aconsejar al Gobierno o al Municipio que imponga como condición precisa a los propietarios de aquellos terrenos la construcción en ellos de edificios de tal o cual forma y destinados a tales o cuales usos. Esto además de ser atentatorio a la propiedad sería punto menos que imposible conseguirlo. (...) No es como se ve un capricho el que nos ha guiado al hacer la división indicada, es sí la marcha iniciada por los propietarios de aquellos terrenos, antes, mucho antes de que nos fuera encargado el estudio del ensanche.”<sup>48</sup>*

### 2.3 Funcionamiento y fortuna del plan Castro

Para comprender la fortuna que tuvo el proyectado Ensanche madrileño en su desarrollo es necesario hacer un pequeño recorrido por sus aspectos jurídicos y económicos, pues nos encontramos ante un espacio que nace ya ordenado y reglamentado<sup>49</sup>.

Los Reales Decretos de 1857 y 1860 constituyeron el encargo y aprobación del proyecto de Ensanche para Madrid realizado por Castro. El de 1864 significó el carpetazo total a los presupuestos iniciales, basados en ideas higienistas y racionales, con el reconocimiento de la libertad para construir en los espacios destinados a edificios públicos y con un planteamiento económico de financiación perverso. Durante los primeros años de la puesta en marcha, la indefinición fue la nota distintiva en cuanto a la manera de costear las numerosas obras a realizar: expropiación de los terrenos, apertura de nuevas calles, pavimentación, alineamientos, alcantarillado, alumbrado, etc. En 1864 se asignó al Ayuntamiento el pesado coste de las obras, para lo cual el Estado cedía el importe de la contribución territorial de cada nueva propiedad del Ensanche durante 25 años. De esta forma, la capacidad de la Administración municipal para acondicionar progresivamente los terrenos dependía del ritmo de edificación que propietarios y constructores marcasen.

<sup>48</sup> *Ibidem*, pp. 112-113.

<sup>49</sup> En este apartado destaca el análisis realizado por Rafael MAS HERNÁNDEZ en su obra ya citada.

Como ha escrito Mas, la fortaleza de los intereses de los propietarios del suelo era absoluta frente a la realidad ideal del proyecto<sup>50</sup>. El respeto máximo a la propiedad individual convirtió a los propietarios en el grupo fuerte dentro del Ensanche, diluyéndose todo intento conciliador entre el respeto a la propiedad y la imposición de una serie de normas y restricciones que debían contemplar las futuras construcciones. La acción de los propietarios se encaminó hacia actitudes especuladoras, reteniendo sus terrenos para venderlos a un precio más elevado, en lugar de realizar las pertinentes inversiones.

Además, la ley estableció que los ensanches pudieran dividirse en zonas parciales con total independencia económica (la Ley de Ensanche de 1876 limitó su número a tres). De esta forma, en Madrid se establecieron tres zonas de Ensanche: Norte o Zona I, que comprendía el Norte de la ciudad hasta el Paseo de la Castellana; Este o Zona II, cuyo caserío se limitaba a los hoteles de la Castellana y las construcciones promovidas por el Marqués de Salamanca; y Sur o Zona III, que comprendía los terrenos situados al Sur de la ciudad hasta el río Manzanares. Los impuestos abonados por los propietarios de las edificaciones y solares conformaron el principal fondo del que dispuso el Ayuntamiento, mientras que los gastos se destinaban a obras públicas y pagos por expropiación de terrenos. En la siguiente tabla se puede observar un resumen del presupuesto de cada una de las zonas:

<b>Tabla 2. Presupuesto de gastos e ingresos del Ensanche de Madrid. Año económico 1882-1883<sup>51</sup></b>			
	<b>Zona I</b>	<b>Zona II</b>	<b>Zona III</b>
<b>INGRESOS</b>	418.300 (35,92%)	534.685 (45,91%)	211.600 (18,17%)
<b>GASTOS</b>	474.690 (37,81%)	534.684 (42,59%)	246.006 (19,6%)

Con la división de zonas, se establecía una diferencia en los ingresos que repercutía invariablemente en las inversiones. La zona del Sur fue la gran perjudicada (según Mas nunca pasó del 20% del ingreso total) de este modelo, frente a las otras dos, especialmente la zona Este. Además, la contribución territorial dependía de las rentas generadas por las edificaciones, no de su número.

<sup>50</sup> MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca...*, op.cit., p. 34.

<sup>51</sup> Datos recogidos en MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio...*, op.cit., p. 64.

Por tanto, la calidad de los edificios y del suelo edificable eran los factores a tener en cuenta. Pocos edificios de alta calidad disponían de mayores recursos para obras de urbanización (una completa gama de servicios de alcantarillado, alumbrado, empedrado, arbolado, etc.) que producían a su vez una revalorización de la zona. Como se puede deducir fácilmente, esta fórmula tenía un pernicioso efecto multiplicador, iniciando una carrera de doble sentido en todos los campos: calidad de las viviendas (de lujo y alquileres altos en la zona Este; baratas, de mala calidad y bajos alquileres en las otras dos), disponibilidad o no de servicios municipales, revalorización del suelo, etc. Este modelo de financiación profundizó hasta el extremo las diferencias espaciales que Castro veía despuntar cuando elaboró su Memoria. El perspicaz higienista Hauser, a finales de siglo, recogía alguno de los efectos mencionados:

*“También quedó a cargo del Ayuntamiento el cuidado del ramo de fontanería y alcantarillas, sin que los propietarios tengan que abonar nada a la Villa por estos trabajos. Ahora bien: si los particulares quieren anticiparse y construir alcantarillas, el Municipio les abona la tercera parte de su importe (...). No obstante, hasta 1886 el Municipio cuidaba poco de la construcción de nuevas alcantarillas. Carecía de ellas el barrio de Chamberí en su mayor parte; igualmente el de Argüelles y el de Pozas, y el nuevo barrio de Salamanca las tenía sólo en la calle de Serrano y en las adyacentes (...). Han sido más bien los propietarios de casas u hoteles que solicitaron de tiempo en tiempo la autorización al Ayuntamiento para establecer una alcantarilla en la calle (...). Fue sólo después del cólera de 1885 cuando se hizo sentir la necesidad de mejorar el estado de salubridad pública de Madrid.”<sup>52</sup>*

Sólo aquellos que podían costeárselo, las clases económicamente pudientes de la sociedad, disfrutaban de un servicio municipal básico como la existencia de alcantarillas para la evacuación de todo tipo de aguas malolientes o contaminantes. Para el resto era una aspiración difícil de conseguir, si no imposible en aquellos barrios habitados por personas con escasos o ningún recurso económico (una vez más, el Ensanche Sur destaca negativamente).

Con el coste de tales obras gravitando sobre las arcas municipales, y teniendo en cuenta su debilidad y dependencia de la contribución obtenida, se puede deducir inmediatamente la lentitud del proceso de urbanización, que, como ya se ha dicho, tuvo un avance en la dotación de los servicios, tanto en cantidad como en calidad, en extremo

---

<sup>52</sup> HAUSER, Ph.: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, op.cit., vol. 1, p. 226.

diferencial. Según informaba el propio Ayuntamiento, en 1933 todavía quedaban varios sectores por urbanizar en las tres zonas<sup>53</sup>.

A esta situación es necesario añadir el proceso de expropiación de las vías públicas, también lento y dificultoso debido a que era también la propia Municipalidad quien tenía que soportar el coste. La Ley de 1864 había creado una Junta de Ensanche (sustituida en 1876 por una Comisión especial) en la que estaban representados los propietarios. En un principio, se pagaba a los propietarios el total del precio fijado por los terrenos. Sólo en 1892 se consiguió la cesión gratuita de la mitad de los terrenos a urbanizar. De esta forma, si el Ayuntamiento tenía que desembolsar importantes cantidades para conseguir los terrenos para abrir una calle, es comprensible, teniendo en cuenta la situación económica de agonía crónica que tuvieron los municipios del siglo XIX, que la posterior dotación de servicios municipales fuera deficiente o inexistente<sup>54</sup>.

En esta vorágine de especulación y urbanización diferencial, de enriquecimiento para unos pocos, salpicado todo con casos de corrupción, las propuestas higienistas contempladas en la Memoria de Castro no tenían cabida. Para llevar a cabo la necesaria reforma legislativa que eliminara las indicaciones contenidas en el proyecto original, Díez de Baldeón ha destacado el papel de los propietarios, especialmente a partir de la creación de la Asociación de Propietarios de Fincas Urbanas (1869), como un grupo de poder y presión (contaba con miembros tan destacados como Mesonero Romanos o Cánovas del Castillo) que, en connivencia con algunos miembros del Ayuntamiento, logró mantener intactos sus intereses. Para ello, ante el continuo alza de precios fruto de la especulación, se procedió a la derogación de las normas constructivas dictadas por Castro (1867): eliminación de zonas verdes, reducción de la superficie destinada a cada manzana, aumento de la altura de los edificios (a 4 y 5 plantas; con el consiguiente estrechamiento de las calles), etc. De esta forma, propietarios y promotores conseguían meter en el mismo espacio a mayor número de personas, logrando mantener su nivel de ganancias, pero a costa de unas condiciones de higiene y habitabilidad aceptables.

---

<sup>53</sup> Información recogida por Mas, *op.cit.*, p. 75.

<sup>54</sup> Además de estas circunstancias, Díez de Baldeón aporta el de la corrupción: “Las innumerables irregularidades administrativas y malversaciones de fondos del erario municipal llegaron a tales extremos que se hizo obligada la orden gubernamental de llevar a cabo una investigación rigurosa por parte de los gobernadores civiles...”. La autora también habla de expropiaciones arbitrarias e ilegales que fueron costosísimas para la economía municipal. DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1986, p. 33-45.

Éstas se convirtieron en un “bien escaso”, casi en un lujo al que sólo podían acceder unos pocos (como el ejemplo del alcantarillado). Tendrían que transcurrir bastantes años para que se extendieran al conjunto de la población.

Las críticas al proyecto de Ensanche de Castro aparecieron al poco tiempo de su nacimiento. Las principales voces contrarias fueron Ildefonso Cerdá, paradójicamente el inspirador del autor del proyecto, y Ángel Fernández de los Ríos, considerado el anti-Castro. Autor de *El Futuro Madrid* y *Guía de Madrid*, reprochó la rigidez de la cuadrícula (“*dando gusto a la regla y al tiralíneas*” como afirmaba), la interrupción de las vías de salida con el foso, el gravoso plan de cuarteles y fortalezas o la desconexión con la región al no prever vías de comunicación con El Escorial y Aranjuez.

Sin embargo, eran reproches que atendían a cuestiones urbanísticas de forma. Por el contrario, hemos visto cómo el proceso de ampliación de la ciudad había comenzado con una preocupación por parte de las autoridades ante los graves problemas que estaba sufriendo la ciudad, especialmente de hacinamiento y penosa falta de higiene. El Ensanche debía erigirse cómo una especie de nueva ciudad dónde desaparecieran esos problemas, tan gravosos para la demografía madrileña. A pesar de las buenas intenciones de su autor, ahí es donde radica el mayor fracaso del Ensanche: perpetuó las deplorables condiciones de higiene y hacinamiento que sufrían algunas zonas del casco antiguo, y en algunos casos las acentuó. Además, la lentitud en su desarrollo y el proceso de especulación y alza de precios y alquileres perjudicaron su evolución, como demuestra el rápido crecimiento que experimentó un cinturón de miseria e infravivienda más allá del Ensanche, en el Extrarradio, donde la normativa municipal no llegaba en cuanto a condiciones de construcción y sanidad. El fuerte tirón demográfico que experimentaron zonas como Cuatro Caminos, Prosperidad, la Guindalera o Puente de Vallecas, donde acudían aquellas familias de las clases populares que ni siquiera podían pagar los alquileres más bajos del interior o del Ensanche, es una prueba suficientemente ilustrativa.

Para terminar, y como una prueba más de que el Ensanche no pudo acabar con los problemas que motivaron su puesta en marcha, el higienista Ph. Hauser, en su estudio de Madrid a principios del siglo XX, hace un elocuente retrato sobre las condiciones de vida de las personas que vivían, en este caso, en el Ensanche Sur:

*“No ya sólo en los barrios del antiguo Madrid, en los barrios nuevos, obra de especuladores sin entrañas, aún se conservan muchas habitaciones que no reciben luz ni aire directos, y donde es indispensable vivir a oscuras o tener todo el día luz artificial.(...)No hay que olvidar que la gran mayoría de las calles de la parte inferior de los distritos del Hospital, de la Inclusa y de la Latina, se encuentra desprovista de alcantarillado; igualmente, una gran parte de las casas de estos barrios, sobre todo aquellas llamadas de vecindad, carecen de agua, teniendo que ir a buscarla a la fuente próxima. Como estas casas se hallan ocupadas por la clase jornalera y menesterosa, se comprenderá fácilmente el estado deplorable de su vecindario, a quien falta lo más indispensable a la vida, que es luz, aire y agua. Por lo tanto, toda aquella zona constituye una serie de focos de infección en todos los tiempos del año, y mucho más en tiempo de cualquier epidemia, con la circunstancia agravante de que las alcantarillas colectoras que la atraviesan, recogiendo aguas fecales de los otros distritos más altos de la capital, tiene que llevar gran presión al aproximarse a su desembocadura, y, por consiguiente, sufren filtraciones, tanto más, cuanto sus soleras distan mucho de ser impermeables y ocasionan una infección más intensa del suelo de todos los barrios bajos.”<sup>55</sup>*

Esta zona sur de Madrid es la que centra la atención de las siguientes páginas, para descubrir en ella quiénes eran sus habitantes, sus grupos sociales, cómo se organizaban, sus condiciones de vida, etc. Después de todo, la ciudad no deja de ser el ámbito que enmarca el cuadro completo de la vida de todos ellos.

---

<sup>55</sup> HAUSER, Ph.: *Madrid bajo el punto de vista...*, op.cit., vol. 1, p. 314.

### 3. EL DESPERTAR DE UNA NUEVA CIUDAD: LA LENTA MARCHA DE LAS “AFUERAS DEL SUR” EN SU INTEGRACIÓN A LA CIUDAD

*“¡Qué hermoso y agradable estaba el puente de Toledo! Lo recuerdo como se recuerda una decoración del Teatro Real. Hervía la gente, y mirando hacia abajo, por la pradera y por todas las orillas del Manzanares no se veían más que grupos, procesiones, corrillos, escenas animadísimas de esas que se pintan en las panderetas. (...) [El puente de Toledo] no está bien sin el rebullicio y la algazara de la gentuza, los chulapos y los tíos, los carniceros y los carreteros, que parece que acaban de bajarse de un lienzo de Goya. Ahora que se han puesto tan de moda los casacones, el puente tiene un encanto especial. (...) No sé quién fue el primero que llamó feas y áridas a las orillas del Manzanares, ni por qué los periódicos han de estar siempre soltándole pullitas al pobre río, ni cómo no prendieron a aquel farsante de escritor francés (Alejandro Dumas, si no me engaño) que le ofreció de limosna un vaso de agua. Convengo que no es muy caudaloso, pero vamos, que no falta en sus orillas algún rinconcito ameno, verde y simpático. Hay árboles que convidan a descansar a la sombra, y unos puentes rústicos por entre los lavaderos, que son bonitos en cualquier parte.”<sup>56</sup>*

Esta reflexión de Asís Taboada, protagonista de la novela de Pardo Bazán, nos transporta a un lugar común en la iconografía e historia de Madrid: el río Manzanares y la vida social desarrollada en torno a sus orillas. El joven Asís, en compañía de una viuda aristocrática, acude a la tradicional romería de San Isidro en el Madrid de finales del siglo XIX. El carácter alegre del personaje, junto al tono festivo de la jornada, se contagia al paisaje, que parece retrotraerse un siglo, cuando el genial pintor convertía estos parajes en puro arte. Sin embargo, en el momento de la novela, la situación del río y sus alrededores distaba mucho de ser simpática o bonita en cualquier parte, como dieron buena muestra escritores e higienistas contemporáneos a la obra de Pardo Bazán. Pero la transformación no afectó sólo al río o a sus riberas, sino a toda la extensión de terreno que se expandía hasta las rondas del casco antiguo. ¿Cómo era esta zona a principios de siglo?, ¿cuál fue su evolución para llegar al deplorable estado en que se encontraba a finales de la centuria? Estas y otras cuestiones se afrontan en el siguiente capítulo de la investigación.

---

<sup>56</sup> PARDO BAZÁN, E.: *Insolación*. Edimat Libros, Madrid, 2003.



Sin embargo, tendrá una mayor relevancia un aspecto poco atendido hasta el momento en el conocimiento de su evolución histórica: descubrir quiénes eran las personas que vivían, trabajaban, jugaban, luchaban o morían en este rincón de Madrid. Es decir, penetrar en ese rostro humano de las “afueras del sur”.

### 3.1 La evolución histórica de la periferia sur madrileña hasta 1860

El conocimiento que existe sobre la evolución del futuro distrito de Arganzuela desde finales del siglo XVIII hasta la aprobación del proyecto de Ensanche es bastante pobre, si lo comparamos, por ejemplo, con las afueras del Norte de la ciudad<sup>57</sup>. Esta situación es fruto de una multiplicidad de factores: en primer lugar, las propias características físicas de la zona, en la que predominaban huertas, tierras de labor, descampados y algunas pequeñas industrias de tipo familiar; en segundo lugar, una población inferior en número a la que se reunía en torno al arrabal de Chamberí; tercero, la confusión en el discernimiento de sus límites, especialmente en su parte sureste, así como su tardía consideración como distrito independiente dentro de la ciudad, dependiendo hasta bien entrado el siglo XX de tres distritos diferentes; y cuarto, y no por ello menos importante, la extraordinaria atracción que ha ejercido el río Manzanares y sus riberas a lo largo de los siglos, no sólo entre los madrileños de a pie, sino también en la numerosa corte de cronistas de la Villa, estudiosos, literatos, etc., que pasearon su atención y pluma por el platino hilo que discurre al sur de la capital, dando la espalda a la geografía física y humana que hallaban antes de llegar a él, y de la que sólo brillantes excepciones, Galdós o Baroja, supieron escapar. Además, los estudios sobre esta zona más recientes se han acercado invariablemente desde una óptica económica-urbanística, es decir, su interés se centraba bien en el ferrocarril (como el gran elemento configurador del distrito) y sus efectos económicos (su papel en el desarrollo industrial de España y de Madrid, en la articulación de un nuevo sistema comunicaciones, como estimulante para operaciones bursátiles, etc.<sup>58</sup>), bien en el ferrocarril y sus efectos

<sup>57</sup> RUIZ PALOMEQUE, E.: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1985; y PALLOL TRIGUEROS, R.: *El distrito de Chamberí, 1860-1880...*, *op.cit.*, pp. 37-43.

<sup>58</sup> GÓMEZ MENDOZA, A.: “Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931” en BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, *op. cit.*, pp. 351-376; MENÉNDEZ REXACH, F. y RUIZ-PEY CLAVERÍA, P.: “Las estaciones como elementos del sistema de transporte” en VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias*

morfológicos en la geografía urbana de su entorno (aparición de almacenes, industrias asociadas, pérdida de terreno para edificios destinados a viviendas y su influencia en éstos, etc.<sup>59</sup>), o bien, dejando a un lado la centralidad del ferrocarril pero sin perderlo de vista, estudiar la zona como “productora” principal de Madrid<sup>60</sup>.

Todo ello ha redundado en una visión incompleta de lo que fue esta área de la capital, pues el ámbito social, cultural o mental, de las personas que vivieron y sostuvieron el desarrollo que experimentó Arganzuela ha permanecido oculto hasta el momento.

En primer lugar, se hace imprescindible fijar claramente sus límites, pues a lo largo de los años se le han acuñado diferentes términos que, en ocasiones, hablaban de diversas realidades: afueras del sur, las peñuelas, afueras de la puerta de Toledo, afueras de Atocha, etc. Incluso en algunas investigaciones recientes, sus límites bailan en función del objeto de estudio. En nuestro caso, se ha optado por aquellos que hoy en día delimitan el actual distrito de Arganzuela, y que tienen su origen en el proyecto de Castro de 1860, quien lo identificaba como la Zona 3 o Zona Sur del Ensanche de Madrid. Esta franja de terreno estaba fijada al norte por las rondas que circundaban el casco antiguo entre la Puerta de Atocha y la de Segovia; el límite sur lo establecía el río; al oeste la prolongación de la calle de Segovia hasta el puente del mismo nombre; y al este<sup>61</sup>, la carretera de Valencia y el arroyo de Abroñigal actúan como mojones que separan Arganzuela de la zona de Retiro y del Extrarradio.

---

*de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad.* COAM, Madrid, 1980, pp. 207-227; GONZÁLEZ YANCI, M<sup>a</sup> P.: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana de la ciudad.* Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1977.

<sup>59</sup> El anterior trabajo de Gómez Yanci también recoge este aspecto. Se pueden consultar también NAVASCUÉS PALACIO, P.: “Las estaciones y la arquitectura de hierro de Madrid” en VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad.* COAM, Madrid, 1980, pp. 41-103; ÁLVAREZ MORA, A., PALOMAR ELVIRA, P. y SAINZ RÓDENAS, J. M<sup>a</sup>: “Desarrollo histórico de la zona sur de Madrid” en VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad.* COAM, Madrid, 1980, pp. 147-206

<sup>60</sup> BRANDIS, D., DEL RÍO, I. y TROITIÑO, M. A.: “Génesis y dinámica espacial de la industria en el Ensanche Sur de Madrid (1876-1931)” en BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, op. cit., pp. 231-250, CELADA, F., y RÍOS, J.: “Localización espacial de la industria madrileña en 1900” en BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña...*, op.cit., pp. 199-214.

<sup>61</sup> Este constituye el más difuso, pues ni siquiera aparece en planos de la época como el de Juan Merlo de 1866 o el parcelario de Ibáñez Íbero de 1874.

A diferencia de lo que ocurrió en el norte de la ciudad, donde la puesta en marcha del proyecto de Ensanche fue la que transformó por completo el sector, en el sur hay que desviar la mirada hacia otro factor, sin que por ello se menosprecie la importancia del plan Castro. En este sentido, fue el ferrocarril el agente transformador más importante de las características económicas, de habitabilidad y hasta de ocio de este espacio, pues cambió completamente los usos del suelo de la etapa anterior y, por tanto, el aspecto general de la zona y su funcionalidad dentro del marco general de la ciudad de Madrid.

Antes de su aparición, las denominadas “afueras” del sur tenían unos planteamientos que han sido considerados por algunos autores como “imposiciones derivadas de un modelo territorial preindustrial”<sup>62</sup>, que suponía la planificación de un territorio de un solo golpe, concibiéndolo como algo acabado y cerrado, sin continuidad. Esta banda de terreno fue durante muchos años un área de carácter agrícola, por donde atravesaban los caminos que salían de la Corte hacia el exterior (Vallecas, Toledo, etc.) y que tenían su inicio en las puertas que se abrían en la muralla. Ésta, la última que tuvo Madrid, coincidía con el límite norte de la zona y estaba rodeada por las Rondas que unían las diferentes entradas a la ciudad. A mediados de siglo se mantenía, como nos informa Madoz, como una serie sucesiva de tapias desiguales que en algunos casos eran tan sólo los muros de las casas los que constituían la denominada cerca<sup>63</sup>. En cualquier caso, era una débil construcción sin ningún tipo de utilidad militar y que sólo se mantenía por su finalidad fiscal.

En esta cerca se abrían numerosas puertas y portillos que sufrieron varias transformaciones en el siglo XIX. Los más importantes eran la puerta de Segovia, de mala construcción y que se pensaba sustituir, eliminando a la vez el portillo de las Vistillas; el portillo de Gil Imón, llamado así por D. Baltasar Gil Imón de la Mota, fiscal de los Consejos y Gobernador de Hacienda en 1622, que tuvo allí su casa; la puerta de Toledo, levantada entre 1813 y 1827 para conmemorar el éxito en la Guerra de la Independencia; los portillos de Embajadores y de Valencia, al final de las calles de

---

<sup>62</sup> ÁLVAREZ MORA, A., PALOMAR ELVIRA, P. y SAINZ RÓDENAS, J. M<sup>a</sup>.: “Desarrollo histórico de la zona sur de Madrid”, *op.cit.*, p. 152.

<sup>63</sup> MADDOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1847, Tomo X

Embajadores y de Lavapiés, levantados en 1782; y la puerta de Atocha, al final de la calle de su nombre.<sup>64</sup>

Durante el reinado de Carlos III, se produjo el primer intento de dar un sentido de conjunto, con una cierta funcionalidad, a estos terrenos, más allá de los caminos que llevaban a los pueblos cercanos a la capital. Se crearon una serie de paseos arbolados, amplias avenidas rectilíneas que partían de las principales puertas de salida de la ciudad, que eran una especie de prolongación de alguna de las calles del casco antiguo. Entre ellos podemos destacar, siguiendo una dirección este-oeste, el paseo de Atocha o de Invierno, entre la puerta y la iglesia de igual nombre; de la puerta de Atocha también partían el paseo de las Delicias, que iba hasta el puente de Santa Isabel, y el de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, que conducía al embarcadero; el paseo de las Acacias partía del portillo de Embajadores y lo unía con el puente de Toledo; el paseo de los Ocho Hilos, cuyo nombre deriva de las ocho filas de árboles que lo adornaban; y el paseo Imperial en el extremo más occidental. La finalidad de todos ellos era dignificar y embellecer las entradas a la capital entre su muralla y el río. Hay que pensar en una zona realizada siguiendo los gustos barrocos del momento para “usos nobiliarios”, de esparcimiento y solaz para las clases altas (los paseos de Atocha, Delicias o Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza daban continuidad al paseo del Prado, avenida por excelencia del pasatiempo aristocrático y burgués), pero también del resto de grupos sociales que componían Madrid. En estos años de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, era uno de los lugares más tranquilos y apacibles de la ciudad, con el Retiro, el Jardín Botánico y el Olivar de Atocha próximos en su parte oriental, en la que sería agradable pasear hasta la ribera del Manzanares<sup>65</sup> (aparte de la famosa romería a la que acudían los personajes de Pardo Bazán).

---

<sup>64</sup> GÓMEZ YANCI, P.: “Evolución urbana del Ensanche Sur” en VV. AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno VII. El Ensanche Sur y la Ribera del Manzanares*. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 11-79

<sup>65</sup> González Yanci recoge una cita en la que Madoz dice que eran muy frecuentado por las personas que paseaban, con el solo objeto de respirar al aire libre. La autora también insinúa que la ubicación del Hospital General, además de la necesidad de situarlo en un extremo de la ciudad, respondía a estos principios de disfrute de aire más puro, en contacto más próximo con la Naturaleza. GONZÁLEZ YANCI, M<sup>a</sup> P.: *Los accesos ferroviarios...*, *op.cit.*, pp. 42-44.

Pero entre los paseos barrocos existían considerables extensiones de tierra. El embellecimiento ilustrado se quedó en estas líneas de comunicación y esparcimiento, y no se acometieron más obras de acondicionamiento del terreno, de modo que existían fuertes desniveles, barrancos y zonas deprimidas que no se rellenarían hasta muchos años después. Entre la carretera de Valencia (actual avenida Ciudad de Barcelona) y el paseo de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza se observa en los planos de la época una zona prácticamente despoblada, salpicada por algunas yaserías y casas de labor aisladas, así como alguna edificación religiosa (la ermita del Ángel, cercana a la puerta de Atocha) y militar (cuartel de carabineros). El cementerio de San Nicolás, junto a la calle del Sur (actual Méndez Álvaro), era una pequeña pista de la futura configuración de esta área con la llegada del ferrocarril: una zona de equipamientos y no de uso residencial, aunque en este caso el uso de los terrenos era diferente. Claramente nocivos y perjudiciales para la convivencia de las personas, en 1808 se decidió el desmantelamiento de los cementerios que albergaban las iglesias de Madrid para trasladarlos a las afueras. En este caso, se trataba de las sacramentales de San Nicolás, ya indicado, y el de San Sebastián, el cual no aparece en el mapa de Merlo de 1866. El cementerio de San Nicolás desapareció ya avanzado el Ensanche. No se ha podido detectar en la cartografía consultada la ermita de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza que cita Gómez Yanci<sup>66</sup>.

Asimismo, en consonancia con los criterios marcados en la delimitación del distrito, no se ha considerado perteneciente a esta zona de Ensanche los terrenos que se sitúan entre la antigua carretera de Valencia y el Retiro, como hacen algunos autores, pues el límite del distrito de Arganzuela lo marca esta línea de comunicación. Por tanto, tierras de labor (de dimensiones considerables en este sector de Delicias y Pacífico), algunas huertas con sus casas anejas, casas para guardas del arbolado y, sobre todo, yaserías y alfarerías salpicaban las tierras que descendían al Manzanares, atravesadas por pequeños barrancos y por el arroyo de Abroñigal. Su carácter de zona periférica queda absolutamente corroborado con un simple vistazo a los planos disponibles para estos años<sup>67</sup>, en los cuales desaparece la parte inferior derecha del distrito, incrementando la indefinición de su contorno.

---

<sup>66</sup> Ob. cit., p. 16

<sup>67</sup> El citado de Juan Merlo de 1866, e incluso el plano parcelario de Ibáñez Íbero de 1874

El sector comprendido entre el paseo de las Delicias y el de los Ocho Hilos mostraba una clara continuidad con el paisaje anteriormente descrito. Nuevamente nos encontramos con tierras de labor, grandes huertas (destacan las huertas de la Casa Blanca) y fincas particulares (Quinta de la Esperanza), junto a posesiones del Estado (como la Dehesa de la Arganzuela, a la orilla del río), además de pequeños tejares, yaserías y algún parador de ganados. Aparecían diseminados pequeños despachos de vino, ventorros y figones donde jornaleros, peones, soldados, etc., disfrutaban de comidas baratas, bebida y juegos de cartas en sus ratos libres. Eran lugares para una sociabilidad de corte popular que encontraban en esta ubicación periférica una doble ventaja: por un lado, se aprovechaban de la tradición que tenía el Manzanares como uno de los lugares favoritos de los madrileños para disfrutar de una tarde de merienda; por otro lado, al encontrarse fuera del casco antiguo, se veían libres de la fiscalidad que existía en el interior (lo que repercutía en sus bajos precios. Además, eran propicios para que en ellos actuara un cierto contrabando de productos que se querían ocultar a los ojos del fielato).

A la vez, el “tráfico comercial” que registraba la puerta de Toledo, muy superior al resto de puertas de la ciudad<sup>68</sup>, hacía de estas tabernas lugares de descanso idóneos para carreteros, tratantes de ganado, y demás gentes relacionadas con estas actividades. Aparte de esto, en torno al puente de Toledo, destacaba poderosamente ese mar blanco de ropas colgadas de palitroques, tan característico en las escasas fotografías del Madrid decimonónico, que nos indicaban la presencia de numerosos lavaderos. Aparte de la literatura, la presencia de los lavaderos ha dejado huella en los expedientes concejiles, pues su implantación estaba desprovista en numerosas ocasiones de la pertinente licencia, y eran tenidos como una de las causas de la acumulación de arenas y basuras en el curso del río. Su decadencia comenzó tras la construcción del Canal de Isabel II, aunque sobrevivieron al siglo XIX.

El reformismo ilustrado también había afrontado un adecentamiento de la orilla del río con la construcción del Canal del Manzanares entre el puente de Toledo y Vaciamadrid. El Canal discurría paralelo al cauce por su margen izquierda y se mantuvo en funcionamiento hasta 1830, fecha en la que empezó a ser descuidado y abandonado, siendo desecado y cegado por completo en 1859.

---

<sup>68</sup> ÁLVAREZ MORA, A., PALOMAR ELVIRA, P. y SAINZ RÓDENAS, J. M<sup>a</sup>.: “Desarrollo histórico de la zona sur de Madrid”, *op.cit.*, p. 153.

El sector conocido como Imperial, que abarca desde el paseo de este mismo nombre al puente de Segovia, presentaba una orografía más abrupta, con desniveles y barrancos más pronunciados. Desaparecen los tejares y yeserías, y en el plano sólo se observan huertas y propiedades de medianas dimensiones. Sólo en la calle de Las Cambronerías, cercana al puente de Toledo, aparecen las únicas y escasas viviendas de todo el sector, donde se asentaba una población pobre y marginal.

Esta aproximación al distrito se refiere a su mitad sur. En la más septentrional, pegada a las rondas que circundan el casco antiguo, nos encontramos con el único núcleo de población de todo el distrito antes de la puesta en marcha del Ensanche. Se trata del arrabal de Las Peñuelas, nacido con unas funciones agrícolas que progresivamente irían desapareciendo. En torno a los años 30 del siglo XIX, el suburbio de Las Peñuelas estaba integrado por un trazado de espacios rurales y agrícolas, predominando las huertas y los solares dedicados al pasto para el ganado<sup>69</sup>. Independientemente de las viviendas dispersas levantadas a lo largo del área, el único núcleo de habitación que se fue desarrollando como tal fue en torno a la plaza de Las Peñuelas. Eran éstas casas bajas, de construcción barata y de mala calidad, que brotaron de manera un tanto irregular. En ellas se alojaban labradores, trabajadores y gentes de bajo nivel social, marginados y desocupados, así como los primeros inmigrantes de una ola que se incrementaría con el transcurso de los años.

Un mundo hormigueante, surgido al margen de toda normativa municipal y con grandes paralelismo al arrabal del Norte<sup>70</sup>, que en la década siguiente captó la atención de las observadoras gafas de un “curioso parlante”: Mesonero Romanos. El famoso cronista madrileño, opuesto al Ensanche de la ciudad, propuso como alternativa una serie de arrabales, entre los que destacaban los ejemplos de Las Peñuelas y Chamberí, como los lugares idóneos para *“las fábricas y talleres que en el interior no encuentran edificios convenientes; los almacenes de maderas, hornos, tahonas y fraguas y otros establecimientos peligrosos e incómodos; las canteras de construcción y depósito de materiales, los corrales, basureros, vaquerías y otros que hoy inficionan y afean en el interior*

---

<sup>69</sup> Un rápido seguimiento a los inicios del barrio de Las Peñuelas puede verse en LÓPEZ SÁNCHEZ, A., y LOZANO MAROTO, M<sup>a</sup> R.: “Las Peñuelas: restos de un suburbio” en VV. AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno VII. El Ensanche Sur y la Ribera del Manzanares*. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 157-169.

<sup>70</sup> PALLOL TRIGUEROS, R.: *El distrito de Chamberí...*, op.cit., p. 40-41.

de la villa”<sup>71</sup>, y en los cuales las gentes más humildes, o aquellas que se dedicaban a estos trabajos, encontrarían el mejor entorno para vivir y formar una familia.

Dentro de esta política de alejamiento de las instalaciones fabriles, nos encontramos con la fábrica de Gas, entre el paseo de las Acacias y el de los Olmos (con fachada a la ronda de Toledo). En 1832 se había colocado en Madrid la primera cañería para el alumbrado por gas, y en 1846 se constituyó la Sociedad del Gas para el alumbrado público y particular de Madrid. Un año después la fábrica comenzó a funcionar. Ésta aparecía al mismo tiempo como una nota discordante con su entorno más inmediato de huertas y tierras de labor, pero también como una pista de los nuevos tiempos que llegaban a Madrid, que terminaron por transformar a la ciudad, incluido al futuro distrito de Arganzuela, en todos sus órdenes.

En la parte más occidental, se hallaban una serie de paradores en los que viajeros, tratantes de ganado, mendigos, etc., encontraban alojamiento barato. Entre ellos destacaba el Parador de Gilimón, ubicado entre la ronda de Segovia y el paseo Imperial, y fácilmente identificable en el plano por su amplio corral y su cerca, los servicios de alojamiento que prestaba estaban claramente determinados por abundante tráfico comercial que registraba esta zona.

En estas páginas se ha querido resaltar la doble funcionalidad de esta zona a lo largo de la primera mitad del siglo XIX: ocio y esparcimiento por un lado; comercial, agrícola e industrial, por otro (además de los establecimientos de este tipo situados dentro del distrito, hay que tener en cuenta la proximidad de otros muy importantes, como la fábrica de Tabacos o el Matadero municipal). La situación cambió extraordinariamente en la segunda parte, debido primordialmente al ferrocarril y las circunstancias que trajo consigo (en forma de sucesivas estaciones ferroviarias, la línea de circunvalación que atraviesa el distrito por la mitad, los almacenes e industrias que brotan siguiendo el humo de la locomotora, etc.) que no hicieron sino reforzar el uso industrial del suelo, y borrar todos los estímulos que pudieron haber hecho de esta zona un lugar para el asueto y solaz de los madrileños, ofreciendo por el contrario su lado más tenebroso. La literatura ha dado estremecedoras muestras de ello, como por ejemplo Pérez Galdós:

---

<sup>71</sup> MESONERO ROMANOS, R.: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*. Madrid, 1903.



“... como tenía que ir desde la calle de Hernán Cortés a la de Moratines, en el barrio de las Peñuelas, deteniéndose y preguntando por no conocer muy bien Madrid, ya habían dado las diez cuando entró por el conocido y gigantesco paseo de Embajadores. No le fue difícil desde allí dar con la morada de su tía. A mano derecha hay una vía que empieza en calle y acaba en horrible desmonte, zanja, albañal o vertedero, en los bordes rotos y desportillados de la zona urbana. Antes de entrar por esta vía, Isidora hizo rápido examen del lugar en que se encontraba, y que no era muy de su gusto.”<sup>72</sup>

La protagonista de la obra galdosiana, Isidora Rufete, no ve en los antaños barrocos paseos un lugar idóneo para el goce de sus sentidos, sino bordes rotos y desportillados de la ciudad. Con anterioridad a la aparición de los caminos de hierro, la zona se había degradado progresivamente, fruto del abandono por parte del Ayuntamiento, que no había llevado a cabo nuevas obras de acondicionamiento del terreno, ni tampoco había mantenido las existentes. De esta manera, los bellos paseos tornaron en caminos sucios y polvorientos, los barrancos se llenaron de basuras e inmundicias, y el Canal del Manzanares, como ya se ha dicho, se cerró por no ser más que un muladar, convirtiendo al paseo de Yeseros o del Canal en un sitio especialmente insalubre por el olor que desprendía.

El 9 de febrero de 1851 se inauguró la primera estación ferroviaria de Madrid, Atocha, debido a la construcción de la línea Madrid-Aranjuez. Según afirma Gómez Yanci, no hubo polémica respecto a su emplazamiento, pues la zona era de fácil acceso a la ciudad, con una buena situación con respecto al trazado de la vía, amplitud de espacio y fácil topografía<sup>73</sup>. En los primeros años constaba de unos cuantos edificios de construcción ligera y el “embarcadero” propiamente dicho, que era el edificio principal destinado a la entrada y salida de trenes, con dos andenes. También se instalaron las oficinas de la Compañía. Los haces de vías y las cocheras de locomotoras completaban las modestas instalaciones.

<sup>72</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*. Cátedra, Madrid, 2004, p. 95.

<sup>73</sup> GONZÁLEZ YANCI, M<sup>a</sup> P.: “Evolución urbana del Ensanche Sur” en *Establecimientos...*, *op.cit.*, p. 13. Aquí no se va a realizar un detallado análisis de las vicisitudes por las que atravesó la implantación del ferrocarril en Madrid, pues no es nuestro objeto de estudio. Este proceso puede seguirse en obras anteriormente citadas, como VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*. COAM, Madrid, 1980; GONZÁLEZ YANCI, M<sup>a</sup> P.: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1977; y también de la misma autora la primera referencia que se ha anotado.

Una situación muy diferente se produjo con la línea Madrid-Irún, concedida en 1845. Se produjo una dura polémica en torno al trazado de la línea, que enfrentó a las ciudades de Segovia y Ávila. La decisión afectaba también a la ubicación de la estación en Madrid, pues era diferente según la ciudad elegida. Finalmente, la Compañía de Crédito Mobiliario Español se hizo con la concesión de la vía férrea y creó la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, fijando la nueva estación en Madrid en los terrenos de la Montaña del Príncipe Pío, que comenzó a construirse en 1858.

Entre tanto, al amparo de la ley de ferrocarriles de 1855, el marqués de Salamanca, que había vendido al Estado el ramal Madrid-Aranjuez (aunque continuó con su explotación), consiguió la concesión de la vía férrea hasta Alicante y de una nueva Madrid-Zaragoza. Pronto se vio la necesidad de ampliar la estación de Atocha, y en 1858 se llevaron a cabo importantes obras que la convirtieron en una gran estación, con grandes depósitos y muelles de mercancías y unos importantes talleres de reparación.

Este cuadro inicial se completó con la vía de circunvalación que unía a las dos estaciones de Madrid. Este ramal formaba parte de la explotación de la Compañía del Norte. El Crédito Mobiliario Español, que era quien controlaba la compañía, tenía importantes intereses en el norte minero y español y, a su vez, explotaba la fábrica del Gas de Madrid, de ahí el interés por construir un ferrocarril que uniese las minas de carbón del norte de España con la capital. Por ello, el ferrocarril del Norte no se encaminaba, principalmente, al transporte de viajeros (como la Compañía Madrid-Zaragoza-Alicante), sino que pretendía relacionar el ferrocarril con la industrialización<sup>74</sup>. Estas características en los usos de la vía de contorno afectaron en los años sucesivos a su entorno más inmediato (las mejores muestras fueron la construcción de dos nuevas estaciones en el trayecto de la vía, Imperial y Peñuelas, destinadas exclusivamente al transporte de mercancías, así como la aparición en sus inmediaciones de numerosos almacenes, industrias asociadas o cuadras para el ganado). En la génesis de esta vía se hallaba la idea primigenia de una estación central en Madrid que articulase al conjunto del sistema de comunicaciones. La imposibilidad de llevarla a cabo hizo que recayese este papel en la estación de Atocha.

---

<sup>74</sup> ÁLVAREZ MORA, A., PALOMAR ELVIRA, P. y SAINZ RÓDENAS, J. M<sup>a</sup>.: “Desarrollo histórico de la zona sur de Madrid”, *op.cit.*, p. 157.

De esta forma, cualquier otra que se construyese a posteriori debía mantener con la de Atocha permanente comunicación. De ahí que a la Compañía del Norte se le exigiese esa unión por medio de la línea de contorno citada, la cual comenzó a construirse antes que la estación del Norte y, por supuesto, que la aprobación del proyecto de Ensanche de Castro.

A la altura de 1860 el futuro distrito de Arganzuela presentaba unos condicionantes que marcarían su evolución posterior y que afectaron, sin duda alguna, al desarrollo del Ensanche. La aparición del ferrocarril y sus estaciones marcaría en el rostro del distrito unos usos industriales que se mezclarían con zonas destinadas a vivienda. La línea de contorno actuó como barrera casi insalvable en la extensión de la población, marcando una profunda diferencia entre el norte y el sur de la misma.

### **3.2 Castro y Arganzuela: La inserción de la zona Sur en el proyecto de Ensanche**

Bonet Correa, en su estudio preliminar de la Memoria que Castro preparó para el Ensanche madrileño, expresa claramente que, aparte de la idea de respetabilidad y representabilidad que por su capitalidad debía tener Madrid, la ciudad tenía que resolver sus numerosos y graves problemas de falta de viviendas cómodas e higiénicas, su carencia de edificios adecuados para los servicios públicos, la inexistencia de espacios verdes, etc.<sup>75</sup>. Como se ha indicado anteriormente, en el diseño socioespacial que Castro estableció en su proyecto, diferenciando los barrios por clases sociales, asumía los usos periurbanos que observaba en las afueras colindantes a la cerca.

En el caso que nos ocupa, la zona Sur fue abordada por el ingeniero de una manera mucho más breve y sucinta que la del Este y, sobre todo, que la del Norte. Es más, resulta muy llamativa su propuesta de creación de un barrio obrero ex-novo detrás del Retiro, dedicándole una especial atención con un capítulo final, mientras que la zona Sur, la que posteriormente se convirtió en la verdaderamente industrial, aparece a cuenta gotas, entremezclada con otras áreas a las que concede mayor relevancia. Puede deducirse que esta discriminatoria atención se debe a su firme convicción de que era un terreno poco adecuado para la edificación:

---

<sup>75</sup> BONET CORREA, A.: *Plan Castro*, op.cit., p. XXXVI.

*“A nadie se le ocurriría seguramente el proponer la edificación de un gran barrio por la parte del río Manzanares en los terrenos hoy ocupados por huertas y que huertas seguirán siendo como lo han sido por centenares de años.”<sup>76</sup>*

No obstante la incluyó porque consideraba que debía cerrarse el circuito de ensanche en torno a toda la población, pero insistiendo nuevamente en que se trataba de terrenos no aptos para el asentamiento de población, frente a la zona Norte, la más adecuada para ello:

*“...completamente inútiles [los terrenos de la zona sur] para una edificación ni aún de medianas condiciones. (...) Es indudable que las afueras del norte y parte de las del Este, son las designadas con especialidad para el ensanche. El terreno se presenta en lo general bien dispuesto para asentar sobre él grandes masas de edificación divididas en formas regulares. No sucede lo mismo del lado del Sur, donde descendiendo el terreno con una rápida inclinación desde la actual cerca hasta el río Manzanares y cortado además por elevados caminos que ha sido fuerza construir así, para obviar aquel inconveniente, sería punto menos que imposible fundar allí una población de regulares formas.”<sup>77</sup>*

La desigual orografía que se describía en el punto anterior hacía imposible, a ojos de Castro, todo posible asentamiento de una población. En su lugar, propuso “*derribar las mezquinas y sucias viviendas*” levantadas en un cerro y trazó, entre la estación de Atocha y el paseo de las Acacias, una red ortogonal de calles con espacios dedicados a grandes almacenes y factorías, paradores, posadas y otros usos análogos vinculados al negocio ferroviario. Este trazado cuadrangular no respetaba las escasas edificaciones, ni los paseos existentes (los paseos de Embajadores, Canal o Santa María de la Cabeza), salvo el de Delicias y los cementerios, a los que rodeó de jardines. Sin embargo, al igual que ocurría en el caso de Chamberí, la existencia previa de una barriada extramuros como era el arrabal de las Peñuelas determinó, en mayor medida que la propuesta de Castro, la configuración posterior de la morfología urbana de este sector del distrito. Como bien apunta Díez de Baldeón<sup>78</sup>, las Peñuelas poseía ya una impronta morfológica capaz de imponerse sobre el proyectado plan.

---

<sup>76</sup> *Ibid*, p. 113.

<sup>77</sup> *Ibid*, pp. 103-104

<sup>78</sup> *Op.cit.*, p. 529. Sin embargo, el profesor Mas ha apuntado que no fue Castro quien decidió hacer desaparecer a los arrabales, pues en los primeros proyectos de 1858 aparecen, sino que fue una imposición por parte del Ministerio de Fomento. Por ello, en el plano aprobado de 1860 aparece una

Hacia el oeste, entre el paseo de las Acacias y el de Imperial, las dificultades del terreno le llevaron a Castro a proyectar únicamente un pequeño barrio, que adaptaba la cuadrícula de otras zonas por la orografía y respetaba a la fábrica del Gas. El resto lo consideró como zona hortícola de abastecimiento a la ciudad, dando continuidad a las huertas que ya existían:

*“...no se presenta el terreno, ni con mucho, a propósito para la edificación. Largo número de años sería necesario para dar a su suelo una forma regularmente dispuesta para aquel objeto, pues para ello habrían de rellenarse las grandes hondonadas que han quedado a consecuencia de la construcción de multitud de paseos y caminos sobre altos terraplenes que por allí se cruzan [...]. Admitiendo estas ideas, nos hemos persuadido que lo más apropiado a toda esta extensión sería, contando con las aguas sobrantes del canal y las empleadas en la limpieza de las calles y alcantarillas dirigidas a su salida de la población convenientemente, destinarla al cultivo de frutas y hortalizas, cortándola en anchos bancales para lo cual convida el terreno tal como hoy existe, con lo que también ganaría mucho el vecindario de Madrid...”<sup>79</sup>*

Por otro lado, Castro recogió en su Memoria la vía de circunvalación del ferrocarril, puesto que ya se estaba construyendo por entonces. El ingeniero parecía consciente del impacto que tendría en su obra, pues propuso el soterramiento de la línea. Sin embargo, una vez más la fuerza de los hechos era más poderosa que sus ideales de creación urbanística y no se llevó a cabo. En todo caso, observando el plano no parece que Castro calculara verdaderamente el impacto que en años sucesivos supuso este ramal en la morfología del distrito, pues apenas diseñó terrenos destinados a usos industriales y, en cambio, situó a lo largo de la vía manzanas residenciales. Evidentemente, los edificios industriales acabaron abriéndose paso a costa de zonas verdes, huertas, y viviendas, desfigurando el proyecto inicial.

En el actual barrio de Pacífico, surgieron por estas fechas los “Docks”, almacenes destinados fundamentalmente a hierros, maderas y alimentos, que se ubicaban en esta zona al abrigo de la estación de Atocha. Su importancia fue progresivamente aumentando con el transcurso de los años, llegando a condicionar el desarrollo del barrio de forma significativa.

---

retícula cuadrangular de manzanas en lugar del arrabal de Las Peñuelas y del paseo de Embajadores. Ver MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca...*, op.cit., p. 33.

<sup>79</sup> BONET, op. cit., pp. 111-112

Por tanto, puede afirmarse que a diferencia de las afueras del norte, donde los intereses de los propietarios fueron el principal agente distorsionador del proyecto, en la zona sur fue el ferrocarril. Aunque bien es cierto que hubo zonas donde su impacto fue total (aquellas donde se ubicaban las estaciones), la influencia del nuevo medio de transporte se extendió a la totalidad del distrito, deformando por completo el plan diseñado por Castro en los años sucesivos: en 1878 se gestionó la expropiación de unos terrenos a un particular y en 1880 se inauguraba la estación de Delicias, actual Museo del Ferrocarril, importante golpe al plan de Castro, pues se levantaba en un barrio residencial que había trazado; y en 1881, al encontrar insuficientes las instalaciones de Príncipe Pío, la Compañía del Norte decidió construir una estación para uso exclusivo de mercancías. Se levantó entre el paseo Imperial y el de los Melancólicos, en la zona que Castro había destinado a usos agrícolas por lo inadecuado para viviendas. Se destinó a mercancías, siendo sobre todo materiales pesados (piedra, carbón, leña, madera, hierro) y ganados. Esto hizo que en su proximidad se multiplicaran los establecimientos de almacenaje de estos productos y que todo el entorno adquiriera un marcado carácter industrial.

El golpe que asestaron las estaciones ferroviarias al proyecto de ensanche se extendió con la cicatriz férrea que atravesaba el distrito por su mitad, y que actuó casi como una especie de antecesor del Muro de Berlín. Al sur de la vía, la expansión de la ciudad en años sucesivos fue mínimo y con tintes profundamente marginales.

La vía de circunvalación llegó a afectar al único núcleo poblacional, Las Peñuelas, que se impuso también a la teoría de Castro. Con la llegada del Sexenio revolucionario, el nuevo Ayuntamiento contó con la figura de Fernández de los Ríos, conocido enemigo del proyecto de Castro, provocando su salida del consistorio. Esto supuso la victoria de los arrabales, frente a la opinión del ingeniero de derribarlos y construir de nuevo, y se procedió a mejorarlos.

Sin embargo, los nuevos responsables se encontraron con que la zona de Las Peñuelas:

*“...opone grandes dificultades para poner en condiciones racionales de viabilidad, calles cuyo arreglo requiere sigan enterradas unas casas y colgadas otras. Luchando contra tales obstáculos, con los que además opone lo accidentado del terreno en que está situado este barrio, y con el punto obligado que marca el paso a nivel del ferrocarril de distrito por la plaza, se está trabajando para regularizar, hasta donde sea posible, las rasantes y comunicaciones de un barrio que sólo tiene una buena calle, la formada por los paseos de Embajadores y el Canal.”<sup>80</sup>*

Por tanto, a la altura de los años 60 del siglo XIX nos encontramos con una realidad que progresivamente adquiere importancia en el conjunto de la ciudad, tanto a nivel económico (su incipiente configuración como “hábitat natural” para el ferrocarril, uno de los motores de la economía española, y madrileña en particular, y la progresiva proliferación de pequeñas fábricas y grandes talleres) como demográfico (el arrabal de Las Peñuelas logró sobrevivir al plan de Ensanche).

### **3.3 Arganzuela a la altura de 1860: una realidad social en gestación**

#### **3.3.1 La importancia de Arganzuela en el crecimiento demográfico de Madrid**

Desde la renovación de los estudios demográficos por historiadores como Laslett o Wrigley, la historia demográfica es una de las disciplinas más fructíferas en cuanto al volumen de investigaciones realizadas. En el caso español, los aires nuevos llegaron de la mano de David S. Reher<sup>81</sup>. Sin embargo, la ciudad de Madrid no posee un importante número de estudios, una situación que se agrava especialmente en la época contemporánea<sup>82</sup>: esto puede apreciarse en la anecdótica presencia de Madrid en obras colectivas como son los congresos de la Asociación de Historia Demográfica.

---

<sup>80</sup> Boletín Oficial del Ayuntamiento, 29-III-1869, cita recogida por DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales...*, op.cit., p. 530.

<sup>81</sup> Del conjunto de su obra podemos destacar REHER, D.S.: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*. Siglo XXI, Madrid, 1988; y *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Universidad, Madrid, 1996.

<sup>82</sup> Las obras de Antonio Fernández o de Dolores Brandis, junto con algunos otros artículos, son lo más destacado de una producción historiográfica que no ha llevado a cabo un tratamiento intensivo de las fuentes de acuerdo con las nuevas ideas de la renovada historia demográfica.

Esta debilidad afecta sin duda al conocimiento de la historia concreta de la capital, pero, y lo que es más importante, repercute en el conocimiento general del comportamiento demográfico español. Esta situación se achaca, en buena medida, al enorme volumen poblacional de la urbe, lo que ha estimulado a muchos historiadores a tomar por objeto de estudio localidades más pequeñas<sup>83</sup>. Estas deficiencias respecto al comportamiento demográfico de Madrid se acentúan sobremanera si descendemos al nivel de sus barrios, parroquias y distritos. En general, para conocer su evolución, se suele recurrir a los datos ofrecidos por resúmenes estadísticos de la administración municipal, asumiendo los errores que contienen.

La zona 3 del Ensanche no se convirtió en un distrito independiente hasta 1955, cuando apareció como el distrito Arganzuela-Villaverde (y no fue hasta 1970 cuando lo hizo definitivamente con su nombre actual).

Por tanto, hasta bien entrado el siglo XX, nos hallamos ante unos terrenos que, administrativamente, dependían de otros distritos. El nombre de Arganzuela sólo era empleado para designar a la dehesa cercana al río. La Zona Sur del Ensanche hay que buscarla en la literatura de la época por las diferentes piezas que, con el paso del tiempo, fueron conformando un puzzle hasta dar unidad al área: así, nos encontramos con el arrabal de las Peñuelas, que gira en torno a la plazuela del mismo nombre y a sus calles adyacentes; las afueras de la puerta de Toledo o las de la puerta de Segovia, con el portillo de Gil Imón; o Atocha y sus inmediaciones; los lavaderos del Manzanares, etc. Esta situación se complica hasta el punto de que en los propios padrones la denominación es confusa: en el padrón de 1860 todo lo que entonces era la Zona Sur del Ensanche aparece asignado al barrio del Canal (distrito de Hospital) y al barrio del Puente de Toledo (La Latina); en cambio, en el padrón de 1878, aparece una división en tres distritos, aunque la subdivisión en barrios continua con grandes inexactitudes.

---

<sup>83</sup> Véase como principales ejemplos OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P., GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. . El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización: Pamplona (1840-1930)*. Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002; o GONZÁLEZ PORTILLA, M. (dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo (Economía, población y ciudad)*. Fundación BBVA, Bilbao, 1995. Ésta última tiene unas dimensiones mayores debido a que se ocupa también de las zonas próximas a la capital bilbaína.



Con todo, no acaban aquí los problemas: tanto en 1860 como en 1878 se ha podido comprobar cómo se entremezcla esta zona con las ubicadas en el Extrarradio madrileño, especialmente en el sector del Puente de Toledo (los lavaderos de la orilla opuesta del río, las edificaciones de la zona de San Isidro) y de Atocha (especialmente problemático resulta el barrio de Pacífico, pues la división se establece a partir de la carretera de Valencia, y la zona del Puente de Vallecas). Por tanto, se hace necesario precisar que el distrito de Hospital se extiende entre la carretera de Valencia (actual Avda. de Barcelona) y el paseo de las Delicias; el distrito de Inclusa entre éste paseo y el de las Acacias; y el de La Latina entre el de las Acacias y el puente de Segovia (aunque aquí se sitúan unas pocas edificaciones en el distrito de Audiencia).

Solventadas las dificultades, este trabajo recoge los datos referidos a la Zona Sur del Ensanche a partir del minucioso examen de las hojas del padrón municipal, que se aceptan o rechazan en función de su posición en el plano<sup>84</sup>. Al comparar los datos obtenidos con los que ofrecen diversos resúmenes estadísticos, inmediatamente se aprecian disonancias y cambios de ritmo en la evolución de la población que, generalmente, indican una sobreestimación de la población existente en el distrito del Sur (ver la tabla 3).

TABLA 3. EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE ARGANZUELA (1845-1878)			
Año	Población	Índice	Fuente
1845	1.740 (Delicias, Canal, Puente de Toledo y Puente de Segovia)	100	Archivo de Villa, Secretaría, 4-22-86 <sup>85</sup>
1847	2.414 (Delicias, Canal, Puente de Toledo, Puente de Segovia)	138,74	Diccionario de Madoz <sup>86</sup>
1860	3.701 (Zona 3 del Ensanche)	212,7	Padrón municipal 1860 <sup>87</sup>
1878	22.080 (Peñuelas, Puente de Toledo, Puente de Segovia, Delicias)	1.268,97	Recuento general de la población <sup>88</sup>
1878	15.707 (Zona 3 del Ensanche)	902,7	Padrón municipal 1878 <sup>89</sup>

<sup>84</sup> Para ello, ha sido imprescindible la consulta de planos de la época (Plano de Ensanche de 1857; Plano de Ensanche de 1860; Plano de Madrid de 1866 de Juan Merlo, F. Gutiérrez y Juan de Rivera; y Plano parcelario de Madrid de 1874 de Ibáñez de Íbero) y de la obra APARISI LAPORTA, L. M.: *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo*. Gerencia Municipal de Urbanismo, Madrid, 2001, 2 vols.

<sup>85</sup> BRANDIS, D.: *El paisaje residencial...*, op.cit., p. 77.

<sup>86</sup> Dato recogido por GONZÁLEZ YANCI, M<sup>a</sup> P.: “Evolución urbana del Ensanche Sur” en *Establecimientos...*, op.cit., p. 17.

<sup>87</sup> Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de Madrid de 1860.

<sup>88</sup> Archivo de Villa, Secretaría, 5-200-29

<sup>89</sup> Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de Madrid de 1878.

Como puede observarse, el crecimiento registrado entre 1845 y 1847 invita a pensar que alguna de las dos cifras se presenta demasiado elevada (es más posible que sea la segunda, debido a que el crecimiento de los 13 años posteriores sería menos acelerado cuando se ha demostrado que es en la década de los 50 cuando el ritmo se intensifica), lo cual puede deberse a la inclusión de personas que no pertenecían al Ensanche, bien por la parte del casco antiguo, bien por las tierras del Extrarradio. Esta circunstancia se hace más visible en el año 1878, cuando el dato del resumen estadístico aparece excesivamente inflado con respecto al obtenido en nuestra investigación<sup>90</sup>.

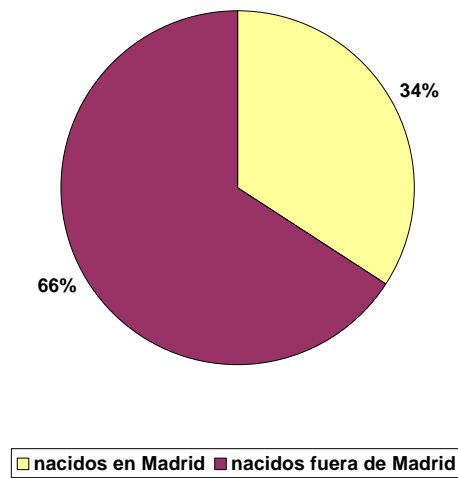
Evidentemente, la información que aportan los padrones municipales es un material empírico de enorme riqueza, pues permite ir mucho más allá de la mera corrección de cifras de población. A través de ellos, podemos llegar a una mejor comprensión de fenómenos fundamentales en la evolución de Madrid a lo largo del siglo XIX, como por ejemplo la inmigración, las formas familiares, la estructura profesional, etc. Además, en una dialéctica comparación con la población de la zona Norte del Ensanche y la del conjunto de la ciudad, se pretenden descubrir aquellos rasgos definitorios de las gentes que conformaron las “afueras del sur” de la capital dentro de una nueva historia urbana que, sin desatender al escenario, ponga su mirada en una sociedad en germinación.

### 3.3.2 Tierra de inmigrantes, refugio de madrileños

El carácter periférico de Arganzuela (primero como arrabales extramuros de la ciudad, luego como parte del Ensanche de la misma) confirió a la población que fue asentándose en ella unas características propias respecto del resto de Madrid. El crecimiento acelerado que se observaba en el anterior apartado muestra a las claras el grave problema de alojamiento que sufría Madrid. En un rápido vistazo se detecta que la mayoría de las personas que se asentaban en el cinturón que rodeaba a Madrid era de procedencia inmigrante. En el caso de la zona sur, el porcentaje se acercaba a casi 7 personas de cada 10 (ver el gráfico 3).

---

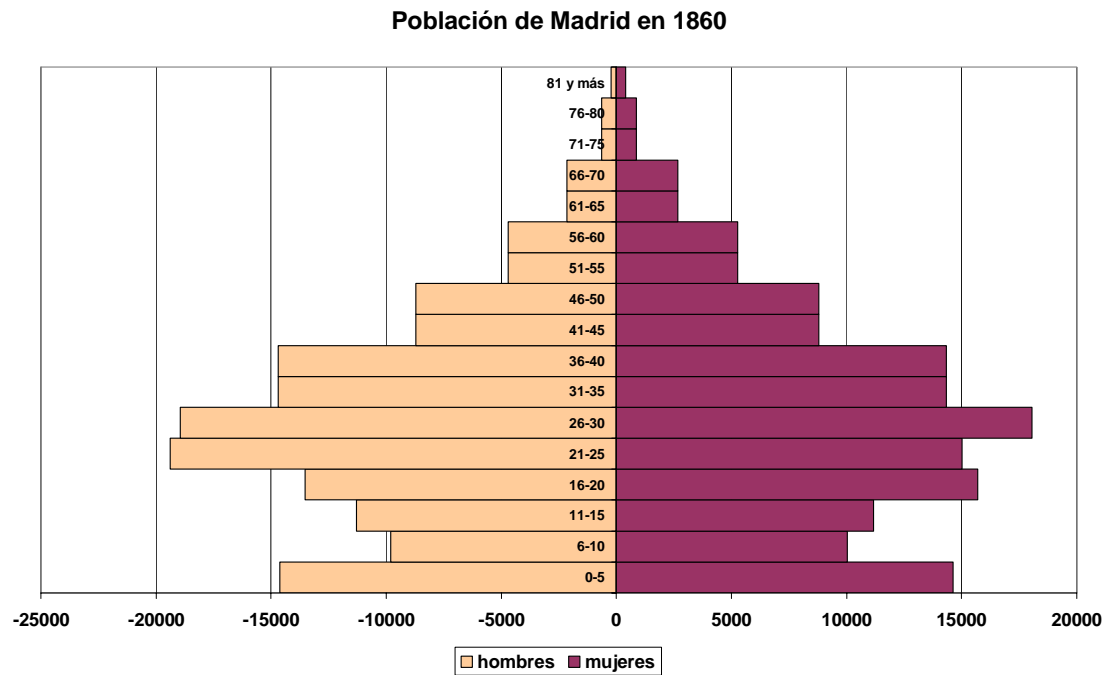
<sup>90</sup> Por otro lado, el crecimiento detectado en este período es muy importante, alcanzando un índice de crecimiento de más de 900 %. Sin embargo, para este mismo período, resulta algo más moderado si se compara con el Ensanche Norte, el cual había experimentado más de un 2000 % de crecimiento para el año 1880. A partir de este momento, todas las comparaciones con el distrito Norte harán referencia a la obra ya citada de PALLOL TRIGUEROS, R.: *El distrito de Chamberí, 1860-1880. El nacimiento de una nueva ciudad*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Universidad Complutense de Madrid, 2004.

**Gráfico 3. Inmigración general en el Ensanche Sur (1860)**

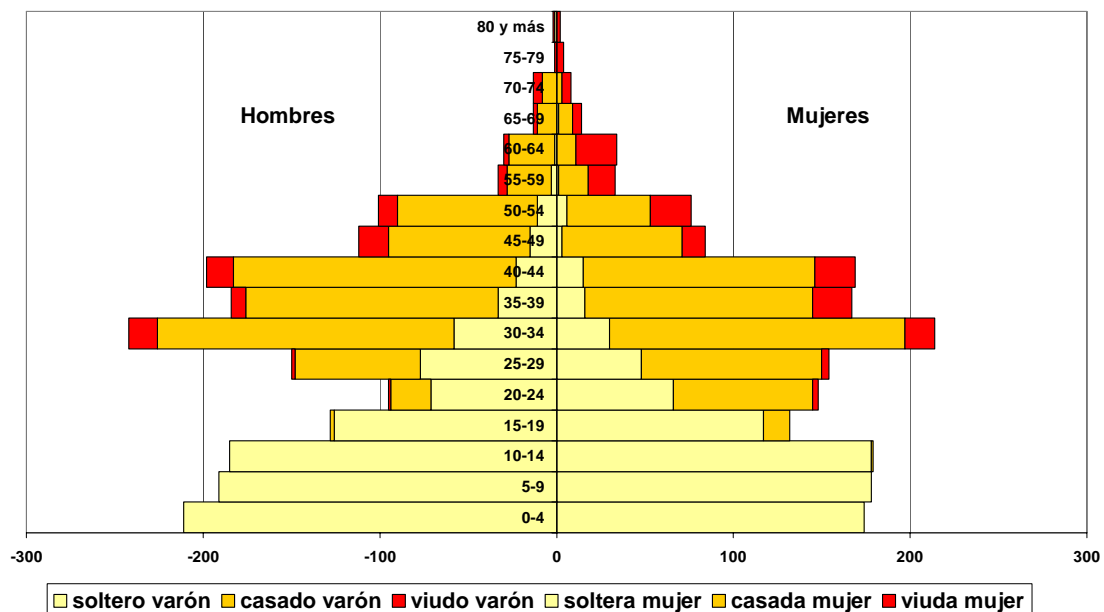
[Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de 1860. Todos los gráficos o tablas siguientes tienen la misma procedencia, salvo indicación contraria.]

Este no era un rasgo definitorio de la zona indicada, sino que era compartido por la zona Norte en términos similares. Ahora bien, esto no es suficiente para caracterizar a una sociedad en proceso de formación. El contingente inmigratorio, ¿era de reciente llegada o, por el contrario, su estancia en Madrid era más prolongada en el tiempo?; ¿eran inmigrantes de paso o con carácter definitivo?; ¿vinieron a vivir directamente a Arganzuela, o lo intentaron antes en otras zonas de la ciudad?. Además, hay que tener en cuenta a las personas nacidas en la propia capital, pues suponen un tercio del total: ¿eran hijos de inmigrantes nacidos en Madrid?; ¿eran personas que no podían vivir en el casco antiguo por su nivel de vida o sus actividades económicas?

La pirámide de población por edades, sexo y estado civil (ver gráfico 4), muestra una situación de transformación demográfica muy similar a la que experimentaba la zona de Chamberí en la misma época, y que difiere parcialmente de la relativa al conjunto de Madrid.



**Gráfico 4. Pirámide de población por estado civil. Ensanche Sur (1860)**



La silueta aparece afectada por una serie de factores que no atienden a la evolución natural de la población de Arganzuela, sino al fenómeno de la inmigración que observábamos en el gráfico anterior. Salta a la vista el significativo estrangulamiento que experimenta el grupo de edad de 15-19 años en ambos sexos y, en el caso de los varones, el de 20-24 años.

Esta situación encontraba ecos en diferentes partes de España, con lo que parece asociada al proceso de urbanización que se estaba desarrollando en la segunda mitad del siglo XIX. Enriqueta Camps, en su estudio de los procesos de inmigración de Sabadell, ciudad industrial, identifica una situación demográfica con importantes analogías a la que aquí se expone<sup>91</sup>. Hay que resaltar el diferente comportamiento entre sexos en la franja de los 20 a los 24 años. La considerable presencia de mujeres de estas edades frente a los hombres, así como el predominio de las casadas, nos indica una nupcialidad más precoz, mientras que la nupcialidad masculina sólo cobra relevancia a partir de los 25 años, coincidiendo con una recuperación acelerada de sus contingentes hasta el máximo alcanzado en los 30-34 años.

Por tanto, la población de 1860 presentaba una fuerte inmigración que incrementó determinadas cohortes de edad, especialmente las de adultos en plena madurez de la edad laboral (25-44 años) y la de los menores de 15 años, presumiblemente sus hijos. Además, hay que destacar que a pesar de las características periféricas de la zona y del fuerte aluvión de inmigración que estaba recibiendo, no se percibe una desarticulación familiar de importancia, pues las personas casadas predominaban desde los 20 años en el caso de las mujeres, y desde los 25 en los hombres<sup>92</sup>. Esta distribución insinúa que la llegada se producía en familias ya constituidas y mayoritariamente jóvenes.

Para reforzar esta hipótesis planteada, hay que sumergirse en las formas en que se produjo esa inmigración del campo a la ciudad que permitió la expansión urbana. Existe una tipología en los movimientos migratorios que ha sido perfectamente definida en diferentes épocas y regiones<sup>93</sup>. Se trataba principalmente de jóvenes que no conseguían entrar en el mercado de trabajo de sus comunidades de origen, y eran obligados a buscar su oportunidad en las ciudades: hombres jóvenes que llegaban en

---

<sup>91</sup> CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial...*, *op.cit.*, pp. 98-111.

<sup>92</sup> Natalia Sitjà ha fijado la edad media de acceso al matrimonio, para el caso madrileño, entre los 27 y los 29 años para los hombres, y entre los 23 y los 28 años para las mujeres. Véase SITJÀ MORA, N.: “La inmigración en Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación”, comunicación presentada al VI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, Granada, 1-3 de abril de 2004. Por tanto, la población de Arganzuela muestra un comportamiento en la nupcialidad similar al conjunto de la ciudad.

<sup>93</sup> REHER, D. S.: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Universidad, Madrid, 1996; MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo...*, *op.cit.*; SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño (1758-1868)*. Siglo XXI, Madrid, 1994.

solitario a la gran urbe en busca de cualquier trabajo; o chicas, la mayoría adolescentes, que aspiraban a engrosar las filas del servicio doméstico en las nuevas casas de una ascendente burguesía. Este modelo denotaba una marcada estrategia económica tradicional en las comunidades rurales con un doble sentido: por un lado, disminuían las bocas a alimentar (algo muy importante en períodos de carestía), y por otro lado, se lograba asegurar un futuro para los miembros que emigraban, los cuales también ayudaban a su familia con el envío ocasional de remesas de dinero. Sin embargo, en numerosas ocasiones, y particularmente en el caso de jóvenes colocadas en el servicio doméstico, la migración era de carácter temporal, hasta reunir una cantidad de dinero suficiente que permitiese la vuelta a sus pueblos de origen.

En el caso de Arganzuela, si atendemos al origen de la población exclusivamente inmigrante, vemos que la amplia mayoría procedía de lugares lejanos para el Madrid de mediados del siglo XIX (ver gráfico 5).

**Gráfico 5. Población inmigrante de Arganzuela por lugares de origen (1860)**



[Se ha considerado como provincias limítrofes Ávila, Cuenca, Guadalajara, Segovia y Toledo, mientras que las lejanas aglutinan al resto de España.]

<b>Tabla 4. Población del Ensanche Sur por lugares de origen en 1860: Principales provincias<sup>94</sup></b>				
<b>Provincias</b>	<b>Hombres</b>	<b>Mujeres</b>	<b>Total</b>	<b>Porcentaje*</b>
<b>Alicante</b>	198	210	408	11,02%
<b>Toledo</b>	153	147	300	8,12%
<b>Madrid</b>	133	137	270	7,30%
<b>Ciudad Real</b>	67	67	134	3,62%
<b>Lugo</b>	74	39	113	3,05%
<b>Oviedo</b>	70	43	113	3,05%
<b>Murcia</b>	50	56	106	2,86%
<b>Cuenca</b>	48	57	105	2,84%
<b>Valencia</b>	46	47	93	2,51%
<b>Guadalajara</b>	40	51	91	2,46%
<b>Total de las 10</b>	<b>879</b>	<b>854</b>	<b>1733</b>	<b>46,83%</b>

Nos encontramos, por tanto, ante personas que llegaron a Madrid para quedarse de forma definitiva o, cuando menos, por una estancia de larga duración, una situación que difería en buena medida de aquellos desplazamientos cercanos y transitorios que antes se apuntaban. En Arganzuela se acentuó este modelo migratorio que se apuntaba más limitadamente en Chamberí. La provincia de Alicante, lejos de la zona de influencia de la capital, destaca sobre el resto de manera significativa, superando a zonas naturales de “abastecimiento demográfico” como la propia provincia de Madrid<sup>95</sup> o Toledo (ver tabla 4).

En el Ensanche Sur se perciben tres regiones españolas como abastecedoras de población: en primer lugar, hay que destacar el sorprendente peso de la zona levantina, que distingue a Arganzuela del resto de la ciudad, y que podría explicarse por factores de índole geográfica (la situación del distrito se encuentra en el camino natural hacia esta región) o económica (la importancia de las cigarreras, que más adelante se comentará). En segundo lugar, la abundante presencia, por otro lado esperada, de personas procedentes del ámbito de influencia de la capital (más por parte de la zona manchega que castellana). En tercer lugar, el norte peninsular se manifiesta de forma notable, coincidiendo con el conjunto de la ciudad, como ha señalado Bahamonde<sup>96</sup>, fruto de los profundos cambios que se estaban produciendo en el agro gallego y cantábrico como consecuencia de la desamortización.

\* Respecto del total de la población (incluido los nacidos en Madrid).

<sup>94</sup> La relación completa del origen de la población por lugares de origen se encuentra en los apéndices.

<sup>95</sup> En este caso, la diferencia es muy notable respecto al Ensanche Norte. En esa zona, el peso de los nacidos en la provincia de Madrid era aplastante, un 47,9%, frente al exiguo 7,3% en Arganzuela.

<sup>96</sup> BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico...*, op.cit., pp. 46-47.

Por tanto, una migración de nuevo cuño por sus lugares de origen, lo que conllevaba también una diferente estancia en el lugar de llegada. Pero novedosa sobre todo por las formas que adopta<sup>97</sup>. En la toma de decisión de emigrar en busca de un trabajo, una mejor forma de vida, ya no participaban mayoritariamente personas en solitario, que emprendían la aventura de forma individual, sino personas que presentaban vínculos familiares entre sí, primordialmente familias relativamente jóvenes con hijos (lo que explica el ensanchamiento de estos sectores en la pirámide población, y cuyos vínculos familiares pueden apreciarse en la tabla 5).

<b>TABLA 5. FORMAS DE INSERCIÓN EN EL HOGAR DE LOS INMIGRANTES RECIÉN LLEGADOS (1858-1860)<sup>98</sup></b>								
<b>Parentesco</b>	<b>Cabezas de familia</b>	<b>Esposas</b>	<b>Hijos</b>	<b>Familiares</b>	<b>Criados</b>	<b>Laboral</b>	<b>Realquilados</b>	<b>Otros</b>
<b>Provincia de Madrid</b>	<b>9</b> (18,37%)	<b>10</b> (20,41%)	<b>20</b> (40,82%)	<b>2</b> (4,08%)	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>7</b> (14,29%)	<b>1</b> (2,04%)
<b>Provincias limítrofes</b>	<b>40</b> (19,61%)	<b>29</b> (14,22%)	<b>85</b> (41,67%)	<b>12</b> (5,88%)	<b>7</b> (3,43%)	<b>2</b> (0,98%)	<b>25</b> (12,25%)	<b>4</b> (1,96%)
<b>Provincias lejanas</b>	<b>74</b> (20,44%)	<b>58</b> (16,02%)	<b>104</b> (28,73%)	<b>15</b> (4,14%)	<b>5</b> (1,38%)	<b>17</b> (4,7%)	<b>86</b> (23,76%)	<b>3</b> (0,83%)
<b>Extranjero</b>	<b>7</b> (28%)	<b>4</b> (16%)	<b>3</b> (12%)	<b>1</b> (4%)	<b>0</b>	<b>6</b> (24%)	<b>3</b> (12%)	<b>1</b> (4%)
<b>TOTAL (631)</b>	<b>130</b> (20,6%)	<b>100</b> (15,85%)	<b>208</b> (32,96%)	<b>30</b> (4,75%)	<b>12</b> (1,9%)	<b>25</b> (3,96%)	<b>118</b> (18,7%)	<b>9</b> (1,43%)

Este modelo de migración era abrumador en el entorno más cercano a la capital (entre el 75 y el 80%), mientras que se reducía conforme la distancia a Madrid se incrementa (en este caso, el motivo es un menor número de hijos de las parejas), mientras que aquellas personas que convivían con otras sin mantener ningún tipo de vínculo familiar se duplica. En cualquier caso, nunca superan a aquellos que lo hacían en compañía de sus familiares más cercanos, con un dominio claro de la familia nuclear.

<sup>97</sup> El modelo explicativo sigue la línea que estableció Camps para el caso de Sabadell, donde el protagonismo correspondía a jóvenes matrimonios con hijos menores de 14 años. La aparición de nuevas bocas que alimentar suponía una seria amenaza de miseria para la familia, además de restar la fuerza de trabajo de la mujer. Véase CAMPS, E.: *La formación del mercado...*, op.cit., p. 103 y p. 109.

<sup>98</sup> Se sigue la propuesta de F. Mendiola, ya utilizado para el caso del Ensanche Norte, en la que se selecciona aquella población inmigrante que, por su tiempo de estancia en la ciudad, se acerca más a las características de residencia y estructura familiar que tenían en el momento de su llegada. MENDIOLA, F.: *Inmigración, familia y empleo...*, op.cit.

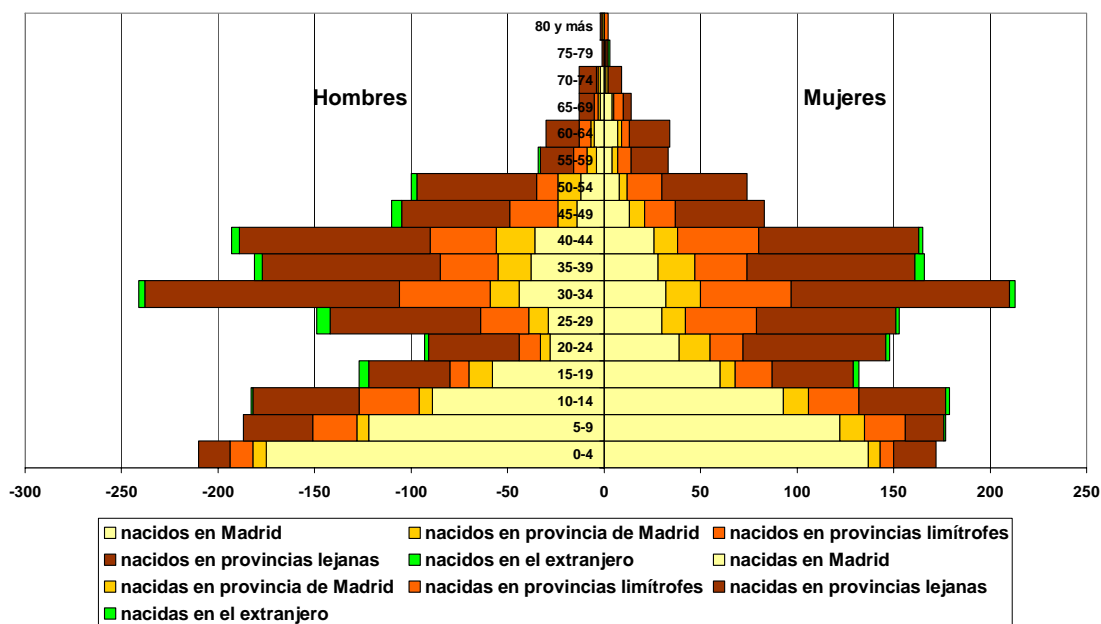


Además, de los 130 cabezas de familia registrados, 80 tenían al menos un hijo, lo que evidencia el peso de familias ya consolidadas. A su vez, de esas 80 familias con prole, 60 de ellas emigraron con todos sus hijos con menos de 14 años, con lo que el momento que eligieron para irse a la ciudad era especialmente crítico para su supervivencia.

Esta situación de precariedad se agravaba en el caso de aquellas familias que, al llegar a la ciudad, se veían obligadas a convivir con otra familia, con la que no mantenían ningún vínculo familiar, debido a los escasos recursos de que disponían. Aunque no constituyen un sector importante, reforzarían el modelo de migración familiar en el momento del éxodo, frente al que no presentaba ningún grado de parentesco.

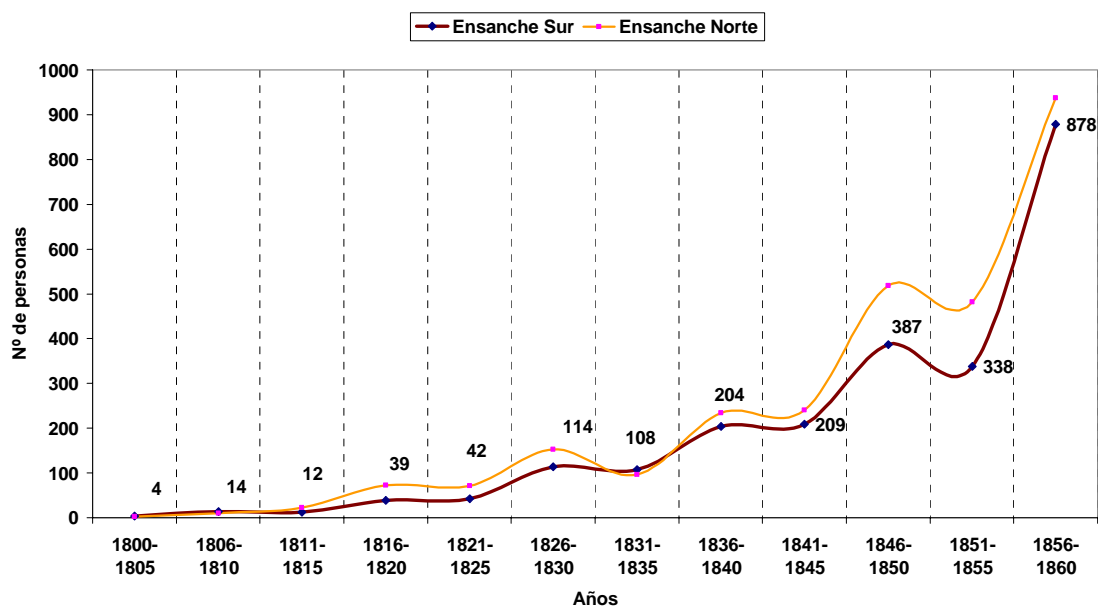
Esta inmigración reciente no suponía la totalidad de la existente en Arganzuela en 1860. Todo lo contrario, la amplia mayoría de los inmigrantes (un 73´4%) llevaba en Madrid más de 3 años, condicionando toda la estructura piramidal de la población, como se observaba en el gráfico 4 y que ahora desglosamos por lugares de origen (gráfico 6).

Gráfico 6. Pirámide de población por lugares de origen. Ensanche Sur (1860)



A partir de los 15 años, la población nacida fuera de Madrid era claramente dominante. Nos encontramos, por tanto, ante una mayoría de familias encabezadas por inmigrantes que llevaban varios años residiendo en la capital, que podemos considerar como su destino definitivo, pues muchos de ellos habían alcanzado una edad avanzada y, en gran parte, sus hijos habían nacido en Madrid (estos niños son la mayoría de los madrileños residentes en Arganzuela. La amplia base de los 0 a los 4 años estaría en consonancia con la natalidad elevada registrada para distritos como La Latina o Inclusa). Por otro lado, en los estudios migratorios se ha resaltado que los movimientos de población, lejos de ser un trasvase directo entre el lugar de nacimiento y el destino final, solían hacerse mediante sucesivas escalas cada vez más cercanas al punto definitivo. En el caso de Arganzuela, no se ha podido efectuar un estudio en profundidad debido a que, en la mayor parte de los casos, las hojas de padrón no reflejan el pueblo de procedencia desde el que se llegó a la capital (y aquellas en las que aparece, en casi todas se cita el pueblo de nacimiento). No obstante, este comportamiento se puede vislumbrar si nos detenemos en el intervalo de edad 40-44 años, bastante numeroso en comparación al siguiente. Tras probar fortuna en varios sitios, estas familias llegaban a Madrid con la idea de quedarse definitivamente, pues ya contaban con una edad algo avanzada.

**Gráfico 7. Ritmos de llegada de los inmigrantes (1800-1860)**

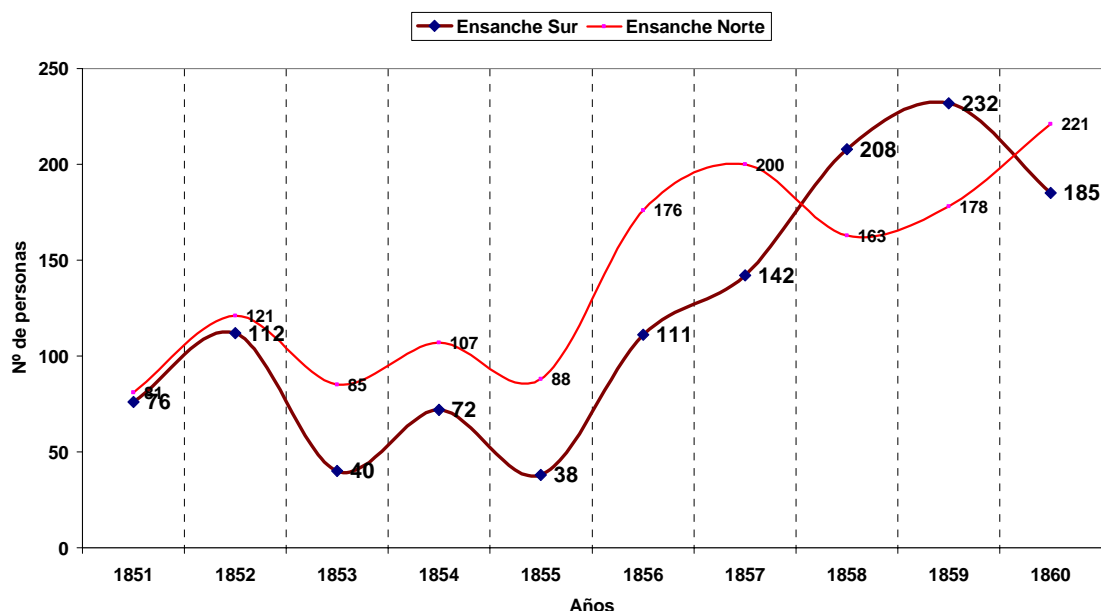


Las cifras de inmigrantes corresponden sólo al Ensanche Sur.

El flujo de estas familias que arribaban a las puertas de Madrid se registraba desde principios del siglo XIX, en una progresión constante, sin grandes vaivenes, y a bajo ritmo durante la primera mitad de la centuria (ver gráfico 7).

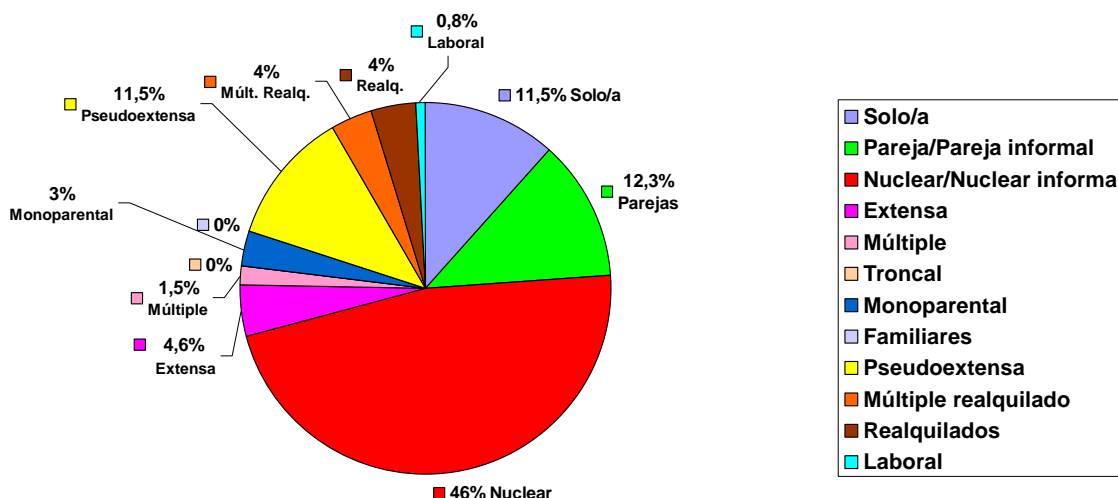
A partir de la década de 1850, tras un leve retroceso, inició un fuerte impulso que anunciaba la fuerte corriente inmigratoria que acogió Madrid en las posteriores décadas. Aunque en cantidades menores, la evolución del proceso fue paralela a la que tuvo lugar en Chamberí (salvo en el caso de la inmigración más reciente, en la que Arganzuela registra mayores tasas de acogida. Para un mayor detalle en la última década, ver gráfico 8), lo que evidencia un comportamiento general del Ensanche en las dinámicas de los movimientos de población.

**Gráfico 8. Ritmos de llegada de inmigrantes (1851-1860)**



Como se ha podido ir viendo, los vínculos familiares desempeñaron un papel protagonista en todo este proceso de recolocación de gentes de nuevo cuño que afectó al conjunto de España. La familia nuclear llevó la voz cantante en el suministro de efectivos humanos a la capital, pero no era la única forma de llegada en la que el parentesco actuaba (ver el gráfico 9).

**Gráfico 9. Estructura familiar de la población llegada al Ensanche Sur (1858-1860)**



La solidaridad familiar operaba en las redes de migración de forma indiscriminada, sin distinción de clases sociales, y en un abanico de posibilidades verdaderamente variado: el sobrino que residía junto a sus tíos (como era el caso de Manuel, protagonista de la novela de Baroja *La lucha por la vida*); dos primos casados con sus respectivas familias, o dos hermanos; la mujer que acaba de enviudar y, ante la amenaza de la miseria, marchaba a casa del hijo; los abuelos que cuidaban del nieto ante la muerte de su madre y el abandono del padre, ... y así hasta agotar todo tipo de combinaciones, superando en ocasiones este estrecho círculo y extenderlo a conocidos y amigos del mismo pueblo que, en un momento dado, podían resultar una ayuda inestimable en la llegada a la ciudad y los primeros días.

Un ejemplo significativo lo constituían una serie de familias alicantinas que llegaron a Madrid entre 1858 y 1860. Hasta siete familias vinieron a vivir a la ronda de Segovia, entre los números 8 y 14. María López, una costurera viuda de 32 años, vivía con su hijo José Berenguer, de 6 años; habían llegado a Madrid dos años antes procedentes de Monovar. Francisco Guillén, soltero de 27 años, era un herrador de Alcántara que convivía con Ruperto Esteve, estudiante vallisoletano de 20 años. Josefa Tomás era una alicantina de Espinoso de tan solo 14 años y que aparece como costurera; vivía sola y era muy joven, con lo cual, incita a pensar que estaba al abrigo de alguna de las cuatro familias restantes, todas ellas nucleares: Tomás Vicedo Gumier era un carretero de Aspe, de 28 años de edad, que estaba casado con Teresa Almodóvar, también de Aspe y de 28 años, y tenían un hijo de unos meses, Tomás, también natural

de Aspe; Antonio Burillo, esterero de 35 años y natural de Monforte, encabezaba una familia compuesta por su mujer, Juana Navarro, de 31 años y nacida en Novelda, y sus hijas Concepción, de 10 años, y Juana, de 7; Telesforo Samper, también oriundo de Monforte, era un jornalero de 31 casado con Luisa Tendero, mujer de 29 años del mismo pueblo que su marido, y tenían dos hijas, Luisa de 4 años y Encarnación de 1 año; por último, Felipe Navarro Valero era un esquilador de mulas que había nacido en San Vicente hacía 35 años, estaba casado con María Moya García, de su misma edad y pueblo, y tenían dos hijos, María de 10 años, y Vicente de 4 años. En total eran 20 personas viviendo en cuatro números contiguos de la misma calle y que procedían de la misma provincia, algunos del mismo pueblo, como por ejemplo los originarios de Monforte. Un caso similar ocurría en la zona de la plaza de las Peñuelas, donde vivían 19 personas procedentes de Novelda y Elche, o dos familias procedentes de Albatera, también de Alicante, que vivían en el nº 3 de las Cambronerías, una zona especialmente marginal. No podemos entrar a valorar las causas últimas en la decisión de estas familias de marcharse de sus lugares de origen, pues las desconocemos, pero la importante presencia de personas procedentes de Alicante (y por extensión de la zona levantina), unido a su lejanía respecto a la capital y a las profesiones que declaran ejercer (la mayoría de baja o nula cualificación), hacen pensar en las dificultades para sobrevivir, y un acontecimiento poco deseado, o inesperado, como sería tener un hijo, o una crisis coyuntural de trabajo (cuando no eran los dos sucesos a la vez), podían llegar a romper ese fino hilo que les separaba de la indigencia.

Este fenómeno no era exclusivo de esta zona, pues también encontramos otros casos de familias del mismo pueblo de provincias lejanas, como Vich (Barcelona) o Toro (Zamora), y otros procedentes del entorno más cercano a Madrid, como eran los casos de las 24 personas de Aranjuez (Madrid) halladas en la ronda de Atocha, o pueblos de Toledo como Miguel Esteban y Puebla de Don Fadrique.

No resulta descabellado considerar que las familias que se dirigieron a Madrid no tuvieran como opción inicial acudir a los arrabales de la ciudad, sino que primero buscaran establecerse en barrios del centro con vivienda barata. De esta forma, sus posibilidades de una integración rápida eran mayores, puesto que las oportunidades de trabajo eran más altas (acudir a la Puerta del Sol para ser contratado como jornalero, la venta ambulante, incluso la mendicidad por calles y parroquias).

Una vez transcurrido el período de aclimatación, si las condiciones socioeconómicas no habían mejorado, o incluso habían empeorado, los arrabales aparecían como óptimo recurso debido a unos alquileres más asequibles para el frágil bolsillo de las clases populares. Pero no sólo ocurría con los que habían nacido en otros lugares, sino también con aquellos madrileños que habían visto seriamente mermados sus ingresos por falta de trabajo, enfermedad, muerte del cabeza de familia, marginación, etc. Esta idea de barrios asociados a determinados estatus socioeconómicos entronca con el criterio de segregación que veíamos en el proyecto de Ensanche y que, efectivamente, se trasladó a la realidad. Todavía no conocemos la población del resto de barrios de Madrid para proceder a un estudio exhaustivo de la movilidad interna dentro de la ciudad, pero se presupone que debía ser un fenómeno extremadamente habitual y frecuente a lo largo de la vida, especialmente entre aquellas familias con menores recursos económicos y que se veían desahuciadas o tenían que irse en busca de alquileres más baratos antes de que eso sucediera. Este es un aspecto que se retomará más adelante y del que, en todo caso, poseemos de numerosos ejemplos ofrecidos por algunas de nuestras mejores plumas nacionales. En el siguiente fragmento, el soliloquio de la pobre Encarnación, *la Sanguijuelera*, personaje galdosiano, resulta iluminador de esa movilidad interna, forzada por unas circunstancias desfavorables que la empujan hacia la periferia de la ciudad:

*“Aquel matrimonio de una mujer bondadosa y apocada con un hombre que tenía la más destornillada cabeza del orbe, consumió diferentes veces las economías y la paciencia de Encarnación, que era trabajadora y comerciante, y tenía sus buenas libretas del Monte de Piedad. <<Todo se lo comió ese descosido de Rufete –decía-, ese holgazán con cabeza de viento. Mi comercio de la calle del Pez se hizo agua una noche para sacarle de la cárcel, cuando aquel feo negocio de los billetes de lotería. La cacharrería de la calle de la Torrecilla se resquebrajó después, y pieza por pieza se la fueron tragando el médico y el boticario, cuando cayó Francisca en la cama con la enfermedad que se la llevó. He ido mermando, mermando, y aquí me tienen, ¡qué puñales!, en este confesionario, donde no me puedo revolver. Quien se vio en aquellos locales, con aquellas anaquelerías y aquel mostrador, donde había un cajón de dinero que sonaba a cosa rica..., verse ahora en este nido de urracas, con cuatro trastos, poca parroquia, y en un barrio [Las Peñuelas] donde se repican las campanas cuando se ve una peseta...>>”<sup>99</sup>*

<sup>99</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*. Cátedra, Madrid, 2004, pp. 100-101.

### 3.3.3 Estructura profesional en la periferia sur

En los anteriores apartados hemos visto condicionantes físicos (escasa urbanización, orografía poco atractiva para el asentamiento de población, inicios en los usos industriales y de almacenaje en gran parte de los terrenos) y humanos que actuaban en la caracterización de Arganzuela como una zona urbana periférica y mayoritariamente inmigrante. En este punto se va a estudiar de qué manera estos factores intervinieron en el tipo de trabajos que desempeñaron los residentes de las “afueras del sur” de Madrid.

A la hora de establecer una estructura de los diferentes oficios que declaran las personas en las hojas de padrón, se han seguido una serie de criterios que han modificado parcialmente la expuesta para el caso de Chamberí. Con ello, se aspira a crear un modelo que vaya más allá de la reducida división tripartita por sectores, haciéndose eco del grado de complejidad que caracterizaba a las sociedades en proceso de transformación, y, al mismo tiempo, se alce como un referente para realidades diversas, tanto para ciudades grandes como para otras de un tamaño medio o pequeño que, por otra parte, eran la gran mayoría en la España de entonces. En primer lugar, se ha separado a la población por sexos pues las diferencias eran suficientemente notables como para tenerlas en cuenta. En segundo lugar, se ha considerado como población infantil a los menores de 12 años (inclusive) y, como tal, se ha estudiado aparte; a partir de esa edad, se ha comprobado cómo aumentan los que declaran el ejercicio de un trabajo, que supondría un complemento a tener en cuenta en unas economías familiares bastante inestables, y en las que todas las ayudas eran pocas. La literatura también nos ha ofrecido ejemplos de ello:

*“¿Has estado mucho tiempo en ese pueblo de Soria con mi primo? –le preguntó el señor Ignacio.*

*- Dos años.*

*- Y qué, ¿allí trabajabas mucho?*

*- Allí no trabajaba nada.*

*- Pues hijo, aquí no tendrás más remedio. Anda, siéntate a trabajar. Ahí tienes a tus primos –añadió el señor Ignacio, mostrando al mozo y al chiquillo-. Éstos también son unos guerreros.”<sup>100</sup>*

---

<sup>100</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., p. 48.

Gran parte de estos niños trabajadores se declaraban aprendices de algún oficio, con lo que se ha decidido incluirlos en la categoría de trabajo descualificado, pues en sus primeros pasos dentro del mercado laboral su figura estaría más cercana al “chico para todo” que a un verdadero trabajador maduro; además, las remuneraciones que recibían por su trabajo eran siempre menores a las de los adultos del mismo oficio. En la elaboración de las diferentes categorías profesionales, se ha procedido a un estudio detenido de todas las profesiones que aparecen en los padrones, asignándose posteriormente en función de su grado de cualificación y del significado de su actividad principal (es decir, una persona podía declarar un trabajo, pero sus ingresos más importantes los obtenía por ser propietario, por lo que su adscripción se hacía en esta categoría).

Si continuamos con la muestra de población inmigrante más reciente (ver tabla 6), se observa rápidamente la abundancia de trabajos que requerían escasa o nula cualificación profesional (jornaleros, mozos de cuerda, peones, costaleros, etc.) entre la población masculina, mientras que entre las mujeres primaban aquellas que se dirigían al servicio doméstico (sin contar obviamente aquellas mujeres que no declaraban profesión alguna o lo hacían simplemente con la expresión “sus labores” o similar).

<b>Tabla 6. Estructura profesional de la población mayor de 12 años (1858-1860)</b>				
<b>Categorías profesionales</b>	<b>Hombres</b>		<b>Mujeres</b>	
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	49	18,42%	20	8,97%
Iglesia y militares	0	0,00%	0	0,00%
Industriales	1	0,38%	0	0,00%
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	110	41,35%	0	0,00%
Labores agropecuarias	8	3,01%	1	0,45%
Pensionistas, jubilados y retirados	0	0,00%	0	0,00%
Pequeño comercio	29	10,90%	5	2,24%
Profesiones liberales/Titulados	2	0,75%	1	0,45%
Propietarios y rentistas	0	0,00%	1	0,45%
Servicio doméstico	18	6,77%	37	16,59%
Servicios, empleados y dependientes de comercio	18	6,77%	0	0,00%
Sin determinar/Sus labores	25	9,40%	158	70,85%
Sin oficio	6	2,26%	0	0,00%
<b>Total</b>	<b>266</b>	<b>100,00%</b>	<b>223</b>	<b>100,00%</b>



Este dato del servicio doméstico nos indica cómo, a pesar de los importantes cambios en las pautas de comportamiento migratorio que se recogían en Arganzuela, subsistían otro tipo de fenómenos como la migración de jóvenes del ámbito de influencia de la capital, y la emigración individual desde sitios más lejanos sin la evidente participación de las redes familiares de solidaridad. Para que resulte más diáfano, se han seleccionado las personas que, dentro del servicio doméstico, mantenían un contacto muy estrecho con sus amos, incluso viviendo en su mismo hogar (es decir, se ha obviado en esta ocasión a las lavanderas por su carácter eminentemente externo). Aunque el tamaño de la muestra no permite hacer generalizaciones, sí posibilita un acercamiento a este otro tipo de movimientos ocupacionales de la población.

**Tabla 7. Servicio doméstico interno en el Ensanche Sur (1858-1860)**

Lugar de nacimiento	Número	Mujeres	Número	Hombres
		Sin parentesco familiar		Sin parentesco familiar
Madrid	0	0	0	0
Provincia de Madrid	1	1	0	0
Provincias limítrofes	12	7	3	1
Provincias lejanas	5	2	10	8
Extranjero	1	1	1	1
<b>Total</b>	<b>19</b>	<b>11</b>	<b>14</b>	<b>10</b>

En el caso de las mujeres, se observa el peso de las provincias más cercanas a Madrid, reflejo de ese flujo continuo de jóvenes encaminadas a la capital para entrar a servir en las casas de la burguesía o nobleza. El hecho de que algunas de ellas tuviesen lazos de parentesco con el cabeza de familia, indica que el servicio doméstico era una buena opción de trabajo para las hijas o esposas de los muchos jornaleros que llegaban a Madrid, pero incluso también de aquellos trabajadores más cualificados que estuviesen pasando por dificultades.

*“Al mediodía entró en el almacén una vieja gorda, con la comida en una cesta; era la madre del señor Ignacio.*

*-¿Y mi mujer? –le preguntó el zapatero.*

*- Ha ido a lavar.*

*-¿Y la Salomé? ¿No viene?*

*- Tampoco; le ha salido trabajo en una casa para toda la semana.”<sup>101</sup>*

<sup>101</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., p. 49.

En cambio, entre la población masculina predominaba la figura del inmigrante procedente de pueblos más lejanos y que viajaba en solitario, sin la compañía de sus personas más cercanas.

En todo caso, el carácter periférico de la zona influía en gran medida en este sector, pues en el conjunto de la ciudad, el servicio doméstico era uno de los filones áureos para aquellos que llegaban con la necesidad de un trabajo que llevarse a la boca. De hecho, para este mismo año, Madoz cifró en 44.971 los criados y sirvientes de Madrid, un 25% de la población activa<sup>102</sup>. Pero Arganzuela no era por entonces un lugar al que la aristocracia y la burguesía dirigieran sus miras de cara a establecer su nueva vivienda o palacete, con lo que tampoco podían llevar consigo su equipaje de criados y sirvientes hasta aquí. Por ello, su presencia fue menor y más vinculada con un servicio externo, propio de las familias con pocos recursos económicos, las cuales empleaban a todos sus miembros familiares para intentar completar el apurado presupuesto familiar.

Esto mismo puede aplicarse al sector de profesiones liberales o propietarios. En esos momentos, Madrid se estaba configurando como el centro neurálgico de un Estado liberal enormemente centralizado, donde se tomaban las más importantes decisiones políticas y económicas; el peaje obligatorio para todo que aquél suspirara por ser alguien en el mundo de la cultura; donde la Corte atraía a la flor y nata de la sociedad, etc. Sin embargo, este otro flujo de inmigración, compuesto por políticos, capitalistas, grandes y medianos propietarios, profesionales liberales, etc., se dirigió al casco antiguo como el único escenario donde podían desempeñar esas funciones y alcanzar sus objetivos de ascenso, triunfo y reconocimiento económico y social. Los pocos miembros que se dirigieron a las afueras, más al ensanche Norte que al Sur, fueron la excepción que confirmaba la regla.

El conjunto de la población de Arganzuela en 1860 estaba claramente dominada por las profesiones de baja cualificación, de la misma forma que ocurría con los inmigrantes de reciente llegada a la ciudad. Por tanto, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que estamos ante un sector de la ciudad claramente jornalero, más aún que en la zona de Chamberí (donde Rubén Pallol ha registrado un 32%).

---

<sup>102</sup> BAHAMONDE MAGRO, A., y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación ...*, op.cit., p. 44.

La diferencia con respecto al conjunto de Madrid es aún mayor, ya que sólo alcanza el 9,9%<sup>103</sup>). Esta era una de las más firmes plasmaciones en la realidad de esa segregación socioespacial que Castro recogía en su proyecto de ensanche urbano.

<b>TABLA 8. CLASIFICACIÓN PROFESIONAL DE LA POBLACIÓN TOTAL MAYOR DE 12 AÑOS (1860)</b>				
<b>Categorías profesionales</b>	<b>Hombres</b>		<b>Mujeres</b>	
	<b>Número</b>	<b>Porcentaje</b>	<b>Número</b>	<b>Porcentaje</b>
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	306	21,75%	193	14,60%
Iglesia y militares	1	0,07%	0	0,00%
Industriales	16	1,14%	1	0,08%
Jornaleros/Trabajadores sin cualificar	625	44,42%	38	2,87%
Labores agropecuarias	26	1,85%	1	0,08%
Pensionistas, jubilados y retirados	0	0,00%	1	0,08%
Pequeño comercio	114	8,10%	33	2,50%
Profesiones liberales/Titulados	13	0,92%	2	0,15%
Propietarios y rentistas	16	1,14%	6	0,45%
Servicio doméstico	42	2,99%	140	10,59%
Servicios, empleados y dependientes de comercio	91	6,47%	3	0,23%
Sin determinar/Sus labores	142	10,09%	904	68,38%
Sin oficio	15	1,07%	0	0,00%
<b>Total</b>	<b>1.407</b>	<b>100,00%</b>	<b>1.322</b>	<b>100,00%</b>

El mundo de los oficios y de aquellos trabajadores con una cualificación profesional, aunque en retroceso por el empuje jornalero, mantenía una importancia significativa, acorde con el papel que poco a poco fue adoptando la zona en la economía de la ciudad, donde el ferrocarril iba a centrar todas sus actividades, donde se había instalado la fábrica del gas que, además de servirse de jornaleros, requería los servicios de una mano de obra más especializada. En todo caso, el predominio no fue de fábricas grandes y modernas, teniendo en cuenta las dimensiones industriales de la economía madrileña, sino de talleres más o menos grandes donde herreros y herradores (15 y 4 respectivamente), y cerrajeros (18), eran los más numerosos. Igualmente destacaba el sector de la construcción, en consonancia con el resto de la ciudad, como atestiguaban albañiles (20) y canteros (7). Sin embargo, este sector tiene su mayor concentración en los zapateros (80), los carpinteros (20) y los sastres (8). Son oficios que se encontraban en una gran indefinición, propia del período de transición entre el sistema de fabricación gremial y el industrial.

<sup>103</sup> Para una completa clasificación, con el desglose de las categorías profesionales en cada una de las profesiones, véase los apéndices al final del trabajo.

Este tipo de trabajadores aún podía costearse sus herramientas de trabajo, desempeñando su oficio en casa o en su pequeño taller, pero dentro ya de un sistema más amplio, de *putting-out*, que les hacía participar en determinadas fases del proceso de producción, quizá rematando el producto, quizá al revés:

*“Se sentaron el señor Ignacio y los tres muchachos alrededor de un tajo de madera, formado por un tronco de árbol con una gran muesca. El trabajo consistía en desarmar y deshacer botas y zapatos viejos, que en grandes fardos atados de mala manera, y en sacos, con un letrero de papel cosido a la tela, se veían por el almacén por todas partes. En el tajo se colocaba la bota destinada al descuartizamiento; allí se le daba un golpe o varios con una cuchilla, hasta cortar el tacón; después, con las tenazas, se arrancaban las distintas capas de suela; con tijeras se quitaban los botones o tirantes, y cada cosa se echaba en su espuerta correspondiente: en una, los tacones; en otras, las gomas, las correas, las hebillas.*

*A esto había descendido La regeneración del calzado: a justificar el título de una manera bastante distinta de la pensada por el que lo puso. El señor Ignacio, maestro de obra prima, había tenido necesidad, por falta de trabajo, de abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse a las tenazas y a la cuchilla; de crear, a destruir; de hacer botas nuevas, a destripar botas viejas. El contraste era duro.”<sup>104</sup>*

En cuanto a las mujeres, dominan claramente aquellas que no declaraban nada o simplemente son asignadas por la expresión “sus labores”. Sin embargo, cada vez está más admitido por la comunidad historiográfica lo inocuo del término, puesto que con ello no se dice nada y se oculta el desempeño de trabajos fuera del ámbito del hogar (o incluso dentro, como podían ser todos los relacionados con el coser, que permitiesen la entrada de algunos céntimos más). Al margen de esto, las dos categorías que sobresalen son el servicio doméstico y el trabajo cualificado. En la primera de ellas, su relevancia era menor en comparación a la zona Norte (14´9%), y mucho menor si se compara con el resto de la ciudad, por las causas ya expuestas anteriormente. En cambio, el trabajo cualificado y artesanal tenía más peso que en Chamberí (11´8%), y ello se debe en buena medida al gran número de costureras (75) y cigarreras (79). La cercanía de la Real Fábrica de Tabacos de Madrid actuaba como principal motivo de esta importante concentración de cigarreras (en el ensanche Norte sólo se registraban tres), así como los bajos alquileres de los distritos de Latina e Inclusa.

<sup>104</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., pp. 48-49.

Las cigarreras constituyeron en el Madrid del siglo XIX la mayor concentración de fuerza laboral de la ciudad (según las estimaciones, entre 3.000 y 5.000 operarias<sup>105</sup>). Sergio Vallejo ha resaltado un comportamiento de corte preindustrial en su estudio sobre los conflictos laborales que protagonizaron estas trabajadoras a lo largo de la centuria. Un estudio detenido del padrón nos ha aportado interesantes aspectos de otro tipo en esos hábitos de comportamiento. En primer lugar, llama poderosamente la atención la enorme influencia que tenían los lugares de origen de las cigarreras: la ciudad de Madrid (43 cigarreras, 50%) y la provincia de Alicante (30 cigarreras, 34'9%), ejercían un dominio absoluto del oficio. El resto eran de Valencia o Murcia (9), o de Toledo (4). Al tener en cuenta el parentesco familiar, observamos que 72 (83'7%) son madres o hijas. Además, las cigarreras que no eran de Madrid llevaban varios años residiendo en la ciudad (salvo cuatro de ellas, todas superan los 8 años de estancia). Estos datos nos indican que estamos ante un oficio cortado por pautas propias del Antiguo Régimen, en el que el saber se transmitía de madres a hijas y donde era muy difícil la entrada en él de personas ajenas a este circuito. Por otro lado, aunque en el artículo citado se fijaban los 12-15 años para entrar como aprendiz en la fábrica, en el padrón aparecen 7 cigarreras por debajo de esa edad, una buena prueba del trabajo infantil que existía.

Ante la ya comentada importancia que tenía la inmigración tanto en el crecimiento madrileño como en el de su zona Sur, es necesario comprobar con mayor detalle la integración de esta población en el mercado laboral de Madrid, y si existían diferencias con aquellos que habían nacido en la capital. Esta línea de análisis recoge en parte las aportaciones de Camps en su estudio de la ciudad de Sabadell<sup>106</sup>. Parte de la hipótesis de los orígenes manufactureros del proletariado de fábrica dentro del modelo de protoindustrialización catalán, y comprueba las escasas transferencias de población entre el sector agrícola y el sector industrial<sup>107</sup>.

---

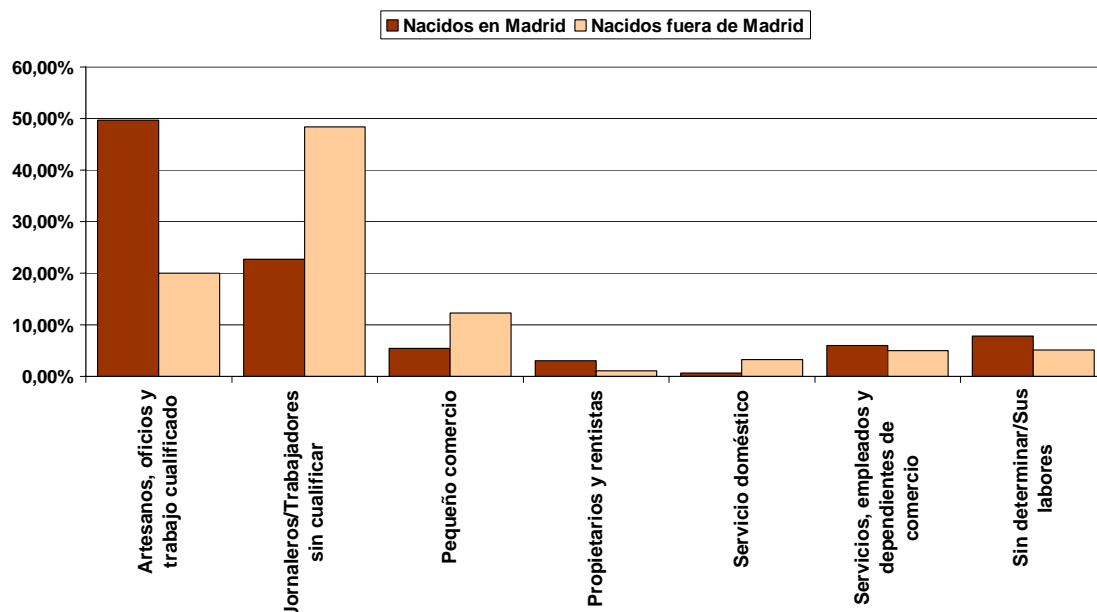
<sup>105</sup> VALLEJO FERNÁNDEZ, S.: "Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid" en BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, *op.cit.*, vol. 2, pp. 136-161.

<sup>106</sup> CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo...*, *op.cit.*, pp. 113-138.

<sup>107</sup> Las posibilidades de que un campesino del siglo XIX se convirtiese en trabajador de fábrica, en el curso de su vida, eran de un 5% de posibilidades en el período 1845-1860, elevándose al 15% en años posteriores. Era necesario esperar una generación, la de los hijos, para que el trasvase fuese mayor.

En el caso del distrito de Arganzuela, existían diferencias acusadas entre las familias encabezadas por una persona nacida en Madrid y las que lo estaban por una persona nacida en otro lugar (ver gráfico 10). Entre aquellas estaba más extendido el trabajo cualificado, la dedicación a oficios artesanales en pequeños y medianos talleres, etc., que les podían llegar a permitir una estabilidad mayor que el trabajo inestable del jornalero. Su conocimiento de la ciudad, unas redes familiares consolidadas, o la continuación en el mismo oficio que había aprendido de su padre, eran posibles factores que ayudaban al madrileño de nacimiento a tener una situación laboral menos inestable. En cambio, los cabezas de familia que llegaban a Madrid, en muchos casos con la responsabilidad de una familia que alimentar, se lanzaban “*a lo que salga*”, como declaran muchos de ellos en las hojas del padrón, aquellos trabajos donde tenían su oportunidad hombres cuya única experiencia había sido el trabajo de la tierra.

**Gráfico 10. Estructura profesional de los cabezas de familia (1860)**



[Se ha seleccionado aquellas categorías profesionales que, por su cuantía, resultasen relevantes para el análisis, mientras que aquellas otras que apenas ofrecían datos se han omitido. En este caso, no se ha podido establecer una comparación con el distrito Norte.]

Asimismo, se destaca el mundo del pequeño comercio, debido sobre todo a la numerosa presencia de carreteros (generalmente personas que, por las características de su profesión, eran de lugares muy diversos) y taberneros (hay que recordar la numerosa presencia de figones y ventorros en las inmediaciones del río Manzanares y entre el Puente de Toledo y la puerta del mismo nombre).

Las diferencias no se circunscribían exclusivamente a los cabezas de familia, sino que se contagiaban a sus hijos. Los niños madrileños menores de 16 años que declaraban un trabajo ascienden a un 9´2%, mientras que las niñas son un 8%. En cambio, el trabajo en aquellos que habían nacido en otros lugares estaba más extendido, ascendiendo a un 26´4%, en el caso de los varones, y a un 14´4% en el de las chicas. Esto es una prueba más de las precarias condiciones en las que se encontraban las familias que decidían emigrar a las ciudades, que se veían obligadas a echar mano de sus hijos en su lucha diaria contra la miseria.

Tanto unos como otros (junto a los que llegaron en años sucesivos) fueron la base de un nuevo Madrid que, desde su viejo centro de decisiones, construía un futuro en las afueras que olía a humo de locomotora, pequeños talleres y obras que aspiraban a dignificar y modernizar una capital que, con cierto pudor, miraba de reojo a sus homólogas europeas. Jornaleros, lavanderas, zapateros, albañiles..., eran los protagonistas de unos límites urbanos que se ensanchaban a paso lento. Sin embargo, era todavía el corazón de la ciudad, dominado por criados, artesanos y pequeño comercio, quienes marcaban unos ritmos económicos que no conducían a una decidida industrialización.

#### 4. ARGANZUELA EN MADRID, MADRID EN ARGANZUELA: COMPORTAMIENTO Y EVOLUCIÓN DE LA NUEVA POBLACIÓN DEL SUR

*“Las tardes lánguidas convidaban al sueño. Sobre todo, después de comer. Manuel sentía sopor y abatimiento profundo. Desde la puerta del almacén se veían los campos de San Isidro inundados de luz; en el Campillo de Gil Imón las ropas puestas a secar centelleaban al sol. Oíanse cacareos de gallos, gritos lejanos de vendedores, silbidos, apagados por la distancia, de locomotoras. El aire vibraba seco, abrasado. Algunas vecinas salían a peinarse a la calle, y los colchoneros vareaban la lana, a la sombra, en el Campillo, mientras las gallinas correteaban y escarbaban en el suelo.”<sup>108</sup>*

Habían transcurrido 18 años y puede decirse que la evolución de Arganzuela a lo largo de ese tiempo fue pausada, en lentos movimientos que podrían asemejarse a los que anteceden al sopor de la tarde. Si se comparan el plano de Ensanche de 1860 con el realizado por José Pilar Morales en 1877, se observa una enorme similitud en todas las zonas, con un ritmo de crecimiento en la edificación muy pequeño. El sector oriental era el que registraba un mayor dinamismo, fruto sin duda de la presencia del ferrocarril. En toda la zona de Atocha estaban germinando numerosos talleres y almacenes, que se unían a los Docks y las yaserías en una productora escolta de la estación ferroviaria. Aun con un predominio claro de los usos económicos, la gran novedad fueron los edificios destinados a viviendas, que fueron colándose por los huecos que dejaban los almacenes, o alguna fundición, dando lugar a una ocupación mixta de los terrenos que caracterizaría a la zona en décadas sucesivas. El barrio de las Peñuelas se alzaba como el otro núcleo de importancia, en este caso, de claro predominio residencial. Sin embargo, se había producido un cambio sustancial: con la aprobación del Ensanche, se había convertido en un barrio de Madrid. Ya no era un arrabal donde se asentaban, de forma un tanto confusa y aleatoria, unas cuantas familias al margen de la ciudad; en 1878 era Madrid. Finalmente el viejo arrabal había vencido a los planes de Castro, pero sus calles aparecían mejor perfiladas, con una alineación más perfecta, con un ligero crecimiento del caserío, y con una mayor variedad en la tipología de la vivienda:

---

<sup>108</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., p. 71.



Además de las casas bajas, emergieron casas de vecindad, corralas, como en las zonas populares de la vetusta capital, que podían engullir a un mayor número de familias y a menor precio. El resto del distrito todavía parecía más campo que ciudad: huertas, descampados, barrancos, arroyos..., aparecían por doquier, en contraste al bullicioso amontonamiento del interior. Un paisaje cortado por los estridentes pitidos que recorrían la vía férrea, el afluir constante de carretas y personas por el Puente de Toledo, la rebosante locuacidad de las lavanderas o la procesión de mendigos que pululaba por sus zonas más marginales. En todo caso, la ciudad amplió sus horizontes, especialmente a partir del derribo de la muralla que la comprimía en 1868 y de la resolución del conflicto entre la realidad viaria preexistente y el proyecto de Castro, con el triunfo pleno de los intereses de los propietarios, dando inicio a una etapa de nuevas construcciones, aunque a un ritmo demasiado lento para las perentorias necesidades que manifestaba Madrid. El acelerado crecimiento demográfico, unido a un ritmo lento en la edificación de nuevas viviendas, dio lugar a una explosiva mezcla que reprodujo los vicios de insalubridad, de carencia absoluta de higiene, e incluso de hacinamiento, de los barrios más deprimidos del interior urbano. Contemporáneos como Diego Ignacio Parada manifestaban públicamente el nefasto cariz que estaba adquiriendo la ampliación de la capital:

*"Triste es en verdad y lamentable el desacierto con que se ha llevado a cabo la reconstrucción general de Madrid, y más lamentable aún el abandono en que se ha tenido y se tiene a las clases medias, menestrales y jornaleras para quienes no hay en Madrid habitaciones que se hallen en verdadera y proporcionada relación con sus recursos ni apropiadas tampoco a la conservación de su salud."*<sup>109</sup>

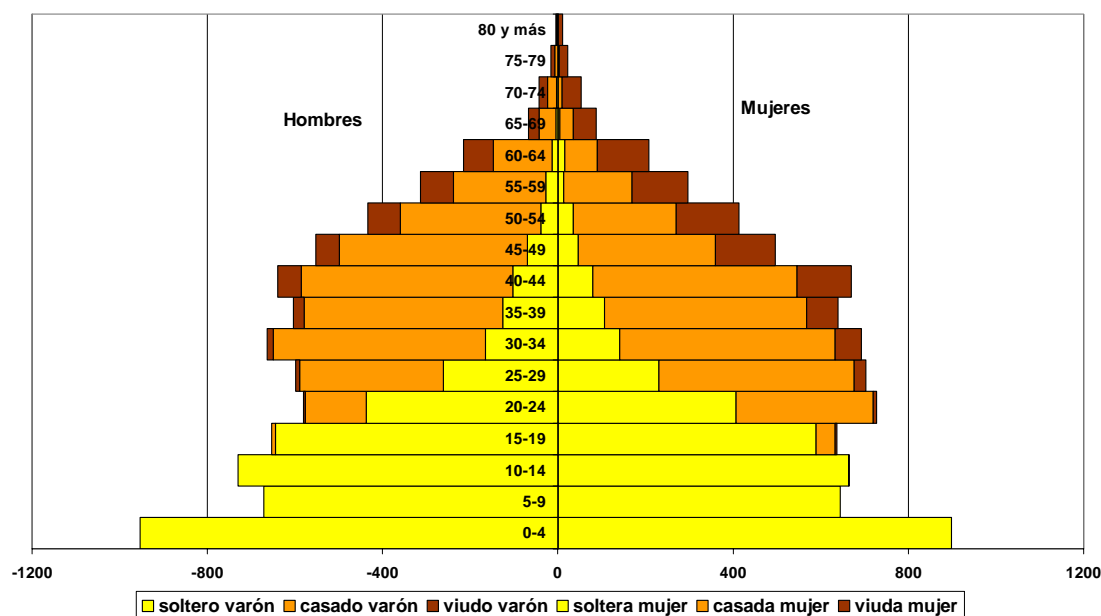
---

<sup>109</sup> PARADA, D. I.: *Higiene del habitante de Madrid. Advertencias, reglas y preceptos para la conservación de la salud, preservación de las enfermedades y prolongación de la vida en esta corte*. Imprenta de M. Minuesa, Madrid, 1876, pp. 18-27.

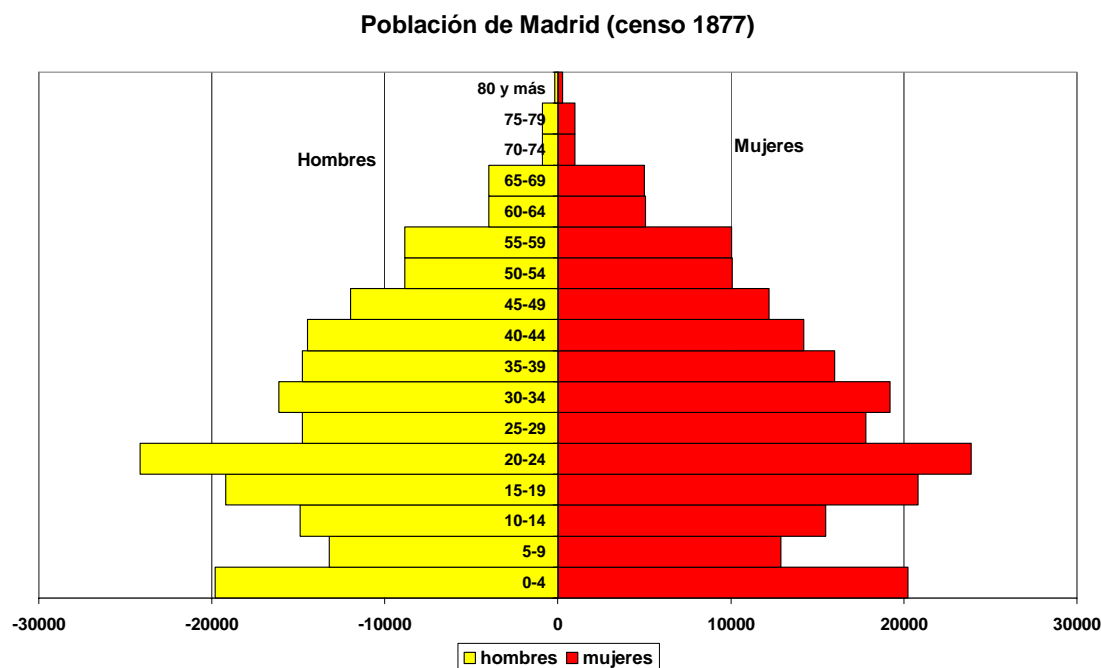
#### 4.1 Acelerado crecimiento demográfico en una zona de repulsión poblacional

Arganzuela pasó de tener 3.701 habitantes en 1860 a contar con 15.707 en 1878 (ver la tabla 3). Esto suponía un importantísimo incremento del 424´4%, que la convirtió en una valiosa base para el crecimiento de la ciudad (se acercaba al 473% que registraba Chamberí, aunque en este caso los datos son de 1880), cuyo censo pasaba de los 298.426 habitantes a los 404.588. Este fenómeno afectó irremediablemente a la pirámide de edades, cuyos perfiles son sensiblemente diferentes a los que se dibujaban en 1860 (ver el gráfico 11).

Gráfico 11. Pirámide de población por estado civil. Ensanche Sur (1878)



La composición por edades presentaba una mayor homogeneidad y, aparentemente, mucho menos condicionada por el fenómeno de la migración, que producía una peculiar contorsión en la anterior pirámide y seguía observándose en el conjunto de Madrid para el año 1877, donde el grupo de jóvenes de 20 a 24 años era muy amplio, mientras que los niños de 5 a 14 años eran escasos. En Arganzuela, el sector de jóvenes de 20 a 24 años estaba más representado que en 1860, mientras que resaltaban, por su excesiva abundancia, los hombres de 40 a 44 años, lo que nos lleva a considerar el importante peso de la población madura en un distrito con una gran recepción de inmigrantes y que, tradicionalmente, indicaba un predominio claro de población joven.



En buena medida, esta situación era una consecuencia del lapso de tiempo transcurrido. Muchos de los jóvenes matrimonios que observábamos en 1860, la mayoría con hijos pequeños, tendrían en este momento entre 40 y 50 años. Lo mismo podemos decir de sus hijos, puesto que los jóvenes entre 10 y 19 años eran notablemente superiores a los que vivían 18 años antes. Por otro lado, a partir de los 50 años, la población descendía de forma más precipitada que el resto de la ciudad. Nos encontramos, en líneas generales, ante una población de familias jóvenes, o relativamente, que tenían una gran cantidad de hijos. Además, resulta innegable una fuerte integración familiar, nota común a toda la zona de Ensanche (pues era característica también en Chamberí). A partir de los 25 años, las personas casadas eran amplia mayoría en todos los sectores de edad; además, las mujeres que expresaban un celibato definitivo, es decir, todas aquellas con más de 45 años (barrera que marca el fin de la posibilidad biológica de tener hijos) que permanecían solteras, llegaban tan sólo al 7'3%. Pero si por algo se caracteriza la pirámide de Arganzuela en 1878 es por su amplia base: los niños más pequeños, entre los 0 y 4 años, eran con diferencia el grupo poblacional más numeroso, a diferencia de lo que ocurría en el conjunto de Madrid, lo que llama la atención sobre la poderosa natalidad que estaba actuando en el Ensanche (también en Chamberí). Pero, al mismo tiempo, la brusca caída poblacional entre los 5 y los 9 años nos lleva a considerar la existencia de un serio contrapeso demográfico, como era la alta mortalidad infantil, que registraba una especial gravedad en el conjunto de la capital.

Estas consideraciones nos conducen a un contexto dominado por un modelo demográfico de tipo antiguo que, como ya se ha explicado anteriormente, estaba caracterizado por altas tasas de natalidad y de mortalidad, que producían tasas de crecimiento vegetativo negativas en la mayor parte de los años, debido fundamentalmente a una fuerte mortalidad infantil y a embates periódicos de enfermedades epidémicas, con lo cual, biológicamente hablando, Madrid perdía población. Este era un fenómeno claramente constatado y que preocupó hondamente a los propios contemporáneos, especialmente a médicos higienistas como Revenga, Agius, Méndez Álvaro, Hauser, etc. Antonio Fernández, a través de sus numerosos estudios sobre la población madrileña del siglo XIX, ha llamado la atención sobre el hecho de que este modelo no era extensible a todos los madrileños de entonces, sino que existían claras diferencias en función de la clase social<sup>110</sup>, hasta el punto de que puede hablarse de la coexistencia de dos modelos demográficos dentro de una misma ciudad: las clases altas, con un número de hijos cada vez menor y con frenos a la mortalidad, se acercaban a los parámetros europeos; en cambio, las clases populares sufrían una terrorífica mortalidad, especialmente infantil, que trataban de compensar con una natalidad abundante.

Estas características se transmitieron al espacio, con marcados contrastes entre los distritos en que se dividía administrativamente la ciudad, produciendo en Madrid la clásica dicotomía de la ciudad industrial<sup>111</sup>. Hasta la década de los años 70, los distritos del centro y sur de la ciudad habían sido los más poblados; sin embargo, el progresivo deterioro de los inmuebles, el hacinamiento, la estrechez de sus calles, la carencia de los más indispensables servicios, etc., les habían conducido a un estancamiento frente al dinamismo de otras zonas de la ciudad como Buenavista y los barrios colindantes.

---

<sup>110</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931...”, *op.cit.*, pp. 33-52.

<sup>111</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)” en *El Reformismo social en España: La Comisión de Reformas Sociales*. Actas de los IV Coloquios de Historia. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, pp. 163-180.

<b>Tabla 9. Defunciones por distritos (1894-1900)<sup>112</sup></b>	
<b>Distritos</b>	<b>Proporción por 1.000 habitantes</b>
Palacio	28,1
Universidad	32,5
Centro	24,1
Hospicio	30,3
Buenavista	23,2
Congreso	22,4
Hospital	36,6
Inclusa	40,2
Latina	36,8
Audiencia	27,4

Esta dicotomía tenía uno de sus ejemplos más gráficos en las tasas de mortalidad, a través de las cuales podemos ver que el siglo XX heredó un problema que se había agudizado (ver la tabla 9). Una situación de la que no fueron ajenos, ni mucho menos, los contemporáneos:

*“Las diferencias de distrito a distrito son verdaderamente extraordinarias (...). Y estas diferencias sólo pueden explicarse por razones de mayor higiene y de mejor alimentación. En efecto, el número mayor de defunciones ocurre en la Inclusa, Universidad y Latina, que son los distritos habitados por las clases pobres, y en los que las gentes viven en peores condiciones, privados de aire y luz por la construcción antigua de las viviendas y por el abandono y falta de limpieza en las habitaciones y en las personas.”<sup>113</sup>*

Hospital, Inclusa, Latina, aparecían de forma incontestable como los distritos marginales y pobres de la ciudad, frente a otras zonas mucho más saludables. El Ensanche había recogido el testigo del centro antiguo, y el lujoso barrio de Salamanca, con sus palacetes ajardinados, amplias avenidas y adecuado sistema de alcantarillado, era el más pulcro contraste del tenebroso aspecto que ofrecían barrios como las Peñuelas. Desgraciadamente, no disponemos de estadísticas propias del distrito de Arganzuela para estas fechas, pues no se constituyó como tal hasta bien entrado el siglo XX, y tampoco los datos del padrón permiten fijar estadísticas de natalidad o mortalidad, pero es loable estimar que sus datos fueran la simbiosis de los tres distritos a los que pertenecía.

<sup>112</sup> Los datos, expresados en término medio, están tomados de HAUSER, Ph.: *Madrid bajo el punto de vista...*, *op.cit.*, vol. 1, p. 531.

<sup>113</sup> REVENGA, R.: *La muerte en Madrid*. Imprenta E. Teodoro y Alonso, Madrid, 1901.

De esta forma tan sobresaliente, la tercera zona del Ensanche contribuyó al proceso de segregación socioespacial de los habitantes de Madrid desde el lado oscuro, en una diferenciación horizontal que complementaba a la ya existente en vertical. La muerte siempre se ceba con los más débiles y, en este caso, los recién nacidos o niños pequeños eran fácil objetivo. En las familias pobres, el parto era mucho más problemático que en las de una condición social más elevada, tanto por las atenciones sanitarias recibidas en el momento de dar a luz, como por las condiciones higiénicas del hogar o por las costumbres de trabajo o la salud de la madre. Según Revenga, entre 1865 y 1875 el 18'87% de las personas que morían en Madrid tenían tan sólo unos meses; si la cifra ya era espeluznante, una criba mayor se producía entre los niños de 1 a 5 años, que suponían el 22'38% de los fallecidos<sup>114</sup>. Todavía en 1901, Congreso, Centro o Buenavista reflejaban una mortalidad infantil del 6'8, 7'7 y 8'9 por mil respectivamente, mientras que Inclusa o Latina padecían un 29'4 y 17'9 por mil respectivamente<sup>115</sup>. Para el caso concreto de Arganzuela, baste recordar el gran recorte que se producía entre las dos primeras franjas de edad de la pirámide. Superada esa barrera, las posibilidades de supervivencia de los niños eran ya muy altas (Revenga sitúa en un 1'45% los muertos de 10 a 15 años entre 1865 y 1875).

El diferente comportamiento de los distritos madrileños ante la muerte tenía, también, uno de sus puntos clave en la mortalidad causada por enfermedades contagiosas o crisis epidémicas, que azotaron a la capital de España de forma periódica a lo largo de toda la centuria<sup>116</sup>. El cólera en particular marcó con grueso trazo negro las profundas fallas de alimentación, vivienda, salubridad, etc., que existían entre los madrileños que vivían en una u otra zona de la ciudad, entre las diferentes clases sociales. En 1865, el vibrión del Ganges se “olvidó” de zonas como la Castellana y, en cambio, se ensañó con otras más humildes, como el barrio de las Peñuelas, destapando las crudas condiciones de vida de sus habitantes, en los cuales marcó a fuego una memoria de auténtico temor al funesto invasor:

<sup>114</sup> Por esas mismas fechas, Francia registraba un 10'8% de los fallecidos entre 1 y 5 años. *Íbidem*, p.

<sup>115</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población...”, *op.cit.*, p. 57.

<sup>116</sup> Para un conocimiento en profundidad del tema ver FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Vicens Vives, Barcelona, 1985.

*“Las víctimas se multiplicaban, las invasiones acaecieron en número tan considerable, principalmente en la parte sur, en nuestro Distrito, que un terror pánico, siniestro y profundo, se apoderó del vecindario, revelando en sus conversaciones el horror, y hasta el miedo que causaba la vista de tantas desgracias.”<sup>117</sup>*

El barrio de las Peñuelas fue clave tanto en el origen de la epidemia como en su pervivencia, pues la situación se repitió en 1885 con unas dimensiones aun mayores. La localización periférica de los sectores más desasistidos y el abandono en que se encontraban estos barrios eran reconocidos y aireados, con motivo de la epidemia, por médicos, higienistas, periodistas, etc. Sin embargo, mientras en 1865 se habían limitado a poner de manifiesto las pésimas condiciones de salubridad de algunos hogares, en esta ocasión extendieron sus miras al horizonte del barrio. El periodista Julio Vargas hizo un estremecedor recorrido por el mapa de pobreza madrileño, para llamar la atención sobre los principales focos en los que reincidía, veinte años después, la epidemia cólera que tan terrible recuerdo había dejado:

*“...las edificaciones [de las Peñuelas], en su gran mayoría, son antiguas, mejor dicho, viejas, mezquinas, y hasta miserables muchas de ellas; lo cual no impide que sirvan de albergue a gran número de familias de obreros, para quienes el espacio, el aire y la luz vienen a ser en aquellas pobres viviendas artículos de lujo. (...)A la derecha de la alcantarilla, en dirección al puente, se halla el barrio propiamente llamado de las Injurias. Aparte de un gran corralón cercado con una tapia de fábrica y destinado a depósito de maderas, forman el barrio cuatro manzanas de casuchas miserables, entre las que sólo dos, que se destacan de las demás, revisten exteriormente aspecto menos repulsivo y constan de planta baja y piso principal. (...)Dentro de las condiciones humildes de aquellos edificios, debemos reconocer que serían aceptables si la alcantarilla, el arroyo, los humos de las fábricas y la irradiación del calor que desarrolla el gasómetro no fuesen constantes y terribles enemigos de la salud en aquellos contornos.”<sup>118</sup>*

Por tanto, nos encontramos con un barrio de marcado carácter popular que no presentaba todavía signos claros de avance hacia un modelo demográfico moderno, sino todo lo contrario, se hallaba anclado en unas altas tasas de natalidad y de mortalidad que, al igual que el conjunto de la ciudad, producían tasas de crecimiento vegetativo negativas. Sin embargo, Arganzuela en estos años creció y creció, a un ritmo cercano a zonas de especial dinamismo como era por entonces Chamberí.

<sup>117</sup> Memoria presentada a la Junta municipal de Socorro del Distrito de la Inclusa por la Comisión nombrada al efecto. Cita recogida en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias...*, op.cit., p. 109.

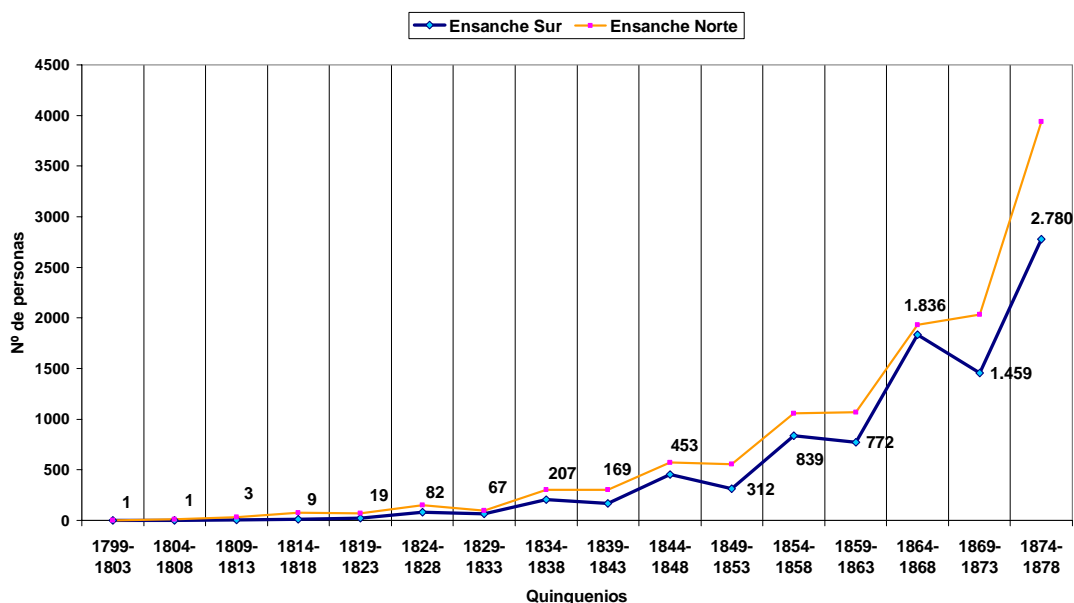
<sup>118</sup> VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*. El Liberal, Madrid, 1885, pp. 1-27.

La respuesta a esta discordancia hay que buscarla, como en el caso de Madrid, en los constantes ríos de inmigrantes que aflúan a la capital desde los más diversos puntos de España.

#### 4.2 Flujo migratorio como factor principal de desarrollo

El acelerado crecimiento de Arganzuela y Chamberí nos indican, en buena medida, el papel que estaba adquiriendo el Ensanche en el conjunto de la ciudad como redistribuidor de la población. A mediados del siglo, la población madrileña se desbordaba por encima de la cerca como el helado en el cucurucho, según el ácido comentario de Larra, y el surgimiento informal de arrabales a su alrededor hablaba fehacientemente de la congestión interior. Transcurridos unos pocos años desde la aprobación del Ensanche y el derribo de la muralla, Arganzuela se había robustecido como una de las principales zonas de acogida poblacional, tanto de madrileños como de inmigrantes, especialmente estos últimos, que fueron su primordial activo de crecimiento.

Gráfico 12. Ritmos de llegada de inmigrantes a Madrid (1799-1878)



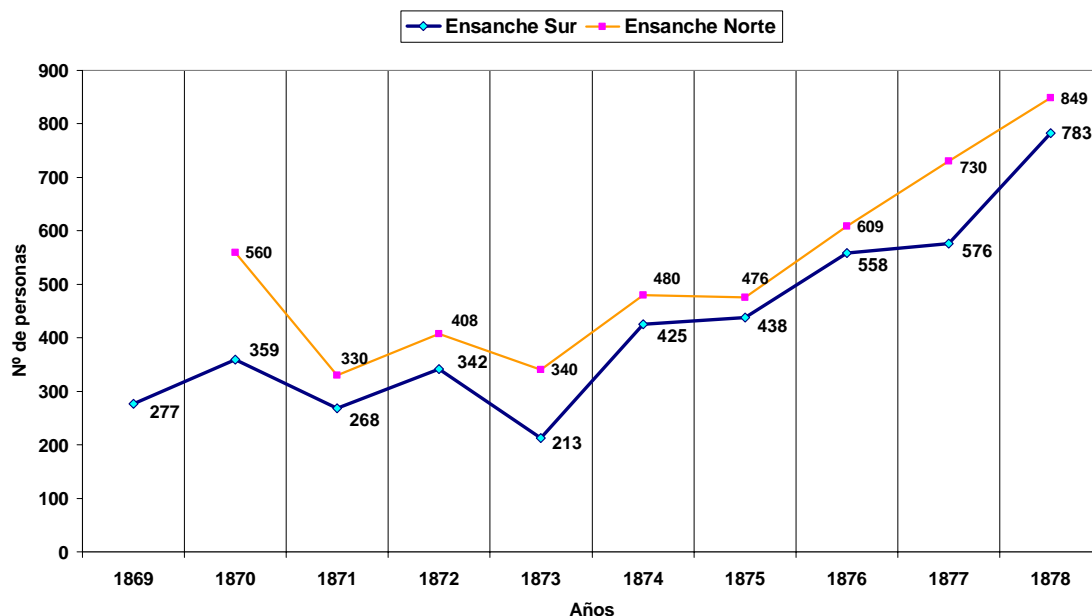
Las cantidades de inmigrantes del gráfico hacen referencia al Ensanche Sur.



En este sentido, se puede constatar que a las afueras del Sur acudían, en su mayor parte, inmigrantes que llevaban un tiempo considerable en Madrid (ver el gráfico 12). Salvo en el quinquenio 1869-1873, el ritmo de llegada de los inmigrantes a las dos zonas del Ensanche tuvo un fuerte paralelismo, aunque en unas cantidades ligeramente menores en la parte Sur.

En cambio, comenzaban a presentar diferentes comportamientos según avanzaba la puesta en marcha del Ensanche. Mientras que en el Norte aumentaba la inmigración más reciente (aquella con menos de cinco años de residencia en la ciudad. La fecha que indicaban en el padrón no tenía por qué coincidir con el momento en que llegaron a Madrid), en Arganzuela se producía el fenómeno opuesto. En 1860 ésta suponía el 23'72% del total de la población del distrito; en cambio, para 1878 se había reducido al 17'7%. En un análisis más minucioso de la última década, se puede apreciar cómo el comportamiento del Ensanche Sur frente al Norte era un tanto más irregular (ver el gráfico 13).

Gráfico 13. Ritmo de llegada a Madrid de los inmigrantes (1869-1878)

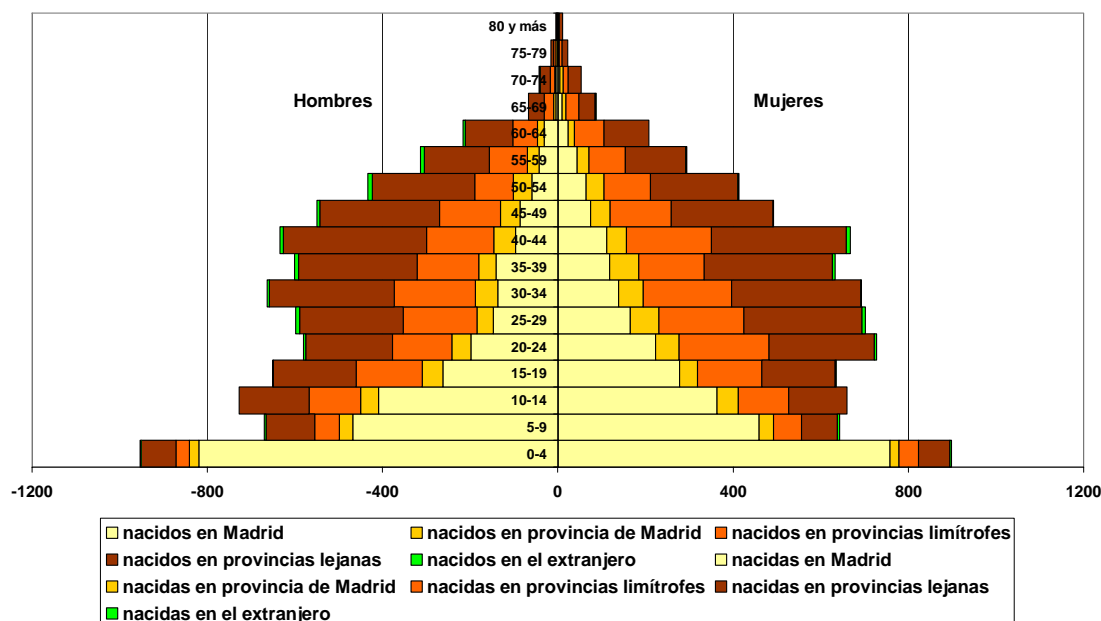


En esta situación intervenía sin duda un importante factor de movilidad interna de personas entre los diferentes barrios. El propio estancamiento de los distritos más deprimidos del centro, como eran los propios de Inclusa, Latina u Hospital, nos indica que un gran número de personas huía en busca de zonas más desahogadas o con unos alquileres más asequibles.

Aunque la oferta de vivienda no fuera tan abundante como en el Norte, es evidente que en las afueras del Sur había una diversidad mayor que la existente cuando no era más que un arrabal extramuros. Por otro lado, las condiciones higiénicas a escala barrio eran ligeramente más saludables en Chamberí que en las Peñuelas o las Injurias, cuyos nombres habían llegado hasta el último oído de Madrid como sinónimos de pobreza, delincuencia o muerte.

En todo caso, el número de personas que se estaba asentando en Arganzuela en los años previos a 1878 era suficientemente significativo, lo que confirma el tono inmigrante del distrito, así como su constante renovación demográfica. Ésta había de afectar inevitablemente a su pirámide poblacional aunque, en este año, su dibujo no aparecía tan distorsionado como en 1860 (ver el gráfico 14).

**Gráfico 14. Pirámide de población por lugar de origen. Ensanche Sur (1878)**

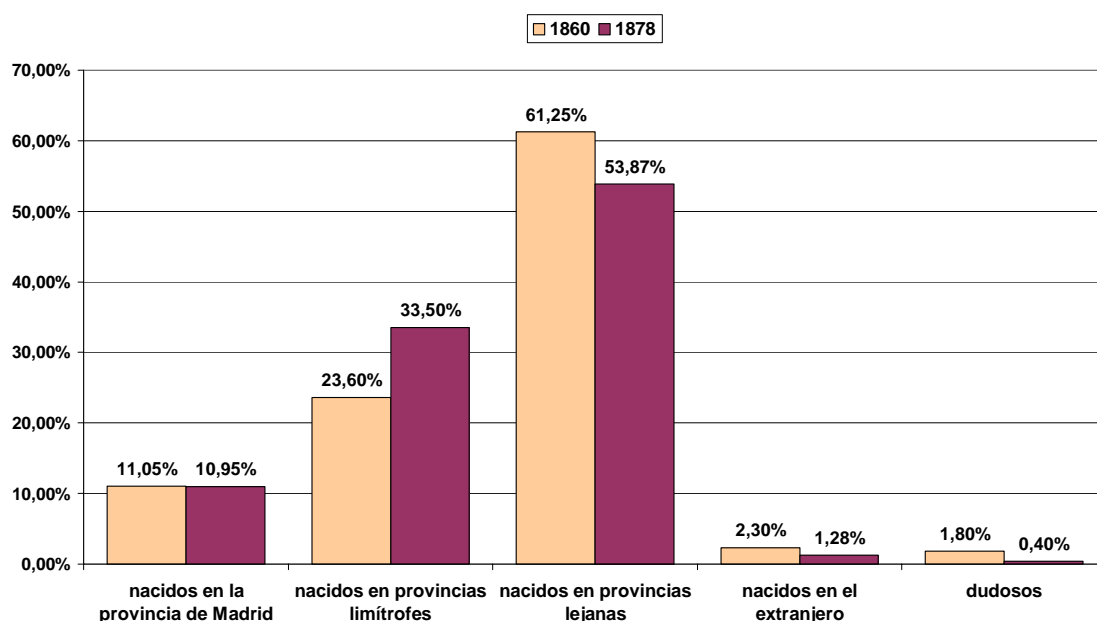


Después de casi dos décadas de crecimiento, la mayoría de la población continuaba siendo inmigrante, aunque con un ligero repunte de los madrileños de origen (alcanzan el 36'75% del total). Al igual que ocurría en la anterior etapa, los sectores de menor edad concentraban a su parte más considerable, aunque también se hicieron levemente más visibles entre los jóvenes de 15 a 24 años. Esto era fruto del natural transcurrir del tiempo: los retoños nacidos en la capital de aquellas jóvenes parejas inmigrantes se habían convertido en la nueva juventud, en las modernas parejas del 78.

Asimismo, los jóvenes de entonces aparecían, en 1878, como una abundante población madura de 40-49 años. No obstante, la suma de los inmigrantes entre los 20 y los 40 años, es decir, aquellos que se encontraban en la plenitud de su edad laboral, continuaba siendo la más significativa.

Si comparamos a la población inmigrante con la que residía en 1860, se observan transformaciones relevantes. En esta segunda etapa, la zona Sur tenía una mayor fuerza de atracción para las personas del hinterland de la capital (ver el gráfico 15), especialmente entre mujeres de 20 a 34 años y de 40 a 44, y entre hombres de 25 a 34 años de las provincias limítrofes. El progresivo despegue de Arganzuela de la mano del ferrocarril debía ser un poderoso estimulante para estas personas, que verían en la zona, y en el conjunto de la ciudad, mayores posibilidades de encontrar un trabajo para sí mismos y, quizá, para el resto de su familia, mientras que en sus pueblos de origen era poco menos que imposible.

**Gráfico 15. Población inmigrante por lugar de origen. Ensanche Sur (1860-1878)**



La provincia de Toledo (11,8%) se convirtió en el principal granero que abastecía de personas al Ensanche Sur, muy por encima de Madrid (6,9%). Pero en este servicio se vio bien arropada por otras provincias vecinas de la capital, como Guadalajara (4,4%) o Cuenca (3,1%). En cambio, la zona levantina perdió su hegemonía (resulta llamativo el caso de Alicante, que pasó de aportar el 11% a tan sólo el 3%).

En 1860, en el pequeño arrabal extramuros, la presencia de numerosas cigarreras arrastraba a numerosos familiares y paisanos de sus pueblos que, en una población de reducido tamaño, tenían un peso primordial. En cambio, en 1878 su número había permanecido casi inalterable, con lo que su importancia se diluyó ante el despegue demográfico), mientras que las provincias del Norte (Oviedo, Lugo) registraban una presencia ligeramente menor.

**Tabla 10. Formas de inserción en el hogar de los inmigrantes recién llegados (1876-1878)**

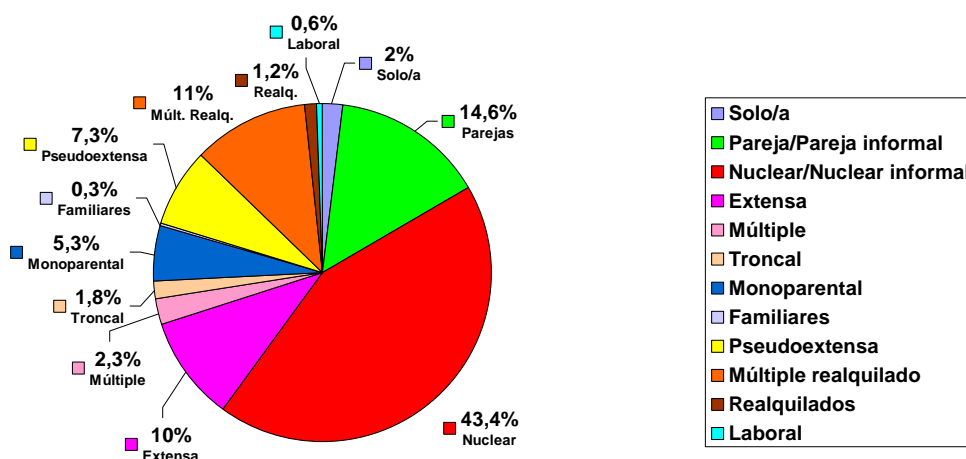
Parentesco	Cabezas de familia	Esposas	Hijos	Familiares	Criados	Laboral	Realquilados	Otros
<b>Provincia de Madrid</b>	<b>30</b> (19,48%)	<b>27</b> (17,53%)	<b>63</b> (40,9%)	<b>14</b> (14,09%)	<b>3</b> (1,95%)	<b>0</b>	<b>17</b> (11,04%)	<b>0</b>
<b>Provincias limítrofes</b>	<b>89</b> (16,36%)	<b>51</b> (9,38%)	<b>139</b> (25,55%)	<b>81</b> (14,89%)	<b>17</b> (3,13%)	<b>7</b> (1,29%)	<b>153</b> (28,13%)	<b>7</b> (1,29%)
<b>Provincias lejanas</b>	<b>213</b> (18,78%)	<b>149</b> (13,14%)	<b>284</b> (25,04%)	<b>150</b> (13,23%)	<b>25</b> (2,2%)	<b>17</b> (1,5%)	<b>277</b> (24,43%)	<b>19</b> (1,68%)
<b>Extranjero</b>	<b>9</b> (20,93%)	<b>8</b> (18,6%)	<b>9</b> (20,93%)	<b>0</b>	<b>2</b> (4,65%)	<b>5</b> (11,63%)	<b>6</b> (13,95%)	<b>4</b> (9,3%)
<b>TOTAL (1.875)</b>	<b>341</b> (18,19%)	<b>235</b> (12,53%)	<b>495</b> (26,4%)	<b>245</b> (13,07%)	<b>47</b> (2,51%)	<b>29</b> (1,55%)	<b>453</b> (24,16%)	<b>30</b> (1,6%)

En la pirámide por estado civil (gráfico 11) se aprecia una considerable fuerza de la estructura familiar en el conjunto de la población. Si analizamos las formas de llegada de los inmigrantes, se corrobora que la familia continuaba siendo el principal mecanismo de inserción en la ciudad. Más del 70% de ellos se instalaban en la zona Sur de la ciudad con algún familiar, superando ligeramente los datos de Chamberí (68%), lo que evidencia un comportamiento usual en las formas de inmigración a la capital.

Sin embargo, en Arganzuela se había producido un retroceso a favor de aquellos que se veían obligados a compartir vivienda con personas que, aparentemente, le eran desconocidas, de forma particular en los que llegaban desde provincias limítrofes a Madrid (los “realquilados” pasaron de un 12% a un 28% aproximadamente). Esto no implica necesariamente que para emigrar lo hicieran en solitario, como personas desarraigadas de sus lazos sanguíneos. Todo lo contrario, en muchos casos eran familias enteras las que emprendían la aventura, al igual que las que aparecían como nucleares o extensas; al llegar a la ciudad, no encontraban una vivienda cuyo alquiler pudieran costearse en un principio, y se veían empujadas a compartirla con otra familia.

Si tenemos en cuenta la estructura familiar de esta nueva población (gráfico 16), vemos que, efectivamente, los hogares con familias múltiples realquiladas cobraron un notable protagonismo (11%).

**Gráfico 16. Estructura familiar de la población llegada en los dos últimos años al Ensanche Sur (1876-1878)**



No sólo las condiciones higiénicas de la zona y las viviendas habían empeorado desde la puesta en marcha del Ensanche y el despegue de la industria ferroviaria, sino que la precariedad de las familias a la hora de emigrar se había agravado considerablemente, pues ni siquiera podían afrontar en solitario el pago de los alquileres. También hay que tener en cuenta el paquidérmico ritmo de edificación en esta zona, frente al más dinámico de Chamberí, que podía conllevar a una oferta de habitaciones limitada en comparación a la demanda.

La familia nuclear continuaba ejerciendo su dominio, aunque con una notoria participación de otras formas de solidaridad familiar. En cambio, las personas que llegaban de forma individual perdieron terreno en comparación a 1860. Arganzuela no era un destino natural para aquellos jóvenes que engrosaban las familias del servicio doméstico, y que eran los protagonistas de ese otro tipo de migración temporal o en solitario que, para el conjunto de la ciudad, mantenía una vigorosa presencia. El *futuro Madrid* que florecía en los barrios australes de la capital estaba compuesto, primordialmente, por familias inmigrantes en plena edad laboral, con altas tasas de natalidad, nupcialidad y mortalidad.

Una población que, por sus formas de residencia e integración familiar, parecía ahondar en la precariedad, en la miseria, en un entorno donde se agudizaba el proceso de segregación socioespacial desde su cara más negativa. Barriadas desastradas que contrastaban con los ajardinados palacetes de la Castellana, con la finura de la ascendente burguesía:

*“El madrileño que alguna vez, por casualidad, se encuentra en los barrios pobres próximos al Manzanares, hállase sorprendido ante el espectáculo de miseria y sordidez, de tristeza e incultura que ofrecen las afueras de Madrid con sus rondas miserables, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno. La corte es ciudad de contrastes; presenta luz fuerte al lado de sombra oscura; vida refinada, casi europea, en el centro, vida africana, de aduar, en los suburbios.”<sup>119</sup>*

#### 4.3 Composición profesional en un contexto de segregación socioespacial

La población de Arganzuela parecía haberse sumergido en un proceso de segregación horizontal respecto de otros barrios de la ciudad que, si atendemos a obras como la de Hauser, se agudizó, o al menos se perpetuó, en las décadas de finales del siglo XIX y principio del XX. Si en las condiciones de vivienda e higiene de las diferentes zonas de la ciudad las diferencias eran notables, lo cual se traducían en comportamientos demográficos dispares, ¿ocurría lo mismo en el mundo laboral?, ¿se estaban conformando barrios homogéneos de trabajadores separados residencialmente de los barrios burgueses? En este punto procede adentrarse en la estructura profesional que caracterizaba a la zona Sur y establecer comparaciones con otras latitudes de la capital, así como con su conjunto.

---

<sup>119</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., p. 45.

### 4.3.1 Jornalerización de las clases populares

En el transcurso de las casi dos décadas que median entre las dos fechas de referencia del estudio, se produjo un notable proceso de jornalerización de las clases populares que se asentaban en los barrios del Sur. La figura del jornalero creció tanto en tamaño como en importancia relativa en comparación a 1860 (de 663 trabajadores descualificados, 24'29% del total de la población mayor de 12 años, se pasó a 3.386, 28'69%. Ver la tabla 11).

Tabla 11. Clasificación profesional de la población total mayor de 12 años (1878)				
Categorías profesionales	Hombres		Mujeres	
	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje
<b>Artesanos, oficios y trabajo cualificado</b>	1.105	19,30%	692	11,39%
<b>Iglesia y militares</b>	55	0,96%	6	0,10%
<b>Industriales</b>	10	0,17%	1	0,02%
<b>Jornaleros/Trabajadores sin cualificar</b>	3.159	55,19%	227	3,74%
<b>Labores agropecuarias</b>	35	0,61%	1	0,02%
<b>Pensionistas, jubilados y retirados</b>	18	0,31%	15	0,25%
<b>Pequeño comercio</b>	342	5,97%	167	2,75%
<b>Profesiones liberales/Titulados</b>	43	0,75%	10	0,16%
<b>Propietarios y rentistas</b>	28	0,49%	6	0,10%
<b>Servicio doméstico</b>	55	0,96%	422	6,94%
<b>Servicios, empleados y dependientes de comercio</b>	341	5,95%	7	0,12%
<b>Sin determinar/Sus labores</b>	434	7,58%	4.494	73,95%
<b>Sin oficio</b>	99	1,73%	29	0,48%
Total	<b>5.724</b>	<b>100,00%</b>	<b>6.077</b>	<b>100,00%</b>

Es necesario tener en cuenta el peculiar mercado de trabajo madrileño<sup>120</sup>, durante la segunda mitad del siglo, para comprender el crecimiento de este sector de la población activa. Estos trabajadores de escasa o nula cualificación (el término jornalero, aunque es hegemónico en las hojas de padrón, no agota el espectro de profesiones de esta categoría) se caracterizaban por una gran inestabilidad: al no ser especialistas en ninguna materia, buscaban emplearse en todo tipo de trabajos (en obras públicas, de peones, mozos de almacén, ministrantes, etc.) siendo proclives a la provisionalidad y al desempleo.

<sup>120</sup> Para ello resulta de gran utilidad el artículo de BAHAMONDE MAGRO, Á.: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, 1980, pp. 143-175.

En su mayoría se trataba de inmigrantes procedentes de medios rurales que acudían a Madrid en busca de una vida mejor (en algunos casos, simple supervivencia), que era vista como la ciudad de las oportunidades. En su ensanchamiento, la ciudad emprendía obras públicas de envergadura (Canal de Isabel II, apertura de nuevas calles y paseos, levantamiento de grandes edificios, etc.) que requerían, en buena medida, de una mano de obra barata. Además, el despegue del ferrocarril también actuaba como un atractivo reclamo para todos aquellos que buscaban un jornal diario que llevar a casa.

Al mismo tiempo, Madrid, como capital administrativa y política de la nación, ofrecía la oportunidad de alcanzar trabajos que, sin requerir gran cualificación, permitían dejar atrás la incertidumbre jornalera por un salario, bajo igualmente, más estable: eran los guardas de arbolados, conserjes y porteros de administraciones públicas, ordenanzas, etc. Esta confluencia de factores permitió que entre 1857 y 1865 Madrid disfrutara de una situación de “pleno empleo”<sup>121</sup> e incluso con problemas de escasez de mano de obra, debido a la fuerte demanda de empleo por parte del ferrocarril y las obras públicas.

Sin embargo, esta no fue la situación habitual del mercado laboral madrileño. La industriosa economía de la ciudad era incapaz de absorber a los continuos contingentes descualificados procedentes del ámbito agrario español. Su escasa preparación se unía a las características de unas estructuras económicas en las que predominaban la producción artesanal en talleres y el pequeño comercio; organizadas en negocios familiares, en las que el parentesco jugaba un papel vital en la transmisión de saberes y negocios, estas estructuras se veían afectadas de una extrema rigidez que impedía la conveniente absorción e integración de los que llegaban en busca de un trabajo. De esta manera, esta clase de trabajadores alternó, como buenamente pudo, períodos de trabajo (con sueldos muy bajos, en torno a las 2 pesetas diarias) con otros de desempleo. Fue el sector profesional más cercano al sistema benéfico, beneficiándose de las virtudes que en este campo ofrecía Madrid como sede de la Corte y de las mayores riquezas del país, en donde, junto a la tradición de asistencia y caridad de la nobleza hacia pobres y mendigos, se había creado un red de establecimientos benéficos y asistenciales con un funcionamiento de unas dimensiones mucho mayores que en el resto de las ciudades

---

<sup>121</sup> *Ibid.*, pp. 156-163.



españolas (y que se complementaba con ocasionales ofertas de trabajo del Ayuntamiento en momentos especialmente críticos, como fórmula para evitar posibles alteraciones del orden público).

En la mayoría de los casos, el jornalero mantenía unos límites bastante difusos con el mundo de la pobreza<sup>122</sup>. Si procedemos a una comparación entre aquellas familias empobrecidas que se acogían a la asistencia benéfica con el resto de familias del distrito, se observa una profunda similitud en las condiciones de vida entre familias pobres y familias jornaleras. La asistencia domiciliaria de la Casa de Socorro del Distrito de Inclusa, en 1879, estaba repartida en cinco secciones farmacéuticas.

La sección 5ª se ocupaba de toda la zona del distrito correspondiente al Ensanche, y estaba a cargo de Rafael Carnicero Bustos, cuya farmacia estaba en el paseo de Embajadores, nº 6 bajo. A través de las listas de asistidos que Rafael entregaba a la Casa de Socorro del distrito, podemos acercarnos a las características de la pobreza madrileña en el último tercio del siglo XIX<sup>123</sup>. De las familias asistidas en los meses de mayo y junio de 1879, se pudo identificar en el padrón del año anterior a 77 familias, de las cuales, un 57% estaban encabezadas por personas que se declaraban jornaleros, una cifra similar a los datos ofrecidos por el conjunto de Arganzuela y que dan buena muestra del paralelismo entre este tipo de trabajo y unas condiciones de vida asociadas a la miseria. Hay que resaltar que se trataba de una pobreza de nuevo cuño, en la que la figura del “pobre de solemnidad”, característica de la época Moderna, dejó paso (en la muestra del estudio no aparecía nadie con tal calificativo) al jornalero inmigrante, cabeza de una familia, como el ejemplo más representativo, pero no el único.

---

<sup>122</sup> La confusión se extendía también al mundo de la delincuencia y criminalidad, mezclando parados, pobres, maleantes, etc. en el calificativo *las gentes del mal vivir*. Un brillante estudio de la época sobre criminología social es BERNALDO DE QUIRÓS y LLANAS AGUINALEDO, J. M.: *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*. Rodríguez Serra, Madrid, 1901 (reeditado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998).

<sup>123</sup> Para mayor detalle ver VICENTE ALBARRÁN, F.: “Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur (1878-1910)” en *Modernizar España, 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*. Congreso Internacional del Dpto. de Historia Contemporánea de la UCM, Madrid, 20-22 abril de 2006.

Además, si atendemos a la documentación emanada por las instituciones benéficas, se trataba de una pobreza intermitente, en la que las familias aparecían o desaparecían de las listas de asistidos por multitud de factores, lo cual no implicaba necesariamente una modificación sustancial en sus condiciones de vida (por ejemplo, un joven matrimonio disponía de una pensión anual de lactancia para su hija recién nacida de 10 pesetas mensuales. Sin embargo, antes de finalizar el año, desaparecieron de la lista de asistidos, no porque el padre hubiese obtenido un trabajo estable que le hubiera permitido dejar de depender de la beneficencia municipal para alimentar a su hija, sino porque ésta murió<sup>124</sup>).

En cualquier caso, aunque Madrid no era la ciudad ideal para conseguir un trabajo estable y bien remunerado, siempre ofrecía un abanico de posibilidades mucho más variado que la mayoría de los lugares de origen de los que procedían estos grupos de población.

Esta proximidad entre trabajadores descualificados y mundo de la pobreza convirtió a los primeros en un indicador de primer orden, junto a otros demográficos que se abordaron anteriormente, para evaluar el proceso de segregación socioespacial, en horizontal, que se había abierto en la ciudad. De esta forma, la relativa ausencia o abundancia de jornaleros en determinados puntos permitía situar a los barrios dentro de la escala social. Para fechas relativamente contemporáneas (desgraciadamente no disponemos de una visión de conjunto para toda la ciudad en 1878-1880), Hauser ya era consciente de que la localización de casas insalubres (tanto casas de vecindad como las denominadas “de dormir”) y población jornalera era fundamental para identificar el proceso de segregación social que estaba operando en la ciudad:

*“En aquellos distritos donde predomina el número de jornaleros y de empleados cesantes existe también mayor número de casas de vecindad. La coincidencia de estos dos hechos prueba que las casas de vecindad responden a una necesidad aflictiva, inherente a la situación económica deplorable de más de una décima parte de la población. (...) Son los barrios bajos donde existe la mayor parte de casas de vecindad y donde también se halla acumulada la mayor parte de la clase obrera, lo que es debido a la circunstancia de que aquellos se hallan poco distantes de los centros mercantiles e industriales, y que los alquileres son allí más baratos.”<sup>125</sup>*

<sup>124</sup> Archivo de Villa de Madrid, Contaduría 2-584-2.

<sup>125</sup> HAUSER, Ph.: *Madrid...*, *op.cit.*, p. 326.

<b>Tabla 12. Distribución por distritos de los jornaleros y de las casas de vecindad en Madrid<sup>126</sup></b>				
<b>Distritos</b>	<b>Nº habitantes</b>	<b>Nº jornaleros</b>	<b>Porcentaje jornaleros</b>	<b>Nº casas de vecindad</b>
Palacio	61.072	5.878	9,62%	23
Universidad	67.750	7.003	10,34%	78
Centro	25.877	1.411	5,45%	1
Hospicio	65.119	6.640	10,20%	24
Buenavista	85.446	2.713	3,18%	25
Congreso	36.163	1.885	5,21%	0
Hospital	54.904	7.205	13,12%	54
Inclusa	50.137	7.557	15,07%	121
Latina	48.066	8.007	16,66%	268
Audiencia	34.450	3.694	10,72%	24
<b>Total de Madrid</b>	<b>528.894</b>	<b>51.993</b>	<b>9,83%</b>	<b>618</b>
Ensanche Norte	23.695	3.761	15,87%	
<b>Ensanche Sur</b>	<b>15.707</b>	<b>3.249</b>	<b>20,69%</b>	

Con las precauciones que exige la comparación de cifras de diferentes años, puede confirmarse un claro contraste entre barrios altos y bajos: una vez más, los distritos de Latina, Inclusa y Hospital copaban los primeros puestos en la parte baja de la escala social (ver la tabla 12). Los jornaleros no se concentraban en un solo barrio, sino que se repartían por toda la ciudad, con un mayor asentamiento en las zonas periféricas del Sur y del Norte y, en menor medida, en el centro de la ciudad. En todo caso, el Ensanche Sur se erigía como la gran zona de asentamiento para este grupo de población, por encima incluso de Chamberí.

<sup>126</sup> Los datos de los diferentes distritos, así como del conjunto de la ciudad, corresponden a 1898 y están obtenidos de HAUSER, Ph.: *Madrid...*, *op.cit.*, p. 326, mientras que los del Ensanche Norte son de PALLOL TRIGUEROS, R.: *El distrito de Chamberí...*, *op.cit.*, apéndices. Las dos zonas de Ensanche, al no formar distrito independiente, estaban repartidos entre Hospicio, Universidad y Buenavista, en el caso de la zona Norte; y Hospital, Latina e Inclusa, en el caso de la zona Sur. Sus datos corresponden a 1880 y 1878 respectivamente, y hacen referencia a los jornaleros en sentido estricto de ambos sexos, no al conjunto de trabajadores descualificados, para que la distorsión en la comparación con el resto de zonas sea la menor posible. Los porcentajes hacen referencia a la relación con el conjunto de la población, no con la población activa.

Esto tenía su correspondiente reflejo en la continua preocupación que manifestaban higienistas de la época por las condiciones de esta clase inferior de trabajadores. Sólo aquellos que pudieran disfrutar de un jornal algo mayor podían aspirar a vivir en casas con unas condiciones de higiene y habitabilidad aceptables, mientras que el resto debía amoldarse a situaciones de gran precariedad:

*“Es verdad que en los últimos veinte años han aumentado considerablemente las construcciones nuevas, tanto en el ensanche como en el interior; pero sólo aquella parte de la clase obrera que se halla aventajada con un salario de cinco a 10 pesetas diarias, debido a los conocimientos, habilidad e inteligencia que exigen ciertos oficios, ha ganado con estas construcciones, pues el fruto de su trabajo les permite disfrutar de una habitación decente, provista de luz y de aire. En cambio, la parte inferior de la clase obrera dedicada a oficios manuales comunes, por la sencilla razón de que su salario no ha aumentado durante los últimos veinte años, no pasando de dos a tres pesetas diarias, y los alquileres de las casas, aun de los barrios bajos, son relativamente hoy día más caros que antes (...). Desgraciadamente, esta clase obrera inferior, lo mismo que se ve obligada a habitar casas-jaulas, faltas de luz y de aire respirable, tiene que acomodarse también a una alimentación insuficiente en cantidad y en calidad.”<sup>127</sup>*

Estas consecuencias de agudización de la segregación espacial de las clases sociales llamó, aún más si cabe, la atención de estudiosos como Hauser por tratarse de un novedoso fenómeno en la convivencia urbana, y que no era exclusivo de la ciudad madrileña:

*“Antiguamente en las casas de la gente rica, hasta en los palacios, habitaba el propietario de la casa en los primeros pisos y la clase pobre en los últimos, llamados buhardillas. Estas familias, hallándose en contacto más o menos frecuente con los señores, participaban en cierto modo de las ventajas de la posición de los dueños de la casa...”<sup>128</sup>*

En 1878 Arganzuela era el distrito jornalero por excelencia, superando ampliamente a Chamberí y doblando al conjunto de la ciudad veinte años antes, anticipando un proceso de proletarización de las clases populares. Para obtener una visión más completa de esta jornalización de las capas bajas madrileñas, es necesario analizar el sector que caracterizaba a la industriosa economía de la ciudad, es decir, aquellos trabajadores cualificados y del mundo de los oficios y del taller.

<sup>127</sup> HAUSER, Ph.: *Madrid...*, op.cit., p. 329.

<sup>128</sup> *Ibid.*, p. 327.

El crecimiento del trabajo descualificado fue a expensas de los artesanos, que perdieron peso relativo entre la población, tanto masculina (de un 21'75% se pasa a un 19'3%) como femenina (de un 14'6% pasa a un 11'4%). El viejo mundo de los oficios de la ciudad preindustrial veía disminuir sus filas en una carrera paralela a la crecida jornalera. Este proceso se hacía más evidente si tenemos en cuenta que aquellos oficios más numerosos eran proclives a una progresiva pérdida de independencia en el proceso de producción (ver la tabla 13).

<b>Tabla 13. Principales oficios de Madrid y zona Sur y Norte del Ensanche (1878/1886)</b>					
<b>Ensanche Sur en 1878</b>		<b>Ensanche Norte en 1880</b>		<b>Madrid en 1886<sup>129</sup></b>	
zapatero	283	carpintero	283	zapatero	4.521
carpintero	150	zapatero	197	sastre	2.214
albañil	70	albañil	183	herrero, cerrajero y forjador	2.037
cerrajero	67	cerrajero	115	impresor	1.760
herrero	49	cantero	88	hojalatero	836
pintor	48	pintor	83	encuadernador	599
curtidor	37	ebanista	47	sombrerero y gorrero	553
guarnicionero	30	herrero	46	joyero y platero	438
sastre	21	panadero(trabajad.)	29	tapicero	421
sillero	21	tapicero	26	relojero	348
<b>Total</b>	<b>1.105</b>	<b>Total</b>	<b>1.635</b>	<b>Total</b>	<b>20.338</b>

Tanto en el conjunto de la ciudad, como en ambas zonas de Ensanche, los oficios de zapatero y carpintero eran las ocupaciones con mayor presencia dentro de este sector profesional. Estos trabajadores, junto a otros como guarnicioneros, sastres (y las numerosas costureras), sombrereros, etc., representaban la transición entre el mundo del taller y el mundo industrial: conservando aún cierta independencia al conservar los medios de producción, comenzaron a experimentar condiciones laborales más propias de las fábricas: una regulación del tiempo mucho más estricta<sup>130</sup> (debido a que tenían que entregar el producto en plazos convenidos de antemano) y un salario ajustado a la producción obtenida (en función de las piezas terminadas).

<sup>129</sup> Datos obtenidos de JIMENO AGIUS, J.: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*. El Correo, Madrid, 1886.

<sup>130</sup> Una visión de la lenta implantación del tiempo regulado como forma de organización propia del capitalismo industrial en THOMPSON, E. P.: *Costumbres en común*. Crítica, Barcelona, 1995, pp. 432 y ss.

En el caso concreto de los zapateros, Hobsbawm observaba que en el largo proceso de transición al industrialismo, entre los siglos XVIII y XIX, se produjo una intensificación en su radicalismo debido al lento ocaso de la fabricación del calzado como ocupación esencialmente artesanal; el número de zapateros y el trabajo a domicilio socavaron la independencia del oficio y bajaron los salarios. Sin embargo, la línea entre el trabajo artesanal y el asalariado era aún lo suficientemente imprecisa como para impedir una clasificación precisa<sup>131</sup>. Más cercanos al trabajo industrial podemos situar a los herreros, cerrajeros, fundidores, que tenían una amplia representación debido a los grandes talleres de fundición en el Norte (fundiciones Grouselle, Bonaplata o Sanford) y al ferrocarril en el Sur (en este caso, más referidos a los trabajos de reparación y mantenimiento que a los de movimiento de trenes). Aunque quizá mantenían una mentalidad arraigada de amor por el trabajo bien hecho, orgullosos de su oficio (incluso con un reconocimiento de los grados de maestro, oficial y aprendiz), y con un salario superior al de sus compañeros jornaleros o peones, no podían obviar que su lugar de trabajo ya no era el pequeño taller familiar, con una clientela conocida, sino fábricas o grandes almacenes donde compartían espacios y horarios de trabajo con los trabajadores descualificados.

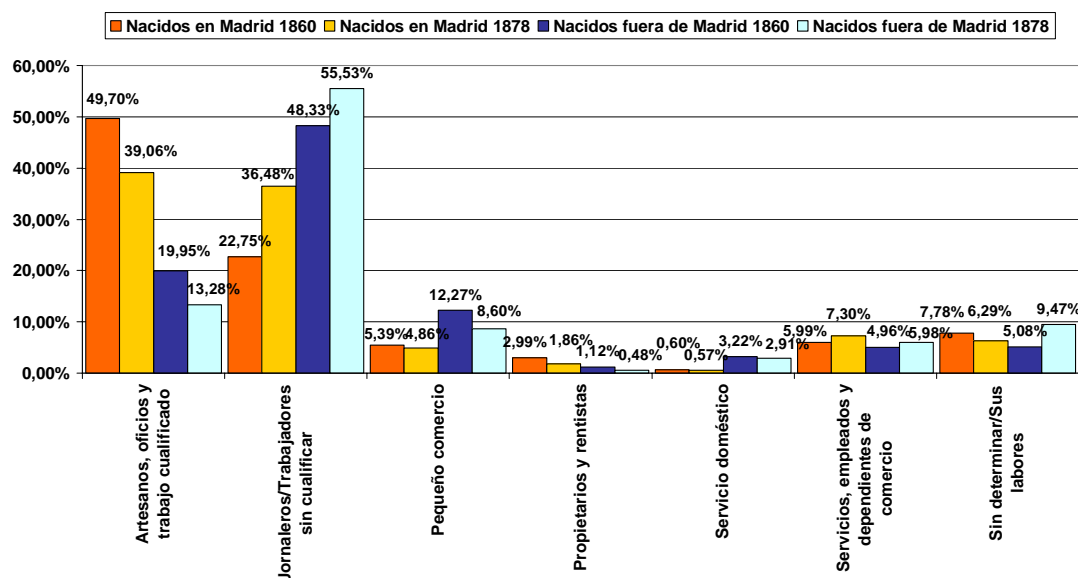
Aunque Madrid no contó con una industrialización como la catalana o vasca, las amenazas de pérdida de independencia en la organización de los tiempos del trabajo y en las retribuciones obtenidas por lo realizado, aparecieron igualmente para el conjunto de artesanos y trabajadores con cierto o alto grado de cualificación. Estas circunstancias inclinaron a este sector a confluir con los jornaleros, el trabajador prototípico del nuevo Madrid, pero no por una mejora de las condiciones laborales de éstos, sino por una progresiva descualificación por parte de los primeros. En la zona catalana, Enriqueta Camps observaba que las escasas posibilidades que tenía un inmigrante procedente de zonas agrícolas de engrosar las filas del proletariado industrial aumentaban con el paso de una generación, es decir, que los hijos de este inmigrante, nacidos ya en la ciudad industrial, serían operarios de alguna fábrica con mayores probabilidades que aquellos

---

<sup>131</sup> HOBBSAWM, E.: “Zapateros políticos” en *Gente poco corriente*. Crítica, Barcelona, 1999, pp. 29-56. El autor considera que, una vez que se produjo la industrialización, perdieron su preeminencia en movimientos reivindicativos, en buena medida, por su división: la mayoría de los que antes fabricaban calzado se convirtieron en operarios de fábrica fuera de su taller, mientras que aquellos que lo vendían ya nada tenían que ver con los anteriores.

otros que llegaban a la ciudad, aunque fuera en su más temprana juventud<sup>132</sup>. En cambio, en la zona Sur del Ensanche, por otra parte, el sector de Madrid que más se acercaba a las características de la ciudad industrial catalana, transcurridos 18 años, se había producido el efecto contrario: aquellas familias que estaban encabezadas por madrileños de origen, aunque seguían conservando más opciones de lograr un trabajo mejor cualificado que los nacidos en otro lugar, experimentaron un acusado proceso de descualificación que los acercaba a similares condiciones de los que no habían nacido en la capital (ver el gráfico 17).

**Gráfico 17. Estructura profesional de los cabezas de familia.  
Ensanche Sur (1860-1878)**



Al igual que ocurría en el Ensanche Norte, nos encontramos ante un distrito jornalero, en este caso, ante el que registraba los mayores porcentajes de descualificación en un lento proceso de proletarización de las capas populares madrileñas, en un contexto de descomposición gremial y tímida industrialización, donde la fuerte presencia del jornalero suplía a la timorata del obrero fabril.

Las mayores diferencias que presentaban las zonas de Ensanche entre sí se encontraban en la estructura profesional del sexo femenino. Un primer dato resulta muy significativo: mientras que en Chamberí el 3'3% de las mujeres mayores de 12 años se encuadraban en la categoría de oficios y trabajo cualificado, en Arganzuela suponían el 11'4%.

<sup>132</sup> CAMPS, E.: *La formación...*, op.cit., pp. 132-138.

El distrito Sur aparecía nuevamente como el área productiva por excelencia, en donde se dejaba sentir la presencia de numerosos talleres y alguna fábrica, en donde las mujeres, lejos de permanecer en casa dedicadas a las tareas del hogar, desempeñaban trabajos externos, visibles de cara a la sociedad, como forma de completar el presupuesto familiar con sus salarios (considerablemente inferiores a los percibidos por los hombres: salvo una cigarrera que ganaba 3 pesetas diarias, el resto de las mujeres con un oficio cualificado obtenían entre 0'25 y 2 pesetas al día). El dominio de la aguja y el hilo del Norte (costureras, sastras, modistas) cedía en el Sur ante la poderosa presencia de cigarreras (442), debido en gran medida a la cercanía de la fábrica de Tabacos, del asilo para los hijos de éstas, así como por los bajos alquileres de la zona. A gran distancia le seguían las sempiternas costureras (135), sastras (52) y modistas (12).

El oficio de cigarrera, al igual que ocurría en 1860, evidenciaba nítidamente la dificultad que encontraban para encontrar un trabajo cualificado aquellos que llegaban a Madrid y no contaban con la ayuda de las redes familiares que operaban en ese particular oficio: el 86'5% de las trabajadoras de la fábrica de Tabacos mantenían estrechos lazos familiares (esposas, madres, hijas, nietas, cuñadas, hermanas o sobrinas), mientras que el hecho de haber nacido en Madrid continuaba siendo un valor importante (54'7%). Reproduciendo también la situación de 1860, aquellas mujeres que llevaban en Madrid varios años tenían más opciones de trabajar en la fábrica que las recién llegadas (el 89% tenían más de 9 años de residencia en la capital; en cambio, sólo el 60'4% de las costureras registraban ese tiempo de estancia).

En cambio, en el caso de las lavanderas, sólo el 7'6% eran de Madrid y el 72% mantenían evidentes lazos familiares, lo que nos define un trabajo que estaba más abierto para las mujeres que venían a la capital y se veían en la necesidad de conseguir un trabajo aunque no tuviesen ningún tipo de cualificación o no conociesen a nadie que les facilitara la inserción laboral.

La situación se invertía si hablamos del sector que registraba una mayor demanda de mano de obra femenina: el servicio doméstico. En Chamberí tenía un peso más significativo (12'6%) que en el Sur (6'94%). Si bien es cierto que apuntó un aumento cuantitativo respecto a 1860, su progresión fue a un ritmo menor que el de la población, retrocediendo terreno dentro del conjunto socioprofesional (hay que recordar que en aquella fecha alcanzaba un 10'6%).



Criadas, doncellas, sirvientas, mayordomos, lacayos, etc., nos recuerdan con su presencia que no todo Arganzuela eran jornaleros y zapateros empobrecidos, sino que una gama de situaciones más amplia pervivía soterrada por la masa de clases populares que daban un tono particular al distrito, aunque su escaso número en relación al Ensanche Norte, y especialmente al conjunto de la ciudad, evidencia que los barrios bajos no eran la predilección favorita de la *espuma* societaria madrileña.

#### **4.3.2 Clases medias y pequeñas élites en los “barrios bajos”**

A lo largo de las páginas anteriores hemos podido comprobar cómo el proceso de segregación socioespacial estaba incidiendo en el conjunto urbano, marcando profundos contrastes en diversos indicadores de niveles de vida entre unos barrios y otros. Aquellos índices con tintes más negativos (mayor mortalidad, inestabilidad y precariedad laboral, pobreza, etc.) estaban invariablemente unidos a determinados distritos. Arganzuela, como parte de alguno de ellos, era uno de esos “barrios bajos” que provocaba cierta alarma entre higienistas por sus características habitacionales y de salubridad, o entre aquellos miembros de la buena sociedad que lo veían como lugar de oprobio, delincuencia y atentador contra todo tipo de moral pública. Incluso en algunos casos, como ya hemos visto en la presencia de jornaleros, destacaba por encima de aquellos sectores más deprimidos del casco antiguo.

Sin embargo, el predominio de éstos, y de las clases populares en general, no puede obnubilar la presencia de otros grupos sociales trascendentales en la vida social del distrito: capas medias y pequeño burguesas iban a instalarse al Ensanche Sur, al igual que ocurría en Chamberí, aunque con notables diferencias. En este sector no existían terrenos tan revalorizados, o cuyos usos estuvieran claramente asociados al ocio burgués y de alto standing, para atraer a las élites de la sociedad (nobleza, alta burguesía, grandes políticos, etc.) y crear así un nuevo escenario de poder, como ocurría con La Castellana. En este caso, eran grupos con un poder socioeconómico más modesto en comparación con los primeros espadas de la alta sociedad, como por ejemplo el Marqués de Salamanca, que estaba actuando en la zona Este del Ensanche.

Sin embargo, su figura se realizaba si la vara de medir era el propio distrito, poblado de cigarreras, jornaleros y lavanderas. Era una posición social relativa en función del espacio urbano<sup>133</sup> y del contexto humano en el que nos situáramos. El prestigio social, la capacidad económica, o la influencia y ascendencia sobre el vecindario, del dueño de un gran taller, o del farmacéutico que anteriormente conocimos, podía llegar a ser sobresaliente en su barrio; en cambio, la opinión de Rafael Bustos, el farmacéutico al que nos hemos referido, no pasaría de ser una más cuando se reunieran todos los facultativos de la Casa de Socorro del distrito, pues no era el jefe farmacéutico, ni su farmacia era la de mayor movimiento (además de ubicarse en una zona claramente periférica). Como no era lo mismo el maestro o el licenciado, como hombres letrados en un mar de analfabetismo, que en una tertulia de un café céntrico al que podían acudir grandes literatos y políticos, como Castelar o Baroja, donde pasarían sin duda totalmente desapercibidos, o vistos como *gente del pueblo*, o ese mismo maestro si viviese en un 3º de alguna de las calles más exclusivas de Buenavista, donde sus convecinos podían ser desde un senador a un influyente industrial.

Por tanto, el lugar de residencia adquirió, en las grandes urbes, una relevancia trascendental en la estratificación social, con una jerarquización mutable de los diferentes grupos que la componían. El nivel de ingresos dejaba de ser el único factor a la hora de adscribir a las personas en un status social, en un proceso de identidad urbana que contaba con importantes subniveles a escala barrio. Ya no sólo contaba ser de la capital; vivir en un barrio o en otro tenía unas connotaciones particulares, y de ello eran conscientes sus propios habitantes.

En los primeros años de la Restauración, las capas medias y burguesas comenzaron a vencer las iniciales reticencias para asentarse en terrenos que, hasta hacía pocos años, habían sido arrabales y descampados extramuros. Sin embargo, éstos, tras el derribo de la cerca que puso en marcha el tan anhelado Ensanche, experimentaron una fuerte revalorización en sus precios de partida.

---

<sup>133</sup> Se sigue una línea de análisis social abierta por el profesor Otero dentro de la nueva historia urbana. OTERO CARVAJAL, L. E.: "Las ciudades en la España de la Restauración (1868-1939)" en *España entre repúblicas (1868-1939). VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, noviembre 2005 (en prensa).

Aunque fueron las zonas Este y Noreste las que atrajeron principalmente al movimiento centrífugo de las capas medias y altas de la sociedad, Arganzuela también participó de ello, aunque en unos parámetros mucho más modestos, tanto en número como en relevancia socioeconómica de las mismas. Prueba de ello es el crecimiento que experimentaron, respecto a 1860, sectores profesionales como propietarios (de 22 á 34), profesiones liberales (de 15 á 53), empleados y servicios (de 94 á 348), o el servicio doméstico (de 182 pasó a 477); aunque bien es cierto que todos ellos perdieron peso dentro del conjunto social del distrito (ver la tabla 11), dado su limitado aumento en algunos casos y el agudo proceso de proletarización en el que estaban inmersas las capas populares, como fenómeno paralelo a la corriente inmigratoria que alimentaba tanto al sector como al conjunto de la ciudad.

Estas categorías profesionales no sólo agrupaban a diferentes profesiones que daban lugar a niveles socioeconómicos distantes entre sí (por ejemplo, entre los empleados, no era lo mismo el director de una fábrica, o su administrador, que el conserje de la misma), sino que la variedad de situaciones podía complejizarse dentro de una misma acepción (los empleados que aparecen en el padrón sin más adjetivos, pero que reciben salarios anuales muy desiguales, o el propietario que poseía algunas viviendas frente a otro que contaba con varios bloques enteros).

El padrón de 1878 permite acercarnos a esas capas medias y pequeño burguesas de Arganzuela de una forma más certera que en 1860, pues se incorporaban a la hoja de padrón dos apartados de bastante utilidad: la contribución territorial que satisfacían anualmente los vecinos y los ingresos que percibían (diaria, mensual o anualmente). A estos indicadores hay que unir la cantidad que satisfacían por el alquiler de la vivienda que ocupaban, una información con la que ya contábamos en 1860. Al confeccionar un listado con los principales contribuyentes del distrito, destaca inmediatamente el abismo que mediaba entre los de Arganzuela y los más notables de Chamberí, selecto grupo de la cúspide social madrileña (ver la tabla 14).

Tabla 14. Principales contribuyentes del Ensanche Sur (1878) <sup>134</sup>							Contribuyentes Ensanche Norte (1880)
Nombre	Lugar de nacimiento	Profesión	Dirección	Alquiler mensual	Contribución anual	Años de residencia en Madrid	
Luis Pané Pinilla	Madrid	Aparejador	Pº de Embajadores, 18, bajo	15	1.789		50.000
Rafael Carnicero Bustos	Madrid	Farmacéutico	Pº de Embajadores, 6, tienda	52,5	1.523		20.000
Juan Labourdette	Pau, Francia	Tratante de caballos	Pº Sta. Mª de la Cabeza, 5, principal	No indica	1.500	34	20.000
Pedro Nicoli Bertolini	Carrara, Italia	Escultor marmolista	Pacífico, 16, taller de mármoles	500	1.126	36	20.000
Pedro Dangeretegui	Madiondo, Navarra	Fabricante de curtidos	Pº de las Acacias, 9, bajo fábrica	No indica	995	46	15.000
Ángela Bon Cercos	Valencia	Sus labores	Pº de Embajadores, 8, principal	No indica	900	50	14.000
Pedro Marcia Toro	Madrid	Propietario	Arroyo de Embajadores, 35, principal	No indica	800		13.261
Antonia Cernuda Viñeda	Madrid	Propietaria	Pacífico, 7, principal izquierda	No indica	752		10.000
Amalia González	Santiago de Compostela	Propietaria	Pº de los Olmos, 5, bajo	No indica	750	24	10.000
Vicente Morales Albiol	Valencia	Fabricante de yeso	El Sur, 22, fábrica	22,5	721	10	10.000
Antonio Lobo Ortega	Madrid	Abogado	Ronda de Segovia, 6, principal izquierda	41,5	700		10.000
Martín Cebrián Pozo	Sta. Mª de Nieva, Segovia	Propietario	Pº de Embajadores, 4, bajo	22,5	700	20	10.000
Manuel Regidor Jiménez	Madrid	Propietario	Ronda de Segovia, 8, bajo	No indica	700		8.156
Carlos Corral Aloir	Madrid	Alcalde de barrio y propietario	Ronda de Segovia, 14, principal izquierda	No indica	561		6.500
Francisco García Gómez	Madrid	Propietario	Lavaderos, 85 lavadero	No indica	540		5.685
Franco Reygosa Fernández	Lugo	Carbonero	Martín de Vargas, 16, principal	15	500	No indica	5.085
Domingo Pérez Val	Madrid	Industrial	Pº de las Yeserías, 21, bajo interior	No indica	500		5.078
Juan Francisco Getafe Cuevas	Torrejón de Ardoz, Madrid	Fabricante de yeso	Pº de las Delicias, 11, toda la casa	200	477	36	5.000
Manuel Pérez Medel	Vallecas, Madrid	Propietario	El Sur, 2, bajo	No indica	476	36	5.000
Julián Viñas Moreno	Madrid	Propietario	Ronda de Atocha, 9, principal	No indica	450		4.710

<sup>134</sup> Las cifras del alquiler y de la contribución territorial están expresados en pesetas. Los datos del Ensanche Norte son las cantidades que satisfacían los principales contribuyentes, y está tomadas de PALLOL TRIGUEROS, R.: *El distrito de Chamberí...*, op.cit., p. 94.

En Arganzuela no encontramos personalidades relevantes, como políticos de alcance nacional o nobleza de rancio o reciente abolengo, ni formidables fortunas burguesas, como puede desprenderse de un rápido vistazo al listado. Luis Pané, el mayor contribuyente del distrito, no alcanzaría a entrar entre las cincuenta contribuciones más altas del Ensanche Norte, lo que da una idea de la distancia que mediaba entre las familias de una zona y otra. Además, las profesiones que declaraban ejercer evidenciaban una débil pujanza económica de los propietarios, rimbombante título que nos señala el prurito de estos grupos sociales (en el caso de la zona Sur, identificados con la figura del casero que poseía algún que otro inmueble además del suyo) por asimilarse a los peldaños superiores de la pirámide social madrileña, por el hecho de *vivir de las rentas*, y a los cuales podía contemplar en sus rituales paseos del Salón del Prado.

Por el contrario, los primeros puestos estaban copados por aquellos más vinculados a profesiones liberales (aparejador, farmacéutico) y a las actividades comerciales y de producción (tratante de caballos, escultor marmolista, fabricante de curtidos), en concordancia con el carácter eminentemente económico de amplios sectores del distrito. Unas clases medias que no se caracterizaban tanto por su potencial económico, más definitorio de la alta burguesía, sino por su preparación profesional, técnica, en el desempeño de aquellos puestos demandados en los primeros pasos del proceso de modernización del Estado y de la sociedad<sup>135</sup>.

Desde el segundo tercio del siglo XIX, a través de un Decreto de 10 de julio de 1837, se consideraba que el libre ejercicio de las profesiones científicas, frente al carácter limitador de las corporaciones y gremios, permitiría el incremento del bien social en los campos de la instrucción pública, la medicina, la abogacía o las ingenierías, cumpliéndole sólo al Estado tutelar el ejercicio y garantizar a los ciudadanos la prestación adecuada de dichos servicios a través de una reglamentación básica<sup>136</sup>.

---

<sup>135</sup> Un recorrido general sobre la estructura social española de esta época puede seguirse en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. y RUEDA LAFFOND, J. C.: "La sociedad: Los grupos sociales" en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal*. Dirigida por J. M<sup>a</sup> Jover Zamora. Espasa-Calpe, Madrid, 1997. Tomo XXXIII, pp. 101-192.

<sup>136</sup> *Ibidem*, pp. 148-149.

Una sólida y especializada preparación convirtió a estos profesionales en firmes aspirantes para el ascenso a los grupos privilegiados de la sociedad. Además del ya citado aparejador Luis Pané Pinilla, la figura que brillaba con luz propia en 1878, podríamos decir el vértice social de Arganzuela, era Luciano Brenand, ingeniero francés de 34 años que ostentaba el cargo de director de la fábrica del Gas, por el que recibía un sueldo superior a las 12.000 pesetas anuales. Instalado en Madrid el año anterior, residía en un principal de la ronda de Toledo, nº 2, junto a la fábrica, en compañía de su esposa Matilde, de sus hijos Marcela, Luciana y Luciano, un criado, una sirvienta y un aya británica (aspecto éste que confería un lustre extra entre las familias burguesas). En un nivel inferior, encontramos a Manuel Rosell Rubert, joven ingeniero de 29 años, que disfrutaba de un sueldo anual de 5.000 pesetas y que vivía en un 2º del mismo edificio que el ilustre sr. Brenand. En una etapa de ensanchamiento urbanístico e incipiente industrialización, arquitectos e ingenieros eran influyentes figuras con buen presente y mejor futuro. Los segundos en particular eran técnicos de alta cualificación con una gran demanda en el sector privado, especialmente por compañías ferroviarias, mineras o navieras, cuya formación corría a cargo de Escuelas Superiores, y que el Estado había vinculado al mundo funcionarial a través de los Cuerpos de Ingenieros del Ministerio de Fomento. Precisamente encontramos a Manuel Rosell trabajando en la fábrica del Gas, cuyos estrechos lazos con el ferrocarril eran evidentes, como se indicó en el segundo capítulo. Carlos Grébous Chanoine era un ingeniero francés de 41 años que trabajaba en la Compañía ferroviaria M.Z.A., ganando 4.063 pesetas al año.

Ambos eran ejemplos de una corriente inmigratoria diferente a la protagonizada por las capas populares, donde la atracción de Madrid no residía en la ciudad, sino en la capital, a la que afluían importantes capitales y rentas; en donde la oportunidad de llevar a cabo importantes negocios, obtener altos puestos en el *cursus honorum* particular, reconocimiento, prestigio, etc., era mucho mayor; de donde se expedían sanciones, decretos y leyes que articulaban un Estado que pugnaba por modernizarse en aspectos tales como el sistema de alumbrado o de transportes, trascendentales para el relanzamiento económico y la articulación de un mercado nacional.

Profesiones liberales integradas en la maquinaria funcionarial del Estado liberal español, al igual que los abogados, título universal para el desenvolvimiento en los más diversos campos (magistratura, diplomacia, prensa, etc.) y el más idóneo de los aprendizajes, a la vez que llave maestra, para abrir las puertas del mundo de la política, complejo y sumamente cambiante a lo largo de todo el siglo, como prueba el recorrido histórico del liberalismo español. Éste era el caso de Juan Rosell Rubert, un abogado que, con tan sólo 26 años, trabajaba en el Consejo de Estado con un sueldo nada despreciable de 3.000 pesetas anuales.

Las aspiraciones se recortaban si hablamos de aquellos ligados a la enseñanza de las futuras generaciones. En este sector existía una graduación en tres niveles (primaria, secundaria y superior) establecida desde la aprobación de la Ley Moyano de 1857. Por supuesto, los salarios y las condiciones de vida de los docentes estaban en función de su pertenencia a un escalafón u otro. En 1878, en el padrón de Arganzuela sólo encontramos aquellos que se situaban en el nivel inferior, profesores de primaria o maestros cuyos sueldos eran sufragados por el Ayuntamiento. Según la información que nos aporta la fuente documental, los sueldos iban desde las 1.375 pesetas que recibía Francisco Lafuente Moreno, a las 2.750 pesetas de Calisto Pascual Barreda. Aparte de la diferencia económica en el salario, lo que podía ser fruto de los complementos que tuviesen por años de experiencia, ambos podían gozar de una cierta distinción social entre sus convecinos debido a su cultura general, que les convertiría, llegado el caso, en voces autorizadas en asuntos de relevancia o de discusión. Ambos tenían sus viviendas en los principales de los edificios (Martín de Vargas 18, y Pacífico 12, respectivamente), al igual que el resto de maestros que residían en el distrito. Esta situación, tanto de residencia como de distinción social, hubiera sido completamente inversa en el caso de hallarse, por ejemplo, en alguno de los distinguidos barrios del distrito de Buenavista.

En todo caso, la situación en general de los maestros al inicio de la Restauración no era precisamente envidiable. Su dependencia salarial de las autoridades municipales, aquejadas de un crónico raquitismo pecuniario, generó situaciones de extrema necesidad, debido a los dilatadísimos retrasos en la percepción de sus emolumentos, lo cual les acercó, en muchos casos, a situaciones de pobreza más que de triunfo social, como ocurría con los catedráticos de universidad.

Las vidas de precariedad y proximidad con la miseria serían más evidentes para las maestras encargadas de la educación de las niñas en el caso de que fueran cabezas de familias, pues sus salarios eran considerablemente menores (entre las 450 y las 540 pesetas anuales en las que aparecen en Arganzuela). Éste no era el caso de María Miranda Echeverría, maestra de la Escuela Católica de señoritas del Barrio del Sur, que percibía 540 pesetas y estaba casada con Genaro Mochales, maestro de la misma escuela con 730 pesetas anuales. El sueldo familiar lo completaban ahorrándose el alquiler de un bajo de la calle Las Peñuelas, 20, pagado por la escuela.

Aunque todas estas profesiones ya eran una parte más del abigarrado cuerpo funcional, el mundo de las recomendaciones tenía como figura canónica al grupo genérico de empleados, los *caracoles de la situación*, según Rico y Amat, “*cuyo oficio es el de ir arrastrándose por el monte ministerial y lamiendo poco a poco los romeros que cultivan los contribuyentes. A imitación de los caracoles, no tienen otra casa ni otro hogar que su empleo que les sirve de concha*”<sup>137</sup>. La irónica metáfora nos dirige la mirada hacia un aspecto que definía en todos sus órdenes a este grupo profesional: el escalafón interno que se ocupaba dentro de la Administración y el sueldo que conllevaba, el cual recolocaba continuamente a sus beneficiarios en la pirámide social siempre que se producían cambios administrativos. En el distrito Sur existía un variopinto panorama salarial que nos permitía circular por los diferentes escalones internos de la Administración (ver la tabla 15):

Tabla 15. Niveles de renta de la categoría profesional de servicios y empleados<sup>138</sup>

Ensanche Sur (1878)			Ensanche Norte (1880)		
Salario anual	Nº de personas		Salario anual	Nº de personas	
más de 10.000	0	0,00%	más de 10.000	4	1,10%
5.000-9.999	1	0,53%	5.000-9.999	10	2,76%
4.000-4.999	1	0,53%	4.000-4.999	4	1,10%
3.000-3.999	6	3,21%	3.000-3.999	30	8,29%
2.000-2.999	15	8,02%	2.000-2.999	62	17,13%
1.500-1.999	24	12,83%	1.000-1.999	191	52,76%
1.000-1.499	91	48,66%			
menos de 1.000	49	26,20%	menos de 1.000	61	16,85%
Total	187	100,00%	Total	362	100,00%

<sup>137</sup> Nota tomada de FERNÁNDEZ GARCÍA, A. y RUEDA LAFFOND, J. C.: “La sociedad: Los grupos sociales”, *op.cit.*, p. 150.

<sup>138</sup> Los datos indicados pertenecen a aquellos empleados que indicaban la cuantía de su salario, es decir, no están todos los que existían en los distritos. Los salarios están expresados en pesetas.



El elitismo de la empleomanía en Arganzuela se reducía a la mínima expresión, más si cabe en comparación con la zona Norte. Eduardo Curioles Blasón hacía gala del salario más alto, con 6.500 pesetas anuales por su cargo de Inspector General del Ferrocarril, además de satisfacer una cantidad de 240 pesetas cada año en concepto de contribución anual. D. Eduardo residía en la estación de Atocha, sin más especificaciones, en compañía de su esposa Saturnina Fernández Villaamil de Curioles, sus hijas Elisa y Cristobalina, su madre, una cuñada con su sobrino, un ama de cría y una sirvienta. Sin embargo, la gran mayoría pertenecía a los escalones más bajos de la Administración, en una proporción superior en el Ensanche Sur.

Por otro lado, hay que destacar nuevamente el papel del ferrocarril como el gran motor del distrito en cuanto a generación de empleos, por delante del Ayuntamiento o el Estado: de los 155 empleados que indican su lugar de trabajo, el 41'3% lo hacían en el sector ferroviario (bien en la estación de Atocha, la práctica totalidad, bien en la estación Norte), mientras que el 30% eran empleados municipales. El resto se repartían entre diversos ministerios y fábricas como la del Gas. Sin embargo, es preciso fijar una divisoria más fina, pues la presencia de las administraciones públicas en el escalafón salarial era desigual. Para el caso de Arganzuela, entre los 48 empleados que se sitúan entre las 1.500 y las 3.500 pesetas anuales, 20 están vinculados al ferrocarril, 10 a empresas particulares, 6 al Estado y 4 al Municipio. Este nivel era el de aquellos trabajadores de cuello blanco con pretensiones de alcanzar los aires burgueses, en un deseo de alejarse del aspecto que podían mostrar trabajadores de un nivel inferior.

En cambio, cuando los salarios eran inferiores a la cantidad anterior, y especialmente si la frontera eran las 1.000 pesetas, los empleados por el Ayuntamiento eran más abundantes, menudeando los encargados del orden público, los arbitrios municipales, conservación de caminos y jardines o los conserjes. Éste último escalafón mostraba las condiciones de vida más humildes junto al cesante que, transcurrido un tiempo estimable, no había encontrado una colocación y se veía acuciado por enormes aprietos, que aumentaban por el indispensable, para la época, mantenimiento de un cierto decoro ante la sociedad, aunque sus más próximos fueran plenamente conscientes de su delicada situación. Esta figura social fue perfectamente definida por la brillante pluma galdosiana en la novela *Miau*.

Estos dos últimos grupos podían confundirse, en su nivel económico, con aquellos trabajadores cualificados que disfrutaban de un sueldo mediano, o incluso con jornaleros que, temporalmente, estuviesen empleados en obras con una retribución superior a la habitual.

El otro gran bloque de las clases medias presentes en el distrito se vinculaba a las actividades comerciales y de producción. A la hora de analizar este sector profesional, es necesario tener en cuenta unas consideraciones previas para evitar caer en errores de interpretación. Por un lado, el sector comprendía una amplia gama de situaciones en cuanto a volumen de negocio; además, las fuentes de la época resultan confusas por el uso indiscriminado del término industrial (el cual podía referirse incluso al propietario de una pequeña tienda de comestibles). Por otro lado, todavía no se había llevado a cabo una marcada división entre la actividad productiva y la comercial, siendo lo más frecuente el taller artesanal que vende y distribuye los artículos que fabrica (y en numerosas ocasiones, también aún la vivienda de los dueños), una situación propia del industrioso Madrid.

Aunque cuantitativamente aumentaron respecto a 1860, el peso de los comerciantes disminuyó del 10'6% al 8'75%. Además, si tenemos en cuenta la contribución que satisfacían (ver la tabla 16), se puede deducir rápidamente que el gran comerciante no existía en Arganzuela.

**Tabla 16. Comerciantes según su contribución anual**

Cantidad	Nº comerciantes	
más de 1.000	1	0,81%
500-999	4	3,23%
250-499	18	14,52%
100-249	16	12,90%
menos de 100	85	68,55%
Total	124	100,00%

Esta primera aproximación encaja perfectamente con el análisis que Gloria Nielfa efectuó sobre el comercio madrileño en su conjunto a principios del siglo XX<sup>139</sup>. Según se fue acercando la nueva centuria, la zona Interior de la ciudad fue especializándose en la acumulación de actividades comerciales (tanto las de pequeño tamaño como especialmente las de dimensiones mayores) y de servicios. En cambio, Ensanche y Extrarradio únicamente alcanzaron a tener un modesto nivel, de abastecimiento de productos de primera necesidad al entorno próximo, y en menor número que en el casco antiguo.

Arganzuela, a pesar de que la fuerte presencia del ferrocarril la estaba convirtiendo en el sector más vinculado a la industria de Madrid, todavía a la altura de 1878 presentaba un nivel muy bajo en cuanto a las dimensiones de estos negocios. El escaso número de habitantes, una urbanización embrionaria y deficiente, y la exigua capacidad de gasto del vecindario, actuaban como lastres insalvables para el establecimiento de tiendas con un volumen de negocio verdaderamente significativo. Se trataba, en la casi totalidad de los casos, de pequeños negocios familiares, donde el negocio era sacado adelante por los miembros de la familia, reproduciendo los rasgos de la economía precapitalista en la que la familia era una unidad de producción en la que participaban todos sus miembros<sup>140</sup>. Además, un elemento corriente del paisaje comercial de finales de siglo, y que lo continuó siendo con la entrada del nuevo, fue el dependiente de comercio: mitad empleado, mitad criado, recibían una ridícula remuneración y convivían con la familia del dueño, recibiendo manutención y alojamiento en unas condiciones lamentables:

*“Tenía que levantarse el muchacho al amanecer, abrir el puesto, soltar los fardos de verdura que subía el mozo de la plaza de la Cebada, e ir tomando el pan que traían los repartidores. Después, barrer la tienda y esperar a que se levantara el tío Patas, su mujer o su cuñada. Al llegar alguno de ellos, Manuel abandonaba el mostrador, y con una cesta pequeña a la cabeza iba con el pan a las casas de los parroquianos de la vecindad. En ir y venir se pasaba toda la mañana. Por la tarde era más pesado el trabajo: Manuel tenía que estarse quieto detrás del mostrador, aburriéndose, vigilado por el ama y su cuñada.*

<sup>139</sup> NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*. Madrid, 1985. Un análisis más sintético en NIELFA CRISTÓBAL, G.: “Las estructuras comerciales en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial” en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *La sociedad madrileña...*, op.cit., pp. 430-458.

<sup>140</sup> *Ibid.*, p. 451.

*(...)La trastienda, a la cual se llegaba por la puerta del fondo, era un cuarto sin más luz que la que entraba por el montante que daba al portal. En este cuarto se comía; de él se pasaba a la cocina y de ésta a un patio estrecho, muy sucio, con una fuente. Al otro lado del patio estaban las alcobas del tío Patas, su mujer y su cuñada. A Manuel le ponían un jergón y unas mantas detrás del mostrador. Allí dentro, de noche sobre todo, olía a berza podrida. (...)En el puesto se vendía algo, lo bastante para vivir. (...)A los tres meses de entrar Manuel allá, la Petra fue a ver al tío Patas, y le dijo que diera al chico algún jornal. El tío Patas se echó a reír: le parecía la pretensión el colmo del absurdo, y dijo que no, que era imposible: que el muchacho no ganaba el pan que comía.*<sup>141</sup>

Los artículos de comer, beber y arder eran los artículos más comunes en la oferta de las tiendas madrileñas, aunque la profesora Nielfa ha resaltado ciertas diferencias entre los distritos en función de la capacidad de los distritos: por ejemplo, el número de cafés era muy superior en los distritos de Buenavista o Centro, mientras que en Latina o Inclusa predominaban las tabernas<sup>142</sup>. En Arganzuela, entre aquellos que detallaban el objeto de su negocio, encontramos a los carreteros como los más habituales (52), seguidos de taberneros (42), barberos (29), vendedores (27) y panaderos (16). En cambio, escaseaban los verduleros (1), confiteros (2) y carniceros (4).

Por otro lado, como se ha podido advertir en el texto literario, persistía la unión entre espacio residencial y comercial. Por lo que respecta al Ensanche Sur, el padrón de 1878 no manifestaba aún ninguna alteración de este binomio espacial. Los establecimientos comerciales ocupaban los bajos de los edificios, y en algunos casos la casa entera (si se trataba de una única planta).

El comercio del Ensanche Sur no se agotaba en las tabernas o en las pequeñas tiendas de ultramarinos para las clases populares, sino que contaba también con un comercio de medianas dimensiones, como se indicaba en la tabla 16. Aunque su relevancia era menor que en el caso del Ensanche Norte (1 contribuyente superior a las 1.000 pesetas, por 5 de Chamberí; 4 entre las 500 y las 1.000 pesetas, por 15 en Chamberí), la situación era más cercana que en el caso de los mayores contribuyentes. Por otro lado, las profesiones que declaraban estaban relacionadas con las características de la zona (presencia de mataderos, corrales y paradores para el ganado y los que comerciaban con ello, abundancia de terrenos cálcicos, especialmente en las cercanías del río, etc.).

<sup>141</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., pp. 119-121.

<sup>142</sup> NIELFA CRISTÓBAL, G.: "Las estructuras comerciales...", *art.cit.*, pp. 448-450.

Tabla 17. Principales comerciantes del Ensanche Sur por su contribución anual (1878)

Nombre	Profesión	Dirección	Alquiler mensual	Contribución anual	Lugar de contribución
Juan Labourdette	Tratante de caballos	Pº Sta. Mª de la Cabeza, 5, principal	0	1.500	Madrid
Pedro Dangeretegui	Fabricante de curtidos	Pº de las Acacias, 9, bajo fábrica	0	995	Madrid
Vicente Morales Albiol	Fabricante de yeso	El Sur, 22, fábrica	22,5	720,8	Madrid
Franco Reygosa Fernández	Carbonero	Martín de Vargas, 16, principal	15	500	Madrid
Domingo Pérez Val	Industrial	Pº de las Yeserías, 21, bajo interior	0	500	Madrid
Juan Francisco Getafe Cuevas	Fabricante de yeso	Pº de las Delicias, 11, toda la casa	200	477	Madrid
Miguel Carrero Tobar	Industrial	El Sur, 16, principal 64	16	430	Madrid
Bernardo Arquiso	Comerciante	Las Peñuelas, 22, tienda	45	408	Madrid
Demetrio Muñoz Domínguez	Comerciante	El Áncora, 8, tienda	25	408	Madrid
Fermín Rodríguez Riesco	Comerciante	Cristo de las Injurias, 1, tienda	30	400	Madrid
Tomás Sáinz Sáinz	Comerciante	Pº de Embajadores, 8, tienda	75	400	Madrid
Bonifacio Aranguren Jiménez	Comercio	Pº de Embajadores, 4, bajo	125	400	Madrid
Manuel Rasillas Riaño	Comercio	El Sur, 10, tienda	40	400	Madrid
Hilario Bastida Saiz	Tahonero	Pº de las Acacias, 3, bajo tahona	185	400	Madrid

Juan Labourdette era un importante tratante de caballos francés, que vivía en un principal de uno de los más importantes paseos del distrito, en compañía de su esposa Genoveva, sus seis hijos pequeños, un sobrino que quizá llegó con sus tíos para estudiar o para ayudar a su tío en los negocios, y una sirvienta y una cocinera. Otras familias relevantes se relacionaban con los usos industriales que iban a marcar la historia del distrito en convivencia con el espacio residencial. Este era el caso de Vicente Morales Albiol, fabricante de yeso cuya actividad estaba íntimamente ligada al negocio de la construcción, el sector más dinámico de la economía madrileña del momento. El sr. Morales estaba casado con Vicente y tenían alojado a Manuel Albiol Aguilera, joven sobrino de 16 años; además, contaban con el servicio de una criada, Emilia, de 21 años.

Este grupo social, perteneciente a las clases medias, todavía se reconocía por su profesión, aunque fuera, junto a otras contadas familias, la élite del distrito. Sólo estos distinguidos miembros de los “barrios bajos” (medianos comerciantes, medianos y altos funcionarios, profesiones liberales con alta remuneración) podían identificarse como una pequeña o mediana burguesía en una escala que traspasaba los límites del distrito, incluso los de la ciudad.

El resto de la sociedad, aunque con ciertos matices que hay que tener en cuenta, estaba constituido por una población inmigrante, jornalera, popular, que se extendía por unos espacios con una función diferenciada del resto de la ciudad, y que pasaría a ser el epicentro de las preocupaciones de las cabezas pensantes del país por sus duras condiciones de vida.

## **5. FERROCARRILES, ALMACENES, CORRALAS Y DESCAMPADOS: CONDICIONES SOCIOESPACIALES DEL ENSANCHE SUR**

### **5.1 Características comunes y diferentes de los distritos presentes en Arganzuela**

En los capítulos anteriores se ha bosquejado la gestación del sector Sur del Ensanche en su incorporación a la ciudad. Su destino parecía quedar marcado a fuego desde el momento en que surgieron los primeros muelles y embarcaderos de la estación de Atocha, a mediados del siglo XIX, pero especialmente con la finalización de un cinturón de hierro que la unía con la estación Norte de Príncipe Pío, en 1866. Aunque por entonces casi todo eran descampados, huertas y tierras de labor, la relevancia futura que el ferrocarril iba a adquirir en la configuración de la zona era evidente. Los bellos ideales de los reformistas ilustrados, en pro de unos terrenos destinados al esparcimiento y solaz de las clases medias y altas, con barrocos paseos arbolados, alegres arroyuelos que salpicarían con su frescor aquí y allá o la canalización del idolatrado Manzanares, pasaban a mejor vida, aunque bien es cierto que mediada la centuria, el polvo y la suciedad eran reflejo del descuido en que habían desembocado los sueños dieciochescos. Ni siquiera el plan de Ensanche fue capaz de imponerse, como ya se ha indicado, a esta realidad que comenzaba a gestarse, regulando los terrenos en los que había de ubicarse. El “monstruo de vapor” engullía terrenos que, en principio, estaban destinados a manzanas de viviendas o a terrenos verdes, lo que señala una deficiente planificación por parte del ingeniero. La voracidad ferroviaria se incrementó en el último cuarto del siglo XIX y primero del XX, con la sucesiva construcción de estaciones ferroviarias, acabando también con el plan Castro en su mayor parte y configurando finalmente la zona industrial más característica de Madrid. De esta forma, las estaciones ferroviarias, la vía de circunvalación y los antiguos paseos fueron los elementos morfológicos que definieron a la zona desde el punto de vista urbanístico (la retícula planeada por Castro sólo se percibe en unas pocas manzanas), otorgándole una unidad característica que le diferencia e individualiza respecto del conjunto urbano.

A pesar de ello, Arganzuela no era uniforme en toda su extensión, pues presentaba marcados contrastes entre unas partes y otras. La influencia del ferrocarril era absoluta allí donde se situaban las estaciones, mientras que en otros terrenos los usos económicos del suelo eran diferentes o, incluso, claramente residenciales. Aunque la nota de color vino de la mano del tren como factor de industrialización y transformación urbana, el Ensanche Sur gravitaba en el centro de las preocupaciones de la clase dirigente nacional y municipal por las condiciones de vida que padecían las gentes que la poblaban. Médicos higienistas o periodistas, como hemos ido viendo, alzaban alarmados sus voces ante las aterradoras cifras de mortalidad que castigaban a los barrios bajos de la ciudad. Las deplorables condiciones higiénicas que presentaban los convertían en potenciales focos epidémicos, como se encargaban de denunciar repetidamente Hauser, Julio Vargas o Ricardo Revenga.

En esta situación tenía un papel de primer el orden el problema de la vivienda obrera, que hizo correr ríos de tinta entre los contemporáneos. A lo largo del siglo XIX, las principales ciudades continentales se convirtieron en grandes aglomeraciones urbanas, fruto de un intenso proceso migratorio que hizo afluir a sus puertas a legiones de personas procedentes en su mayoría del campo. Por ello, las dificultades en el alojamiento eran compartidas con otras capitales europeas, como recogía Hauser en su estudio<sup>143</sup>, pero Madrid presentaba un notorio retraso en la adopción de medidas reales y efectivas que ayudaran a paliar la situación. Escritores y políticos, como Mesonero Romanos y Fernández de los Ríos, o médicos como Méndez Álvaro habían expuesto sus diferentes soluciones desde el reinado de Isabel II, pero todo había quedado en papel mojado. La preocupación fue en aumento con el paso de los años, generando innumerables congresos y publicaciones en los que se suscitó un encarnizado debate sobre la conveniencia de construir barrios aislados destinados a la clase obrera en general. Sin embargo, en esta controversia no jugaban sólo magnánimas intenciones que buscaran la mejora en las condiciones de vida de los grupos sociales más desamparados, sino también intereses económicos y elementos ideológicos<sup>144</sup>.

---

<sup>143</sup> HAUSER, Ph.: *Madrid...*, *op.cit.*, Tomo I, pp. 339-371.

<sup>144</sup> Puede hacerse un minucioso seguimiento de los discursos sobre la cuestión de la vivienda y los proyectos que intentaron llevarse a cabo en DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 424-511. De una forma más breve también en DÍEZ DE BALDEÓN, C.: "Barrios obreros en el Madrid del XIX: ¿solución o amenaza para el orden burgués?" en BAHAMONDE MAGRO, Á. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1988, Vol. 1, pp. 117-134.



Arquitectos como Mariano Belmás defendían la necesidad de construir pequeñas viviendas unifamiliares con jardín, mientras que la gran mayoría veía con temor que las nuevas barriadas obreras se convirtiesen en focos conspirativos que revolucionaran el orden social. Recelos que eran alimentados por declaraciones de trabajadores a la Comisión de Reformas Sociales, como la del socialista Matías Gómez Latorre, que declaró lo siguiente:

*“Los barrios de obreros son los que imprimen en mi concepto el verdadero carácter de separación de clases. Haced barrios de obreros: los que nos tenemos por verdaderamente revolucionarios deseamos que hagáis barrios de obreros; entonces tendremos allí el núcleo de las clases trabajadoras y podremos decirles: ahí tenéis la casta que disfruta a un lado, la que padece a otro.”<sup>145</sup>*

Incluso los miembros de la I Internacional eran conscientes de que si los trabajadores accedían a la posesión de pequeñas casas unifamiliares se convertirían en pequeños propietarios, desapareciendo de ellos todo espíritu revolucionario, que se transformaría, en su opinión, en *“el elemento más reaccionario de nuestra sociedad, el obstáculo incesante que ha paralizado el movimiento revolucionario de las ciudades”<sup>146</sup>*. Para evitar el brote revolucionario se propuso diseminar bloques de pisos por diferentes puntos de la ciudad, aunque la mayoría optaba por una política continuista de convivencia de clases, a través de las casas mixtas en las que el principal estaba reservado para el noble o el burgués acomodado, y los pisos superiores sufrían una degradación social inversamente proporcional hasta llegar a la cúspide edilicia, en donde se refugiaban los menesterosos en infectos sotabancos y buhardillas vivideras.

*“¿Por qué deprimir a los desgraciados que maltrata la suerte, hasta el duro extremo de apartarlos con desdén, si no con desprecio y asco, de aquellos puntos de la población donde habitan las otras clases sociales? (...) Confundiéndose de esta suerte las distintas clases sociales en los propios edificios, resultarán prevenidos a un tiempo los inconvenientes físicos y morales y hasta sociales que emanan de la aglomeración de individuos pertenecientes a las que aflige la necesidad y aun la miseria con mayor dureza, estrechándose de paso los lazos de un amor fraternal, haciéndonos todos solidarios de los bienes y de los males que haya la humanidad de sufrir, y apartando, mediante un esfuerzo común, esos temerosos peligros que está la sociedad corriendo...”<sup>147</sup>*

<sup>145</sup> CASTILLO, S. (ed.): *Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, Tomo I, p. 45.

<sup>146</sup> Citado por DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y...*, *op.cit.*, p. 434.

<sup>147</sup> Discurso de Méndez Álvaro en la Academia de Medicina, el 11 de Enero de 1874, recogido por TARDIEU, A.: *Diccionario de higiene pública y salubridad... traducido y ampliado por don José Sáenz y Criado*. Imprenta Maroto e hijos, Madrid, 1883, Vol. 1, pp. 744-751.

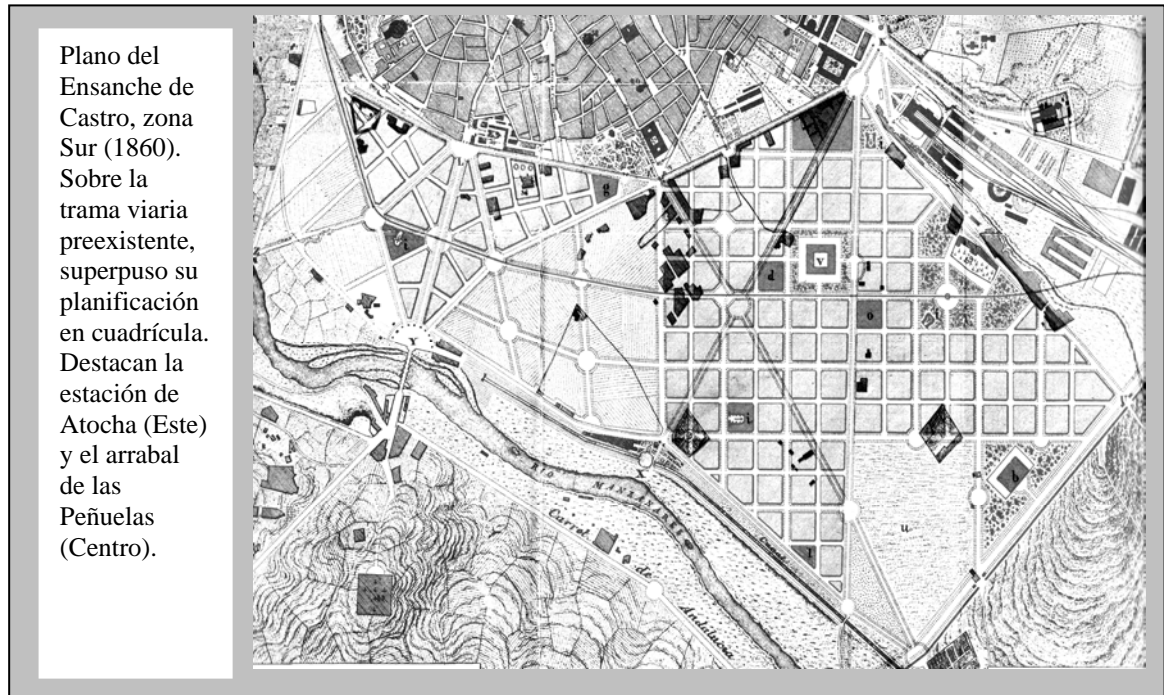
La respuesta por parte de las autoridades a tan acuciante problema había sido prácticamente inexistente, y se reducía a la Real Orden del ministro de Gobernación Egaña que, en 1853, mandaba que se construyeran “casas para pobres”, aunque nada de esto se llevó a cabo. Todas las propuestas partieron de particulares, pero naufragaron en la mayoría de las ocasiones. Tan sólo el proyecto de La Constructora Benéfica llegó a la práctica, con la actividad que desplegó en el barrio del Pacífico desde 1875<sup>148</sup>. A pesar de la inoperante acción de los diversos gobiernos, la segregación socioespacial era un fenómeno palpable en la ciudad, no sólo en sentido vertical, sino también en horizontal desde la puesta en marcha de los barrios del Ensanche. Como se indicó en el segundo capítulo, Castro se había echo eco de los usos previos de los suelos recogidos en su proyecto de expansión urbana, fijando para la parte Sur una especialización agrícola e industrial, pues el ingeniero consideraba que no era una zona para el asentamiento de población tan propicia como, por ejemplo, el Este. El crecimiento de la ciudad adoptó formas y ritmos diversos según las zonas, e incluso dentro de una de ellas, asentándose todos los estratos sociales presentes en el Madrid decimonónico en función de sus posibilidades económicas, lo que convirtió al Ensanche en un excelente laboratorio en el que investigar cómo se articulaban las relaciones de los diferentes grupos sociales madrileños.

En consecuencia, Arganzuela se va a describir atendiendo a numerosos indicadores: el precio de los alquileres de las viviendas, la tipología de éstas, el grado de urbanización de los terrenos, los servicios públicos disponibles, los centros económicos que existían, etc. Se ha optado por una división tripartita, en función de los distritos del interior a los que pertenecían administrativamente los terrenos del Ensanche, en lugar de los barrios que, en la actualidad, conforman el distrito de Arganzuela, puesto que el desarrollo de alguno de ellos, a la altura de 1860-1878, era mínimo o inexistente, lo que dificultaría la percepción global de los fenómenos que actuaban en este rincón de la capital.

A la altura de 1860, la mayoría de la población se encontraba a lo largo de las rondas que circundaban el casco antiguo (Segovia, Toledo, Embajadores y Atocha) y en el arrabal de las Peñuelas, perteneciente al distrito de Inclusa.

---

<sup>148</sup> CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, S.: “La Constructora Benéfica (1875-1904)” en BAHAMONDE MAGRO, Á. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad...*, *op.cit.*, Vol. 1, pp. 135-158.



Por entonces, la parte perteneciente al distrito de Hospital no presentaba un tejido urbano digno de mención y eran muy pocas las familias asentadas. El precio medio de los alquileres mensuales de las viviendas, 12'33 pts, era bastante bajo (en Chamberí ascendía a 14,73 pts), lo cual nos sugiere que estamos ante una población compuesta por las clases más humildes (cuya condición socioprofesional se ha explicado en los capítulos anteriores), que no encontraba un alojamiento en el interior de la ciudad acorde a sus posibilidades, y contados miembros de las clases medias. En conjunto, el distrito parece bastante homogéneo en el precio de los alquileres, con una variación mínima entre los dos primeros distritos. La cifra de Hospital aparece claramente condicionada por su diminuto caserío (además, sólo dos familias indicaban las cifras que pagaban y con las que se ha fijado la media; el resto las omitían).

<b>Tabla 18. Indicadores de diferenciación social y urbanística por distritos en 1860<sup>149</sup></b>				
Distritos	Habitantes	Nº familias	Nº personas por hogar	Alquiler medio
Latina	1.491	405	3,68	<b>12,45</b>
Inclusa	2.185	566	3,86	<b>12,27</b>
Hospital	25	9	2,78	<b>7,50</b>
<b>TOTAL</b>	<b>3.701</b>	<b>980</b>	<b>3,78</b>	<b>12,33</b>

Cuando habían transcurrido casi dos décadas, el grueso de la población seguía ubicándose a lo largo de las rondas y en el antiguo arrabal de las Peñuelas. Al mismo tiempo, las principales vías de comunicación iban perfilándose como zonas de asentamiento, como sucedía con la calle de El Sur o el Paseo de las Acacias. Los terrenos de Hospital habían despegado demográficamente, especialmente en aquellos más próximos a la estación de Atocha. No sólo había más población, sino que el conjunto de Arganzuela acogía a más personas por hogar, lo que sugiere una reposición del hacinamiento del interior en las familias del Ensanche.

<b>Tabla 19. Indicadores de diferenciación social y urbanística por distritos en 1878</b>					
Distritos	Habitantes	Nº familias	Nº personas por hogar	Alquiler medio	Incremento del alquiler medio respecto a 1860
Latina	4.246	1.002	4,24	<b>13,95</b>	12,05%
Inclusa	7.665	1.928	3,98	<b>14,84</b>	20,95%
Hospital	3.796	874	4,34	<b>17,82</b>	137,60%
<b>TOTAL</b>	<b>15.707</b>	<b>3.804</b>	<b>4,13</b>	<b>15,02</b>	<b>21,82%</b>

Por otro lado, el crecimiento demográfico no se acompasó con un ritmo edificatorio similar, sino que éste fue más pausado. El desarrollo del Ensanche y su integración en la ciudad no creó barrios diferenciados por su calidad edilicia o su buen equipamiento en servicios públicos, sino que mantenía una cierta homogeneidad destinada a las clases populares, aunque con mayores matices internos de los que presentaba en 1860. Tras la aprobación del plan de Castro y el derribo de la muralla, los terrenos del Ensanche habían experimentado, en general, una notable revalorización en sus precios de suelo, cuyo efecto inmediato fue el aumento en los alquileres.

<sup>149</sup> Elaboración propia a partir del padrón municipal de 1860 (y de 1878 para las tablas que así lo indiquen). Todas aquellas fichas de padrón que fueran dudosas eran excluidas si, al contrastarlas con los mapas de la época, no eran identificadas. El número de familias responde al número de hogares (fichas de padrón). Los alquileres medios están expresados en pesetas.

Sin embargo, ateniéndonos a las cifras de éstos, el fenómeno inflacionista de los primeros años de ampliación urbana tuvo menor repercusión en la parte Sur (21,82%), frente a otras zonas como, por ejemplo, el Norte (30,42%), donde la presencia de hotelitos y viviendas de lujo en la Castellana inflaba considerablemente la media del distrito<sup>150</sup>. En Arganzuela, sólo los terrenos de Hospital experimentaron una fortísima revalorización, aunque con el condicionante de su bajo punto de partida. La estación ferroviaria de Atocha, y el conjunto de instalaciones que brotaban bajo su férula, eran los principales responsables de este auge en los alquileres con la construcción de nuevas casas, pues antes eran inexistentes. En cambio, las zonas de Inclusa y Latina, que ya heredaban una trama viaria, evolucionaban a paso lento (1% al año o menos), viéndose superadas no ya en el ritmo de crecimiento, sino también en los precios finales de los alquileres. Para comprobar cómo influían estos factores económicos en la distribución de la población, y ponerlo en relación con los procesos de inmigración y jornalización que experimentaban las clases populares, su convivencia o no con los grupos pudientes del distrito y cómo se articulaban esas relaciones sociales, se va a realizar un estudio individualizado de cada una de las partes en las que se ha dividido Arganzuela.

---

<sup>150</sup> PALLOL TRIGUEROS, R.: *El distrito de Chamberí...*, op.cit., pp. 123 y ss.

## 5.2 En torno a la estación del Mediodía y el barrio de Las Delicias

### 5.2.1 La fuerza del vapor

*“Manuel y Jesús siguieron la calle de Méndez Álvaro. En los andenes de la estación del Mediodía brillaban los focos eléctricos como globos de luz en el aire negro de la noche. De las chimeneas del taller de la estación salían columnas apretadas de humo blanco; las pupilas rojas y verdes de los faros de señales lanzaban un guiño confidencial desde sus altos soportes; las calderas en tensión de las locomotoras bramaban con espantosos alaridos.”<sup>151</sup>*

Como se ha repetido en numerosas ocasiones, el Ensanche Sur se erigió en la principal zona económica, industrial y de almacenaje de la ciudad desde el último tercio del siglo XIX. La construcción de la estación de Atocha en el ángulo sudeste de la ciudad, junto a la Puerta de Atocha, fue el primer y capital paso hacia esa configuración del espacio. Se han esgrimido diversas razones para explicar su emplazamiento, como el fácil acceso a la ciudad (a través del Paseo del Prado o las rondas del Sur) o la conveniencia de vivificar la zona Sur tras haberlo hecho con la Norte gracias a las obras del Canal Isabel II<sup>152</sup>. En todo caso, a la altura de 1850, Madrid era una ciudad enclaustrada, sin ninguna posibilidad de acoger en su interior este tipo de instalaciones que, por otro lado, pretendían alejarse por parte de las autoridades municipales lejos del vecindario por las molestias que ocasionaban y el peligro que conllevaba su actividad.

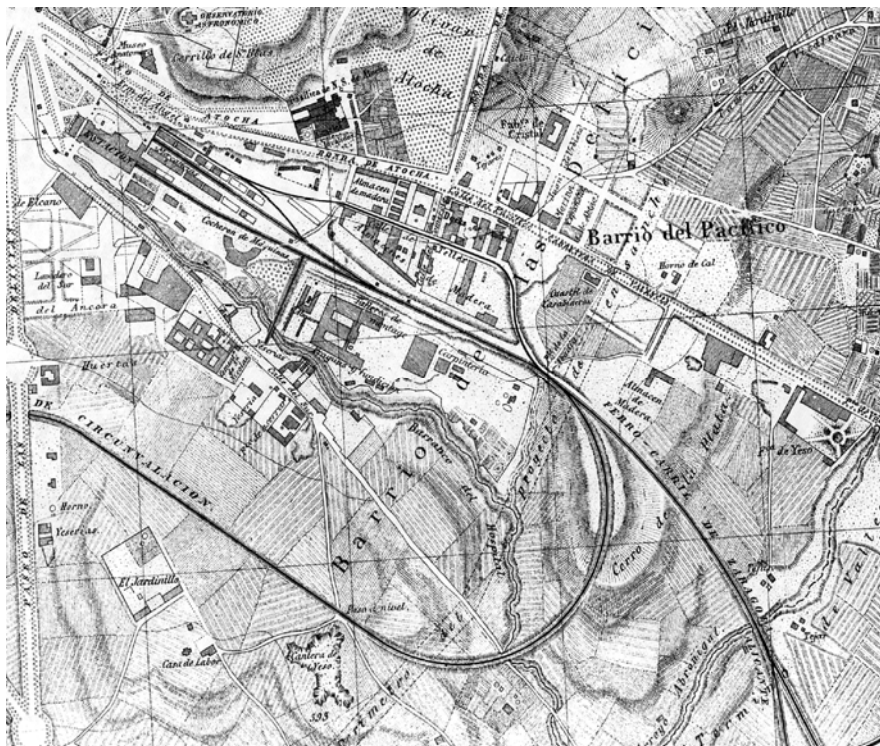
Durante los primeros años, las instalaciones de la estación se limitaban al embarcadero donde entraban y salían los trenes, y algunas oficinas para los empleados de la compañía. No fue hasta 1858 cuando se llevaron a cabo importantes obras de reforma que la convirtieron en la principal estación ferroviaria de la capital, con grandes depósitos y muelles de mercancías y unos importantes talleres de reparación<sup>153</sup>. Dos años después se instalaban los “docks”, entre las vías férreas y la calle del Pacífico (actual Avenida de Barcelona), almacenes destinados fundamentalmente a hierros, maderas y alimentos, que buscaban la proximidad de la estación.

<sup>151</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida II. Mala hierba*. Bibliotex, Madrid, 2001, p. 133.

<sup>152</sup> MENÉNDEZ REXACH, F. y PUIG-PEY CLAVEIRA, P.: “Las estaciones como elementos del sistema de transporte” en VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*. COAM, Madrid, 1980, pp. 207-226.

<sup>153</sup> VV. AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche Sur y la ribera del Manzanares*. Cuaderno VII. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 20-21.

Castro los recogió en su plano de Ensanche como una realidad a la que no podía ser ajeno, así como la vía de circunvalación, por entonces en construcción y finalizada en 1866, que unía esta estación con la de Príncipe Pío. A la altura de 1877, se puede observar en el mapa que diseñó José Pilar Morales cómo esta zona estaba tomando cuerpo, gracias al surgimiento de nuevos almacenes y talleres estrechamente vinculados al ferrocarril.



Sector del Ensanche Sur que dependía del distrito de Hospital. Destacan especialmente la estación de Atocha y la vía de circunvalación.

Sección del plano de José Pilar Morales, 1877 (a partir de este momento, P. 1877)

Una vez superada su primera crisis importante (1866-1875), el ferrocarril había despegado definitivamente en nuestro país, lo que tuvo una inmediata repercusión en las industrias que participaban colateralmente en su actividad (construcción, maderas, siderurgia, etc.). Entre las vías del tren y la antigua calle del Pacífico o Carretera de Valencia, los Docks y los almacenes de madera copaban la mayor parte del espacio. Conforme descendemos en dirección al arroyo de Abroñigal, dominaban los cerros desérticos y descampados, salpicados de algún pequeño almacén próximo a la vía de circunvalación (asegurándose de este modo el transporte de sus mercancías), una fábrica de yeso y algunos pequeños tejares.

A medio camino entre el enjambre de talleres y los descampados se establecieron, en 1878, los cuarteles de Artillería e Intendencia, los cuales no habían sido recogidos en la memoria de Ensanche. Frente a esta actividad de almacenaje, al otro lado de las vías, entre éstas y la calle del Sur (actual Méndez Álvaro), predominaban actividades productivas articuladas en talleres de montaje y carpintería, fraguas y fundiciones, y un cocherón para las máquinas.

La calle del Sur era un camino estrecho que se estiraba desde la Puerta de Atocha hasta el límite sur del distrito. El proyecto de Castro había determinado eliminarlo; sin embargo, terminó convirtiéndose en una de las principales arterias de la ciudad. En el mapa de 1877 se puede observar que su proximidad a la estación la convirtió en un lugar idóneo para el establecimiento de talleres y fábricas (en ese año aparecían varias yeserías y una fábrica de aserrar). Un año después, en las hojas del padrón municipal aparecían un fabricante de yeso y tres industriales (sólo uno indicaba su industria, una “fábrica de cerillas”, por la que pagaba 75 pts. anuales). Seguramente no eran centros de trabajo de grandes dimensiones (como puede desprenderse de los alquileres y el tamaño de los edificios observado en el mapa de 1877), al estilo de las grandes fábricas que aparecerían en Arganzuela entrado ya el siglo XX, sino talleres más o menos grandes, en consonancia con la economía de la ciudad, con algunos trabajadores empleados en ellos; de hecho, jornaleros de la misma calle, o cercanas a ella, fijan como lugar de trabajo estos talleres.

A pesar de ello, eran el embrión del nudo fabril que caracterizó a esta zona en años posteriores, en comunión con los vecinos talleres de montaje y fundición dependientes de la estación ferroviaria. Por otro lado, la calle del Sur, como vía de equipamientos para la ciudad, se completaba con la presencia del cementerio de San Nicolás, inmediatamente anterior a los talleres y yeserías. Fijado allí desde 1824, debido a la normativa de principios de siglo de sacarlos de las poblaciones, la ampliación que estaba experimentando Madrid lo había abrazado nuevamente hacia su interior. A pesar de ser erradicado en la planimetría de Castro y clausurado en 1874 por problemas de higiene, su presencia molesta se mantuvo hasta principios del siglo XX.



En el padrón de 1878, cuatro familias (14 personas) afirmaban vivir en el cementerio, quizá en alguna casita de fábrica ligera y de mala calidad. Tres de ellas estaban encabezadas por jornaleros que trabajaban en él, mientras que la cuarta era la del conserje del cementerio. Ninguno de ellos pagaba alquiler, como una retribución por parte del Ayuntamiento por vivir allí.

En el resto del sector, tanto al oeste hasta llegar al Paseo de las Delicias, como al sur de los centros económicos de la calle del Sur, se extendía un desierto humano y económico de barrancos y descampados, salpicados por alguna huerta, casa de labor y una cantera de yeso cercana al río. Estamos en la antesala de lo que fue la explosión ferroviaria de nuevas estaciones y multitud de talleres, cocheras, almacenes, fábricas y raíles, que fueron surgiendo por doquier en las inmediaciones por donde discurría el gigante de hierro, convirtiéndose sus estridentes pitidos en los nuevos gallos que anunciaban un nuevo día para todos aquellos vecinos, trabajadores, o pobres desahuciados que, al igual que Manuel, protagonista de la novela de Baroja, se movían por aquellos andurriales.

### 5.2.2 Al borde del barranco: viviendo entre vapores y martillos

*“Temblaban las luces mortecinas de los distanciados faroles de ambos lados de la carretera. Se entreveían en el campo, en el aire turbio y amarillento como un cristal esmerilado, sobre la tierra sin color, casucas bajas, estacadas negras (...), lejanos y oscuros terraplenes por donde corría la línea del tren. Algunas tabernuchas, iluminadas por un quinqué de luz lánguida, estaban abiertas... Luego ya, a la claridad opaca del amanecer, fue apareciendo a la derecha el ancho tejado plomizo de la estación del Mediodía, húmedo de rocío; enfrente, la mole del Hospital General, de un color icterico; a la izquierda, el campo yermo, las eras inciertas, pardas, que se alargaban hasta fundirse en las colinas onduladas del horizonte bajo el cielo húmedo y gris, en la enorme desolación de los alrededores madrileños...”<sup>154</sup>*

La actividad económica del entorno no era monopolizada sólo por el ferrocarril o por las industrias que florecían bajo su férula, también actuaba otra de pequeño tamaño, cuya naturaleza era el consumo directo y de primera necesidad, y sus clientes, los vecinos y trabajadores de la zona. En el escaso volumen edificatorio de la calle del Sur existían cuatro tabernas de diferente tamaño (tres de ellas pagaban 60, 22´5 y 20 pesetas de contribución anual; la cuarta no indicaba), lo que podía hacer honor al aserto del periodista Julio Vargas *“allí donde los madrileños edifican un cementerio, surge a los pocos días en sus inmediaciones y como por encanto un ventorrillo”*<sup>155</sup>. Pero ya no era el simple negocio con feligreses o familiares que acudían regularmente a enterrar o a rezar por sus difuntos, o con los operarios de los cercanos centros de trabajo; la presencia de establecimientos comerciales (dos tiendas de comestibles, dos ultramarinos y un comercio) o de una farmacia, nos da a entender la existencia de una población asentada y con tintes urbanos. El ferrocarril no sólo se había convertido en un motor de la economía nacional y madrileña de primer orden, también era un poderoso foco de atracción poblacional. En 1860, pocos años después de la apertura oficial de la estación del Mediodía, apenas si aparecían en el padrón unas pocas familias en este sector. En cambio, en los inicios del régimen político de la Restauración las inmediaciones ferroviarias albergaban a una cuantiosa población, que se distribuía fundamentalmente en las dos vías de comunicación más importantes y cercanas a los andenes de Atocha, esto es, la calle de El Sur y la de Pacífico.

<sup>154</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida II. Mala hierba*, op.cit., pp. 133-134.

<sup>155</sup> VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*. El liberal, Madrid, 1885, p. 43.

<b>Tabla 20. Principales grupos de población en el distrito de Hospital (1878)</b>		
<b>Calles</b>	<b>Nº familias</b>	<b>Habitantes</b>
El Sur	292	1.326
Pacífico	239	1.041
El Áncora	150	679
Las Delicias	94	372
Pº de las Delicias	24	79
Téllez	13	43
Comercio	8	39

La distancia progresiva al cinturón poblacional formado por estas dos calles repercutía en un vacío más acusado. Así lo manifestaban las calles Áncora, Delicias y Paseo de las Delicias; ésta última, a pesar de ser una de las principales arterias de todo el distrito Sur, antiguo paseo barroco respetado incluso por la planimetría de Castro, contaba con una reducida población, más bien dispersa. Su ubicación entre el nudo ferroviario de Atocha y el corazón de las Peñuelas le convertía en tierra de nadie, un polvoriento camino que no conducía a ningún sitio, y en cuyos márgenes se encontraban huertas y algunas yaserías y hornos, en un paisaje más propio del campo abierto que del mundo urbano. No sería hasta la construcción de una nueva estación de tren, la de Delicias, cuando el paseo y sus alrededores nacieran para la vida urbana. Si la lejanía actuaba en contra del Paseo de las Delicias, en el caso de las calles de Téllez y de Comercio era al revés: además de su importancia secundaria, se hallaban en un mar de talleres y almacenes que apenas dejaban sitio a las personas.

Por tanto, podría pensarse que, quizá, debido al importante asentamiento de población en las calles de Pacífico y El Sur, el acondicionamiento al menos de estas dos vías, dada la menor relevancia del resto y el carácter periurbano y despoblado de gran parte del sector, sería el más adecuado para la vida humana. La realidad era bien distinta. A pesar de una longeva existencia (y de una estimable presencia en la vida madrileña, pues era el camino para llegar a la basílica de Nuestra Sñá. de Atocha) la calle del Pacífico, antigua carretera de Valencia, padecía un abandono que, a todas luces, resultaba perentorio solucionar ante el aluvión de familias que lo elegían para vivir.

De hecho, fueron los propios vecinos y propietarios quienes se vieron empujados a tomar cartas en el asunto y realizar un firme llamamiento a las autoridades municipales en demanda de los más básicos servicios municipales. Así se expresaban en una carta remitida, el 13 de junio de 1877, al Alcalde de la capital:

*“Los que suscriben, propietarios y vecinos de la calle del Pacífico, a V. E. con el debido respeto exponen: que a consecuencia del mucho tránsito y de las obras recientemente efectuadas en la misma, unido a la falta de riego en el trozo comprendido entre los Docks y la estación del tranvía, hacen imposible la vida en este barrio por el excesivo polvo.*

*Igualmente es perjudicial a la salud pública la reguera de aguas corrompidas que corre a lo largo de la cuneta. (...) quisiéramos llamar la atención de V.E. por deplorable el estado en que se encuentran los paseos de la citada calle, no sólo por sus desigualdades y carencia de arena, sino también por los regueros que de árbol a árbol se han abierto recientemente (...). Esto da lugar a que la vía pública se halle inmundicia e intransitable en muchas ocasiones y a que, aprovechándose de estas circunstancias, algunos vecinos viertan aguas sucias que pronto se corrompen en las mismas regueras y paseos.”<sup>156</sup>*

Sin embargo, esta situación no era tanto producto de un desafortunado descuido del Ayuntamiento en sus obligaciones como consecuencia del pernicioso sistema de financiación adoptado para la zona de Ensanche. Como se explicó en el segundo capítulo, el Ensanche se había dividido en tres zonas económicamente independientes, y sus ingresos dependían del ritmo en la construcción de edificios y la rentabilidad de éstos. Esto provocó que aquellos polvos, en la manera de generar recursos, devinieran en estos lodos de unos servicios municipales deficientes o inexistentes, pues la zona Sur fue siempre la que menos recursos obtenía de su crecimiento, debido a una menor edificación de viviendas y una infravalorización de éstas en comparación a las zonas Este y Norte. Esta precaria situación se puso de relieve, particularmente, en la reclamación vecinal precedente; tras un reconocimiento sobre el terreno, Eugenio de Garagaría, director de la Comisión de limpiezas y riegos, se dirigía a la Comisión de Ensanche en los siguientes términos:

---

<sup>156</sup> Solicitudes para la mejora de los servicios municipales de vecinos y propietarios de la calle del Pacífico, Archivo de Villa (A. V.), Secretaría, 10-84-82.

*“No hay acordado todavía gasto alguno en el ejercicio actual, con cargo al presupuesto del Ensanche, por carecerse aún de ingresos y, por lo tanto, no se puede proceder a esta obra tan necesaria y tan justamente reclamada...”<sup>157</sup>*

Por toda solución, ya que era inviable la construcción de una red de alcantarillas ante la carencia absoluta de dinero, recomendaba una estrecha vigilancia al vecindario para evitar que arrojasen aguas corrompidas a la calle, sin percibir que podía ser la única alternativa a la ausencia de alcantarillado.

*“... el encharcamiento de aguas, cuyo remedio es el objeto principal de la reclamación..., lo producen los sobrantes de las dos fuentes de vecindad que allí se han establecido últimamente, y que a falta de alcantarilla hay precisión de dirigirlos por la cuneta del camino que es de tierra, y teniendo ésta además escasa pendiente en muchos puntos, ha de producirse necesariamente la estancación de aguas que se advierte. Considero, por lo tanto, que sería conveniente se impida por la dependencia de la policía urbana, guardas de arbolado y peones camineros, que se viertan las aguas en la cuneta por los vecinos...”<sup>158</sup>*

Las condiciones tornaban un punto más lamentables si desplazamos el escenario a los terrenos situados entre la calle del Sur y el Paseo de las Delicias en sus primeros tramos. Aquí el vecindario era menos populoso y predominaban los espacios vacíos, pero aun así, los propietarios y vecinos del barrio que empezaba a conocerse como de las Delicias alzaron su voz para denunciar:

*“Que el estado miserable de este barrio, impropio de una Corte civilizada, pide imperiosamente cierto número de reformas que le pongan en armonía con las demás entradas de la Corte; los exponentes comprenden que para llevar a cabo estas mejoras en toda la extensión que exige en pueblo culto, serían necesarios dispendios que de una vez no podrían hacerse por el Municipio, pero también saben que éste tiene consignados recursos a este efecto y con ellos podrían empezar dichas mejoras por la explanación y delineación de la calle paralela al Paseo de las Delicias que es la primera que debe unir a la del Sur y la que por sus circunstancias especiales contribuiría al mejoramiento y hermosura del barrio, sino también a darle mejores condiciones higiénicas.”<sup>159</sup>*

---

<sup>157</sup> Ídem.

<sup>158</sup> Ídem.

<sup>159</sup> A. V., Secretaría, 10-84-84.

Nuevamente, la necesidad de llevar a cabo las mejoras en los servicios era reconocida por los diferentes técnicos e ingenieros que comprobaron el estado de los terrenos. Sin embargo, en esta ocasión no fue la carestía pecuniaria quien puso las piedras en los bolsillos de la acción municipal, sino una realidad urbana preexistente y los intereses de los propietarios que se habían impuesto a todo lo planificado sobre el mapa. Unas consideraciones que pueden extraerse de la respuesta que remitió el ingeniero jefe a la Comisión de Ensanche el 23 de febrero de 1878 sobre la solicitud anterior:

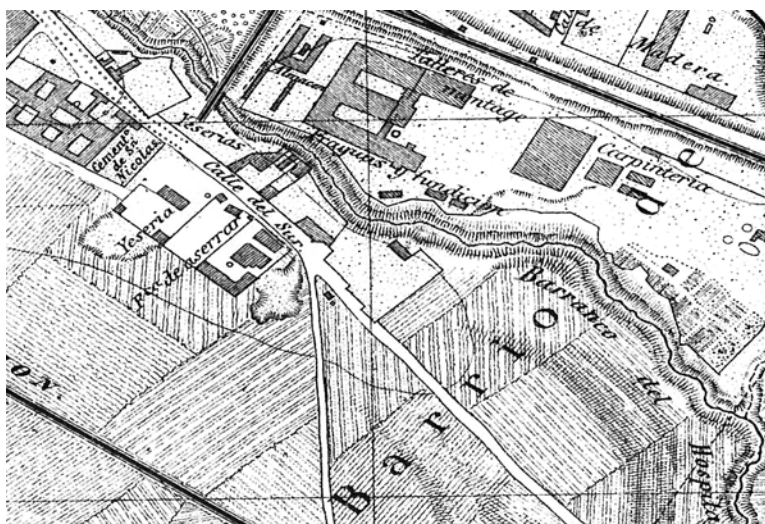
*“...no se podrá ejecutar en su primera parte, o sea, en su enlace con la calle del Sur, porque exigiría desmontar desde luego esta y, al mismo tiempo, derribar las casas que con motivo de dicho desmonte habría necesidad de expropiar o dejar colgadas como ya lo están los números 3, 5, 7 y 9 de la referida calle. Es cuanto sobre el particular puede informar esta dirección, dejando a ustedes y al Ayuntamiento, así como a la Junta de Ensanche, la resolución de un asunto que puede afectar intereses de alguna consideración.”*

Con ser la alineación y la explanación de los terrenos importantes carencias en los servicios que debía prestar el Ayuntamiento, sin duda no eran las más graves. La deficiente red de alcantarillas de la capital empeoraba en sumo grado las condiciones de vida de la población de los barrios del Sur<sup>160</sup>. Aparte del escaso número de cañerías y del desconocimiento de sus dimensiones (no existía un plano detallado), el sistema no cumplía con las más mínimas condiciones higiénicas que redujesen el riesgo de contaminación y, lo que es peor, la gran mayoría de las calles de todo Arganzuela carecía de la más insignificante tubería, lo que conllevaba el absoluto desconocimiento del agua corriente y del desagüe en las casas de estas latitudes. Además, la conducción de las materias fecales y residuales del interior era igualmente incompleta, con lo que iban al aire libre durante un gran trecho. Ésta era la esperpéntica situación que padecían los vecinos de la calle del Sur y sus inmediaciones.

---

<sup>160</sup> Un detallado seguimiento de las condiciones higiénico-sanitarias de la ciudad a finales del siglo XIX en HAUSER, Ph.: *Madrid bajo el punto de vista...*, *op.cit.*, pp. 209-338. De una forma más concisa en DEL MORAL, C.: *El Madrid de Baroja*. Sílex, Madrid, 2001, pp. 61-72.

Entre esta calle y los talleres y vías de la estación de Atocha se abría un profundo barranco por el que discurrían buena parte de las inmundicias de la capital. Sólo en los momentos en los que crecía la alarma social, por algún azote epidémico, la pestilente grieta cobraba fama por los evidentes riesgos que, para la salud de las personas, contenía su cauce maloliente. Julio Vargas, fue un periodista que, con motivo de la crisis epidémica de 1885, recorrió los barrios del Sur por ser los que mayor temor despertaban entre los madrileños, como focos de toda clase de epidemias y muertes.



*“Por el fondo de este barranco se precipitan en caudalosa corriente las aguas de la alcantarilla general. Esta, que recoge los desprendimientos de la mayoría de los vertederos de Madrid, y que deriva, casi en línea recta desde el Hospital General, va oculta por debajo de las antiguas huertas de Bornos, queda al descubierto corto trecho después y termina al pie de la casa nº 45. Desde ese punto las aguas fecales de Madrid no siguen otro cauce que el lecho fangoso del barranco, y va a fertilizar varias huertas situadas al pie de los talleres del ferrocarril. Aquellos obreros, que han de llegar a su albergue precisamente bordeando el barranco; aquellas otras familias que habitan las demás casas de la línea izquierda de la calle del Sur, viven aspirando sin cesar el vaho mefítico de aquel inmenso laboratorio de inmundicias que se revuelven a sus pies; del fondo de aquella turbulenta cloaca germinan columnas invisibles de pestilencia que esparcen en la atmósfera, hasta larga distancia, los principios generadores de las enfermedades infecciosas. Hoy, méditenlo las autoridades, aquel inmundo barranco no es más que un foco de insalubridad que el azar no ha convertido todavía en arsenal de la muerte.”<sup>161</sup>*

<sup>161</sup> VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*, op.cit., pp. 50-54.

Estas aguas se vertían continuamente al cauce del río Manzanares, el cual era descrito por Baroja, en las proximidades del Canal, como “*feo, trágico, siniestro, maloliente, río negro que lleva detritos de alcantarillas, fetos y gatos muertos*”<sup>162</sup>. El hecho de que la obra de Hauser, veinte años posterior, sea una referencia válida para el conocimiento del estado de los servicios municipales de la capital española indica, por sí mismo, el tipo de atención que recibió este campo de lo público.

A pesar de que este núcleo poblacional se conformó a un ritmo vertiginoso, al calor de las grandes oportunidades para encontrar trabajo que ofrecían los numerosos talleres y almacenes, aunque no tuviese una remuneración elevada o fuera eventual, su asentamiento en la naciente trama viaria en torno a la estación no se efectuó de manera aleatoria, resultando indiferente vivir en una calle o en otra. Si bien es cierto que el fenómeno de la segregación socioespacial tuvo una mayor plasmación en otras zonas del Ensanche, como la parte Norte, no resultó del todo desconocido. En Arganzuela no existió una marcada diferenciación horizontal (creación de barrios burgueses frente a otros obreros, entre otras cosas, porque faltaban grupos burgueses numerosos y con suficiente poder económico para llevarlo a cabo), pero se apreciaba una estimable diferencia entre las principales vías del distrito y aquellas otras de rango menor.

Si retomamos el precio de los alquileres como indicador de este fenómeno, aparece inmediatamente una nítida distancia entre las dos grandes arterias que delimitaban el sector, calle del Pacífico y Paseo de las Delicias, y el resto de calles. La escasa población del paseo no era óbice para que fuese una de las zonas más caras del distrito para vivir. La amplitud de su calzada, el hecho de disponer de una mayor atención que otras calles de segundo orden en cuanto a servicios municipales y la inminente aparición de una nueva estación (con lo que ello implicaba en la revalorización de los terrenos), daban razón de ser al elevado alquiler de sus edificios. Este factor era un condicionante que las familias tenían muy en cuenta a la hora de establecerse en un lugar u otro.

---

<sup>162</sup> Cita recogida en DEL MORAL, C.: *El Madrid de Baroja*, op.cit., p. 67.



El grupo socioprofesional de los jornaleros es un buen espejo en el que mirar en qué medida los alquileres condicionaban su presencia. Aunque en Arganzuela era muy abundante en casi todas las zonas, existían nítidas diferencias entre calles (ver la tabla 21). Si tomamos como referencia aquellas que contaban con un mayor número de personas, observamos que en la calle del Sur dos de cada tres familias estaban encabezadas por un jornalero, mientras que en la del Pacífico se reducía drásticamente el porcentaje (no llegaba al 39%). Esta distribución desigual estaba directamente vinculada con los niveles de alquiler de cada una; además, Pacífico registraba la mayor distancia entre los alquileres del conjunto y los satisfechos por las familias encabezadas por jornaleros, a pesar de que era la calle donde más pagaban.

<b>Tabla 21. Indicadores de segregación socioespacial en las principales calles de la zona de Hospital</b>						
<b>Calles</b>	<b>Alquiler medio</b>	<b>Nº familias</b>	<b>Nº familias jornaleras</b>	<b>Proporción familias jornaleras</b>	<b>Alquiler medio familias jornaleras</b>	<b>Familias encabezadas por madrileños de origen</b>
Pacífico	27,57	239	93	38,91%	15,33	27 (11,3%)
Paseo de las Delicias	25,88	24	14	58,33%	10,08	1 (4,2%)
El Sur	16,05	292	193	66,10%	14,33	29 (10%)
Comercio	15,00	8	3	37,50%	15,00	0
El Áncora	12,91	150	93	62,00%	12,28	21 (14%)
Las Delicias	11,76	94	54	57,45%	11,04	4 (4,3%)
Téllez	11,47	13	8	61,54%	8,56	0

La calle del Pacífico era la que presentaba un mayor desarrollo en sus edificios. Predominaban las casas con pocas plantas, normalmente compuestas por un bajo (en el que se podía hallar desde la vivienda del portero hasta diversos tipos de establecimientos con fines económicos, como tiendas de comestibles, un café o una carbonería) y el piso principal, con un alquiler algo superior, donde encontramos a propietarios, todo tipo de miembros de las clases medias, artesanos propietarios, militares, etc.

Junto a estas casas bajas, a la altura de 1878 ya aparecían edificios con una altura que excedía los límites que inicialmente se habían fijado para los nuevos barrios del Ensanche, alcanzando los cuatro y cinco pisos. El nº 12 correspondía a un inmueble que por sus imponentes dimensiones, en cuanto a número de viviendas y por el conjunto de personas que albergaba (505 individuos, la mitad de toda la calle), bien podría ser una casa de vecindad. En este reducido espacio se puede comprobar cómo actuaba una segregación social de tipo vertical (ver tabla 22): a medida que se ascendía en altura, el valor de los pisos menguaba debido al empeoramiento en sus condiciones de habitabilidad. La mayoría de las familias jornaleras acababa aferrándose a los peores cuartos debido a su bajo coste, que se adecuaba más a su capacidad de gasto.

<b>Tabla 22. Edificio número 12 de la calle Pacífico</b>						
<b>Pisos</b>	<b>Alquiler medio</b>	<b>Nº familias</b>	<b>Habitantes</b>	<b>Nº familias jornaleras</b>	<b>Proporción familias jornaleras</b>	<b>Alquiler medio familias jornaleras</b>
patio	15,00	9	33	7	77,78%	12,50
bajo	19,21	39	138	11	28,21%	11,25
principal	34,56	22	96	2	9,10%	32,50
segundo	30,50	21	110	4	19,05%	30,67
tercero	25,04	13	87	6	46,15%	19,00
cuarto	15,20	5	22	3	60,00%	11,50
buhardilla	11,83	3	19	1	33,33%	8,00

El principal era casi un coto privado para militares (tenientes y sargentos del Cuartel de Artillería situado en la misma calle, con sueldos anuales entre las 2.000 y las 3.000 pesetas) y empleados del ferrocarril (con salarios que van de las 1.500 pesetas a las 3.000). Junto a ellos encontramos un profesor de primaria (con un sueldo de 2.750 pesetas), un propietario, un comerciante (no indica la naturaleza de su actividad, pero paga el alquiler más alto del edificio: 67'5 pesetas mensuales), dos viudas con hijos también empleados en el ferrocarril, y un estudiante que se declaraba pequeño propietario en Alcalá de Henares (aparte de los dos jornaleros que se indican en la tabla). Por tanto, casi un centenar de personas representantes de las clases medias civiles y militares de la sociedad madrileña que, en su contexto residencial, podrían gozar de una cierta distinción social impensable si residiesen unos metros más al norte, en pleno Salón del Prado.

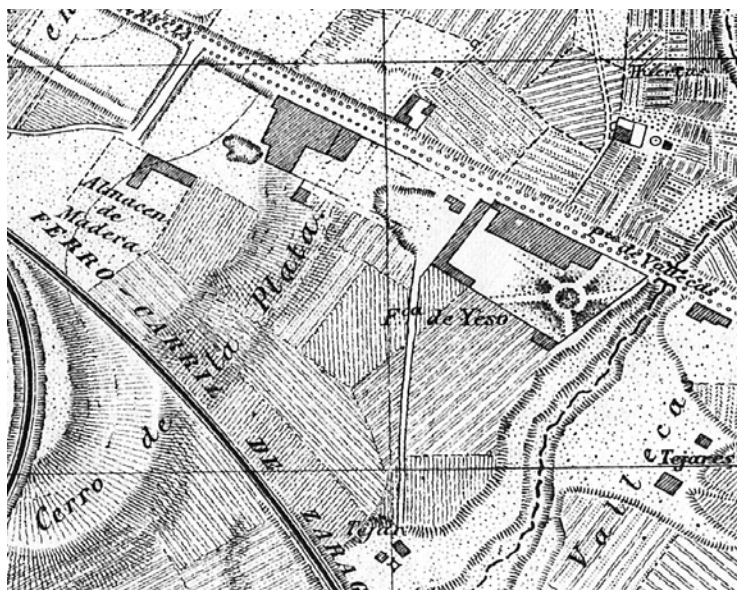
Cuando los peldaños de la escalera nos conducen al segundo piso, nos encontramos ante un escenario similar (todavía menudean empleados y militares de sueldos parecidos, incluso en éste caso hay un capitán) pero no igual: ya aparecen empleados cesantes y militares jubilados o retirados de guerra, además de nuevas profesiones, también vinculadas al mundo ferroviario, pero de la rama de los vapores, de los martillos y talleres (maquinistas, carpinteros, fogoneros). Aunque el nivel socioeconómico de estos dos grupos, así como su pertenencia a una misma empresa (el ferrocarril), podía ser equiparable, su nivel cultural, sus aspiraciones, mentalidades, formas de vida cotidiana, etc., iniciaban un recorrido paralelo que no llegaría a tocarse<sup>163</sup>.

En los pisos sucesivos de la casa de vecindad, el descenso en el escalafón socioprofesional continuaba, no sólo en los salarios de los empleados que los habitaban (que ya rondaban las 1.000 pesetas anuales o menos), sino también en las ocupaciones que se declaraban o en la ausencia de éstas, como era el caso de un ciego y un inválido de los nichos superiores. Además, el hacinamiento que soportaban las familias más humildes era mucho mayor: no sólo ocupaban viviendas con cuartuchos más pequeños, sino que se veían en la obligación de compartirlos para completar el pago del alquiler. Así, en los terceros de esta casa se amontonaban casi siete personas en viviendas que podían reducirse a tres o cuatro piezas, mientras que en los principales convivían poco más de cuatro personas. En el hogar de Tomás Pérez Gómez, jornalero toledano de 43 años que trabajaba en el ferrocarril, convivían 10 personas, en un 3º por el que pagaba 25 pesetas al mes. Además de su esposa y su hija, ya viuda, daba cabida a cinco jóvenes jornaleros que trabajaban en los almacenes de maderas contiguos a la casa y a una pareja de Lugo que llevaba poco tiempo en la capital. Este ejemplo bien podría haber constituido uno de los que despertaba la alarma y la evidente necesidad de reformas entre la clase dirigente, médicos, arquitectos y periodistas del país.

---

<sup>163</sup> Acerca de la creciente separación de los empleados en las oficinas y los trabajadores de talleres y máquinas, en la industria ferroviaria, hasta conformar sindicatos separados e incluso enfrentados, resulta útil la consulta de PIQUERAS, J. A.: "El oficio ferroviario: especialización, solidaridad y política" en SANZ ROZALÉN, V. y PIQUERAS ARENAS, J. A. (eds.): *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, pp. 103-124.

La diferenciación entre grupos sociales no se manifestaba exclusivamente en el plano vertical de una casa, sino también de forma longitudinal. En todo el Ensanche Sur, la proximidad a las rondas implicaba una jerarquía superior en el precio de solares y alquileres, mientras que a mayor lejanía de éstas y acercamiento al río Manzanares, los precios eran significativamente menores. Este fenómeno no sólo se notaba comparando calles ubicadas a diferente altura, también era evidente dentro de una misma vía. Una vez más, la calle del Pacífico es un ejemplo especialmente válido. Si en las inmediaciones de la Puerta de Atocha predominaban casas bajas y algunas con alquileres muy elevados (son los casos de Antonio Fernández, un cafetero que pagaba 100 pesetas por un bajo del nº 6; o las 104 pesetas que le costaba al abogado Gonzalo Juan su vivienda en un bajo del nº 14, por citar algunos ejemplos descollantes), en el último tramo de la calle el panorama era bien diferente.



Esquina Sureste del Ensanche Sur, limitada por la calle de Pacífico y el arroyo de Abroñigal. P. 1877

En los tejares de los Docks, situados en las inmediaciones del Cerro de la Plata y del arroyo de Abroñigal, vivían ocho familias y un total de 27 personas. Ninguna de ellas indicaba el alquiler que pagaban, pero la categoría socioprofesional de los cabezas de familia indicaba, sin lugar a dudas, que nos encontramos ante una zona de extrema pobreza y marginalidad: cuatro de ellos eran jornaleros, una viuda que se declaraba “pobre de solemnidad”, otra que era ciega y un ciego que también se manifestaba “pobre”. Éste último era José Tello, de 39 años, que vivía junto a su esposa y sus cinco

hijos (el mayor tenía sólo 16 años) en una “covacha” en unas condiciones de vida que pueden suponerse infrahumanas.

El barrio burgués segregado del resto era inexistente en este sector y era necesario buscar una reunión mucho más limitada de estos grupos sociales, o al menos de clases medias, en los principales de las calles más importantes, pero en todo caso en contacto con el resto de los escalones sociales. En cambio, los tejares de los Docks eran una zona homogénea ubicada en el rincón del distrito y de la sociedad, el último vagón de cola en el que sólo tenían cabida los marginados sociales.

### 5.3 Convivencia de clases y marginalidad social: Los arrabales de las “afueras” de Inclusa

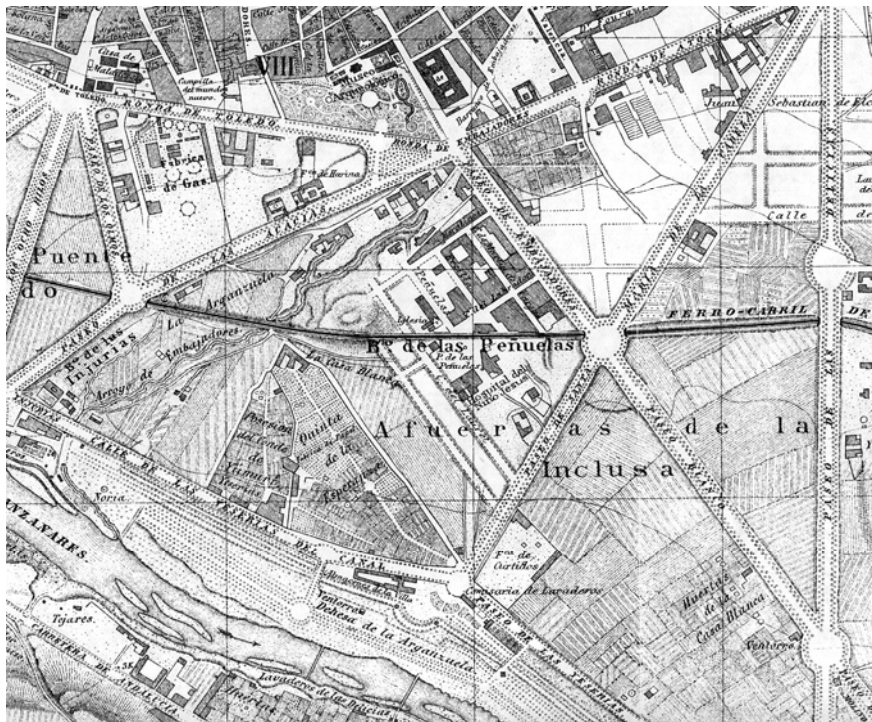
*“Al ver las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de torcidas letras, los faroles de aceite amenazando caerse; al ver también que multitud de niños casi desnudos jugaban en el fango, amasándolo para hacer bolas y otros divertimentos; al oír el estrépito de machacar sartenes, los berridos de pregones ininteligibles, el pisar fatigoso de bestias tirando de carros atascados y el susurro de los transeúntes, que al dar cada paso lo marcaban con una grosería, creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido. Aquello no era aldea ni tampoco ciudad; era una piltrafa de capital, cortada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro.”<sup>164</sup>*

Las primeras sensaciones que suscitaba la visión de barriadas como las Peñuelas, pertenecientes a las “afueras” de la ciudad, eran como bofetadas a la sensibilidad de quien estaba habituado a transitar por otros contornos de la capital con más lustre. El cambio de parecer sólo llegaba sumergiéndose en ellas, dejando que el imperio de la costumbre tornase lo horripilante en interesante, como le ocurría a Manuel, protagonista de *La lucha por la vida*, que “a los dos o tres meses de estancia en el Corralón, (...) no le daban aquellas barriadas miserables la impresión de tristeza sombría y adusta que

<sup>164</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*, op.cit., p. 95.

*produce el que no está acostumbrado a vivir en ellas; al revés, se le antojaban llenas de atractivos*”<sup>165</sup>.

El sector central comprendido entre los paseos de las Delicias y de las Acacias, si en 1860 aglutinaba a la mayoría de las personas que se asentaba en la franja sur de las afueras madrileñas (2.185 personas, el 60% del total), casi dos décadas más tarde continuaba siendo la cabeza del león en la población de Arganzuela (7.665 personas, el 49%). A pesar de ello, no había un continuo urbano en esta zona, pues las diferencias eran muy marcadas. La franja de terreno comprendida entre los paseos de las Delicias y Sta. M<sup>a</sup> de la Cabeza presentaba un vacío de población absoluto. La vía de circunvalación actuaba como una especie de frontera entre simples terrenos yermos, al norte, y otros con una cierta actividad económica, al sur.



Sector del Ensanche Sur perteneciente al distrito de Inclusa. P. 1877

<sup>165</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., p. 72.

Efectivamente, de forma más acentuada al sur del Paseo Blanco aparecían tierras de labor, huertas como la de Casa Blanca, algún pequeño ventorro y una fábrica de curtidos colindando con el Paseo de las Yaserías, cuya proximidad al río Manzanares era aprovechada para que allí se encontrase la comisaría de lavaderos. Por tanto, una zona de tierras vacías con unos usos periurbanos y agrícolas en su parte sur. Como se indicaba en el anterior epígrafe, no sería hasta la aparición de la estación de Delicias cuando este sector comenzase a poblarse y a bullir, siempre al norte de la vía de circunvalación, que simulaba el límite entre la civilización y la tierra de nadie. El abandono en cuanto la realización de las más elementales obras de ampliación urbana era palpable incluso cuando la apertura de la nueva y moderna estación ya era un hecho. En 1883, los vecinos de la calle del ferrocarril, que corría en paralelo a la vía de circunvalación y que en 1878 no se había abierto aún, reclamaban al Ayuntamiento, de manera similar a los vecinos de Pacífico, que se diese *“algún tipo de afirmado, pues la calle se halla de todo punto intransitable”*, además de solicitar *“cualquier tipo de alumbrado. Los moradores de dicha zona son trabajadores que para acudir a sus respectivos talleres u obras tienen que transitar por ella a primeras horas de la mañana, tropezando en todas partes y expuestos a caídas con fatales consecuencias, pues el piso está pésimamente rematado de malo y la calle completamente a oscuras...”*<sup>166</sup>.

El triángulo comprendido entre los paseos de Sta. M<sup>a</sup> de la Cabeza, Embajadores y la ronda de Atocha, que hoy en día forma parte del barrio Palos de Moguer, experimentó un notable dinamismo entre las dos fechas referencia del estudio, especialmente en la esquina oriental de la ronda y el tramo septentrional del Paseo de Sta. M<sup>a</sup> de la Cabeza, donde apareció una nueva calle en perpendicular, Juan Sebastián Elcano. Esta pequeña agrupación tenía un carácter totalmente residencial, ya que ni el plano ni las hojas del padrón municipal dan pruebas de ningún establecimiento de tipo económico. El resto de la zona era un vacío completo hasta llegar a la línea del Paseo de Embajadores, donde nuevamente se alzaban edificios de viviendas.

---

<sup>166</sup> Solicitud de servicios urbanos por los vecinos de la calle del ferrocarril, A. V., Secretaría, 6-389-1.

Eran los terrenos comprendidos entre éste último paseo, el de Sta. M<sup>a</sup> de la Cabeza, el de las Acacias y el río Manzanares, los que concentraban a la mayoría de la población. Como ya sabemos, el de las Peñuelas era el arrabal con más solera de las afueras del sur. Sus orígenes se remontaban a la primera mitad del siglo XIX, mucho antes de que el Ensanche cobrase forma en las cabezas de ingenieros y reformadores urbanos. De hecho, era un superviviente a los planes de Castro de “*derribar las sucias y mezquinas viviendas*” del arrabal. Éste se levantaba sobre una pronunciada pendiente que descendía vertiginosamente hacia el río Manzanares. Si en la calle Pacífico o en la del ferrocarril los servicios municipales brillaban por su ausencia, este rincón de barro, los bordes desportillados de la ciudad, como lo describía Galdós, no iba a ser menos. Bien es cierto que las Peñuelas no presentaban problemas de alineamiento: sus manzanas de casas, algo más difusas en el mapa de 1866, aparecían perfectamente definidas en el José P. Morales de 1877, y sus calles rectilíneas, conformando un núcleo urbano continuo y definitivamente asentado. Sin embargo, como nos confirmó Julio Vargas en sus paseos por las afueras de la capital, se hallaban sus calles “*deplorablemente empedradas, sin aceras, excepto una, con mal alumbrado y huérfanas de alcantarillado para las aguas fecales*”<sup>167</sup>. El deficiente estado del alcantarillado no sólo preocupaba a las autoridades municipales, sino también a los vecinos que más padecían su precariedad.

No era sólo la pestilencia del ambiente, debido al correteo de aguas residuales de todo tipo por zanjas y cunetas del exterior, lo que inquietaba al vecindario de estos barrios, sino las consecuencias que estos nauseabundos arroyuelos podían tener en su salud y la de sus familiares.

*“Los propietarios, comerciantes e industriales en el barrio de las Peñuelas de esta capital vuelven de nuevo a molestar la superior atención de V. E[el Alcalde] (...) con la elevada misión de que un asunto que afecta a la salud pública de la Villa, se ventile y atienda por el municipio con la preferencia y prontitud ...Dentro de esta zona existían multitud de lagunas y charcos de aguas detenidas, cuyas miasmas vienen produciendo en casi todos los moradores de la misma zona calenturas y enfermedades perniciosas que los diezma, con el eminente riesgo de propagarse al casco de la población”*<sup>168</sup>

<sup>167</sup> VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera...*, op.cit., p. 4.

<sup>168</sup> Solicitud de mejoras en los servicios municipales por parte de propietarios y vecinos de las Peñuelas. A. V., Secretaría, 10-84-83.



Parece que los innumerables discursos y congresos sobre higiene y salud pública que generó el siglo médico no se circunscribieron exclusivamente a reducidos cenáculos de expertos, sino que llegaron, en cierta medida, al hombre de a pie. Si en la higiene personal los avances entre las clases populares dejaban mucho que desear, parece que existía una cierta concienciación sobre los perniciosos efectos que conllevaba este tipo de situaciones, al menos en una parte del vecindario, pues otros muchos, como ponían de manifiesto los que suscribían la solicitud:

*“...se vienen aprovechando para el riego de las tierras que hay entre ambos puntos, las aguas fecales de las alcantarillas generales de Atocha, Embajadores, Gas y Matadero, y como las sobrantes no tienen salida natural al río, afluyen y se reúnen en todos los puntos bajos u hondonadas donde se estancan y producen los lamentables efectos de que nos quejamos.”<sup>169</sup>*

En un intento de cambiar la situación de abandono en que se veían, este grupo de vecinos y propietarios apeló a elementos atemorizadores para las autoridades. Dada la secuencia epidémica que había asolado la ciudad a lo largo de la centuria, recordaban al alcalde que, caso de producirse un nuevo azote de muerte, ésta se extendería al resto de la población. Sin embargo, Félix M<sup>a</sup> Gómez, el arquitecto de fontanería y alcantarillas encargado del caso por el Ayuntamiento, lejos de quitarle el sueño el estado de los servicios públicos que debía satisfacer, determinó que:

*“El mal que dichos arroyos produzcan se pudo evitar por los dueños de las casas, no construyendo nada a su proximidad. (...) En cuanto a que los encharcamientos de las aguas causan calenturas se debe advertir que han muchos años que unos y otros existen en las afueras de la Puerta de Segovia, y a pesar de su proximidad a las casas de Madrid, y a los lavaderos, no recuerdo que se haya reclamado contra la existencia de dichos estanques y balsas por causar daños a la salubridad. En cuanto a que las aguas del canal no se emplean para regar como en otros barrios, es necesario tener presente que esto no puede efectuarse sin canalizar los barrios, colocar tuberías y construir alcantarillas y como para esto se necesita gran cantidad de dinero que el barrio de las Peñuelas y del Sur no habían producido, resulta que la culpa no es del Municipio, ni de los reclamantes, sino en general de los propietarios de aquella zona que tienen sus solares hoy como hace dos siglos. Si desean tener alcantarillas ya saben que se necesita dinero que es precisamente lo que no tienen por ahora los barrios comprendidos en las zonas de ensanche, y no se*

---

<sup>169</sup> Ídem.

*admiren los nuevos propietarios de esto, porque para tener el interior de Madrid alcantarillas, ha sido preciso que pasen trescientos años.*"<sup>170</sup>

El nombre de las Peñuelas podía despertar ciertos temores en los plenos municipales, o en algunos salones de la alta sociedad, por su fealdad, la suciedad de sus calles, las condiciones de la vivienda o, en este caso, por los riesgos a que se convirtiesen en focos propagadores de epidemias y muerte, pero no se llevó a cabo una política decidida que mejorase considerablemente las condiciones de vida del barrio y sus habitantes en sus más diversos campos. De hecho, ocho años después se produjo la terrible epidemia de cólera que afectó, de manera desigual, a los distintos grupos sociales. En esa ocasión, los barrios del Sur fueron el centro de atención como focos difusores del contagio, originando los interesantes artículos de Vargas. Y la situación tampoco varió en demasía dos décadas después, momento en el que Hauser o Baroja se hacían eco, cada uno con su literatura correspondiente, del lamentable aspecto que presentaba este rincón de la capital.

La zona Sur del Ensanche madrileño, en una especie de continuación natural de los barrios bajos del interior de la capital, estaba caracterizada por el predominio de las clases populares, que dejaban su huella en multitud de variables: índices de natalidad y mortalidad, estructura socioprofesional, un comercio de pequeñas dimensiones y destinado al consumo de primera necesidad, bajos alquileres, viviendas de mala calidad, carestía de servicios públicos en sus calles y casas, etc.

Una vida llena de similares carencias y parecidas soluciones que no hay que confundir con una mezcolanza indistinta de los grupos sociales que se asentaban en estos barrios. La imagen de Arganzuela como zona popular y marginal fue resaltada desde el siglo XIX y ha llegado con una gran fuerza a la actualidad; aunque es evidente que tenía esos componentes sociales, y en mayor medida que gran parte de la ciudad, no sólo de ello se nutría el distrito, también existían grupos de clases medias y pequeño burguesas que ocupaban su propio espacio, diferente al de la pobreza que campaba por estos contornos. El análisis de los alquileres de las viviendas da cuenta de una gradual estratificación del sector en un eje noreste-suroeste, a lo largo del cual se distribuyeron sus habitantes en función, primordialmente, de sus posibilidades económicas.

---

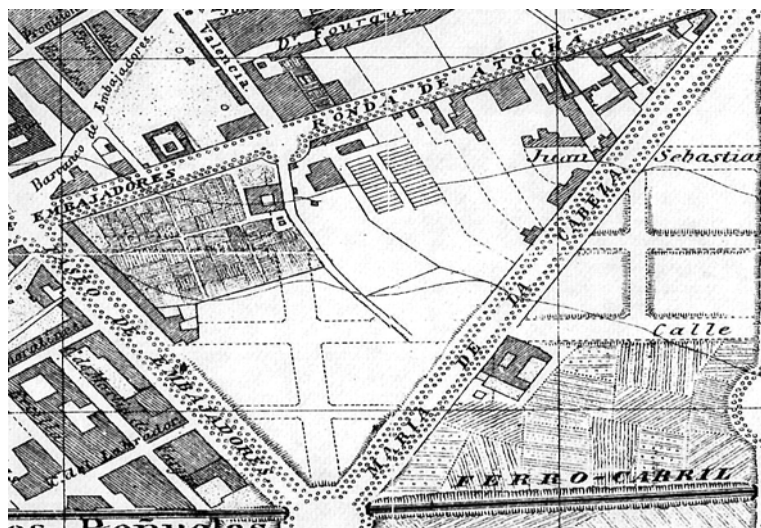
<sup>170</sup> Ídem.

En líneas generales, se distinguen tres grupos de calles, en función del precio de sus alquileres, que se corresponden a su vez con tres zonas geográficas claramente delimitadas con unos rasgos sociales con matices particulares.

Distrito de Inclusa							
Calles	Alquiler medio	Nº familias	Habitantes	Nº familias jornaleras	Proporción familias jornaleras	Alquiler medio familias jornaleras	Familias encabezadas por madrileños de origen
Ronda de Atocha	22,71	143	598	62	43,36%	15,78	14 (9,8%)
Juan Sebastián Elcano	19,05	41	191	9	21,95%	15,69	9 (21,95%)
Paseo Sta. Mª de la Cabeza	18,88	70	373	17	24,29%	15,23	10 (14,29%)
Paseo de Embajadores	17,63	232	981	86	37,07%	12,82	58 (25%)
Paseo de las Acacias	14,77	75	282	29	38,67%	11,66	23 (30,7%)
Labrador	14,59	85	324	34	40,00%	12,41	20 (23,5%)
Moratines	14,40	101	391	35	34,65%	11,73	30 (29,7%)
Martín de Vargas	13,07	234	947	107	45,73%	11,82	64 (27,4%)
Las Peñuelas	11,83	169	710	82	48,52%	10,61	40 (23,7%)
Plaza de las Peñuelas	11,72	39	184	21	53,85%	11,23	9 (23,1%)
Ercilla	11,15	256	994	146	57,03%	10,66	28 (22,7%)
Cristo de las Injurias	9,53	110	367	60	54,55%	9,40	20 (18,2%)
Arroyo de Embajadores	9,14	221	738	119	53,85%	8,98	50 (22,6%)
Yeserías del Canal	9,06	33	137	23	69,70%	8,38	2 (6,1%)

### 5.3.1 Clases medias y populares en un espacio nuevo

El primer grupo de calles (Ronda de Atocha, Juan Sebastián Elcano, Paseo de Sta. M<sup>a</sup> de la Cabeza y Paseo de Embajadores) se corresponde con la parte noreste del sector. La mayoría de ellas eran las vías más espaciosas de Arganzuela, que disfrutaban de un mejor acondicionamiento que las calles interiores o de segundo orden (las dos últimas eran los antiguos paseos barrocos destinados al esparcimiento de las clases más acomodadas, con hileras de árboles a lo largo de su recorrido), o calles nuevas, como la de Sebastián Elcano, que se beneficiaban de su cercanía; al mismo tiempo, la orografía del terreno, especialmente en su parte más septentrional, era mucho más ligera que la abrupta pendiente de las Peñuelas.



Sección del P. 1877

En definitiva, este pequeño apéndice urbano, que crecía a la sombra del casco histórico, presentaba un aspecto adecentado que servía de reclamo para las clases medias y pequeño burguesas, la élite social del Sur: pequeños propietarios, empleados de mediana categoría, profesionales liberales, comerciantes con algún negocio próspero, etc. De hecho, el tramo más próximo de la ronda de Atocha a la Puerta del mismo nombre experimentó una fuerte revalorización del suelo con el paulatino desarrollo del Ensanche. Esto no significa que no apareciesen representantes del mundo de los oficios o los omnipresentes jornaleros (como ya se ha dicho, en Arganzuela no existieron barrios burgueses al estilo de los que escoltaban la Castellana a un lado y otro), pero sin alcanzar el predominio que caracterizaba a otros puntos más al sur.

La paulatina expansión de los inmuebles siguió los contornos de las vías de este pequeño sector triangular, mientras que el interior de las manzanas tardó más en completarse: el plano de 1877 reflejaba una gran extensión yerma entre la esquina noreste, que capitaneaba el crecimiento urbano del sector, y el Paseo de Embajadores, en el extremo suroeste y colindante con el barrio de las Peñuelas. Sin ser hotelitos o palacetes, el exterior de este conjunto de casas debía ofrecer al viandante una visión mucho más placentera de lo que podía esperarse. Así lo constataba Julio Vargas, que en 1885 opinaba que habían sido “*edificadas para ocultar al curioso las verdaderas Peñuelas*”<sup>171</sup>. Los inmuebles del Paseo de Sta. M<sup>a</sup> de la Cabeza y la Ronda de Atocha se caracterizaban, en general, por una altura moderada compuesta por dos pisos: bajo (en los que aparecen numerosas tiendas, pequeños comercios, tabernas) y principal. Eran pocos los edificios que alcanzaban el piso segundo. En ellos actuaba minuciosamente una característica segregación en vertical. El número 10 del Paseo de Sta. M<sup>a</sup> de la Cabeza albergaba a 10 familias en cinco bajos, cuatro principales y una pequeña buhardilla. Todos los bajos correspondían a pequeños negocios familiares, con unos alquileres que oscilaban entre las 25 y las 35 pesetas mensuales. Eran una cochera y una tienda pertenecientes a dos cabreros; la carpintería era de Juan Gironella, ayudado por su padre de 70 años, que también vivía con la familia de su hijo; una taberna de la familia de José Dorado González; y un bajo donde vivían Paulina Blasberg, una viuda de 42 que trabajaba como guarnicionera en el ferrocarril, y sus tres hijas pequeñas. Los principales estaban ocupados por dos empleados del ferrocarril con un sueldo mediano (2.000 pesetas anuales), un pintor y un oficial de platero, todos ellos casados y con uno o dos hijos. El último de los principales lo ocupaba Ana María Romano, viuda de 45 años; su situación debía ser algo menos angustiosa que la de Paulina, pues dos de sus hijos, de 25 y 21 años, trabajaban como cerrajeros, aunque para seguir disfrutando de una vivienda principal se había visto obligada a compartirla con una pareja. La buhardilla era ocupada por otra viuda, Cayetana Rojo González, que no declaraba ninguna profesión y compartía su humilde morada con una pareja y su hijo pequeño.

---

<sup>171</sup> VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*, op.cit., p. 2.

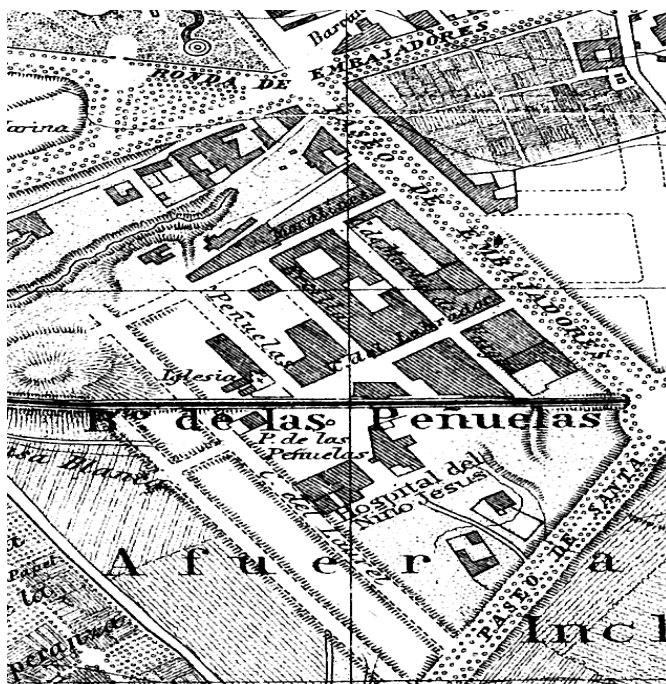
La calle de Sebastián Elcano, por el contrario, reproducía vicios constructivos del interior desde su nacimiento. De los pocos inmuebles edificados, la mayoría alcanzaban hasta las tres y cuatro alturas, y la calle era de menor anchura que los paseos y la ronda, con lo que las condiciones de luminosidad y desahogo debían ser mucho más pobres.

### **5.3.2 Las Peñuelas: convivencia de clases en el arrabal del Sur**

El segundo grupo de calles englobaba al antiguo arrabal de las Peñuelas. Ya hemos visto que su existencia databa de décadas atrás, anteriores incluso a la aparición de cualquier tipo de ampliación urbana planificada. Esto tenía su correspondencia en la población que lo conformaba: aquí era donde las familias encabezadas por madrileños de origen tenían un mayor arraigo (entre el 20% y el 30%), no sólo en el sector correspondiente al distrito de la Inclusa, sino en todo el Ensanche Sur<sup>172</sup>. Además, el componente popular aumenta respecto a la primera zona: si la primera presentaba unos porcentajes de familias encabezadas por jornaleros bajos para la media del distrito (dos calles con menos del 25%), aquí se movían entre el 40 y el 50%. La transición entre una y otra correspondía al Paseo de Embajadores (amplia vía de comunicación, pero contigua al arrabal) con un 37%. Sin embargo, el entramado de calles del arrabal podía sugerir una cierta confusión, cuando lo que existía era una minuciosa jerarquía en función de cómo se situara la calle. Al margen del Paseo de las Acacias, la más cara por ser otra de las arterias que articulaban al conjunto del Ensanche, Labrador y Moratines eran las que presentaban los precios más altos (más de 14 pesetas mensuales) debido a que eran las que tenían salida al Paseo de Embajadores.

---

<sup>172</sup> En la zona de la estación de Atocha, donde la llegada de nuevas familias atraídas por las oportunidades del ferrocarril era muy importante, los porcentajes giraban alrededor del 10%, ver tabla X; mientras que en la zona de Imperial y Puente de Toledo no llegaban al 20%, ver tabla X.



Sección del P. 1877

Posteriormente se sucedían las calles paralelas a dicho paseo, con una diferencia mínima entre ellas (la mayoría entre 11 y 12 pesetas mensuales). Todas eran bastante rectilíneas y estrechas, formando manzanas alargadas, rectangulares, pero su aspecto cara al exterior no debía ser tan agradable como las de los paseos. Así se manifestaba Julio Vargas respecto al arrabal:

*“Las edificaciones, en su gran mayoría, son antiguas, mejor dicho, viejas, mezquinas, y hasta miserables muchas de ellas; lo cual no impide que sirvan de albergue a gran número de familias de obreros, para quienes el espacio, el aire y la luz vienen a ser en aquellas pobres viviendas artículos de lujo.”<sup>173</sup>*

Este cuadrilátero de manzanas hubiera presentado una forma mucho más regular de no haber sido atravesado por la mitad por la vía de circunvalación, una negra línea que cruzaba inmisericorde por entre las casas, partiendo en dos la plaza de las Peñuelas, centro neurálgico del arrabal, y rezumando un amenazante riesgo para aquellos que quisieran atravesarla, pues no existía ningún tipo de protección.

<sup>173</sup> VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*, op.cit., p. 6 y ss.

*“Llegaron a la vía férrea de circunvalación que corta el barrio, sin valla, sin resguardo alguno. La miseria se familiariza con el peligro como con un pariente. Sintieron silbar la máquina, y los condenados se pusieron a bailar sobre los carriles, desafiando al tren mugidor que venía. Lo azuzaban, lo escarnecían, hasta que apareció la locomotora en la curva, y al verla cerca se dispersaron como bandada de gorriones. El tren de mercancías pasó, enorme, pesado, haciendo temblar la tierra, (...) y desapareció, dejando atrás su humo y su ruido.”<sup>174</sup>*

Este era el corazón de Arganzuela donde tenían su asiento el conjunto de clases populares, desde el jornalero y artesano al tendero o comerciante o el empleado cesante desde hace tiempo, pasando por los pequeños propietarios, una población humilde pero no marginal. Si tomamos como referencia los veinte alquileres más elevados de las Peñuelas se observa el predominio absoluto del pequeño negocio familiar destinado a los artículos de primera necesidad: dos tahoneros, cuatro tenderos, dos taberneros, un panadero, un bollero, un vidriero, un muñulero, un cobrero, un comerciante (sin especificar actividad) y un industrial (tampoco lo hace). La lista la completaban un maestro artesano de un taller de coches, un empleado del ferrocarril que trabajaba como conductor, un albañil, un profesor de educación primaria y una viuda cuyo hijo era latonero. Todos eran humildes negocios donde, a lo sumo, había un joven dependiente que ayudaba al dueño en las faenas diarias y convivía con su familia (como ocurría con tres de los tenderos y un tabernero). Los alquileres iban desde las 200 pesetas hasta las 30, aunque alrededor de los dos tercios no superaban las 80 pesetas, lo cual indicaba, al mismo tiempo, la escasa capacidad de gasto de un vecindario donde, según se quejaba la *Sanguijuelera* en la obra de Galdós, “*se repican las campanas cuando se ve una peseta*”.

El contacto entre clases, entre aquellos que regentaban su propio negocio o disfrutaban de un buen empleo, y los que sobrevivían a duras penas, en una frontera difusa entre pobreza y marginalidad, era constante dada la vecindad de sus casas y lugares de trabajo. Camilo Laorga Lloret era un alicantino de 48 años que había llegado a Madrid cuando sólo contaba con 20. En la capital había conocido a su mujer, Joaquina Hernáiz Regidor, dos años mayor que él y con la que había tenido seis hijos. A pesar de que esta numerosa prole pudiera sugerir graves dificultades para un carpintero de las Peñuelas, su situación podría definirse como acomodada o, al menos, desahogada.

<sup>174</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*, op.cit., pp. 151-152.



Tras años repletos de sacrificios y de duro trabajo, era propietario de una casa unifamiliar en el número 26 de la calle de las Peñuelas, aunque seguía reconociéndose por el oficio que le había permitido ascender socialmente. Debió ser un gran orgullo para él lograr que sus dos hijos mayores, Enrique y Ricardo, de 23 y 21 años, respectivamente, pudieran seguir estudiando y labrarse un futuro esperanzador. El ascenso de Camilo Laorga no pararía en ser propietario de su propia morada, sino que llegaría a ser un modesto promotor inmobiliario del barrio, con la construcción de viviendas para trabajadores en las inmediaciones de la vía de circunvalación. Por tanto, una familia que debía gozar del respeto y consideración de sus convecinos y de la cual, ocho años más tarde, Julio Vargas hablaría en elogiosos términos:

*“A largos intervalos tropieza la vista con edificios que contrastan con el conjunto que ofrecen los demás; así sucede con la elegante casa del justamente reputado industrial, sr. Laorga, en la calle de las Peñuelas (...), que a fuerza de inteligencia y de trabajo, ha logrado conquistarse una fortuna, que le ha convertido de humilde obrero en artista distinguido, ha hecho construir algunas casas en la calle del Laurel, cuyas habitaciones, aunque muy reducidas, ofrecen el aspecto limpio y la luz y ventilación necesarias para la vida.”<sup>175</sup>*

El panorama era muy diferente en la casa número 24 de la calle de las Peñuelas, contigua a la del sr. Laorga, en la que se alojaban dos familias jornaleras en los bajos, y una familia de un zapatero y otras dos de jornaleros en los principales, por los que pagaban 9 y 10 pesetas al mes. A pesar de su presumible pobreza, ninguna de ellas presentaba rasgos de desarraigo o marginalidad: cuatro familias estaban compuestas por el matrimonio y los hijos, y la última había acogido a la abuela que se había quedado viuda y a una cuñada soltera. De las mujeres sólo una declaraba un oficio (cigarrera) fuera del hogar.

La vía de circunvalación era una barrera a la expansión hacia el sur del barrio, el cual sólo la había traspasado tímidamente, a la altura de 1878, con el hospital del Niño Jesús. El resto eran descampados, propiedades privadas (como los terrenos del conde de Yúmuri) y zonas verdes como la Quinta de la Esperanza, que ya penetraban en zonas con claros tintes de miseria y marginalidad.

---

<sup>175</sup> VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera, op.cit.*, p. 9 y ss.

### 5.3.3 Pobreza y marginalidad en los bordes de la ciudad

El último grupo de población lo protagonizaban calles como Arroyo de Embajadores, Cristo de las Injurias o Yaserías del Canal, además de otros puntos aislados de población como la Casa Blanca o la Casa del Cabrero. Todas ellas presentaban los alquileres más bajos del sector (por debajo de las 10 pesetas) y una elevadísima presencia de familias jornaleras (en las Yaserías del Canal llegaba al 70% del total), lo cual indica que estamos ante una zona claramente pobre. Los alquileres más elevados, de 25 a 30 pesetas mensuales, correspondían a los propietarios de tiendas de comestibles o a los taberneros de pequeños figones. En estos sitios los precios de los productos eran muy inferiores a los que marcaba el interior, no sólo por la miseria del vecindario, sino también por su lejanía respecto al casco antiguo, en donde actuaban los impuestos al consumo, lo que les asemejaba a una situación más propia del Extrarradio.

*“Cruzaron todos la vía y pasaron por delante de unas casas blancas hasta entrar en el barrio de las Injurias. Se acercaron a una casita baja con un zócalo oscuro; una puerta de cristales rotos, empañados, compuestos con tiras de papel, iluminados por una luz pálida, daba acceso a la casa. (...) Un vaho caliente y cargado de humo les dio en la cara. Un quinqué de petróleo, colgado del techo, con pantalla blanca, iluminaba la taberna, pequeña y de techo bajo...”*

*-¿Qué van a tomar? –dijo la mujer del mostrador.*

*-Cuatro quince –contestó Leandro.*

*Llevó la mujer vasos en una bandeja sucia y los colocó en la mesa. Leandro sacó sesenta céntimos.*

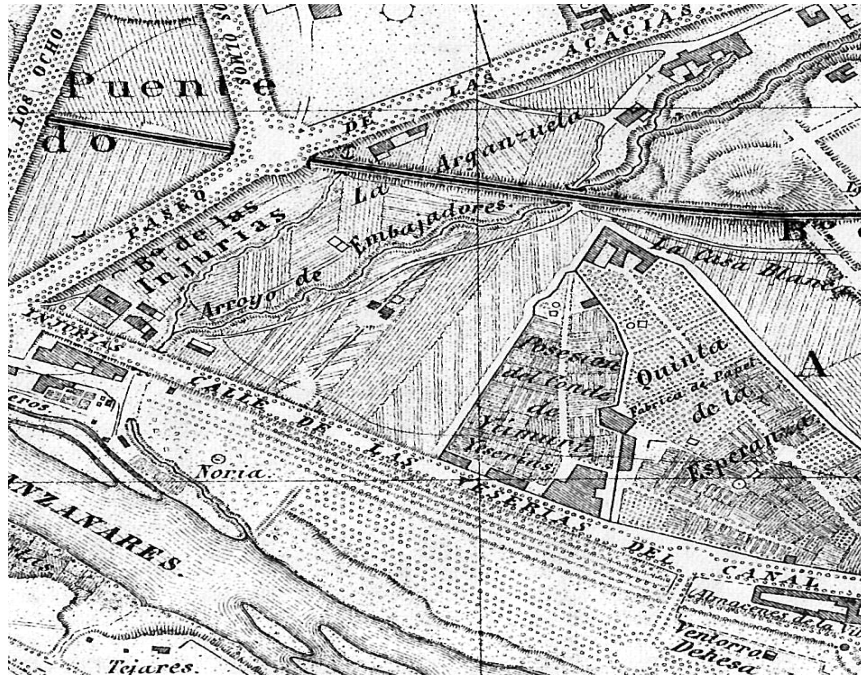
*-Son a diez –dijo la mujer en tono malhumorado.*

*-¿Por qué?*

*-Porque esto es el extrarradio.”<sup>176</sup>*

Este conjunto de calles ya no formaba un continuo urbano al estilo del arrabal de las Peñuelas, su distribución era dispersa y centrífuga, sin atender a ningún planeamiento racional del área, al albur de los accidentes topográficos del terreno, entre pendientes, hondonadas, estrechos caminos polvorientos, cercas, etc. Un paisaje suburbano más propio del campo que de la capital española.

<sup>176</sup> BAROJA, P: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., pp. 79-80.



Sección del P. 1877

La calle del Arroyo de Embajadores parecía un desprendimiento del Paseo de las Acacias, situado a una altura superior. Tomaba su nombre del riachuelo que correteaba a sus pies, cuyas aguas, lejos de ser limpias y cristalinas, eran un hediondo cauce de residuos, aguas fecales e industriales. El lindo reguero no era otra cosa que la atarjea por donde el barrio de las Peñuelas, y parte del interior de Madrid, desaguaba todas las inmundicias de su actividad humana. Sólo al llegar a la calle Yaserías del Canal regresaba al mundo subterráneo hasta desembocar en el río Manzanares.

A lo largo de esta vía se sucedían casas bajas, de una o dos plantas a lo sumo y de fábrica bastante pobre, algunas de ellas simples chozas, con casas de vecindad, corralas, en las que las familias se amontonaban unas encima de otras hasta los cuatro y cinco pisos de altura. César Chicote fotografió algunas de estas viviendas, descritas magistralmente por la pluma de Baroja, para su obra *La vivienda insalubre en Madrid*, de la que se extraen algunos ejemplos para ilustrar el discurso de la mejor manera posible. En el número 11 se levantaba un edificio en el que se cobijaban 287 personas entre el patio (7 cuartos), bajos (49), principales (12), segundos (12) y buhardillas (6). El relato de Baroja es, una vez más, la mejor guía para adentrarnos en este mundo de miseria; su descripción de *la casa del tío Rilo* bien podría servir para este caso:

*“La fachada de esta casa, baja, estrecha, enjalbegada de cal, no indicaba su profundidad y tamaño; se abrían en esta fachada unos cuantos ventanucos y agujeros asimétricamente combinados, y un arco sin puerta daba acceso a un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchado después, formaba un patio, circunscrito por altas paredes negruzcas. De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo a galerías abiertas, que corrían a lo largo de la casa en los tres pisos, dando la vuelta al patio. (...) A cada vecino le quedaba para sus menesteres el trozo de galería que ocupaba su casa. (...) Cada trozo de galería era manifestación de una vida distinta dentro del comunismo del hambre; había en aquella casa todos los grados y matices de la miseria: desde la heroica, vestida con el harapo limpio y decente, hasta la más nauseabunda y repulsiva.”<sup>177</sup>*

Generalmente estas viviendas carecían de servicios municipales básicos como alcantarillado y agua corriente, y sólo tenían una fuente de agua, en el patio, para todos los vecinos, y si también faltaba, acudían a la fuente pública más cercana. Por tanto, aunque los vecinos estuviesen convencidos de los beneficios de una higiene diaria, las condiciones materiales de sus casas la convertían en algo preciado.

*“Hallábase el patio siempre sucio; en un ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles, cubierto de chapas de cinc; se veían telas puercas y tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos: un revoltijo de mil diablos. Todas las tardes, algunas vecinas lavaban en el patio, y cuando terminaban su faena vaciaban los lebrillos en el suelo (...). Solían echar también los vecinos por cualquier parte la basura, y cuando llovía, como se obturaba casi siempre la boca del sumidero, se producía una pestilencia insoportable de la corrupción del agua negra que inundaba el patio, sobre la cual nadaban hojas de col y papeles pringosos.”<sup>178</sup>*

En este universo predominaban los jornaleros (40 cabezas de familia), los zapateros (5), lavanderas (4), albañiles (3), vendedoras (3), costureras (3), sastres, pintores, traperos..., es decir, todo tipo de profesiones vinculadas claramente a las clases populares. No había ninguna familia que, bien por la profesión del cabeza, bien por el salario que obtenía, pudiera acercarse a las clases medias, no ya de la ciudad, sino las del propio distrito. Pero incluso dentro de estos grupos pauperizables, la corrala fijaba una división en dos, que tenía su reflejo en los alquileres.

---

<sup>177</sup> *Ibid.*, pp. 58-59.

<sup>178</sup> *Ibid.*, pp. 58-59.

Las viviendas cuyos cuartos estaban en el patio principal (53 viviendas) oscilaban entre 12 y 8'75 pesetas mensuales, mientras que aquellas otras que daban al patio interior (33), mucho más pequeño y miserable, estaban entre 8'5 y 6 pesetas al mes. Las condiciones de hacinamiento y salubridad podían llegar a ser espantosas, pues a sus reducidas dimensiones se unía un mayor porcentaje de familias con personas realquiladas (43%).

*“En el patio interior, los cuartos costaban mucho menos que en el grande; la mayoría eran de veinte y treinta reales; pero los había de dos y tres pesetas al mes: chiscones oscuros, sin ventilación alguna, contruidos en los huecos de las escaleras y debajo del tejado.”<sup>179</sup>*

Al otro lado del arroyo, pasada la vía de circunvalación, se hallaba la Casa Blanca, un conjunto de casas bajas, algunas de ellas chozas (según declaración del inquilino en la hoja del padrón municipal), en donde vivían 141 personas en 1878. Para Baroja, *“era como una aldea pobre, de una calle sola”*<sup>180</sup>. La mayoría de los que allí moraban era jornaleros (dos de cada tres), junto con algún trapero, sillero de viejo, vendedoras ambulantes y viudas que no declaraban ninguna profesión.



Casa Blanca. Foto tomada de CHICOTE, C.: *La vivienda insalubre en Madrid*. Imprenta municipal, Madrid, 1914, p. 45.

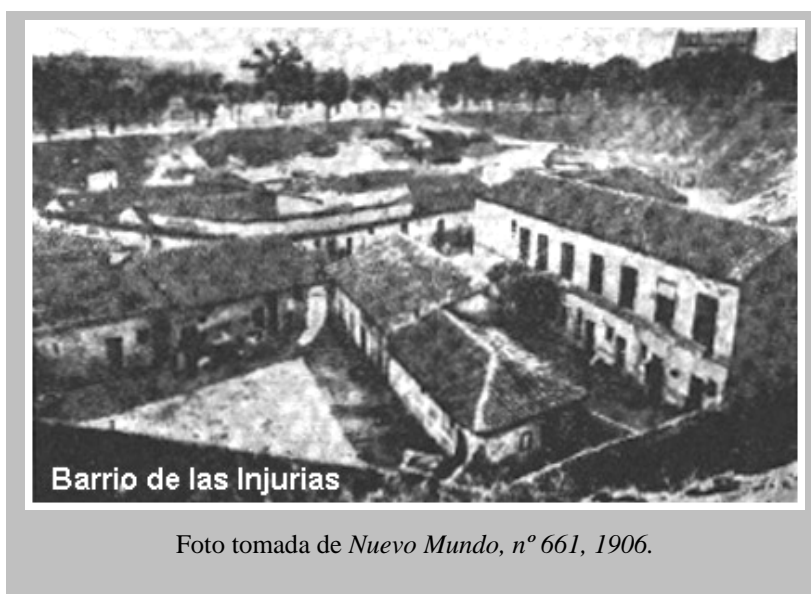
E

<sup>179</sup> *Íbid.*, pp. 59-60.

<sup>180</sup> *Íbid.*, p. 151.

En la esquina suroeste, junto a la glorieta del Puente de Toledo, se hallaba el célebre barrio de las Injurias, tantas veces puesto como ejemplo de insalubridad y pésimas condiciones de vida por médicos higienistas, periodistas y literatos de la época. Para Julio Vargas, era:

*“...un desprendimiento del barrio de las Peñuelas. En rigor no tiene entrada; el que quiere llegar hasta él, ha de deslizarse trabajosamente, bien por una rampa abrupta y fangosa, bien despeñándose por las violentas cortaduras del terreno, que forman, con el plano superior, un ancho barranco de pronunciadas líneas.”<sup>181</sup>*



Las dos características más llamativas para aquellos que se interesaron por este suburbio madrileño eran su gran insalubridad y el mundo de la mendicidad y de la delincuencia como vasos comunicantes. Para no redundar nuevamente en los aspectos relacionados con la falta absoluta de higiene y carestía de servicios como el alcantarillado, dejamos la palabra a Julio Vargas y su interesante descripción de las Injurias:

*“Aparte de un gran corralón cercado con una tapia de fábrica y destinado a depósito de maderas, forman el barrio cuatro manzanas de casuchas miserables. (...) garitas situadas de trecho en trecho y aisladas de las casas, sirven para alimentar los pozos negros que al pie de ellas se encuentran y que encierran el barrio dentro de un cordón pestilente e inmundito.”<sup>182</sup>*

<sup>181</sup> VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*, op.cit., pp. 15-27.

<sup>182</sup> Ídem.

Marginalidad y delincuencia fueron un universo social abordado profusamente por numerosos autores de finales del siglo XIX y principios del XX, como prueban los espléndidos estudios de Bernaldo de Quirós y Llanas Aguilanedo o Gil Maestre, o el de Rafael Eslava para la prostitución. Estos autores encontraban en el Ensanche Sur un privilegiado escenario para conocer los diversos tipos del mundo del hampa madrileña, de manera especial en el triángulo formado por Las Injurias, la Casa Blanca y la Casa del Cabrero, otro pequeño grupo de casas bajas, similar a la Casa Blanca, situado entre el Arroyo de Embajadores y las Injurias.



Casa del Cabrero. Foto tomada de CHICOTE, C.: *La vivienda*, op.cit., p. 46.

Los datos sobre la estructura profesional que aportan las hojas del padrón municipal apuntaban a una situación de miseria que podíamos calificar de crónica. El predominio de los trabajos descualificados, temporales y mal remunerados era casi total. No era sólo la aplastante presencia de jornaleros, esperada por otra parte, sino el importante retroceso de todos aquellos oficios que indicasen un pequeño negocio, por humilde que fuese, o una cierta independencia en cuanto a la propiedad de los medios de producción. La presencia de zapateros o herreros era testimonial, sólo una persona se declaraba tabernero en un mísero figón y una viuda como tendera, para un total de más de 150 hogares.

Por el contrario, además de los jornaleros, menudeaban los mozos de cuerda, silleros de viejo, trabajadores sin más, pintores, músicos de ciego, ciegos, vendedoras, ayudantas, traperas, lavanderas y viudas que no declaraban ningún tipo de profesión y, sin embargo, encabezaban un hogar. En este último caso, de las siete viudas cabezas de familia que vivían en las Injurias, y que declaraban “sus labores” como ocupación, dos lo hacían en solitario, otras dos residían con sus hijos, tres vivían con un hombre con el que no tenían vínculo familiar, y una habitaba con su madre viuda y dos hombres que no eran de su familia (y con los que se supone estaban amancebadas). Ante este panorama hay que preguntarse hasta qué punto las declaraciones que realizaban en las hojas padronales ocultaban una realidad mucho más sórdida:

*“Cerca de ellos, acurrucadas en el suelo, junto a la estufa, recostadas en la pared, se veían unas cuantas mujeres feas, desgredadas, vestidas con corpiños y faldas haraposas, sujetas a la cintura por cuerdas.*

*-¿Qué son esas mujeres? –preguntó la pintora.*

*-Son golfas viejas –contestó Leandro-, de esas que van al Botánico y a los desmontes.*

*Dos o tres de aquellas infelices llevaban en sus brazos niños de otras mujeres que iban a pasar allí la noche; algunas dormitaban con la colilla pegada en el extremo de la boca. Entre la fila de viejas había algunas chiquillas de trece a catorce años, monstruosas, deformes, con los ojos legañosos; una de ellas tenía la nariz carcomida completamente, y en su lugar, un agujero como un llaga...”<sup>183</sup>*

Pero no era sólo el caso de mujeres viudas sin oficio ni beneficio aparente, sino también entre los jornaleros, un calificativo que muy bien podía ser la careta bajo la que se escondía el golfo del Madrid barojano, alérgico al trabajo diario y regular, el triler, el maleante o el delincuente más peligroso. Bernaldo de Quirós, en su estudio de la mala vida madrileña, llegaba a establecer una clasificación meticulosa de este mundo marginal y delincuente, del cual salvaba a una pequeña parte por ser *gente honrada y trabajadora*:

---

<sup>183</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., p. 80. La literatura de Galdós o Baroja resulta una fuente histórica muy válida a la hora de conocer estas realidades sociales dado su análisis realista y su voluntad de ser fieles al mundo que les rodeaba.



*“El resto de la población la componen cuatro clases de gentes: palilleras, randas (ratero, granuja), mandantes (mendigos) y lañadores (astuto, pillo redomado), que llenan estas casas de recogimiento.”<sup>184</sup>*

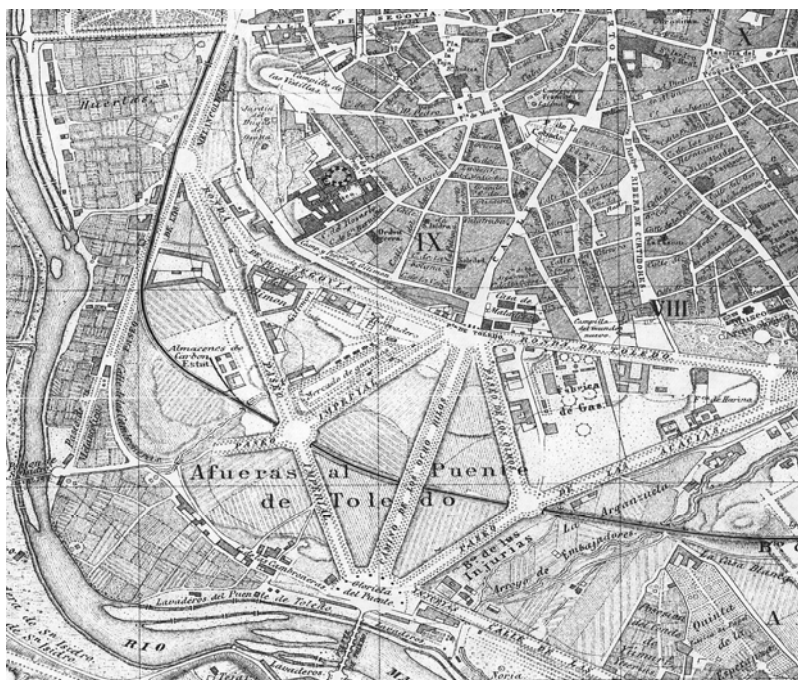
#### 5.4 Fábricas, paradores y suburbios en las “afueras del Puente de Toledo”

El último de los tres sectores en que se ha dividido el Ensanche Sur correspondía administrativamente al distrito de la Latina, una franja de terreno conocida en estos años como las “afueras del Puente de Toledo” (futuro barrio de Imperial) y que estaba comprendida entre el Paseo de las Acacias y el Puente de Segovia, siempre con las rondas y el río como fronteras septentrional y meridional, respectivamente. Presentaba un doble rasgo que lo diferenciaba de los otros dos sectores analizados: por un lado, un menor desarrollo del tejido urbano, tanto a nivel económico de talleres, almacenes y fábricas (en relación con la zona de Atocha y Delicias), como a nivel residencial (en comparación con el barrio de las Peñuelas); y por otro lado, aunque resulte paradójico, una excelente comunicación con el casco antiguo de la ciudad gracias, en buena medida, a la profusión de grandes avenidas y paseos, cuyo origen se remontaba a las obras del ilustrado siglo XVIII (buena parte de ellos deben sus nombres a los árboles que les adornaban). Era una articulación del espacio desconocida para el Madrid de la época, una ciudad que ya no era el pequeño y tortuoso ovillo de callejuelas retorcidas de la época moderna, pero donde el caos circulatorio continuaba siendo una sufrida realidad a pesar de las reformas interiores de la época isabelina. La presencia de la ermita del santo patrón de la ciudad en la orilla opuesta del río, junto a la pradera que acogía la tradicional romería de mayo, y el importante trasiego que penetraba en la capital remontando la calle Toledo, desde el puente homónimo, constituían poderosos motivos para el profuso entramado viario.

La planimetría de Castro se había mostrado respetuosa con este trazado, a pesar de que los terrenos estaban destinados a usos agrícolas debido a las malas condiciones topográficas para la construcción de viviendas.

<sup>184</sup> BERNALDO DE QUIRÓS, C. y LLANAS AGUILANEDO, J. M<sup>a</sup>.: *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*. Egido Editorial, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998, pp. 115-120.

Efectivamente, la zona presentaba un rostro desfigurado por barrancos, cortes y profundos desniveles, a los que se añadían las montañas de escombros generadas por los almacenes y el ferrocarril. Esto debía conferir a la barriada un aspecto desapacible y agreste, que debía repeler a la mayoría de la población y, por lo tanto, constituía un refugio buscado por todo tipo de marginados sociales (vagabundos, gitanos, pobres, mendigos, prostitutas, etc.).



Sector del Ensanche Sur perteneciente al distrito de Latina. P. 1877

Los usos económicos e industriales fueron predominantes desde antes de la aprobación de cualquier tipo de actuación urbanística de la zona. En 1846 se había establecido, en terrenos que colindaban con la ronda de Toledo y el Paseo de los Olmos, la fábrica del Gas, uno de los escasos símbolos de la nueva era industrial con los que contaba la capital del país. Su localización respondía a la premisa municipal de alejar todos aquellos establecimientos cuya actividad conllevara algún peligro o fuera molesta para el vecindario. Su estrecha vinculación con el ferrocarril, en concreto con la Compañía del Norte, fue determinante para que florecieran a su alrededor numerosos talleres y pequeñas fábricas, que se aprovechaban para lograr un abastecimiento directo, rápido y cercano de sus materias primas a través de pequeños embarcaderos que emanaban de la vía de circunvalación.

Aunque a esta situación no se llegó hasta finales de siglo, a la altura de 1878 ya se apreciaban los primeros síntomas con la aparición de una fábrica de harinas próxima a la del Gas. Más al oeste, en los terrenos ubicados entre el Paseo Imperial y el de los Melancólicos, en principio destinados al abastecimiento hortícola de la ciudad, comenzaba a constituirse un núcleo de actividad ferroviaria-ganadera. El desarrollo del negocio ferroviario estaba superando la capacidad de las instalaciones de la Compañía del Norte, la cual decidió, en 1881, la construcción de una nueva estación para uso exclusivo de mercancías, sobre todo materiales pesados (piedra, carbón, leña, madera, hierro) y ganados.

Esta nueva estación, la de Imperial, no aparece aún en los planos de la época consultados, pero en el de Pilar Morales de 1877 sí puede apreciarse que la Compañía había buscado un contexto propicio para sus nuevas instalaciones: un mercado de ganados, presente desde 1869, y unos almacenes de carbón. La ganadería en particular era una actividad que poseía una cierta tradición en la zona, puerta de entrada natural de las reses que proveían el menú diario de los madrileños, lo cual se traducía no sólo en la existencia de corrales o abrevaderos para el ganado, sino también en la presencia de varios paradores en los que se alojaban, además de familias con escasos recursos económicos, personas que por su actividad no poseían una residencia estable (carreteros, tratantes de caballos, arrieros, etc.). El parador del Fraile, el de Santa Casilda o el de Gilimón gozaban de una gran popularidad en el último tercio del siglo XIX, aunque como la mayor parte del Ensanche Sur por motivos poco edificantes.

En definitiva, era una zona que parecía predestinada a inundarse de talleres, almacenes y corrales, pues el terreno no era nada propicio para la creación de una zona residencial con los acondicionamientos más esenciales, lo cual se agudizó con la nueva estación de *Las Pulgas*, como se conocía popularmente, cuyos efectos directos en forma de ruido, humo, polvo y montañas de negruzcos escombros creaban una atmósfera de lo más desagradable para la vida humana. Las más importantes plumas de la narrativa nacional decimonónica como Galdós, Baroja o Blasco, se hicieron eco de la perturbadora visión que ofrecía este rincón de la capital.

*“La explanada del Mercado de Ganados hallábase convertida en un pantano; el suelo de la ronda, en un barrizal; las casas y los árboles chorreaban agua; todo se veía negro, cenagoso, desierto; sólo algunos perros vagabundos, famélicos, llenos de barro, husmeaban en los montones de basura. (...) Eran aquellos andurriales sitios tristes, yermos, desolados; lugares de ruina, como si en ellos se hubiese levantado una ciudad a la cual un cataclismo aniquilara. Por todas partes se veían escombros y cascotes, hondonadas llenas de escorias; (...) a lo lejos, en las colinas que cerraban el horizonte, se levantaban barriadas confusas y casas esparcidas. Era un paraje intranquilizador; por detrás de las lomas salían vagos de mal aspecto en grupos de tres y cuatro.”<sup>185</sup>*

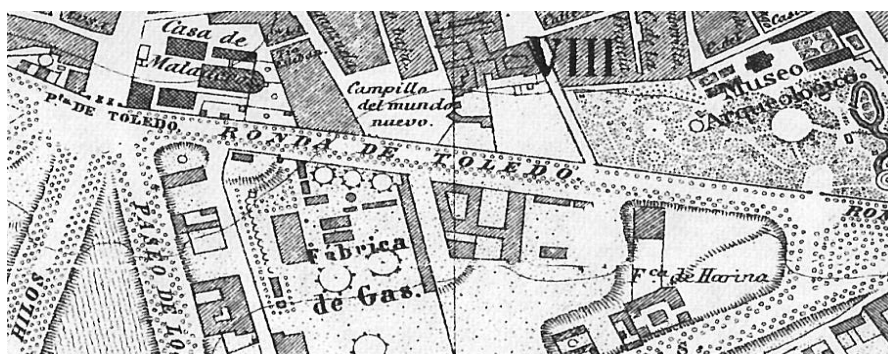
De hecho fue la zona que registró el crecimiento demográfico porcentual menor del conjunto del Ensanche Sur, pasando de las 1.491 personas de 1860 a las 4.246 en 1878 (un índice de crecimiento del 2´85 frente al 3´51 de las Peñuelas y sus alrededores o el desorbitado 151 que experimentó Atocha y sus inmediaciones). Las rondas (Segovia y Toledo) y los primeros tramos de los paseos (Imperial, Olmos y Acacias) aglutinaban, una vez más, a la mayoría de la población, mientras la glorieta del Puente de Toledo, las Cambronerías y el Paseo de los Melancólicos constituían dispersos grupos de casas con un claro sello de marginalidad.

Distrito de Latina							
Calles	Alquiler medio	Nº familias	Habitantes	Nº familias jornaleras	Proporción familias jornaleras	Alquiler medio familias jornaleras	Familias encabezadas por madrileños de origen
Ronda de Toledo	15,49	227	1.090	133	58,59%	14,72	37 (16,3%)
Paseo de los Olmos	15,37	134	574	75	55,97%	12,85	27 (20,1%)
Paseo Imperial	14,61	94	435	38	40,43%	12,01	19 (20,2%)
Ronda de Segovia	13,95	202	809	115	56,93%	11,05	39 (19,3%)
Paseo de las Acacias	13,22	39	162	20	51,28%	12,81	9 (23,1%)
Las Cambronerías	11,98	76	282	44	57,89%	7,85	9 (11,8%)
Lavaderos del Pte. Toledo	11,67	36	132	17	47,22%	6,61	9 (25%)
Gilimón	10,25	58	225	30	51,72%	10,03	11 (19%)

<sup>185</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida II. Mala hierba*, op. cit., p. 127 y ss.

En la siguiente tabla puede apreciarse cómo los precios de los alquileres marcaban una jerarquía gradual en la trama viaria; además, las vías más caras eran las que más población acogían (las cuatro primeras contaban con más del triple de personas que el resto). La figura del jornalero cabeza de familia no era un indicador social especialmente valioso dada su abrumadora omnipresencia, aunque los alquileres que pagaban mantenían una estrecha vinculación con el status de la calle.

Por tanto, en estos años iniciales era un mundo estrecho y alargado en torno a las rondas, a las cuales parecía vivir aferrado, colgado de ellas como si de la antigua muralla se tratase, pues al sur la vista sólo hallaba un paisaje desolado de barrancos y marginación. Su desarrollo en décadas sucesivas fue tímido y siempre en menor medida que las zonas central y oriental de Arganzuela.



Sección del P. 1877

La presencia de la fábrica del Gas actuó como reclamo de trabajo para muchas familias jornaleras (de forma similar a lo que ocurría con la estación del Mediodía, pero a una escala más reducida, o con el Matadero municipal situado al otro lado de la ronda), bien en la ampliación de las instalaciones (en 1879 se construyó el tercer gasómetro), bien en su interior en diferentes tareas de peonaje. Igualmente lo fue para todo un elenco socioprofesional que iba más allá de los extremos de esa escala, como podían representar el jornalero y el director de la fábrica. El entorno de la instalación contenía un microcosmos social heterogéneo, en el que la convivencia de clases, al estilo del Antiguo Régimen, era una práctica corriente. La segregación vertical, el contacto y el conocimiento mutuo de las realidades de cada grupo social, que tanto defendían personalidades como Méndez Álvaro como posible remedio para evitar una fraticida lucha de clases, encontraba pleno reflejo en las viviendas adyacentes a la fábrica.

En el número 2 de la ronda de Toledo existía un edificio de tres alturas en el que convivían 40 personas agrupadas en nueve familias. El principal, como no podía ser de otra manera, estaba ocupado por la que disfrutaba de un status socioeconómico más elevado; en este caso, la familia de Luciano Brenand, director de la propia fábrica del Gas y, por tanto, una persona cuya influencia y notoriedad traspasaba los constreñidos horizontes del barrio. Aunque en el segundo piso el hogar aparecía encabezado por una viuda que cobraba una buena pensión, las condiciones de vida de su familia debían ser excelentes gracias a los empleos de los dos hijos, ingeniero y abogado, que eran los que contaban con mayores posibilidades de promoción social. Entre ambos ganaban 8.000 pts. al año, lo que les permitía tener a una criada que se encargase de todo lo relacionado con las tareas de la casa, librando de ello a su madre.

Tabla 23. Edificio nº 2 de la ronda de Toledo			
Piso	Nombre y profesión del cabeza de familia	Salario o ingresos	Otros miembros de la familia
Segundo	Luisa Rubert Alier, <b>pensionista</b>	1.500 pts. anuales	Hijos: Isabel; Manuel, ingeniero en la fáb. de Gas; Juan, abogado del Consejo de Estado. 1 criada
Principal	Luciano Brenand, <b>ingeniero director de la fábrica de Gas</b>	48.000 pts. anuales	Esposa y tres hijos pequeños. Dos criados y una aya
Bajo	Juan García Rabanal, <b>empleado</b> en la fábrica de Gas	1.500 pts. anuales	Esposa
Bajo	Ramón Brañas Gonzáles, <b>escribiente</b> de la fábrica de Gas	1.000 pts. anuales	Esposa; Hijos: Consuelo, costurera; Manuel, colegio
Bajo	Plácido García López, <b>cabero</b> en la fábrica de Gas	2 pts. diarias	Esposa y tres hijos pequeños
Bajo	Benigno González Gil, <b>vigilante</b> de la fábrica de Gas	no indica	Hijo: Manuel, aprendiz
Bajo	José López García, <b>tabernero</b>	no indica	Esposa y tres hijos pequeños; 1 familiar: Alonso, jornalero
Portería	Felipe Perdiguero Juez, <b>portero</b> en la fábrica de Gas	103 pts. mensuales	Esposa
Portería	Antonio Bonilla Ramos, <b>jornalero</b> en la fábrica de Gas	2,25 pts. diarias	Esposa. Hija casada con José, zapatero ambulante, y dos nietos

En cualquier otro edificio del barrio hubieran sido la familia más distinguida del edificio, ocupando su principal, pero en este caso parece que preferían un 2º pero en el mismo edificio donde vivía el sr. Brenand. En los bajos, el status social desciende algunos peldaños de forma gradual, desde empleados de nivel medio-bajo (como Juan García, cuya situación podía ser desahogada por no tener todavía hijos) y bajo (el escribiente Ramón Brañas, con un sueldo menor y con hijos, debía verse con algún apuro más que su vecino y compañero de trabajo en la fábrica Juan García), hasta profesiones que no requerían una cualificación específica y estaban abiertas a personas de baja extracción social (como Benigno González, viudo de 55 años que no sabía escribir y leer sólo un poco) o propietarios de pequeños negocios (como José López, tabernero).

En la portería del edificio se albergaban dos familias cuyas condiciones de vida podría pensarse que serían muy similares, pero la situación familiar de cada uno era diferente. Felipe Perdiguero era el portero de la fábrica y vivía junto a su esposa. Sus hijos no vivían con ellos o no tenían (era un matrimonio maduro de 46 y 33 años, pero no demasiado viejo para no tener más) con lo que la mensualidad de Felipe y el hecho de no pagar ni un céntimo por la vivienda, debía permitirles una vida con cierto desahogo. En cambio, su vecino Antonio Bonilla era un hombre que a sus 63 años todavía sufría el desasosiego por un trabajo inestable y mal remunerado. Además compartía cuarto con la familia de su hija, casada con un zapatero ambulante que *“ganaba poco y de vez en cuando”* según su propia declaración en la hoja padronal. Sin duda los lazos entre Antonio y su familia con Luciano Brenand debían ser más estrechos que si viviesen en barrios socialmente homogéneos y separados entre sí, pues no sólo compartían el lugar de residencia, sino que todas las familias del edificio, salvo la del tabernero, tenían miembros que trabajaban en la fábrica que dirigía su vecino principal y más distinguido.

Por supuesto, esta convivencia de grupos sociales no se circunscribía a edificios como si de celdas incomunicadas se tratase, sino que encontraba su mejor demostración allí donde transcurría la mayor parte de la vida social de las personas: la calle. De hecho, el sr. Brenand debió cruzarse en multitud de ocasiones, por ejemplo, con sus vecinos de la casa inmediata a la suya, el número 4, una corrala con 641 almas.

Allí podía encontrar no sólo a jornaleros y braceros de su fábrica, sino también a carpinteros y zapateros; viudas traperas o vendedoras; mujeres abandonadas por sus maridos que se dedicaban a coser para sacar a sus hijos pequeños adelante; empleados municipales en arbitrios, consumos o caminos; pequeños comerciantes como carniceros, barberos, hojalateros, o tratantes de caballos; antiguos artesanos como ebanistas, etc., es decir, una amplia representación de las clases populares y medias-bajas madrileñas, *“familias de cortos recursos que encuentran en sus habitaciones interiores albergue relativamente desahogado”* según declaraba Julio Vargas en su recorrido por los rincones más deprimidos de la capital.

Un extenso páramo humano separaba a las bulliciosas rondas de las Cambronerías y los aldeaños del Puente de Toledo. Esta era una zona de clara marginación y exclusión social, incluso para personas del centro, de las rondas y hasta de las Peñuelas, cuya condición humilde podía aproximarles a los que allí vivían.



Sección del P. 1877.



*“...Por el camino dijo el ciego a la dama que se había despedido de Santa Casilda, por romper con la Pedra; y como los tiempos venían malos y no se ganaban perras, pensaba trasladarse aquella misma tarde a las Cambronerías, cabe el Puente de Toledo, pues en aquel barrio había estancias para dormir por solo diez céntimos cada noche. No aprobó Benina el cambio de domicilio, porque allí según había oído, vivían en grande estrechez e incomodidad los pobres, amontonados y revueltos en cuartuchos indecentes; pero él insistió, dolorido y melancólico, asegurando que quería estar mal.”<sup>186</sup>*

La mala imagen que tenían las Cambronerías entre los madrileños del siglo XIX puede comprobarse en la escasa presencia de familias encabezadas por ellos (algo más del 11%) frente al resto del sector (cuyos porcentajes rondaban el 20%)<sup>187</sup>. La presencia de familias gitanas en estas casas, según nos informa la literatura y las crónicas periodísticas de la época, podían constituir el motivo principal para estos recelos para asentarse allí.

*“La presencia de Maltrana y Feli en este barrio, donde no existían otros payos que los mendigos y los quincalleros de las ferias, causó cierta emoción en la gitanería. Vivía la pareja fuera del callejón, en los altos de una casucha aislada. (...) Feli, en los primeros días, había sentido gran repugnancia por su nuevo alojamiento. Le daba miedo ver tanto gitano; le inspiraban inquietud estos hombres de color de bronce y mirada aviesa, como bandidos de carretera. Temía a las mujeres viéndolas de lejos vociferar y amenazarse en un lenguaje extraño, (...) ella sentía la inquietud de la mujer europea que se ve trasladada a una población de África...”<sup>188</sup>*

Por la información que nos aporta el padrón de 1878, realmente estamos ante un mundo en el que la pobreza reinaba por doquier. Aparte de los bajos alquileres de los cuartos (la gran mayoría no llegaba a las 8 ó 9 pesetas al mes), las profesiones que declaraban los vecinos nos indican unas condiciones de vida precarias, cuando no bastante duras: casi 6 de cada 10 familias las encabezaban jornaleros, de los cuales sólo dos indicaban el salario (1,5 pts. diarias) y lugar de trabajo (una huerta y la fábrica de Gas); nueve familias tenían como cabeza a una viuda (cuyos trabajos se repartían entre costureras, traperas, asistentes y sus labores); zapateros (todos ellos, seis, vivían solos o en compañía de una mujer viuda), herreros jornaleros (6), cerrajeros (2), carreteros (3),

<sup>186</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *Misericordia*, op.cit., p. 159.

<sup>187</sup> Una presencia de madrileños reducida incluso si la comparamos con las Injurias, otra barriada marginal, en donde casi una de cada cinco familias era madrileña de origen, o con las Peñuelas, donde ascendían a la cuarta parte del barrio.

<sup>188</sup> BLASCO IBÁÑEZ, V.: *La horda*, op.cit., p. 291.

traperos (2), un hortelano y un mozo de cuerda, completaban un elenco de figuras sociales a cuyos pies se abría un abismo de pobreza y marginalidad:

*“Sólo unos cuantos metros separaban la vida moderna, que circulaba por lo alto, de aquella hondonada, donde aún subsistían las tradiciones de la existencia nómada, la barbarie de una raza errante insensible a todo progreso. Las dos vidas rozábanse diariamente, pero se ignoraban, se desconocían, sin que los de abajo, en su aislamiento, sintiesen la más leve influencia de los de arriba.”<sup>189</sup>*

En definitiva, nos encontramos ante un panorama donde las dificultades para la subsistencia debían ser mayúsculas y en un entorno que parecía señalarles como el detritus de la Modernidad. Eran personas que podían considerarse al margen, incluso, de las clases populares arraigadas en el viejo arrabal, o de los trabajadores que acudían a la llamada de los pitidos que retumbaban en las modernas estaciones, o de los pequeños comerciantes orgullosos de su tiendecita abierta en las rondas, para un vecindario de fácil verborrea pero menguada faltriquera, las cuales habían pasado a disfrutar de una preeminencia respecto al resto del distrito. Madrid presentaba aquí unos bordes no sólo desportillados, sino también sórdidos y abandonados, copia en negativo de los deslumbrantes palacetes, en los que muchas personas parecían buscar más un refugio que un hogar.

---

<sup>189</sup> Íbid, p. 301.

## 6. UNA VIDA EN COMÚN: FAMILIAS EN EL NUEVO MADRID DEL SIGLO XIX

*“La mano que mece la cuna rige el mundo”*

Peter de Vries

La familia ha sido una institución vital para el desarrollo biológico, económico, social, cultural e identitario, tanto de los individuos como de las sociedades y diversas culturas en general, a lo largo de la Historia. En el campo historiográfico, su relevancia epistemológica, para alcanzar un conocimiento más profundo del pasado, se produjo a partir de los trabajos de Le Play, Ariès y, especialmente, Peter Laslett y el *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure*. En nuestro país, el retraso contraído en años anteriores se está recuperando desde la década de los 90, si bien con una mayor dedicación a la época moderna<sup>190</sup> que a la contemporánea. En los últimos años, las notables aportaciones de Muñoz López y Mendiola Gonzalo<sup>191</sup> para la época de la Restauración constituyen buenos ejemplos de renovación y exploración de elementos hasta ahora poco o nada considerados (estrategias y solidaridad familiar, ciclo vital, prácticas culturales, etc.), lo cual pone de relieve la trascendencia de este tipo de estudios para el conocimiento de los diferentes mecanismos que actuaban en la conformación de la sociedad decimonónica, especialmente en los ámbitos urbanos y de grandes ciudades como Madrid, la cual se ve bastante huérfana de este tipo de investigaciones.

---

<sup>190</sup> Podemos destacar los trabajos de prestigiosos historiadores como REHER, D. S.: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza, Madrid, 1996; o CHACÓN JIMÉNEZ, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, J. (eds.): *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*. Anthropos, Barcelona, 1992.

<sup>191</sup> MUÑOZ LÓPEZ, P.: *La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons, Madrid, 2001; y MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002.

## 6.1 El “contexto familiar” de Madrid

David S. Reher ha dibujado el mapa familiar de España, para las centurias del XIX y del XX, en función de las formas familiares predominantes en cada región<sup>192</sup>. Según este autor, en España existía una regionalización de estructuras del hogar muy clara y persistente, lo que le permitió trazar una línea que dividía al país en dos zonas: por un lado, las regiones costeras del Norte (Galicia, País Vasco, Pirineos y Cataluña), cuyo grupo doméstico tendía a ser bastante numeroso (excedía en bastantes ocasiones las cinco personas) y con un alto porcentaje de estructuras complejas (entre un 20 y un 40%); y, por otro lado, el resto del país (junto a las áreas de la zona anterior que escapaban al modelo que la definía, como eran Cantabria o el Sur del País Vasco), con un tamaño medio del hogar menor (4 personas o menos) y abrumador predominio de las formas nucleares. El sistema hereditario indivisible, en beneficio de un único heredero, era el principal factor que explicaba la particular configuración del norte peninsular. Junto a la diversidad geográfica, Reher sugería una diferenciación social al detectar unos valores de complejidad familiar superiores en las clases altas. De esta forma, se definía una relación entre propiedad y complejidad del hogar. Sin embargo, como el mismo autor reconoce, esta generalización está sujeta a las correcciones pertinentes por parte de variedades locales, de las que son destacados ejemplos las ciudades. Pamplona y Bilbao, por ejemplo, eran ámbitos con un gran predominio de la familia nuclear, frente a un entorno rural con un considerable peso de la familia troncal. En estos casos, las ciudades actuaban como receptoras de aquellos hijos que quedaban fuera de la herencia, los conocidos como “segundones” (en realidad, todos los hijos salvo el primogénito), los cuales manifestaban una mayor tendencia por la familia nuclear, pues ya no tendrían preocupaciones patrimoniales<sup>193</sup>.

---

<sup>192</sup> REHER, D. S.: *La familia...*, *op.cit.*, pp. 37-68.

<sup>193</sup> Para una mejor comprensión ver MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración...*, *op.cit.*; y GONZÁLEZ PORTILLA, M.: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*. Fundación BBV, Bilbao, 1995.

Otra ciudad escurridiza al modelo hegemónico de su entorno era la capital española, aunque en sentido inverso a los ejemplos anteriores. Las amplias extensiones castellanas que rodeaban a Madrid presentaban unos índices de familias nucleares muy elevados, rozando en algunos casos el 90% durante la Restauración<sup>194</sup>. Según el razonamiento seguido por estos autores, el sistema hereditario era el principal causante de esta estructura familiar: frente a lo que ocurría en el Norte, donde se privilegiaba que heredara exclusivamente el primogénito, en estas zonas se realizaba de un modo igualitario, fragmentando el patrimonio entre la prole. De esta forma, la forma nuclear contaba con una doble vía de entrada que la reforzaba aún más: por un lado, la población propietaria, al repartir sus haciendas, fomentaba la creación de familias independientes con residencia neolocal, pues no tenía sentido, económicamente hablando, que un hijo permaneciese en el hogar paterno para mantener un patrimonio que había sido fraccionado; y, por otro lado, la población que no era propietaria (braceros, jornaleros del campo, temporeros, mozos, etc.) no disponía de un patrimonio, por mínimo que fuese, que legar a sus hijos cuando éstos accedían al matrimonio (la dote) o en el momento de fallecer<sup>195</sup>, con lo que disfrutaban de una mayor libertad sin las trabas que imponía el mantenimiento generacional del patrimonio familiar. De esta forma, los hijos, en cuanto se casaban, abandonaban la casa paterna para ir a otra que podía ser comprada, alquilada, cedida por algún familiar o construida por ellos mismos, siguiendo por otro lado pautas culturales muy arraigadas<sup>196</sup>, como bien indica el refrán “el casado, casa quiere”.

Esta población no propietaria podía ser minoritaria en amplias zonas del centro peninsular, como la actual Castilla y León, con lo que su relevancia en la estructura familiar era reducida o marginal. Sin embargo, en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX, la situación era inversamente proporcional. Como ya hemos visto, la Villa y Corte había crecido aceleradamente desde mediados del siglo, gracias a las riadas de inmigrantes procedentes del campo, jornaleros y trabajadores descualificados en su mayor parte.

---

<sup>194</sup> REHER, D. S.: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca (1700-1970)*. Siglo XXI, Madrid, 1988, p. 6.

<sup>195</sup> Reher nos informa el escaso número de testamentos que se realizaban en Cuenca durante este período, no entre jornaleros, lo cual resultaría obvio, sino en la generalidad de la provincia. REHER, *op.cit.*, pp. 201-216.

<sup>196</sup> MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor...*, *op.cit.*, p. 153-154.

De esta forma, la propiedad, el sistema hereditario o las leyes sucesorias dejaban de constituir elementos válidos para explicar la estructura familiar de la urbe y su comportamiento a lo largo del tiempo. Esto no significa que esta población urbana tuviese el camino al matrimonio totalmente despejado, pues las dificultades eran de otra índole. En este caso, la escasez de viviendas disponibles, el grave coste que suponía en la mayoría de las familias el pago del alquiler y las características del mercado laboral madrileño (intermitentes crisis por falta de trabajo, jornalización de las clases populares, etc.), constituían los principales escollos para aquellos que deseaban casarse e independizarse de la casa paterna. Por tanto, nos encontramos ante un contexto muy diferente al de las pequeñas ciudades de provincias o núcleos rurales que habían centrado la atención de los historiadores hasta el momento, con lo que no se pueden extrapolar los factores que actuaban en estos lugares para explicar lo que ocurría en Madrid. La capital (y con ella el Ensanche) poseía unos condicionamientos particulares que daban cuenta de las formas variadas que adoptaban las familias a lo largo de su existencia.

## **6.2 Estructuras familiares y diferencias sociales**

En la comparación de ambas zonas del Ensanche (ver tabla X) se observa una evolución paralela en todas las categorías familiares consideradas, tanto si se trata de un crecimiento como de un retroceso, lo cual nos indica un comportamiento generalizado para los nuevos barrios de la capital.

En los capítulos 3 y 4 se resaltaba el fuerte componente familiar que presentaba la población de Arganzuela tanto en 1860 como en 1878. Esta afirmación se refuerza con los siguientes datos, que confirman la escasa presencia de personas que vivían solas (solitarios) o que lo hacían con individuos con los que no compartían ningún lazo de sangre (realquilados sin núcleo familiar), especialmente cuando el siglo estaba más avanzado. En más del 90% de los hogares había, al menos, una familia o personas que no constituían un núcleo pero que sí tenían lazos de parentesco (dos hermanos, por ejemplo). Los ensanches eran las pruebas más sobresalientes del profundo proceso de transformación del mundo urbano; su dinamismo procedía de un abundante flujo migratorio y, sin embargo, éste no se traducía en una ruptura de los lazos familiares, como podría suponerse, sino su robustecimiento.

Tabla X. Estructura familiar en los Ensanches Sur y Norte <sup>197</sup>				
Categorías familiares	Ensanche Sur en 1860	Ensanche Norte en 1860	Ensanche Sur en 1878	Ensanche Norte en 1880
Solitario	61 (6,24%)	57 (4,99%)	142 (3,74%)	288 (4,34%)
Familiares sin núcleo	6 (0,61%)	28 (2,45%)	28 (0,74%)	142 (2,71%)
Pareja	157 (16,05%)	178 (15,59%)	577 (15,18%)	805 (15,34%)
Nuclear	451 (46,11%)	462 (40,46%)	1.415 (37,23%)	1.901 (36,22%)
Monoparental	56 (5,73%)	69 (6,04%)	267 (7,02%)	324 (6,18%)
<b>Total nucleares</b>	<b>664 (67,89%)</b>	<b>709 (62,08%)</b>	<b>2.259 (59,43%)</b>	<b>3.030 (57,73%)</b>
Extensas	57 (5,83%)	115 (10,07%)	419 (11,02%)	728 (13,87%)
Troncal	10 (1,02%)	24 (2,10%)	60 (1,58%)	105 (2%)
Múltiple	13 (1,33%)	14 (1,23%)	86 (2,26%)	85 (1,62%)
<b>Total complejas</b>	<b>80 (8,18%)</b>	<b>153 (13,4%)</b>	<b>565 (14,86%)</b>	<b>918 (17,49%)</b>
Realquilados sin núcleo	47 (4,81%)	39 (3,42%)	137 (3,61%)	138 (2,63%)
Pseudoextensa	93 (9,51%)	93 (8,14%)	326 (8,58%)	322 (6,13%)
Múltiple realquilado	27 (2,76%)	53 (4,64%)	344 (9,05%)	430 (8,19%)
<b>Total realquilados</b>	<b>167 (17,08%)</b>	<b>185 (16,2%)</b>	<b>807 (21,23%)</b>	<b>890 (16,96%)</b>
<b>Tamaño medio familia</b>	<b>3,78</b>	<b>4,38</b>	<b>4,13</b>	<b>4,51</b>
<b>TOTAL</b>	<b>978 (100%)</b>	<b>1.142 (100%)</b>	<b>3.801 (100%)</b>	<b>5.249 (100%)</b>

En los siguientes epígrafes se analizan los principales fenómenos que tienen lugar en el Ensanche madrileño, en orden a su representatividad, y que están señalados en la tabla en los tres totales parciales de formas nucleares, complejas y realquilados.

<sup>197</sup> Los datos del Ensanche Norte proceden del trabajo de Rubén Pallol ya citado. En la categoría monoparental he sumado los datos que ofrecía de forma más dispersa. El subtotal de realquilados también es elaboración propia. A la hora de elaborar la clasificación se ha seguido con la expuesta por Rubén Pallol, que a su vez la tomaba de Laslett, para establecer un coherente análisis comparativo. Se ha retocado el modelo clásico, pues abarcaba adecuadamente todo el espectro urbano, especialmente la figura de los realquilados, personas ajenas al círculo familiar que compartían hogar con la familia para poder sufragar, de esta manera, los gastos del alquiler. Por ello, se han añadido tres categorías: realquilados sin núcleo familiar (personas que comparten residencia sin mediar vínculo familiar alguno), pseudoextensas (familias nuclear que acogen a personas que no tienen vínculos entre ellas), y múltiples realquiladas (dos o más núcleos familiares sin lazos familiares entre ellos). Los criados no han sido considerados a la hora de la adscripción de las familias en una u otra categoría, pues distorsionaría exclusivamente a las categorías con realquilados en el hogar.

### 6.3 Ilusión y realidad en torno a la familia nuclear

La familia compuesta por padres e hijos, exclusivamente, era la forma predominante en que se organizaba la población de ambas zonas del Ensanche, aunque con un ligero retroceso en 1878-1880. Precisamente éste era el modelo elegido por la ascendente burguesía como paradigma de organización familiar, sancionado incluso por la legislación. Como ha señalado Muñoz López, el Código Civil de 1889 reflejaba la concepción del matrimonio y la familia que expresaban la jerarquía eclesiástica y la burguesía: moralidad católica, supremacía de la voluntad privada y vínculos familiares fuertes y tradicionales, centrados en una familia reducida (matrimonio e hijos) y alejada cada vez más de los parientes colaterales<sup>198</sup>. En torno a este asunto apareció, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, una abundante literatura que redundaba en las ventajas de este tipo de organización familiar frente a otras más perniciosas y atentadoras contra la moral pública<sup>199</sup>. Las esferas de lo público y lo privado, en numerosas ocasiones entrelazadas, se habían delimitado lentamente desde finales del siglo XVIII, surgiendo la casa, el hogar, como el espacio donde la familia desarrollaba su vida privada<sup>200</sup>.

Este discurso proclamaba una separación de lo público y lo privado, del ámbito laboral del hogareño y familiar, que no se trasladaba de forma universal al campo de la realidad. Las pervivencias preindustriales que manifestaba la industriosa economía madrileña, en forma de pequeños y grandes talleres en lugar de concentraciones fabriles de relieve, también dejaba ecos en el ámbito más íntimo de las familias. Taberneros, pequeños comerciantes, zapateros o carpinteros, a la altura de 1878, todavía indicaban en las hojas del padrón municipal, en numerosas ocasiones, su casa como lugar de trabajo (como ejemplos extremos estarían los dependientes de comercio, aprendices de oficios, porteros o criados).

<sup>198</sup> MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor...*, op.cit., p. 42.

<sup>199</sup> PERROT, M. (coord.): *De la Revolución francesa a la I Guerra Mundial*, en ARIÈS, Ph. y DUBY, G.: *Historia de la vida privada*. Tomo IV. Taurus, Madrid, 2001, pp. 119 y ss.

<sup>200</sup> GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: "La vida privada" en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (coord.): *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida. Historia de España de Menéndez Pidal*. Tomo XXXIII. Espasa, Madrid, 1997, pp. 635-659.



Sin embargo, no eran exclusivamente las clases populares quienes no acababan de dar el paso de separar nítidamente su hogar de su lugar de trabajo, apuntándose de esta manera al anhelado proceso de modernización del país, sino que miembros de las propias clases burguesas permanecían anclados en pautas de comportamiento propias de los siglos anteriores.

En Arganzuela, algunos de los miembros más conspicuos del vecindario, si bien no vivían en lugares mixtos de residencia y trabajo, sí colindaba su espacio más privado con aquél donde desempeñaba su puesto de trabajo. Eduardo Curioles Blesón, el empleado con el sueldo anual más elevado de todo el distrito gracias a su cargo de Inspector General del Ferrocarril, nos indica en la hoja padronal que residía directamente en la Estación de Atocha; o Rafael Carnicero Bustos, que lo hacía en la farmacia que regentaba. Esta situación también se reproducía en aquellos extranjeros que estaban participando en el proceso de industrialización español: Luciano Brenand, eminente ingeniero francés, vivía con su familia y criados en un principal de la ronda de Toledo, nº 2, contiguo a la fábrica de Gas que él mismo dirigía; o Carlos Grébus Chanoine, ingeniero francés que trabajaba en los ferrocarriles del Mediodía y que vivía, como Eduardo, en la estación.

En cambio, sí encontramos una distancia mayor y más consolidada en los casos de profesiones liberales (profesores, abogados, veterinarios), sector servicios y empleados de diferentes categorías, desde los que trabajaban en los ministerios o administraciones del Estado (tanto altos cargos como conserjes), hasta los que pertenecían al ramo municipal (barrenderos, jardineros, etc.). El mundo de la construcción (albañiles, canteros, etc.) también reflejaba una separación entre el trabajo y su casa; incluso los jornaleros, figura dominante del mercado laboral, experimentaba esta escisión pues su lugar de trabajo era cambiante, quedando al albur de la contratación diaria. Esto no significa que esta separación de hogar y trabajo respondiese al deseo de alcanzar la meta descrita en los discursos burgueses sobre el hogar ideal, sino a las imposiciones propias de los diferentes trabajos; es decir, no era una separación consciente y buscada. En cualquier caso, las características morfológicas del distrito condicionaban enormemente todo alejamiento, voluntario o no, entre casa y trabajo, pues era una zona económica e industrial, donde se ubicaban gran cantidad de talleres, almacenes y fábricas de diferente tipo y tamaño.

Las estaciones ferroviarias, especialmente la de Atocha, constituyeron poderosos focos de atracción para aquellos que trabajaban en sus instalaciones, especialmente las clases populares (desde jornaleros, fundidores o maquinistas, hasta humildes empleados como los factores). Todavía no se había producido la revolución y generalización de los transportes, y el que entonces existía, como los carruajes o las berlinas, era un lujo inaccesible (más relacionado con la pompa y el boato aristocrático-burgués) para la mayoría de la población, que hacía sus desplazamientos por la ciudad a pie; por ello, pretender un alejamiento de los dos ámbitos mencionados de forma consciente, aunque respondiese a ideales burgueses o pudiese parecer en la actualidad como evidentes signos de modernidad, en los años iniciales de la Restauración resultaría poco menos que extravagante.

Junto a la familia nuclear con su particular ámbito privado, definir los papeles que debían jugar hombres y mujeres en esos espacios fue el epicentro del discurso burgués a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX. Las mujeres de las clases populares siempre han trabajado a lo largo de la Historia, combinando diversos oficios con los propios del hogar, tanto en la ciudad como en el campo. Sin embargo, a los reformistas burgueses les preocupaba que la nueva organización industrial acabase con la familia por emplear mano de obra femenina. Esta desintegración familiar era atribuida, principalmente, al comportamiento de las clases populares, donde el trabajo femenino extradoméstico era mucho más notorio, lo cual suponía una pérdida de tiempo para el cuidado de la casa y la atención a los hijos. Sin embargo, como se indicaba en la tabla anterior, la presencia de familias en los hogares, y en concreto nucleares, era claramente predominante en Arganzuela, una zona de la ciudad que era vista como obrera y marginal, y también en Chamberí, otro ejemplo de barrio humilde. Además, como ha afirmado John Rule<sup>201</sup>, la industrialización redujo la participación laboral de las mujeres en la industria (en Arganzuela, las mujeres que únicamente declaran como oficio “sus labores” pasan de un 68’38% en 1860 a un 74% en 1878); por otro lado, la mayoría de las mujeres que declaraban un trabajo en la hoja padronal podían desempeñarlo en su propia casa, salvo casos como las lavanderas o las cigarreras (y en este caso contaban con un servicio de guardería, próximo a la fábrica,

---

<sup>201</sup> RULE, J.: *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución británica, 1750-1850*. Crítica, Barcelona, 1990.

donde podían dejar a sus hijos durante su jornada laboral). De cualquier modo, el manejo de cifras ha de ser necesariamente cuidadoso, pues en el trabajo de la mujer intervenían diversos factores, entre los que cabe destacar aquellos que estaban vinculados a una construcción cultural de la identidad femenina<sup>202</sup>.

Las críticas al trabajo extradoméstico no afectaban exclusivamente a las mujeres de las clases populares, sino al conjunto de ellas, especialmente aquellas que, perteneciendo a las clases medias, se veían obligadas a trabajar, generalmente en las variopintas opciones del mundo de la aguja y el hilo, debido a los bajos sueldos de sus maridos o durante los períodos de cesantía (en los cuales podían ser los únicos ingresos que entrasen por la puerta). Sin embargo, para evitar murmuraciones o ser estigmatizadas, procuraban ocultarlo de cara al exterior con la expresión “labores propias de su sexo”. Sólo lo hacían sin tapujos cuando la profesión era considerada “adecuada” para la mujer (en Arganzuela, maestras o dependientas de comercio). La mujer había sido convertida en el *ángel del hogar*<sup>203</sup>, la reina de la casa cuyo horizonte vital se limitaba a la dirección de las tareas domésticas (en el caso de disponer de servicio doméstico), cuidar a la familia, satisfacer todas las necesidades del esposo y educar a los hijos. Además, de ella se hacía depender la buena imagen de la familia ante la sociedad, tanto solteras como, sobre todo, casadas, dada la doble moral que reinaba en la sociedad, en cuanto a las relaciones sexuales extramatrimoniales, entre hombres y mujeres.

Aunque las clases bajas poseían una realidad social, económica y cultural, muy diferente a estos ideales de comportamiento femenino (las necesidades hacían desaparecer cualquier atisbo de remilgos que pudiera manifestarse en torno a la conveniencia del trabajo de la mujer o las hijas), el modelo burgués del *ángel del hogar* se extendió socialmente al conjunto de la población<sup>204</sup>.

---

<sup>202</sup> GÓMEZ-FERRER MORANT, G. (ed.): *Las relaciones de género*. Ayer, nº 17, Madrid, 1995

<sup>203</sup> Los estudios en este campo son ya muy abundantes en nuestro país. Para no caer en una excesiva enumeración de trabajos, nos limitamos a NASH, M.: *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*. Anthropos, Barcelona, 1983; NASH, M.: “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX” en FRAISSE, G. y PERROT, M. (dirs.): *El siglo XIX*. Tomo IV de la *Historia de las mujeres* dirigida por G. Duby y M. Perrot, pp. 585-597; GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: “Las limitaciones del liberalismo en España: El *ángel del hogar*” en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. y ORTEGA LÓPEZ, M. (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Tomo III. *Política y Cultura*. Alianza, Madrid, 1995, pp. 515-532.

<sup>204</sup> MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor...*, *op.cit.*, pp. 205-206.

Los trabajadores se mostraban en muchos casos reticentes a que la mujer trabajase fuera del hogar porque suponía una amenaza potencial para su autoridad patriarcal sobre la familia, así como porque la mano de obra femenina era considerablemente más barata. Algunos obreros que participaron en la Información oral que llevó a cabo la Comisión de Reformas Sociales hablaban de lo negativo que resultaba el trabajo femenino fuera del hogar:

*“Comprendo que la mujer soltera trabaje; pero la mujer casada debes estar perenne en su casa para atender a las necesidades de su familia, porque en otro caso tiene uno que llevar el pantalón roto; la mujer no puede coserlo, porque está en casa menos tiempo aun que el marido, y el marido tiene que coserse el pantalón o llevárselo a un sastre para que lo cosa, pero hay que pagarle, y ¿con qué se le paga?”<sup>205</sup>*

Sin embargo, como se verá más adelante, la mujer salió a trabajar fuera de casa porque no le quedaba otro remedio para sacar adelante a su familia. Los ingresos que proporcionaba el marido eran claramente insuficientes para cubrir todos los gastos, aunque éstos se redujesen a las necesidades básicas, con lo que el sueldo de la mujer, e incluso el de los hijos, era un complemento imprescindible para la mayor parte de las familias de las clases populares.

A pesar de que este comportamiento era una respuesta a las perentorias necesidades económicas, era muy criticado por los reformistas burgueses porque envilecía a la mujer y a la familia obrera en su conjunto. A esto añadían la depravación de las costumbres y de la moral que suponía el amancebamiento y el concubinato, en gran medida, producto del hacinamiento y de las pésimas condiciones de la vivienda obrera. En grandes ciudades como Madrid, el concubinato era una práctica conocida y relativamente frecuente entre las clases populares (en Arganzuela eran, en 1878, 138 familias nucleares informales, 9´75% del total de nucleares; y 154 parejas informales, el 26´69% del total de parejas). En el mundo urbano podían disfrutar de un mayor anonimato que en comunidades pequeñas, como eran la mayoría de las localidades españolas de la época, en donde la presión social podía llegar a ser asfixiante, sufriendo una mala reputación, escarnios públicos por sus convecinos, etc.

---

<sup>205</sup> CASTILLO, S. (ed.): *Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, Tomo II, p. 107.

Estas uniones ilegítimas podían responder a un tipo de moral diferente, más liviana si se quiere o la ausencia de la misma<sup>206</sup>, pero en gran medida implicaban una situación socioeconómica bastante precaria que impedía sufragar los gastos que conllevaba el matrimonio (el 55% de las familias nucleares informales y el 60% de las parejas informales estaban encabezadas por trabajadores descualificados, mayoritariamente jornaleros), o que éste tuviese consecuencias económicas perniciosas (como era la pérdida de pensiones de viudedad de la mujer, por ejemplo). Este tipo de uniones ilegítimas fue recogido también en los informes de la Comisión de Reformas Sociales:

*“Censura la Iglesia el gran número de uniones ilegales que se realizan entre las clases obreras de Madrid, y presenta este dato como prueba de inmoralidad y de carencia de sentimientos religiosos, pero no cuenta el cúmulo de obstáculos interesados que opone a la celebración de los matrimonios entre pobres, que llegan a imposibilitarlos casi siempre: por consiguiente, si resulta inmoralidad de dichas uniones, la Iglesia es la responsable en primer término, porque la mujer española, y sobre todo la obrera, tiene repugnancia instintiva al concubinato, y sólo lo acepta cuando se ve compelida a ello por la situación misma en que se halla.”<sup>207</sup>*

Muñoz López se hacía eco del debate suscitado sobre las causas que explicaran el concubinato y la ilegitimidad entre las clases populares<sup>208</sup>. Los principales puntos de vista son, por un lado, la tesis de Shorter, quien defiende que el trabajo fuera del hogar independizó, hasta cierto punto, a las mujeres social y económicamente, lo que se tradujo en una mayor libertad en las relaciones sexuales; por otro lado, Tilly, Scott y Levine hablan de mujeres vulnerables, pobres e indefensas, no emancipadas, que serían víctimas de “matrimonios frustrados”. Aunque desde aquí no se pueda formular una conclusión taxativa y extensible al resto de la ciudad, las mujeres unidas de forma ilegítima participaban en el mercado laboral en mayor medida que el conjunto de la población femenina (un 38% frente a un 25% en 1878), pero la mayoría eran trabajos que no les permitirían gran independencia social y económica (no eran propietarias o

<sup>206</sup> Jóvenes solteras o casadas abandonadas podían verse empujadas al abismo de la prostitución. Para un acercamiento provechoso pueden consultarse estudios de la época e investigaciones recientes. ESLAVA, R.: *La prostitución en Madrid. Apuntes para un estudio sociológico*. Madrid, 1900; GUEREÑA, J. L.: *La prostitución en la España Contemporánea*. Marcial Pons. Madrid, 2003.

<sup>207</sup> CASTILLO, S.(ed.): *Reformas Sociales...*, op.cit., Tomo II, p. 433.

<sup>208</sup> MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor...*, op.cit., pp. 231-233.

profesoras, sino asistentas, cigarreras, costureras, lavanderas, rabaneras, sirvientas o traperas); además, la drástica reducción del concubinato en el momento que se tenían hijos (ver los datos anteriores entre parejas y nucleares) y la estimable presencia de parejas casadas en segundas nupcias (111, el 7'85% del total de familias nucleares) indica que el matrimonio continuaba siendo el modelo de vida preferido por las clases populares. Manuel, protagonista barojiano de *La lucha por la vida*, no quiso regularizar su situación con Salvadora hasta que no logró una estabilidad económica:

“- Me ha regalado la imprenta –dijo-. Sí. Esta es la escritura. Ya no tienes necesidad de trabajar tanto ni de ahorrar. (...) ¿Y dices que me quieres? (...) Entonces... déjame que te bese.

- No, cuando estemos casados.

- ¿Y qué necesidad hay de esa farsa?

- Sí, por los hijos.

- ¡Ah!, ¿Tú quieres que tengamos hijos?

- Sí

- ¿Y no te da miedo tener muchos hijos?

- No, para eso estamos las mujeres.<sup>209</sup>

#### 6.4 La solidaridad familiar a escena: Familias extensas y complejas

Aunque la familia nuclear era la situación más frecuente en la mayor parte de España y también de Madrid, ésta no era la única forma de organizarse que tenían las familias. Como se ha recalcado en numerosas ocasiones por parte de los historiadores de la familia, los hogares eran unidades dinámicas que estaban abiertas a la entrada y salida de personas del círculo familiar, especialmente las que requerían una mayor ayuda (pequeños y ancianos), configurando de esta manera una red de solidaridades familiares que aseguraba la supervivencia de cada uno de sus componentes. En la zona norte la complejidad familiar estaba claramente vinculada a los intereses por conservar, o aumentar en la medida de lo posible, la propiedad familiar mediante el sistema de heredero único.

<sup>209</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida III. Aurora roja*. Bibliotex, Madrid, 2001, pp. 206-207.

Sin embargo, en el resto del país, en términos generales, tenía un significado de solidaridad entre familiares. En este sentido, Reher ha señalado que la elaboración de estrategias de supervivencia coyunturales, por parte de parientes más o menos cercanos, era una práctica habitual e inherente al funcionamiento de la familia nuclear<sup>210</sup>.

En gran parte de los casos, la familia constituía la única red que impedía a una madre viuda o a un sobrino huérfano caer en la mendicidad, dado el limitadísimo alcance que tenía la beneficencia pública en el siglo XIX (Reher recoge el dicho de que *los únicos verdaderos pobres eran los que no tenían familia*<sup>211</sup>). De hecho, las únicas personas que se declaran pobres de solemnidad en 1878 son dos viudas que viven en solitario: María Minchel, de 66 años, que vive en una covacha en el tejero de los Docks; y Francisca Castelo Gómez, de 29 años, que vive en el nº 11 de Cristo de las Injurias y que se considera pobre y jornalera al mismo tiempo). Esta circunstancia era especialmente evidente entre las clases populares, ya que una persona que enviudara, disfrutaría de un menguado o inexistente patrimonio legado por su cónyuge.

<b>Tabla 24. Familiares en los hogares (1878)</b>		
Padres/Suegros	63	5,29%
Madres/Suegras	195	16,36%
Hermanos/Cuñados	332	27,85%
Nietos	135	11,33%
Sobrinos	194	16,28%
Yerno/Nuera	81	6,80%
Tíos	25	2,10%
Primos	52	4,36%
Otros	115	9,65%
<b>Total</b>	<b>1.192</b>	

Estas redes familiares de cooperación o asistencia mutua se hacían visibles cuando la familia acogía a miembros que no pertenecían al estricto núcleo conyugal (padre, madre e hijos). En la siguiente tabla se puede observar que los familiares más cercanos (padres o hermanos) eran los que recibían mayor amparo.

<sup>210</sup> REHER, D. S.: *La familia...*, op.cit., pp. 91-114.

<sup>211</sup> *Ibid*, p. 13.

La vejez era una etapa de la vida en la que la inseguridad se incrementaba por el paulatino deterioro físico, que afectaba ineludiblemente a la independencia económica que hasta el momento había disfrutado la persona. El paso del tiempo provocaba un cambio de roles dentro de la familia: si los hijos habían sido sostenidos por los padres hasta su independencia, eran ahora éstos quienes necesitaban el auxilio por parte de sus hijos. Era una solidaridad intergeneracional de doble dirección. En la siguiente tabla se muestra como 107 personas encabezaban un hogar con más de 65 años.

<b>Tabla 25. Formas de inserción en el hogar de los ancianos (+65 años)</b>				
	<b>1860</b>		<b>1878</b>	
cabezas de familia	26	44,83%	107	35,00%
esposas	9	16,00%	31	10,00%
padres	4	7,00%	12	4,00%
madres	3	5,00%	32	11,00%
suegros	2	3,00%	14	5,00%
suegras	4	7,00%	34	11,00%
familiares	2	3,00%	16	5,00%
realquilados	8	14,00%	52	17,00%
criados	0	0,00%	3	1,00%
laboral	0	0,00%	1	0,30%
dudosos	0	0,00%	2	1,00%
<b>Total</b>	<b>58</b>		<b>304</b>	

La situación se tornaba más delicada cuando se trataba de mujeres que habían enviudado: la secular dependencia económica de la mujer respecto del hombre, sancionada incluso por la legislación vigente a lo largo del siglo, la hacía más vulnerable aún. Son innumerables los ejemplos de mujeres que buscaban refugio en casa de sus hijos en un intento de esquivar la miseria. Este era el caso de Joaquina Martín López, una viuda de 70 años que había llegado a la capital dos años antes para vivir con la familia de su hijo Faustino Moraleda Martín, un cartero que trabajaba en Mundo Nuevo y que vivía en un bajo de la ronda de Toledo junto a su esposa Concepción y sus hijos Antonio, Carmen y María, de 4, 2 y unos meses de edad, respectivamente. Seguro que la acogida de Joaquina ocasionaría numerosas discusiones entre los cónyuges, pues era un gasto añadido a una familia con una prole numerosa y demasiado pequeña para trabajar.



Sin embargo, el buen sueldo de Faustino (5 pesetas y media diarias) y el hecho de que fuera su madre eran poderosas razones para que la viuda encontrara la ayuda de su familia más cercana. Sin embargo, no todas las personas podían contar con una familia que les auxiliara y debían recurrir a instituciones benéficas como asilos o casas para pobres. Por otro lado, los ancianos siempre podían colaborar en las tareas domésticas cuidando a los niños pequeños mientras el matrimonio trabajaba, enseñándoles los rudimentos del oficio, etc.

Los sobrinos eran otro ejemplo que se repetía con bastante frecuencia entre las familias extensas, haciendo honor al refrán “*A quien Dios no da hijos, el diablo le da sobrinos*”. La mayoría de ellos eran jóvenes que estaban en sus primeras etapas de edad laboral o que ni siquiera habían comenzado debido a su corta edad. Por ello, irse a vivir a casa de sus tíos era una ayuda muy importante, sobre todo para aquellos que eran inmigrantes, que veían allanarse sus primeros pasos en la ciudad, al disponer de un entorno familiar conocido que le facilitaba techo, manutención y trabajo. Por parte de los tíos no era siempre un gesto altruista; normalmente existían intereses económicos de por medio, como obtener una mano de obra barata o gratuita, enseñar el oficio al sobrino ante la falta de descendencia propia, completar el presupuesto familiar con el subalquiler de una habitación, o facilitar la promoción socioprofesional del sobrino cuando éste llega a Madrid para iniciar sus estudios superiores.

José González de Heredia Fernández era un joven de 20 años que llegó a Madrid procedente de Haro, Logroño, en 1876, con el fin de continuar sus estudios. Tuvo la fortuna de ser acogido por sus tíos, Carlos Alonso Llorente, un empleado de escalafón medio que trabajaba en la Dirección de Tráfico del Ferrocarril Norte, y Josefa Alonso, maestra superiora que en 1878 no ejercía. El hogar familiar lo completaban Elisa y Eladio, los pequeños hijos del matrimonio, e Hilaria Hernández, suegra del cabeza que había quedado viuda y había llegado seis años antes.

Esta familia de ciertas aspiraciones de ascenso social, de clases medias, contrastaba con la encabezada por Victoria Carrasco Cepeda, una carbonera que ya era viuda a los 47 años. Llevaba en Madrid 30 años y vivía en pleno corazón del antiguo arrabal de las Peñuelas, calle Ercilla nº 12, junto a su hijastro José M<sup>a</sup> López López, jornalero, y su joven sobrina María Sánchez, de tan sólo 15 años, que había llegado recientemente a la capital para engrosar las filas del servicio doméstico como criada.

La extensión de la familia en estos dos ejemplos evidencia que, a pesar de que las metas en su desarrollo eran divergentes, la capacidad de flexibilización de la familia nuclear era universal. Ésta no era una institución invariable a lo largo del tiempo, sino que se ajustaba a cada coyuntura socioeconómica con el fin de solucionar los problemas (viudedad u orfandad) o alcanzar aspiraciones del grupo de parentesco (sacar en común un negocio, lograr que las nuevas generaciones alcancen una mejor posición socioeconómica a través de los estudios superiores, etc.).

Esta adaptación del núcleo familiar adquiriría un grado superior si nos detenemos en los casos de los hermanos y cuñados, un grupo con una gran representatividad entre el global de los familiares (27,85%). En el caso de los varones, la mayoría realizaba un trabajo igual o muy relacionado con el de su hermano o cuñado (era la una fórmula eficaz de comenzar su vida en Madrid). Entre las mujeres había un gran número de viudas o casadas cuyo marido estaba ausente, que se habían visto desamparadas hasta desembarcar en casa de su hermana. En cambio, muchos de estos familiares se presentaban con su propia familia, lo cual nos señala ya a familias múltiples. Generalmente, la solidaridad en estos casos respondía a las mismas necesidades que cuando sólo eran familias extensas, pero su permanencia en el hogar era mucho más reciente (unos meses o dos o tres años), lo que indica que se trataba de una ayuda puntual, pues las pautas neolocales estaban fuertemente arraigadas en las costumbres familiares.

También era frecuente que se produjera cuando se compartía la aventura de emigrar: en la ronda de Toledo, nº 4, encontramos un hogar múltiple compuesto por José García Pavón, jornalero de 29 años, que había llegado en enero de 1878 junto a su esposa Esígula Aguado Martín, de 31 años, y sus hijos Gervasio y Asunción, de tres años y uno respectivamente, y la familia de su cuñada, compuesta por Juan Choras, jornalero de 25 años, Juliana Aguado, también de 25 años, y su sobrino Felipe nacido ese mismo año. Todos ellos procedían de Magan, Toledo; viéndose todavía jóvenes para comenzar una nueva vida, con unos hijos que alimentar y cuyo futuro desearían asegurar, posiblemente estas dos familias consideraron que su nueva vida tendría un inicio más seguro si lo hacían en estrecha colaboración.

Ahora bien, la solidaridad familiar no se reducía exclusivamente al marco del hogar, ésta podía expresarse sin la necesidad de compartir el mismo techo. Reher ya apuntó que el hogar era una manifestación significativa de la familia, pero limitada por el tiempo y, especialmente, por el espacio<sup>212</sup>. Por ello, como se está proponiendo en los últimos años por estos historiadores de la familia, es necesario dar un paso más allá de los hogares individuales, pues es evidente que la familia trasciende esta barrera, llegar al grupo de parentesco en su conjunto y las interrelaciones que se establecen entre ellos, para aprehender el funcionamiento real de los sistemas familiares<sup>213</sup>.

Hasta el momento, este tipo de relaciones habían tenido como marco de investigación a pequeñas ciudades de provincias o pueblos, debido a que su reducido tamaño demográfico permitía controlar al conjunto del vecindario, lo que facilita esta clase de estudios. En ciudades del tamaño de Madrid las dificultades para afrontar un rastreo de este tipo crecen proporcionalmente a sus dimensiones demográficas. Sin embargo, esto no significa que este tipo de mecanismos no existiera; al contrario, en unos años en los que la inmigración de carácter rural era la nota predominante en el panorama de crecimiento urbano, estas pautas de comportamiento y solidaridad, vivir cerca unos de otros, cobraba un gran sentido en un momento difícil en la vida de las personas, como era partir de un pequeño pueblo a la gran urbe nacional. Los sentimientos de inseguridad o temor ante lo desconocido serían naturales, con lo que realizar esa experiencia en compañía, irse a vivir a la casa de algún familiar próximo o, al menos, hacerlo cerca constituían un bálsamo trascendental. Este podía ser el caso de Diego López Pérez, un jornalero albaceteño de Abenjibre que trabajaba en la estación de Atocha por 3 pesetas diarias. Llegó a la capital en 1864 cuando contaba con 19 años; ahora estaba casado con Isabel López Cuenca, natural de su mismo pueblo, con la que tenía cinco hijos (Mamerto, de 16 años y también jornalero, y los pequeños José, María, Polonia y Diego). Por los datos que nos ofrece el padrón, parece que no le iba del todo mal a Diego en su decisión de emigrar a la capital, pues había sido capaz de tener una familia bastante numerosa. Esto pudo ser un estímulo para que su hermano mayor Mamerto, de 40 años, se decidiera a seguir el mismo camino en 1878, junto a su mujer Josefa Villora, y su hijo Mamerto de 13 años.

---

<sup>212</sup> REHER, D. S.: *La familia...*, *op.cit.*, p. 69.

<sup>213</sup> Pilar Muñoz propone el concepto *familia extendida* para explicar el funcionamiento de numerosos hogares independientes pero emparentados, que funcionarían como una familia extensa si su cercanía física lo permitía. Para mayor detalle, ver MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor...*, *op.cit.*, pp. 399-401.

También decidió emigrar Ramón López Cuenca, el cuñado de Diego, de 44 años, que llegó con su esposa María Heras, sus hijos Feliciano, José e Isabel, y un familiar más, José López, de 39 años. Estas 16 personas vivían por separado, según la clasificación de estructuras familiares en dos nucleares y una extensa; sin embargo, las tres lo hacían en el nº 16 de la calle El Sur, de lo que puede deducirse fácilmente que mantendrían un contacto diario: los primos jugarían juntos, las madres podrían ayudarse o colaborar en algunas tareas (todas ellas declaran “sus labores” como oficio, aunque no es descartable que dentro del hogar hicieran costura o algo similar), cuidar a los niños en caso de una ausencia temporal o por enfermedad, por las noches podían juntarse para charlar o jugar a las cartas. Además, Mamerto, Ramón y José habían encontrado trabajo como jornaleros en la cercana estación de Atocha donde trabajaba Diego, seguramente gracias a él, con lo que la solidaridad no sólo se había manifestado en la búsqueda de hogar o en seguir el ejemplo del hermano menor, sino también como un importante mecanismo a la hora de encontrar trabajo.

Por tanto, una convivencia continua y diversa, que se manifestaba tanto en los tiempos y espacios del trabajo, como en aquellos otros más relacionados con los momentos de ocio o intimidad familiar, manifestaba unas pautas de comportamiento características de una *familia extendida*. De esta forma, no era necesario que alguno de los familiares ajenos al núcleo conyugal residiera en el mismo hogar, puesto que la ayuda le podía llegar de la misma forma.

El parentesco, como llave de acceso al mercado laboral, no era una fórmula inventada por el siglo XIX; su edad de oro se había extendido a lo largo de los siglos gremiales del Medioevo y la época Moderna. Aunque las revoluciones decimonónicas habían provocado la decadencia de los otrora poderosos gremios, contar con un familiar continuó siendo (y aún hoy en día) un valioso salvoconducto que abría puertas cerradas para el que no tuviese la fortuna de tenerlo. En algunos casos, las redes familiares ostentaban casi un monopolio del sector, como sucedía con las cigarreras de la fábrica de Tabacos (como vimos en capítulos anteriores, los lazos familiares superaban el 80% de las operarias). Otras veces eran las “redes paisanales” las que hacían acto de presencia entre algunos oficios: por ejemplo, de los once panaderos cabezas de familia presentes en Arganzuela, dos son de Albacete y nueve de la provincia de Lugo, o los serenos, que provienen exclusivamente de La Coruña y Oviedo.

## 6.5 Realquilados y vecinos: estrategias y solidaridad extrafamiliares

Como ha quedado dicho en líneas anteriores, los alquileres de las viviendas eran una constante preocupación para la mayoría de las familias, a pesar de que en Arganzuela existían zonas que presentaban unos niveles ínfimos respecto a paseos y calles principales de la ciudad:

*“En las Cambronerías encontró un cuarto independiente, y decidió trasladarse a este barrio habitado por gitanos, que le parecieron más apreciables y tranquilos que las familias de las casas de vecindad. El alquiler se pagaba todas las noches: real y medio. Al oscurecer llamaba a la puerta el encargado de la cobranza, un hombre alto, enjuto y moreno, al que el exceso de estatura hacía caminar arqueando la espalda. Era de la policía. El que administraba las casas de las Cambronerías tenía allí como cobrador y guardián del orden, por su carácter de agente de la autoridad.”<sup>214</sup>*

No siempre era suficiente con los ingresos de la familia, incluidos los que pudieran allegar mujer e hijos, con lo que se hacía ineludible recurrir a una fórmula característica de la época de la Restauración: el subalquiler de un cuarto (en ocasiones, simplemente el lecho) a personas extrañas al grupo de parentesco con el fin de completar el presupuesto. De esta forma se rompía otro de los ideales burgueses, además de los ya señalados del *ángel del hogar* y el concubinato: el hogar como espacio íntimo y reservado para la familia. Estas personas aparecen en las hojas de empadronamiento con diferentes calificativos (realquilados, huéspedes, en compañía) aunque todos hacen referencia a la misma realidad social. Esta figura ganó fuerza a medida que el distrito fue adquiriendo mayor entidad demográfica y urbanística, constituyendo la forma con mayor presencia en los hogares después del núcleo familiar. En menos de dos décadas pasó de representar el 17% de las formas familiares al 21,2% de 1878; este aumento corría en paralelo al proceso de jornalización que se analizaba en el cuarto capítulo. Sendos indicadores apuntarían en una misma dirección: el empeoramiento en las condiciones de vida de las clases populares.

<sup>214</sup> BLASCO IBÁÑEZ, V.: *La horda*. Alianza, Madrid, 1998, p. 277.

Si ya las viviendas a las que podían acceder eran de pésima calidad por sus características insalubres, su estrechez, suciedad o falta de luz, verse obligado compartirlas podía agravar la situación de hacinamiento hasta lo indecible, especialmente si los realquilados no eran simplemente un joven recién llegado a la capital, sino una familia entera. Este podía ser el caso de Melitón Cano. Este hombre vivía en un 3º de la calle Pacífico, nº 12, junto a su esposa Antonia y su hija Isabel de 8 años. La invalidez que declaraba habría puesto a su familia ante la amenaza de la miseria; por ello, y con el fin de poder pagar el alquiler mensual de 29 pesetas, tenía como realquilados a dos familias: una de ellas estaba compuesta por Raimundo Gallardo, peluquero de 28 años, su mujer Rosa, de 24 años, y sus hijas María y Felisa de 4 y 2 años, respectivamente; la otra era una mujer ovetense abandonada por su marido, Braulia Rodríguez, de 45 años, y sus dos hijas, Enriqueta y Francisca, de 6 y 3 años, respectivamente. Eran un total de 10 personas viviendo en un tercer piso, donde, por descontado, el sentido de la palabra intimidad era totalmente desconocido. Una solidaridad en la miseria que escapaba a los circuitos familiares, y que para unos podía significar una solución de urgencia en un momento puntualmente apurado, como podía ser el caso de Raimundo, mientras que para otros podía ser uno de los últimos clavos ardientes a los que aferrarse, como parecía ocurrirle a Braulia y sus dos hijas pequeñas.

En situaciones menos extremas, pero a la vez menos visibles, podía situarse una solidaridad de tipo vecinal o de amistad. Nuevamente, en contextos rurales es donde se puede constatar con mayor facilidad este tipo de interrelaciones marcadas por la familiaridad (una manifestación evidente era el tratamiento común de *tío* para nombrar a personas del pueblo<sup>215</sup>). Aunque no alcanzaban el grado de las propiamente familiares, no hay que dar la espalda a este tipo de relaciones en el mundo urbano, especialmente entre las clases populares, pues las condiciones de sus viviendas no invitaban a pasar mucho tiempo en el “dulce hogar”. El medio físico de su sociabilidad estaba en la calle, en los corredores de las corralas, en los lugares de trabajo, en las iglesias o en las tabernas. Incluso momentos que en la actualidad están asociados a una estricta intimidad, tenían un carácter público. Citando al gran Balzac, allí las conciencias estaban a la luz del día, al igual que aquellas casas impenetrables, negras y silenciosas, no tenían misterios<sup>216</sup>:

---

<sup>215</sup> MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor...*, *op.cit.*, p. 423.

<sup>216</sup> BALZAC, H. de: *Eugénie Grandet*. Bibliotex, Madrid, 1999, p. 12.

*“Concluyó la comida, y el señor Ignacio, Leandro, Vidal y Manuel salieron a la galería a echar la siesta mientras las mujeres quedaban dentro hablando. En el patio, todos los vecinos sacaban el petate fuera, y, en camiseta, medio desnudos, sentados unos, tendidos los otros, dormían en las galerías.”<sup>217</sup>*

Los vecinos podían llegar a ser esa “familia extensa” compuesta por los amigos y personas con las que se compartían experiencias durante toda la vida, desde los juegos de la infancia a las confidencias en la vejez. Era de este círculo de donde surgían, habitualmente, las primeras relaciones con el sexo contrario o la pareja con la que compartir el resto de la vida, pues el sistema de comunicaciones existente hasta la llegada del ferrocarril o el automóvil también tenía implicaciones en las relaciones personales de la población (lo normal, hasta entonces, era casarse con alguien del mismo pueblo o de alguno cercano):

*“La primera noche de Manuel en la Corrala vio, no sin cierto asombro, la verdad de lo que decía Vidal. Éste y casi todos los de su edad tenían sus novias entre las chiquillas de la casa, y no era raro, al pasar junto a un rincón, ver una pareja que se levantaba y echaba a correr. Los chicos pequeños se divertían jugando al toro (...) Mientras tanto, las chicas jugaban al corro, las mujeres gritaban de galería a galería y los hombres charlaban en mangas de camisa. (...) A los dos o tres meses de estancia en el corralón, Manuel (...) conocía a casi toda la gente del barrio.”<sup>218</sup>*

Era una convivencia cotidiana y voluntaria, en la que no existía ninguna obligación de tipo moral como pudiese haber entre familiares. Por ello, la confianza llegaba a ser una nota característica, dando lugar a pequeñas ayudas con hijos de la vecina o con el trabajo:

*“- ¿En dónde está trabajando Mariano? Yo [Isidora] quiero verle.  
- Si la vecina no tiene que hacer y quiere guardarme la tienda, iremos allá. No es a la vuelta de la esquina; pero yo ando más que un molino de viento... ¡Señá Agustina!...  
(...)No tardó cinco minutos en volver acompañada de una mujer joven y flacucha(...)  
- Guárdeme la tienda un ratito –le dijo la Sanguijuelera-, que voy con mi sobrina a un recado...”<sup>219</sup>*

<sup>217</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, op.cit., p. 54.

<sup>218</sup> *Ibid*, p. 60 y p. 72.

<sup>219</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*. Cátedra, Madrid, 2004, pp. 101-102.

Una sociabilidad compartida tanto en el ámbito laboral como en el vecinal o íntimo podía ser, nuevamente, la de las cigarreras, compañeras en la fábrica y vecinas fuera de ella, pues la inmensa mayoría residía en las calles adyacentes de su centro de trabajo. La cooperación y la solidaridad entre ellas y sus familias eran una nota común:

*“En el barrio éramos todas iguales, vivíamos muy juntas y era como una familia (...) Por la calle te veías con compañeras y a otras a lo mejor no las conocías, porque éramos miles, pero te decían: sí, mujer, es la hija de la Pepa (...) Entre ellas se ayudaban mucho: joye que resulta que se ha puesto mala fulanita!, entonces iban todas a su casa a socorrerla, traerla medicinas (a menudo compradas a escote), o lo que fuera.”<sup>220</sup>*

Esta intensa relación vecinal no tenía siempre una cara alegre, pues también ofrecía su parte de discusiones, riñas y conflictos, que podían culminar en fuertes altercados. Eran los conocidos *odios de vecindad*:

*“La Encarna sentía arder en su pecho el fuego de la pasión por Leandro; pero éste, enamorado de la Milagros, no correspondía al fuego del alma de la ropavejera. Por tal motivo, la Encarna odiaba cordialmente a la Milagros y a los individuos de su familia (...) Odios de personas de vida casi común, no era raro que fuesen de un encono y de un rencor violento; así, los de una y otra familia, no se miraban sin maldecirse y sin desearse mutuamente las mayores desgracias.”<sup>221</sup>*

## 6.6 Diferencias sociales en la organización familiar

Teniendo presente que existían en las familias pautas culturales profundamente arraigadas a la hora de organizarse, las diferencias socioeconómicas eran evidentes. En este apartado se han escogido aquellos trabajos que no sólo eran representativos de las diversas categorías profesionales, sino que hacían referencia a las diferentes clases sociales presentes en el distrito, para conocer en qué medida la situación socioeconómica del cabeza de familia influía en la forma de articularse una familia y que sentido adquiriría para sus miembros.

<sup>220</sup> Testimonio recogido por CANDELA, P.: “Condiciones de vida (y trabajo) de las cigarreras madrileñas a comienzos del siglo XX” en CASTILLO, S.(coord.): *El trabajo a través de la historia*. Asociación de Historia Social, Madrid, 1996, p. 388. Aunque el testimonio es algo posterior, principios del siglo XX, al período que aquí nos ocupa, su valor intrínseco resulta igualmente válido para ilustrar los años de finales de la centuria anterior, en los que cabe suponer que las diferencias no serían significativas en este aspecto.

<sup>221</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, p. 62.



Posteriormente, se hará hincapié en algunas familias concretas en asuntos como la presencia de realquilados, servicio doméstico, tamaño del hogar o la presencia de familiares, como fiables indicadores de las estrategias particulares de cada grupo social.

**Tabla 26. Estructuras familiares por profesiones de los cabezas de familia (1878)**

Categorías familiares	Propietarios	Profesiones liberales	Empleados (+2.000 pts)	Empleados (-1.000 pts) y cesantes	Taberneros	Zapateros	Jornaleros	Cigarreras	Media Arganzuela
Solo/a	7,69	3,70	5,56	2,80	9,52	1,33	1,81	12,90	<b>3,74</b>
Familiares	7,69	0,00	0,00	1,87	0,00	0,00	0,26	3,23	<b>0,74</b>
Pareja	15,38	14,81	11,11	18,69	19,05	17,33	17,96	3,23	<b>15,18</b>
Nuclear	26,92	37,04	55,56	49,53	33,33	45,33	41,98	3,23	<b>37,23</b>
Monoparental	7,69	0,00	0,00	1,87	2,38	2,00	2,64	32,26	<b>7,02</b>
Extensa	15,38	11,11	16,67	12,15	28,57	9,33	9,33	11,29	<b>11,02</b>
Troncal	0,00	3,70	0,00	0,00	2,38	1,33	1,81	0,00	<b>1,58</b>
Múltiple	7,69	0,00	5,56	0,93	2,38	4,67	2,38	3,23	<b>2,26</b>
Realquilados	7,69	0,00	5,56	0,93	0,00	4,00	2,69	11,29	<b>3,03</b>
Pseudoextensa	0,00	14,81	0,00	7,48	2,38	8,67	8,23	9,68	<b>8,58</b>
Múltiple realquilado	3,85	14,81	0,00	3,74	0,00	6,00	10,46	9,68	<b>9,05</b>
Tamaño medio hogar	4,31	4,96	4,00	3,95	3,95	4,07	4,26	3,36	<b>4,13</b>

En la siguiente tabla aparecen el conjunto de casos escogidos que ofrecen respuestas particulares. En un primer acercamiento, destaca la fuerte presencia nuclear entre los empleados y los jornaleros, frente a una cierta debilidad entre propietarios y cigarreras. Éstas presentaban una clara particularidad, pues las mujeres encabezaban un hogar, casi exclusivamente, cuando eran viudas o sus maridos estaban ausentes, lo que explica una forma monoparental sobresaliente respecto a la media del distrito. La familia extensa tenía una mayor representatividad entre las clases medias y altas (empleados con sueldo elevado y propietarios), pero de manera más señalada entre los taberneros. Era muy frecuente que estos cabezas acogiesen a familiares jóvenes, destacan los casos de primas o sobrinas, que ayudaban en el servicio de la clientela. Era el caso de Francisco Martínez, un ovetense de 48 años que regentaba una pequeña taberna en el Paseo de los Olmos, nº 5 duplicado, por la que pagaba 50 pesetas de contribución anual. No conocemos si el tabernero y su mujer Florentina habían tenido hijos o se habían muerto, pero en 1878 no aparece ninguno. Quizá la ausencia de éstos motivara que una joven sobrina de 13 años, Florentina Valledor, marchara a Madrid el año anterior para ayudar a sus tíos en el negocio.

Esta forma familiar cobraba un sentido distinto en grupos de clases medias o altas. Para obtener un mejor conocimiento en las diferentes estrategias nos detendremos en los más representativos.

### 6.6.1 Familias propietarias

Las familias de propietarios poseían un hogar cuyo tamaño estaba ligeramente por encima de la media, aunque se encontraba muy lejos del nivel que ofrecían sus correligionarios de Chamberí (5,92), lo cual indica las limitaciones de este grupo respecto a la fuerza de otros distritos. Lo mismo puede decirse del alquiler medio que soportaban: aunque era el más elevado del conjunto de grupos sociales, era infinitamente menor que el de Chamberí (118,59 pesetas). Su fuerte potencia económica, dentro del ámbito de Arganzuela, se barrunta en otros indicadores igualmente significativos.

<b>Tabla 27. Composición del hogar de los propietarios cabezas de familia</b>	
Cabeza	1,00
Esposa	0,54
Hijos	1,58
Familiares	0,50
Pareja informal	0,08
Realquilados	0,27
Laboral	0,00
Criados	0,35
Habitantes por hogar	4,31
Alquiler medio	29,43

La presencia de cónyuges era bastante reducida, un 54% de los hogares, y la de parejas informales era casi anecdótica (la mala reputación social que ello conllevaba explica que sean muy pocos los casos que se registran, pero, por otro lado, su sola presencia, por pequeña que fuese, indica que estamos más bien ante pequeños propietarios que no pertenecían a las clases altas de la sociedad, sino que su status era inferior). Este dato se relaciona con el notable número de viviendas con personas solas (7,69%), el doble que el resto del distrito, o que vivían con sus hijos o algún hermano.

Quedarse viudo o permanecer soltero no significaría motivo de preocupación para asegurarse la supervivencia. Antonia Cernuda Viñeda era una viuda que vivía sola en un principal de la calle Pacífico, nº 7. Su seguridad económica estaba asegurada si atendemos a la contribución anual que satisfacía (más de 750 pts., una de las más altas) y a la criada que tenía a su servicio, Agustina Cámara, una joven de 23 años que llegó procedente de su pueblo burgalés seis años antes. Cerca de Antonia residía José Díaz Basteiro, en un principal del nº 12 de la misma calle, propietario que residía junto a su hermano Manuel. Ninguno de ellos tenía mujer ni compañera, pero las tareas de la casa estaban a cargo de dos criadas: Rosalía Riberti, una doncella de 29 años, y Tomasa Mayayo, cocinera.

Como puede verse en estos dos ejemplos, la presencia de servicio doméstico era habitual en estos hogares, lo que coadyuvaba al incremento del número de habitantes por vivienda. Unos criados que no sólo cumplían el papel de solucionar el quehacer diario de sus dueños, sino que llevaban implícito un signo de distinción social.

Al aumento del tamaño del hogar contribuían de forma especial los familiares acogidos, con un peso mayor que en el resto de grupos. Sin embargo, en este caso no implicarían una solidaridad para evitar una situación de miseria, como podía suceder con la madre viuda de un jornalero, sino que tendría mayores componentes afectivos, de libertad. Amalia González era una viuda de 48 años cuya contribución era de las más importantes de la zona (750 pts.). Encabezaba un numeroso hogar compuesto por su hijo Santiago, de 26 años, que era el encargado de llevar la administración de la propiedad (no se informa de su naturaleza), que estaba casado con Manuela Jamiel, de 22 años; además también vivían el resto de los hijos de Amalia: Manuel, de 19 años, era comerciante de un almacén, ganando la importante cantidad para su edad de 1.250 pts. anuales, y Balbino y Pilar, de 12 y 11 años, respectivamente. Además, en este caso se pueden escrutar ciertos rastros de troncalidad, pues Amalia era una viuda relativamente joven. El hecho de que el hijo mayor, una vez casado, permaneciese en el hogar familiar y al cargo de la propiedad que había posibilitado la posición social de su familia, nos llevan a identificar prácticas propias de las zonas peninsulares con mayor grado de complejidad del hogar.

Incluso este comportamiento podía ser heredado de sus antepasados e importado a su nueva ciudad como una nota cultural diferenciada, pues Amalia era natural de Santiago de Compostela y Santiago, el hijo mayor, había nacido en un pueblo de Vizcaya, que puede indicar el origen de su familia paterna (o simplemente un traslado residencial).

### 6.6.2 Familias de empleados

Las familias de los empleados conformaban un puente entre los estratos superiores e inferiores de la sociedad, debido al amplio espectro de situaciones que englobaba esta categoría profesional (desde el alto funcionario del Ministerio hasta el modesto conserje del cementerio, el jardinero municipal o el sereno, por enumerar algunos ejemplos). Por ello, resulta pertinente efectuar un análisis comparativo de los diferentes caminos que eligieron, en su organización familiar, unas capas medias que aspiraban, en unos casos, a codearse con respetados y rutilantes miembros de la sociedad, mientras que en otros apenas si distinguirían su vida llena de penurias con la sus vecinos jornaleros o zapateros, aunque el color de su camisa simbolizara una estabilidad laboral de la que se enorgullecían.

<b>Tabla 28. Composición del hogar de los empleados cabezas de familia</b>		
	Empleados con sueldo superior a 2.000 pts.	Empleados con sueldo inferior a 1.000 pts. y cesantes
Cabeza	1,00	1,00
Esposa	0,89	0,81
Hijos	1,66	1,57
Familiares	0,34	0,23
Pareja informal	0,03	0,08
Realquilados	0,03	0,24
Criados	0,45	0,04
Habitantes por hogar	4,39	3,98
Alquiler medio	24,26	15,33

Los empleados de la primera categoría presentaban un hogar de mayor tamaño, que superaba incluso al de los propietarios. En esta ocasión, la presencia del cónyuge era muy alta, así como la de los hijos. Un importante sueldo terminaba con las preocupaciones por tener muchas bocas que alimentar sin que aportasen ningún beneficio. En cambio, el concubinato era testimonial debido a las negativas connotaciones que conllevaba y que afectarían, sin lugar a dudas, a la buena imagen de la familia ante la sociedad, especialmente entre los círculos en los que se aspiraba a penetrar. De hecho, se circunscribe a un único caso, el de Carlos Grébus Chanoine, un importante ingeniero francés de 41 años que trabajaba en la compañía de ferrocarriles M.Z.A. Había llegado a Madrid en 1877 en compañía de la señorita Dolores Carrero Ruiz, de 33 años y nacida en Vitoria. No sería descabellado pensar en que se tratara de la novia de Carlos que habría conocido antes de llegar a la capital y con la que, seguramente, se casara en poco tiempo. Su aspiración de acercarse a la élite social tenía su plasmación más nítida en la presencia de criados, en mayor número que los propietarios.

Manuel Súñer Retamal era un empleado, con un importante sueldo de 3.000 pts. anuales, encargado de una factoría de utensilios militares en los talleres Los Docks. Estaba casado con María Arpa y ambos tenían dos hijos, María y Manuel de 6 y 2 años cada uno. Su salario le permitía disponer de un nutrido grupo de criados: Agustina Blue, una joven niñera de 16 años que tenía el encargo de cuidar el pequeño Manuel; Ángela Martínez, sirvienta de 24 años procedente de Valdilecha (Madrid), un claro ejemplo del clásico patrón emigratorio; María Botas, también una joven de 23 años que se encargaba de la cocina; y Jesús García, procedente de Illescas (Toledo), que contaba con 25 años. Este nutrido grupo servicial daría cuenta de un ritmo de vida galopante, que podría llegar a inquietar a la jugosa, aunque no inagotable, paga de Manuel.

Si se desciende al segundo escalón, las diferencias que encontramos son notables. Los parámetros de los cónyuges y las parejas informales son similares, aunque en este caso ligeramente superiores, lo que indica un menor pudor a la hora de vivir amancebados o, más bien, el inicio de las dificultades económicas para consumir formalmente la relación de pareja. La figura del criado se ha reducido drásticamente hasta casi desaparecer y, por el contrario, las familias que se ven en la necesidad de subalquilar parte de su vivienda comienzan hacer acto de presencia.

José Escalona Braqui era un empleado granadino que vivía en un principal de la calle Martín de Vargas, nº 6, por el que pagaba 11'5 pts. al mes. Ganaba 1.000 pts. al año y era viudo a sus 53 años. En la misma casa habitaba Carmina Sánchez, de 25 años, que aparecía como su sirvienta. Sin embargo, esta afirmación queda en el aire al comprobar que José había realquilado parte de su casa a Elisa Pérez, una mujer que había sido abandonada por su marido cuando tuvo a su hijo Fidonio, de tan sólo seis meses. Esta circunstancia inclina a pensar que Carmina sería, más bien una sirvienta externa que trabajase en otra casa, pues parece contradictorio permitirse el gasto de una criada y, a la vez, realquilar una o varias habitaciones de la casa. Agustín del Hoyo Muñiz era un guardia cuya familia vivía en un principal de la calle Labrador, nº 1, en pleno barrio de Las Peñuelas.

Su bajo sueldo (1.000 pts. anuales) era insuficiente para sufragar los gastos, entre los que destacaba un alquiler medio (17,5 pts. mensuales), de una familia con dos hijos pequeños, uno de ellos un bebé de unos meses. Su mujer Dolores Catalán contribuía activamente gracias al sueldo de su trabajo como cigarrera de la fábrica de Tabacos; los ingresos familiares aún serían escasos, pues habían decidido compartir su casa con cuatro personas más: Alfonsa Pelayo, viuda, y su hija Agustina, cigarreras que, seguramente, eran compañeras y amigas de Dolores (lo que constituía un buen ejemplo de la solidaridad extrafamiliar que veíamos en epígrafes anteriores); y Josefa Ródenas, lavandera alicantina y viuda de 54 años, junto a su hija Teresa, de 29 y sin ocupación declarada. En el caso de las dos últimas mujeres, puede intuirse un funcionamiento de las redes de paisanaje, pues casi la mitad de las cigarreras presentes en Arganzuela procedían o descendían de mujeres alicantinas. Puede deducirse rápidamente que, a pesar de tratarse de un principal, el hogar de este guardia padecía de un engorroso amontonamiento que hacía brillar por su ausencia todo atisbo de pretendida intimidad.

Esta situación nos habla de una confusión en el nivel de vida entre los empleados de los últimos escalafones con trabajadores de los talleres, jornaleros, albañiles, etc. Era el conjunto de las clases populares que compartían dificultades, capacidades o aspiraciones. Gran parte de estos empleados (conserjes de cementerios, porteros, peones camineros, guardas de arbolados o de caminos, barrenderos, etc.) no se distinguían en su cualificación profesional de los jornaleros, como en la estabilidad laboral alcanzada, al entrar en la circulación de trabajos y empleos gracias a su red de contactos personales y

de favores. Habían ascendido al escalafón socioprofesional más alto al que podían aspirar por su preparación, haciendo realidad una de las ambiciones más comunes y legítimas: poseer un trabajo y sueldo fijos.

### 6.6.3 Familias jornaleras

A pesar de esta confluencia en las condiciones de vida de bajos empleados y jornaleros, las familias de éstos presentaban ciertos rasgos que las singularizaban respecto del resto, además de constituir la gran mayoría de familias del distrito. En primer lugar, llama la atención el tamaño medio de su hogar, superior a la media del distrito (4,13). Esto se debe, principalmente, al índice de realquiler, el más alto del conjunto de grupos sociales.

<b>Tabla 29. Composición del hogar de los jornaleros cabezas de familia</b>	
Cabeza	1,00
Esposa	0,78
Hijos	1,50
Familiares	0,29
Pareja informal	0,12
Realquilados	0,55
Criados	0,00
Habitantes por hogar	4,24
Alquiler medio	11,95

En más de la mitad de las familias residía, al menos, una persona extraña al grupo de parentesco por motivos de solidaridad económica, convirtiéndose en una situación habitual para todas ellas. Aunque en el momento de rellenar la hoja padronal no tuviesen personas “en compañía”, una crisis que dejase al marido sin trabajo, una enfermedad o lesión, o el nacimiento de un nuevo hijo que alimentar, eran factores que agravaban, aún más si cabe, la situación inestable de este grupo de población. El riesgo, la inseguridad, vivir en la cuerda floja era una dura realidad de la que trataban de defenderse con todos los medios a su alcance: bien con la cooperación dentro de la familia (el auxilio a la anciana madre que ha quedado viuda, convivir con la familia del hermano, enviar a casa de los tíos a un hijo que les ayudase en su trabajo y así quitarse una boca que alimentar, etc.), bien con el realquiler de la vivienda.

Incluso hacían uso de la beneficencia municipal cuando la situación se agravaba por alguna de las circunstancias mencionadas. En la documentación generada por las Casas de Socorro de los distritos, hay una partida de gastos destinada a pensiones para lactancias de bebés por unos meses (generalmente entre seis meses y un año); en estas pensiones aparecía el nombre del padre que la recibía y en algunas se hacía mención a la “condición jornalera” del progenitor<sup>222</sup>.

Era una vida precaria que no equivalía a vida desarreglada en lo familiar. El 78% de los hogares estaba encabezado por un matrimonio, muy similar al nivel de lo empleados de bajo sueldo y los cesantes. Hay que recordar que cuando se analizaba el crecimiento demográfico de la ciudad, se observaba una fuerte estructuración familiar en aquellos que habían decidido emigrar y que pasaban a engrosar las filas del proletariado. En cambio, la diferencia era notable en relación al concubinato, que en este caso presentaba una significativa presencia respecto al resto de grupos socioprofesionales. Como ya se ha dicho, las mayores dificultades económicas para acceder al matrimonio y una mayor despreocupación por el “qué dirán” del vecindario, que también participaba de este tipo de uniones ilegítimas, daban cuenta de ello.

*“A los dos meses de matrimonio, el hijo del tío Patas se entendía con su madrastra, y poco tiempo después el viejo se enteraba. (...) dejó pasar el tiempo, y poco a poco se acostumbró a su situación. Después, la mujer del tío Patas trajo del pueblo a una hermana suya (...) y éste concluyó amontonándose con su cuñada. Desde entonces, los cuatro vivieron con tranquilidad completa. Se entendían admirablemente. A Manuel, que estaba curado de espanto, porque en la Corrala había más de una combinación matrimonial parecida, no le asombró la cosa...”*<sup>223</sup>

En cualquier caso, eran muy pocos los casos de jornaleros que vivían solos o sin ningún lazo familiar, pues no era ya la ausencia de cariño o desarraigo de los lazos de sangre, sino que las posibilidades de supervivencia se reducían considerablemente porque cualquier contingencia dejaría a la persona en un desamparo total, abocándola irremediabilmente a la miseria.

---

<sup>222</sup> AVM, Secretaría, 11-341-2.

<sup>223</sup> BAROJA, P.: *La lucha por la vida I. La busca*, p. 120-121.



*“Manuel comprendía que aquello no era definitivo, ni llevaba a ninguna parte; pero no sabía qué hacer, ni qué camino seguir. Cuando se quedó sin jornal, mientras no le faltó para comer en un figón, fue viviendo; llegó un día en que se quedó sin un céntimo y recurrió al cuartel de María Cristina. Dos o tres días aguardaba entre la fila de mendigos a que sacasen el rancho...”*<sup>224</sup>

Bernaldo de Quirós, en su estudio sobre la mala vida madrileña, hacía hincapié en estos casos que, como Manuel, vivían unos días de un mísero jornal, otros de la ayuda benéfica, fundiendo los difusos contornos de la pobreza, mendicidad y delincuencia, sintetizados en la figura del golfo<sup>225</sup>:

*“Los pilluelos de la ciudad forman la avanzada principal de la mala vida. Van rotos y sucios. Viven en la ciudad como el hombre primitivo vivió sobre la tierra: de la cosecha natural, de los despojos que quedan en el suelo (...). Otros acuden a los refugios y asilos de noche, y los que llegan tarde se quedan en los tejares, en los montones de escombros caldeados por estiércoles y detritus orgánicos, en cavernas, como verdaderos trogloditas, o bien dentro de la ciudad, en los ángulos de solares abandonados, en las garitas de los cuarteles, en los pórticos y en los quicios de las puertas, donde no duermen, sino eslabonan una serie de actos somnolientos, interrumpidos a cada instante por autoridades nocturnas.”*<sup>226</sup>

La vida en familia ofrecía una capa de seguridad en la que cobijarse en momentos de necesidad. Esto no era óbice para que las condiciones de vida de estas familias jornaleras fueran muy precarias, constituyendo la nueva cara que adquiría la pobreza en el crepúsculo del siglo XIX<sup>227</sup>. La incapacidad de los obreros y jornaleros para cubrir los gastos de su familia fue una realidad palmaria, puesta de manifiesto por los contemporáneos.

<sup>224</sup> Íbid, p. 140.

<sup>225</sup> Una aproximación a esta figura social en DEL MORAL, C.: *El Madrid de Baroja*. Sílex, Madrid, 2001.

<sup>226</sup> BERNALDO DE QUIRÓS, C. y LLANAS AGUILANEDO, J. M<sup>a</sup>.: *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*. Instituto de Estudios Altoaragoneses, Egido Editorial, 1998, pp. 30-41.

<sup>227</sup> VICENTE ALBARRÁN, F.: “Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur (1878-1910)” en *Modernizar España, 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*. Congreso Internacional del Dpto. de Historia Contemporánea de la UCM, Madrid, 20-22 abril de 2006.

*“El salario es completamente insuficiente, no alcanza para nada, y no he encontrado ningún obrero que me diga que tiene lo necesario para llevar a todo sus hijos como es debido; el que lleva pantalón medio regular va descalzo, y el que lleva zapatos no lleva gorra. Hay, pues, que desnudar a un santo para vestir a otro, y generalmente nuestros hijos estrenan pantalones de los que desechamos nosotros.”*<sup>228</sup>

Los informantes de la Comisión de Reformas Sociales coincidían una y otra vez en este punto, elaborando presupuestos diarios para demostrarlo. Este presupuesto era un patrón estándar que, por supuesto, no representaba al conjunto de jornaleros.

<b>Tabla 31. Salarios diarios de jornaleros en 1878<sup>230</sup></b>	
<b>Tabla 30. Presupuesto diario de una familia obrera de tres personas en 1885<sup>229</sup></b>	
	Pesetas
Casa	0,50
Pañ, 2 kg. a 36 céntimos	0,72
1 kg. de carbón	0,23
desayuno (café y leche)	0,36
Comida del mediodía	
125 gr. de garbanzos	0,12
250 gr. de carne	0,50
72 gr. de tocino	0,15
Cena	
250 gr. de carne	0,50
750 gr. de patatas	0,12
Aceite, 125 gr.	0,24
Luz, aceite mineral	0,10
Jabón y varios	0,25
Tabaco	0,10
<b>Total diario</b>	<b>3,97</b>

Las fluctuaciones en el gasto podían oscilar ligeramente (por ejemplo, el coste de la vivienda para los jornaleros de Arganzuela era algo inferior: 0´4 pts. diarias), pero el coste de la vida era igualmente insoportable para los bolsillos de estos trabajadores.

más de 4 pts.	5 (1,59%)
---------------	-----------

<sup>228</sup> CASTILLO, S. (ed.): *Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*, op.cit., Tomo I, p. 90

<sup>229</sup> CASTILLO, S. (ed.): *Reformas Sociales...*, op.cit., Tomo I, p. 224. Aunque son datos algo posteriores, los precios no experimentaron una fuerte inflación en esos siete años.

Si nos acercamos a por día trabajado<sup>231</sup>, se serían incapaces, por sí necesidades básicas para podían sufragar las casi 4

3-4	21 (6,67%)
2,1-2,99	39 (12,38%)
2	172 (54,6%)
1-1,99	76 (24,13%)
menos de una peseta	2 (0,63%)
Total	315

los salarios que ganaban observa que la mayoría solos, de soportar las sobrevivir. Aquellos que pesetas diarias necesarias

para vivir una familia de tres personas podían considerarse unos auténticos privilegiados, una auténtica élite jornalera, pues la gran mayoría cobraba 2 pesetas o menos, y además contaban con una familia superior a los tres miembros, como se indicaba en la composición de su hogar.

Entre esta élite que podía vivir exclusivamente de los ingresos del cabeza estaba la familia de Laureano Martín, jornalero segoviano de 53 años que vivía en el Molino del Canal. Laureano trabajaba para el Ministerio de Fomento, seguramente en algo relacionado con el canal del Manzanares, ganando la increíble cantidad de 3.000 pts. anuales. Laureano vivía junto a su esposa Juana Díaz Salamanca, de 56 años. El matrimonio no tenía hijos, o ya no residían con ellos, con lo cual el sueldo de este jornalero les permitía disfrutar de unas insólitas condiciones de prosperidad.

La insuficiencia de sus salarios requería que entraran en escena diversas estrategias de supervivencia, desde el trabajo de todos los miembros de la familia, hijos pequeños incluidos, a la solidaridad familiar o el realquiler de cuartos, que no hacían otra cosa que incrementar el hacinamiento en la vivienda y deteriorar aún más sus

<sup>230</sup> Sólo se recogen los que indicaban sueldo diario, mensual o anual.

<sup>231</sup> En este punto se sigue la referencia que se ofrecía en el presupuesto elaborado por la Comisión de Reformas Sociales de 298 días de trabajo, después de descontar 67 festivos.

condiciones de vida. El trabajo de la esposa era la forma más socorrida de completar la partida de ingresos familiares.

*“La mujer busca trabajo fuera del hogar por aumentar el haber de su familia, porque, como he dicho ya, es insuficiente el jornal del obrero. (...) Yo conozco a un individuo de la sociedad que cuando va a su casa por la noche tiene que hacer la cena él mismo. (Risas). ¿Irá su mujer a trabajar por distraerse? Yo creo que no; yo creo que irá porque su marido, que no gana más que nueve reales, por no dedicarse al matute y ponerse fuera de la ley, la dirá a su mujer: vete a trabajar para ayudarme a cubrir las necesidades de la casa.”<sup>232</sup>*

A las tareas que ya realizaba en el ámbito doméstico como el cuidado de la familia, compra de alimentos y vestimenta, limpieza de la casa (tarea ésta que requería una mayor inversión de energía al no contar con ayuda por parte de criados, y por la falta generalizada de servicios básicos como el agua corriente, con lo que se hacía necesario un trasiego diario hasta las fuentes públicas, como en la imagen), había que añadir una actividad laboral que requería de gran cantidad de horas, esfuerzo y sacrificio.



233

<sup>232</sup> CASTILLO, S. (ed.): *Reformas Sociales...*, *op.cit.*, Tomo I, p. 107 y 183.

<sup>233</sup> Fotografía de una fuente pública hacia finales de siglo XIX tomada de LÓPEZ MONDÉJAR, P.: *Madrid, laberinto de memorias. Cien años de fotografías (1839-1936)*. Madrid, 1996.

Sin embargo, esta laboriosidad y dedicación no tenía ningún reconocimiento, quedando el trabajo femenino sepultado bajo el título “sus labores”, que inunda todas las estadísticas oficiales<sup>234</sup>. De hecho, en el padrón de 1878 aparece una mujer, Francisca Roldán Cuartero, de 62 años, que declaraba como profesión sus labores pero, al lado, declaraba que trabajaba cuando “salía algo donde fuera”. Su esposo se declaraba jornalero ambulante. Su situación debía ser muy comprometida: su hijo estaba realizando el servicio militar obligatorio (del cual, evidentemente, les había sido imposible librarle) y Francisca, a pesar de la edad, se veía en la necesidad de trabajar en lo que fuera con tal de sobrevivir; al no encontrarlo o por la baja remuneración de éste, habían decidido compartir su casa con un empleado de Consumos y su mujer. Sólo una minoría reconocía un oficio específico. Los más abundantes eran los de jornalera, cigarrera y lavandera; tanto el primero como el segundo no requerían ninguna cualificación, al igual que ocurría con sus esposos, con lo que siempre podrían recurrir a ellos en los momentos de apuro. Asimismo, menudeaban los trabajos relacionados con actividades que ya desempeñaban en sus casas (lavar, coser, planchar), y que podían realizar desde ella, mediante el sistema de trabajo a domicilio y con remuneración a destajo.

Tabla 32. Trabajo de las esposas de jornaleros			
1860		1878	
asistente	1	asistente	2
ayudanta	1	bruñidora	1
cigarrera	6	cigarrera	65
cincillera	1	cortinera	1
costurera	7	costurera	11
guanter	1	guardesa	2
jornalera	25	jornalera	68
lavandera	9	laborera	3
maestra de niñas	1	lavandera	25
vendedora	2	planchadora	1
sus labores	291	portera	2
		sastra	2
		criada	1
		trapera	2
		vendedora	8
		sin oficio	2
		sus labores	1.295

<sup>234</sup> OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares (1753-1868). El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003, pp. 197-220.

Ninguno de ellos requería ningún tipo de nivel cultural, lo que habría hecho prácticamente imposible el acceso de estas mujeres por su elevadísimo grado de analfabetismo: en 1878, de las 1.496 mujeres de jornaleros, tan sólo 116 afirmaban saber leer o escribir, lo que supone un 92´3% de analfabetismo. Entre las alfabetizadas se han incluido algunas que decían conocer “algo, no muy bien o muy poco”, con lo que puede deducirse que el porcentaje podía elevarse aún más.

El trabajo de los niños, al igual que el de sus madres, fue una realidad no sólo del siglo XIX, sino a lo largo de toda la Historia, especialmente en el ámbito rural, donde ha pervivido hasta fechas muy recientes<sup>235</sup>. En 1873 se había aprobado una ley que prohibía el trabajo de niños menores de 10 años en fábricas, talleres, fundición o minas. Los niños menores de 13 años, 14 para las niñas, no podían trabajar más de cinco horas, ni excedería de las 8 para los menores de 15 años, 17 para las chicas. Asimismo, estaba prohibido el trabajo nocturno. La promulgación de la ley se enmarca en el contexto democrático de la I República, pero quedó en papel mojado en su aplicación. El trabajo infantil no era exclusivo de las familias jornaleras, sino que afectaba a personas de otros grupos profesionales cuyas condiciones de vida requiriesen la ayuda de los miembros más pequeños e indefensos.

*“Los niños se emplean en toda clase de trabajo. Yo veo en Madrid muchos niños ocupados en trabajos que no son propios a su edad; y hasta en mi oficio, para el cual se necesita cierta fortaleza, hay niños que apenas cuentan diez años. Yo tenía esa edad cuando empecé a trabajar, no porque a mi padre le gustara que yo trabajase, sino porque había necesidad de proporcionar algún recurso más a nuestra casa.”<sup>236</sup>*

Sin embargo, esta situación encontraba diferencias notables si la familia era inmigrante (recordemos que gran parte de esta población estaba encabezada por jornaleros, ver gráfica 17) o, por el contrario, era natural de la capital.

<sup>235</sup> Los testimonios personales de padres y abuelos así lo indican. Para conocer esta situación en la época que nos ocupa, ver BORRÁS LLOP, J. M<sup>a</sup>: “Zagales, pinches, gamenes... Aproximación al trabajo infantil” en *Historia de la infancia en la España Contemporánea (1834-1936)*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1996.

<sup>236</sup> CASTILLO, S. (ed.): *Reformas Sociales...*, op.cit., Tomo I, p. 108.

En el primer caso, la miseria que conllevaba la mayoría de los movimientos migratorios azuzaba a los padres para que pusieran a trabajar a sus hijos más pequeños, en perjuicio de su educación. Su jornada laboral se extendía más allá del horario permitido por la legislación, lo cual hacía totalmente incompatible no ya estudiar en casa (práctica desconocida por completo) o jugar con los amigos a la salida del colegio, sino la propia asistencia a las clases.

*‘[El trabajo de los niños] es incompatible, porque los chicos pudieran decirse que trabajan más horas que nosotros, y esto se comprende. En mi oficio hay la costumbre de que los aprendices vayan al taller media hora antes que los oficiales, con objeto de barer y limpiar la tienda, y cuando se acaba el trabajo se quedan a recoger las herramientas y demás, operación que les dura otra media hora, de modo que trabajan más tiempo que nosotros.(...) como el trabajo acaba a las siete, no pueden asistir a las escuelas nocturnas, porque si al maestro se le dice que tienen que ir a la academia, contesta que él necesita que los aprendices estén en el taller; y una de dos: o se despide el muchacho del taller o no va a la academia.’<sup>237</sup>*

Tabla 33. Población de Arganzuela menor de 16 años				
	Nacidos en Madrid		Nacidos fuera de Madrid	
	Niños	Niñas	Niños	Niñas
<b>1860</b>				
Trabajan	9,24%	8,07%	26,38%	14,42%
No trabajan o no declaran	90,76%	91,93%	73,62%	85,58%
<b>1878</b>				
Trabajan	10,79%	5,38%	25,89%	10,47%
No trabajan o no declaran	89,21%	94,62%	74,11%	89,53%

Los niños comenzaban, generalmente, como aprendices en los numerosos talleres de zapatería, carpintería, cerrajería o ayudantes de traperos. Posteriormente, mozos de cuerda y jornaleros eran los más frecuentes, quizá en compañía de sus padres jornaleros. Otra figura conocida era la del chico que entraba en una tienda como dependiente, un empleo que mezclaba lugar de trabajo con el de vivienda en pésimas condiciones laborales y de vida en general. Las niñas encontraban su colocación de forma prioritaria como criadas en las casas de la pequeña o mediana burguesía.

<sup>237</sup> CASTILLO, S. (ed.): *Reformas Sociales...*, op.cit., Tomo I, p. 225.

Los salarios que percibían por estos trabajos eran ínfimos y, en algunos como el dependiente de comercio o la criada, inexistentes, limitándose a la manutención y un techo bajo el que dormir. En las hojas del padrón muy pocos lo indican y aquellos que lo hacen no superan nunca la peseta diaria. En todos ellos primaban la inestabilidad laboral y la sobreexplotación encubierta por la idea del aprendizaje de un oficio.

*“Halláronse en extraño local (...)Era como un gran túnel, del cual no se distinguía sino la parte escasamente iluminada por la boca. (...)En el eje de aquel túnel que empezaba en luz y se perdía en tinieblas, había una soga tirante, blanca, limpia. Era el trabajo del día y del momento. El cáñamo se retorció con áspero gemir. (...)Isidora echó a andar hacia adentro, dando la mano a su tía. A causa de los accidentes del piso y de la oscuridad, necesitaban apoyarse mutuamente.*

*- ¡Mariano, hermanito! —exclamó Isidora-. ¿En dónde estás? ¿Eres tú el que mueve esa rueda? ¿No estás cansado?*

*- Es un holgazán. Así criará callos en las manos, y sabrá lo que es trabajar y lo que cuesta el pedazo de pan que se lleva a la boca. ¿Qué crees tú? Es buen oficio. (...) Pronto serán las doce —indicó la anciana-. Esperemos a que levanten el trabajo y nos iremos los tres a comer.*

*La hora del descanso no se hizo esperar. Soltó el obrero el cáñamo, paróse la rueda, y el que la movía salió lentamente del fondo negro, plegando los ojos a medida que avanzaba hacia la luz. Era un muchacho hermoso y robusto, como de trece años.”<sup>238</sup>*

---

<sup>238</sup> PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*, op.cit., pp. 103-106.



## 6.7 ¿Cómo se pasa la vida... tan callando! El ciclo vital en las familias

La familia era un organismo vivo que, al igual que las personas que lo componían, tenía su nacimiento, desarrollo, madurez y muerte. A lo largo de este ciclo, su estructura, composición, necesidades, etc., variaba con el transcurso de los años de las personas que componían el hogar, las cuales tenían diferente edad y rol. Generalmente se ha considerado la “edad del hogar” en función de la del cabeza de familia con el fin de facilitar su estudio<sup>239</sup>. Como ha destacado Reher, las estructuras del hogar variaban sustancialmente con la edad del cabeza de familia.

<b>Tabla 34. Estructuras familiares según la edad del cabeza de familia (1878)</b>						
	18-29	30-39	40-49	50-59	60-69	>70
Solitario	16	17	29	48	24	6
Familiares	4	5	7	8	4	0
Pareja	103	155	158	108	46	6
Nuclear	161	424	489	257	72	5
Monoparental	15	40	85	82	35	7
<b>Total nuclear</b>	<b>279</b> <b>(58,37%)</b>	<b>619</b> <b>(58,95%)</b>	<b>732</b> <b>(64,15%)</b>	<b>447</b> <b>(57,23%)</b>	<b>153</b> <b>(55,43%)</b>	<b>18</b> <b>(39,13%)</b>
Extensa	52	143	118	81	16	7
Múltiple	13	25	22	17	6	1
Troncal	7	11	8	27	6	1
<b>Total compleja</b>	<b>72</b> <b>(15,06%)</b>	<b>179</b> <b>(17,05%)</b>	<b>148</b> <b>(12,97%)</b>	<b>125</b> <b>(16,01%)</b>	<b>28</b> <b>(10,14%)</b>	<b>9</b> <b>(19,57%)</b>
Realquilados	22	36	26	25	16	2
Pseudoextensa	35	93	103	68	20	8
Múltiple realquilado	50	101	96	60	31	3
<b>Total realquilado</b>	<b>107</b> <b>(22,38%)</b>	<b>230</b> <b>(21,9%)</b>	<b>225</b> <b>(19,72%)</b>	<b>153</b> <b>(19,59%)</b>	<b>67</b> <b>(24,28%)</b>	<b>13</b> <b>(28,26%)</b>
<b>Tamaño medio del hogar</b>	<b>3,57</b>	<b>4,33</b>	<b>4,43</b>	<b>3,98</b>	<b>3,71</b>	<b>3,41</b>
Alquiler medio	13,76	15,65	14,71	14,57	16,98	13,36

En este caso, el ciclo reproductivo y las formas de solidaridad familiar eran decisivos en el modo en que iba configurándose el hogar a lo largo de la vida. Los primeros años de matrimonio venían acompañados de grandes dificultades: el

<sup>239</sup> Aunque en ocasiones se puede caer en una distorsión de la realidad si el hogar lo encabeza una persona mayor pero, en realidad, el sostén económico está a cargo de un hijo. Para mayor detalle ver REHER, D. S.: *La familia...*, *op.cit.*, pp. 122-134.

nacimiento de los primeros hijos conllevaba gastos suplementarios que inestabilizaban la delicada economía de la pareja.

Gran parte de ellas se veían obligadas a compartir casa con personas ajenas a su familia, pero sobre todo con otras familias que habían sido incapaces de aspirar a establecerse de forma independiente. También era el momento de dar cobijo a un buen número de familiares, generalmente hermanos o primos de la misma generación que el matrimonio, que llegaban a la capital a probar fortuna, aprovechando la oportunidad de irse a vivir con los recién casados, los cuales no tenían todavía demasiados hijos y podían hacerle un hueco fácilmente. En la siguiente etapa, el tamaño del hogar aumentaba considerablemente, especialmente por el aumento en el número de los hijos y familiares (la presencia de padres viudos comenzaba a hacerse notar), lo que demandaba una casa algo más grande que explica el aumento del alquiler de la vivienda.

Cuando el cabeza entraba en el decenio de los 40, los resultados que arroja la tabla pueden parecer contradictorios, pero cobran sentido en el contexto de Arganzuela. En el cuarto capítulo, al hablar del crecimiento demográfico del distrito producto de la inmigración, se destacaba la importancia de las familias de avanzada madurez que habían decidido emigrar a la capital con sus hijos, a pesar de que, por su edad, pudiera resultar una decisión infrecuente. Ello explicaría la fuerte presencia de familias nucleares con gran número de hijos a una edad en la que éstos, en circunstancias normales, debían comenzar a abandonar el hogar. Los bajos alquileres para un hogar tan numeroso indicaban, nuevamente, los momentos de dificultad que conllevaba la inmigración y el establecimiento en la urbe.

En el siguiente paso de la vida del hogar, aquellos encabezados por personas entradas en la cincuentena, la presencia de los hijos comenzaba a disminuir con su acceso al matrimonio y estableciéndose en una casa aparte. La presencia de familiares volvía a coger fuerza; era el momento en que los abuelos solicitaban la ayuda de sus hijos ante el desamparo provocado por su viudedad. La estructura de los hogares encabezados por personas viejas así lo indica, con una notable caída de los hogares encabezados por ellos y el aumento de la solidaridad familiar (en este caso ya no era la generación anterior, los padres, los familiares presentes en la casa, sino los de generaciones posteriores: nietos, sobrinos, etc., que eran los que cargaban con el sostenimiento económico del hogar) y extrafamiliar. En este último caso, la vejez o la enfermedad suponían graves amenazas para unos horizontes vitales ya de por sí muy

limitados. Cuando el Estado del Bienestar, con sus diferentes modelos de seguridad social, aún tardaría décadas en hacerse realidad; en un contexto de elevada mortalidad,

graves deficiencias en las infraestructuras y servicios urbanos, precariedad laboral y malas condiciones en la vivienda, la vida para un jornalero que hubiera superado la barrera de los 60 años (muy elevada si se tiene en cuenta su esperanza de vida) debía presentar múltiples dificultades, o ser casi imposible, si no constituía una unión con otras personas, bien por vía familiar, bien por otra extrafamiliar nacida de compartir una misma situación (de ahí el significativo aumento en el porcentaje de realquilados). Ésta era la última oportunidad que tenían muchas personas, como mujeres viudas o abandonadas, para sobrevivir a duras penas en una ciudad de luces y sombras, pero en estado de gestación de la gran metrópoli de las primeras décadas del siglo XX.

## CONCLUSIONES

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad de Madrid experimentó una serie de transformaciones en su configuración urbana que acabaron por resultar decisivas en su eclosión como la gran metrópoli nacional de los años 30 del siglo XX. Tras el duermevela en las primeras décadas de siglo, la enclaustrada Villa se lanzó por una senda de crecimiento continuo y decidido, tanto en sus aspectos físico-urbanísticos, como en sus contingentes humanos. El despegue demográfico que experimentó la ciudad desde la década de 1850 fue notable, sobre todo si lo comparamos con el resto de las principales urbes españolas, aunque quedaba muy por debajo de la explosión urbana que sacudió al continente europeo. Este desfase ha sido explicado desde los diferentes modelos demográficos que dibujaron la evolución de unas y que, en nuestro caso, se caracterizaba por un crecimiento vegetativo negativo. Esta situación de posible estancamiento fue solventada gracias a un torrente migratorio, de raíces rurales, que afluyó de manera acelerada a la capital, cual gigantesco embudo al cual se precipitaban familias de todos los rincones de España. Este fenómeno evidenció muy pronto los limitados horizontes de las reformas interiores llevadas a cabo durante el reinado de Fernando VII y la primera etapa isabelina. Urgía para Madrid romper con el cinturón que la constreñía y expandirse con el objeto de alcanzar una solución satisfactoria para el grave apuro de alojamiento que padecía.

Bajo una superficie en aparente sosiego, proyectos como el Ensanche de Castro iban a ocasionar profundos cambios en la faz de la coronada Villa. Aquel estaba recorrido por un espíritu higienista cuya principal preocupación era la mejora de la salubridad pública mediante un alojamiento más desahogado de la población: la jerarquización de las calles en función de su anchura, la altura de los edificios, la existencia de amplios espacios verdes, la adopción del plano hipodámico con una trama de manzanas ortogonales, etc., eran criterios sólidos sobre los que se asentaban los ideales del ingeniero de una ciudad mucho más saludable para la vida de sus habitantes, especialmente los de las clases trabajadoras, que comenzaban a despertar el interés y la

preocupación de teóricos y especialistas por sus pésimas condiciones de vida, una nueva ciudad que se alzase como panacea ante posibles brotes epidémicos.

Por otro lado, la segregación de los diferentes barrios era el otro gran criterio que estructuraba el ambicioso proyecto. Castro fijó una diferenciación social en función de los usos previos del suelo que había observado cuando realizó su estudio. Es decir, un criterio de distribución tan rompedor como éste, frente a la cierta amalgama de clases en tiempos preindustriales, no necesitaba ser inventado, creado *ex-novo*, sino simplemente aplicar la nueva teoría del *laissez-faire* con los propietarios y sus terrenos. Este segundo criterio acabaría por contravenir todos los principios ideados desde posturas higienistas. En un tiempo en el que Madrid era un campo abonado de burgueses especuladores, la circulación de futuras tierras urbanizables, su compra y venta, el abismal desequilibrio de precios entre unos terrenos y otros, no se hicieron esperar. Una vez que se aprobó y se puso en marcha, la especulación campó a sus anchas por todo el Ensanche (en unas zonas más que en otras), transformando la anhelada ciudad higiénica por un negocio en el que obtener pingües beneficios y lograr un meteórico ascenso en el escalafón social.

La financiación del Ensanche, dividiéndolo en tres zonas económicamente independientes (con unos ingresos principales en función del valor del suelo y de las contribuciones por volumen edificado), la regulación de las expropiaciones, el establecimiento de los servicios públicos mínimos (a cargo del Ayuntamiento) y el respeto absoluto por la propiedad privada no hicieron sino disparar los costes, ralentizar su desarrollo y profundizar hasta el extremo aquellas diferencias espaciales que Castro, en el momento de elaborar su Memoria, sólo acertaba a entrever. En las décadas de 1870 y 1880, los vecinos y propietarios de los diferentes barrios de Arganzuela se dirigieron al Ayuntamiento en demanda de servicios como la apertura de calles por donde transitar, su empedramiento, disponer de alcantarillado en casas y calles, luz para las oscuras noches, etc. Sin embargo, con el coste de tales obras gravitando sobre las arcas municipales y teniendo en cuenta su debilidad (y dependencia de las contribuciones obtenidas), sólo aquellos que pudieran costeárselo de su propio bolsillo podían disfrutar de estos “lujos urbanos” por anticipado. El resto debía esperar.

Este magno proyecto, que partió como eficaz remedio contra los males que agobiaban a la Villa y Corte isabelina, perpetuó las deplorables condiciones de higiene y

hacinamiento que sufrían algunas zonas del casco antiguo, y en ciertos casos las acentuó. Ahí es donde radican las mayores sombras de una empresa que, a pesar de todo, abrió la ciudad a nuevos y más amplios horizontes de futuro.

El ejemplo más visible de su fracaso fue la supervivencia de los distintos arrabales que habían surgido en torno a la cerca filipina. Particularmente, Arganzuela fue la zona de Ensanche que mayores destrozos sufrió en su original planeamiento ortogonal. Aunque Castro respetó la mayoría de los paseos barrocos, suprimió en cambio el conglomerado de “sucias y mezquinas viviendas” que eran las Peñuelas, de trazado irregular y grosero. Con todo, no sería este humilde suburbio extramuros el peor enemigo del trazado proyectado, sino las estaciones de ferrocarril que fueron tachonando sucesivamente el rostro del distrito, al compás del desarrollo de la industria ferroviaria, además de la vía de circunvalación que partía en dos toda la zona y se convertía, de paso, en una especie de muro invisible, pero infranqueable, para el desarrollo urbano al sur de esta línea. Un espacio mixto en donde, más que en cualquier otro lugar, el hombre y la máquina, el hogar y el taller, compartían un mismo espacio en donde vivir.

Arganzuela, una de las zonas del Ensanche madrileño con mayor dinamismo, adquiere un especial atractivo para comprender la evolución de la sociedad madrileña durante la segunda mitad del siglo XIX, pues aquí se dieron cita tanto elementos de la nueva economía capitalina como restos de la urbe preindustrial.

A diferencia de lo que ocurrió en el norte de la ciudad, donde fue la puesta en marcha del proyecto de Ensanche la que transformó por completo el sector, en el sur hay que desviar la mirada hacia otro factor, sin que por ello se menosprecie la importancia del plan Castro. En este sentido, el ferrocarril fue el agente transformador más importante, crucial, pues trastocó completamente los usos del suelo que hasta entonces poseían los terrenos: huertas, descampados, tierras de labor y barrancos fueron retrocediendo paulatinamente al empuje industrializador que el mundo ferroviario traía de la mano.

Al mismo tiempo, como espacio urbano periférico, arrabal a la sombra de la ciudad, acogía a esa población que se mostraba incapaz de permanecer en el interior del recinto amurallado, bien por falta de espacio, bien por incapacidad para costear los alquileres de las viviendas. El carácter periférico de Arganzuela le confirió unos rasgos

propios respecto al resto de la ciudad. La mayoría de sus pobladores eran inmigrantes, una característica que no era exclusiva del sur madrileño sino que encontraba ecos en los arrabales del norte, así como en otros puntos del territorio nacional.

Si bien el trasvase poblacional del campo a la ciudad es un proceso casi intemporal, en estos años comenzaron a surgir, con particular fuerza, nuevas formas de movimientos migratorios en cuanto a su intencionalidad, estrategias y tipos de personas y familias que los protagonizaban.

En la época moderna estas corrientes habían revestido ropajes claramente temporales en cuanto a su permanencia en el lugar de destino (las fluctuaciones podían derivar del calendario agrícola, crisis de subsistencias, epidémicas etc.) o bien formaban parte de algún tipo de estrategia dentro del ciclo vital de las familias campesinas (viajes en solitario de un hijo varón que no encontraba trabajo en su pueblo, o de una joven que se marchaba para entrar a formar parte de los batallones de criados y sirvientas de la capital). En cambio, como también se ha visto en la zona norte, la inmigración que llamaba a las puertas madrileñas, al mediar la centuria, estaba formada por familias enteras con el propósito de quedarse en la ciudad (según se deduce del hecho de que las provincias lejanas a Madrid predominaban sobre el resto. En el caso de Arganzuela, la provincia de Alicante aportaba más personas que la de Madrid o la de Toledo, por ejemplo). Habitualmente, por los datos de nacimiento de las parroquias, estas familias se asentaban, durante sus primeros años de estancia, en las zonas más populares y deprimidas, como los distritos de Inclusa y Latina, donde hallaban alojamiento con los alquileres más baratos y proximidad tanto a los centros de trabajo, o de contratación, como a las numerosas instituciones de beneficencia en donde, llegado el momento, podían encontrar auxilio en caso de extrema necesidad. Una vez que la integración en la ciudad era un hecho, decidían desplazarse a los arrabales de la periferia, quizá en busca de precios aún más bajos; o al contrario, si fracasaban y pasaban a engrosar el mundo de la marginación, que encontraba un acomodo más seguro por las afueras.

En todo caso, unas gentes que pertenecían, salvo contadas excepciones, a las clases populares madrileñas, al “pueblo” como se les llamaba entonces, con unos tintes innegables de marginalidad en algunos casos, aunque también con una fuerte integración familiar debido, en buena medida, a las formas de llegada que se mencionaban. La mayor parte se dedicaban a trabajos que requerían una nula o escasa cualificación, requisito ideal para la marea de hombres del campo que se agolpaban en

una ciudad con problemas en la oferta de empleos. Sólo el mundo artesanal, en correspondencia con la industriosa economía urbana, resistía el empuje jornalero, aunque en franco retroceso.

A la altura de 1860, en los albores de la puesta en marcha de una nueva ciudad, como iba a significar el proyecto de ensanchamiento urbano, todavía no habían hecho acto de presencia las grandes fábricas, talleres o almacenes que menudearían por todo el sector en las siguientes décadas, pero era evidente que el humo del ferrocarril, a su paso, dejaba una estela de oportunidades para todo aquel que aspirara, o se permitiera, emprender algún negocio; de trabajo para todo el que lo buscara; de cambio, de progreso, de Modernidad.

De esta forma, a los pies de la capital brotaba un núcleo poblacional con tintes novedosos, derivados de la doble naturaleza de Madrid. Un universo de movimientos lentos, de cambios pausados, identificado por los oficios y trabajos gremiales, que estaban dominados por aquellos madrileños de origen que continuaban por la senda económica de la época preindustrial; por otro lado, los jornaleros, más próximos a la economía de la capital burguesa (la estación de Atocha como punto de referencia a nivel nacional, obras de acondicionamiento y mejora de servicios públicos, etc.), encarnados mayoritariamente por los inmigrantes recién llegados, lo que indicaba al mismo tiempo una gran dificultad para penetrar en los engranajes de las complejas redes familiares-laborales que actuaban en la ciudad.

A la altura de 1878, casi dos décadas después, Arganzuela había dejado de ser un diminuto apéndice marginal de la capital para integrarse en ella como uno de sus rincones más vigorosos en cuanto a actividad económica y crecimiento demográfico. A pesar de no alcanzar los niveles de Chamberí, más predispuesto para el asentamiento de personas por sus llanas planicies, había experimentado un aumento espectacular en sus efectivos humanos. Arganzuela se confirmaba como uno de los destinos elegidos para vivir, tanto por aquellos que eran de Madrid o llevaban bastantes años residiendo en ella, como especialmente por población nueva de muy reciente llegada, y ello a pesar de no satisfacer aún una serie de normas higiénicas básicas. Aunque las zonas urbanizadas no se habían extendido significativamente respecto a 1860, los vecinos habían observado cómo sus casas de vecindad ganaban terreno al cielo en varias alturas, en



buena medida gracias a las permisivas leyes de Ensanche que se fueron aprobando durante la Restauración.

Asimismo, los alrededores del Sur asomaban en todas las descripciones y estudios de médicos higienistas, arquitectos, urbanistas o periodistas, así como en el imaginario colectivo de los madrileños (como describe magistralmente la literatura de la época), como una zona particularmente insalubre, degradada y perniciosa para la salud de las personas, debido a la carencia absoluta, en su mayor parte, de cualquier tipo de acondicionamiento, así como a unas viviendas de ínfima calidad que reproducían muchos de los males del interior. El problema de la vivienda obrera suscitó infinidad de enconados debates, polémicas y proyectos que, luego, tuvieron una raquítica puesta en práctica. Por tanto, unas condiciones ambientales que componían el perfecto caldo de cultivo para que se repitiesen los cíclicos azotes epidémicos y una alta mortalidad propia del modelo demográfico antiguo. La cercanía a los centros de trabajo y la baratura de los alquileres constituían, una vez más, alicientes con la suficiente fuerza como para atraer a un flujo permanente de personas. Evidentemente, el proceso alcista de los precios del suelo afectó al sector, aunque en menor medida que las otras dos zonas de Ensanche al carecer de unos terrenos adecuados, y con una valorización previa realmente elevada, que sedujeran a los grupos económicamente poderosos.

Arganzuela continuaba siendo una zona de clases populares que, además, estaban inmersas en un marcado proceso de jornalización. Esta trayectoria cobra su sentido cuando la enmarcamos en el peculiar mercado de trabajo de una ciudad que latía a dos velocidades diferentes. Por un lado, Madrid percibía que su expansión urbanística era el más sólido pilar de su propio desarrollo económico. La ciudad había emprendido una serie de obras públicas de gran envergadura (Canal de Isabel II, apertura de nuevas calles y paseos, levantamiento de grandes edificios, etc.) que requerían, en buena medida, de una mano de obra barata (y, por tanto, con un bajo nivel de cualificación). Paralelamente, el despegue del ferrocarril también captaba un gran número de jornaleros, peones u obreros de vía. Por otro lado, la cara política y administrativa que ofrecía Madrid, como capital de la nación, era una fuente que surtía una serie de empleos que, sin requerir experiencia alguna, permitían dejar atrás la incertidumbre

jornalera por un salario, bajo igualmente, pero estable: eran los guardas de arbolados, conserjes y porteros de administraciones públicas, ordenanzas, etc.

Aún así, la industriosa economía de la ciudad era incapaz de asumir la llegada constante de inmigrantes esperanzados con la idea de prosperar en la “ciudad de las oportunidades”. Su escasa preparación se unía a las características de unas estructuras económicas en las que predominaban la producción artesanal en talleres y el pequeño comercio, organizadas en negocios familiares. De esta forma, esta clase de trabajadores y sus familias alternaron períodos de trabajo con los de desempleo, trazando en muchos casos ambiguos límites con la pobreza. El viejo mundo de los oficios veía cómo sus filas menguaban irremediabilmente en una carrera paralela a la crecida jornalera. Por otra parte, este proceso de jornalización equiparó en gran medida a los trabajadores nacidos en Madrid con aquellos que eran inmigrantes, en contraste con las profundas diferencias que existían, en 1860, entre unos y otros. Cuando había transcurrido casi una generación, los inmigrantes no habían logrado mejorar su situación laboral, mientras que la de los madrileños se había degradado. Por tanto, nos encontrábamos en un contexto de descomposición gremial y tímida industrialización, donde la fuerte presencia del jornalero suplía a la timorata del obrero fabril.

Esta presencia jornalera, el símbolo más ilustrativo de las clases populares, era abrumadora en el Ensanche Sur, pero su distribución no originó zonas integradas exclusivamente por ellos, como la fotografía en negativo del lujo palaciego en algunos cuadriláteros de la Castellana, ni se asentaron por igual en todas las zonas. Si bien es cierto que el aumento de los precios del suelo y, por consiguiente, de los alquileres de las viviendas no afectó en la misma medida a este sector Sur que a los del Este y Norte, sí puede apreciarse un coherente escalafón en los alquileres si tenemos en cuenta la anchura e importancia de las vías de comunicación (si era un paseo, una de las rondas o una calle de segundo orden), con la altura de la vivienda, su distancia respecto al casco antiguo, etc. De esta forma, en un gradual descenso norte-sur, las rondas y los paseos eran las calles de primer orden, con unas calidades en sus viviendas algo superiores y mejor acondicionadas. En ellas, la presencia jornalera, aunque alta si la comparamos con el resto de la ciudad, era menor que en otros puntos de Arganzuela, mientras que

menudeaban los pequeños y medianos propietarios, comerciantes, profesiones liberales, industriales, algún alto empleado, etc.

En definitiva, unas clases medias-altas que constituían la élite social del distrito. Por el contrario, en calles estrechas y pequeñas del arrabal o de la estación de Atocha predominaba el componente popular y trabajador, mientras que en los terrenos más próximos al Manzanares la marginalidad saltaba a la vista de cualquier curioso que se acercase por allí.

Una cierta ordenación que no se oponía a la convivencia y cierta amalgama de clases, que sí se daba pues, además de la proximidad entre las calles, pervivía una convivencia en vertical en muchos de los edificios. Se perpetuaban pautas de comportamiento propias de los tiempos preindustriales, como eran los casos de algunos propietarios o industriales, directores de grandes fábricas como la del Gas, que disfrutaban de una fortuna equiparable a la de otros grandes burgueses industriales de la capital, pero que no se habían marchado, a compartir su posición social con el resto de la élite, al Paseo de la Castellana y permanecían junto a sus fábricas, conviviendo incluso con alguno de sus jornaleros.

## APÉNDICES

Origen geográfico de la población madrileña (1851)					
Provincia	Personas	Porcentaje	Provincia	Personas	Porcentaje
Albacete	1.062	0,47%	Logroño	2.170	0,98%
Álava	1.244	0,56%	Lugo	5.960	2,69%
Alicante	4.670	2,11%	Madrid	95.863	43,31%
Almería	352	0,15%	Málaga	1.300	0,58%
Ávila	1.044	0,47%	Murcia	3.439	1,55%
Badajoz	1.085	0,49%	Navarra	2.041	0,92%
Baleares	449	0,20%	Orense	834	0,37%
Barcelona	1.701	0,76%	Oviedo	17.195	7,76%
Burgos	3.537	1,59%	Palencia	1.217	0,54%
Cáceres	709	0,32%	Pontevedra	790	0,35%
Cádiz	2.598	1,17%	Salamanca	1.313	0,59%
Canarias	70	0,03%	Santander	3.388	1,53%
Castellón	459	0,20%	Segovia	3.458	1,56%
Ciudad Real	5.349	2,41%	Sevilla	2.119	0,95%
Córdoba	636	0,28%	Soria	1.636	0,73%
La Coruña	2.377	1,07%	Tarragona	583	0,26%
Cuenca	4.178	1,88%	Teruel	1.000	0,45%
Gerona	333	0,15%	Toledo	10.980	4,96%
Granada	1.875	0,84%	Valencia	3.579	1,61%
Guadalajara	6.521	2,94%	Valladolid	2.943	1,32%
Guipúzcoa	1.745	0,78%	Vizcaya	2.881	1,30%
Huelva	128	0,05%	Zamora	892	0,40%
Huesca	682	0,30%	Zaragoza	3.354	1,51%
Jaén	1.070	0,48%	Extranjero	4.848	2,19%
León	1.436	0,64%	Desconocido	1.895	0,85%
Lérida	339	0,15%	<b>Total</b>	<b>221.321</b>	<b>100,00%</b>

Fuente: Elaboración de Julián Toro a partir de Archivo de Villa, Secretaría, 6-61-47. TORO MÉRIDA, J.: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, 1981, pp. 44-51.

Estructura profesional de la población masculina en 1860. Ensanche Sur (1 de 4)			
TOTAL		1.407	
Artesanos, oficios y trabajo cualificado	306	21,75%	
albañil	20	guantero	1
albéitar	1	guarnicionero	10
alfarero	8	herrador	4
alpargatero	2	herrero	15
barquillero	2	impresor	4
botonero	1	latonero	3
broncista	3	manquitero	5
cajista	1	maquinista	1
calderero	4	matarife	7
canastero	1	palero	2
candero	1	papelero	2
cantero	7	papelista	3
carpintero	20	pasamanero	1
carpintero ayudante	2	pellejero	1
cerrajero	18	pernero	1
cestero	3	pintor	3
conservador empedrador	1	platero	1
cuerdista	1	relojero	3
curtidor	6	sastre	8
curtidor y charolista	1	serrador	1
chapista	1	sillero	3
chispero	1	sillero de viejo	1
dorador	3	sombrerero	5
ebanista	2	tejedor	1
empedrador	3	tejero	1
engrasador del ferrocarril	1	torero	2
esterero	3	tornero	6
fontanero	1	velero	1
forjador	1	yesero	4
fosforero	2	zapatero	80
fundidor	4	zapatillero	1

<b>Estructura profesional de la población masculina en 1860 (2 de 4)</b>			
<b>Jornaleros/Trabajadores sin cualificar</b>	<b>625 44,42%</b>	<b>Servicios, empleados y dependientes de comercio</b>	<b>91 6,47%</b>
aprendiz (Matadero)	1	administrador	2
arenero aprendiz	2	agrimensor	1
barquillero aprendiz	1	alguacil	1
caminero	1	arbolista	1
cantero aprendiz	1	camarero	2
carpintero aprendiz	2	cesante del Estado (ministerios y organismos centrales)	2
carretero aprendiz	1	cochero	1
costalero	2	contraamaestre de la fábrica de gas	1
cuerdista aprendiz	1	corredor?	3
chulo o chulón	1	delantero de diligencia	2
grabador aprendiz	1	dependiente	1
guarnicionero aprendiz	1	dependiente de comercio	4
herrero aprendiz	2	dependiente particular	1
herrero mancebo	5	empleado	5
impresor aprendiz	1	empleado de ferrocarril	3
jornalero	558	empleado del Estado (ministerios y organismos centrales)	2
lavadero jornalero	4	empleado interventor	1
limpiador	1	empleado municipal	1
manquitero aprendiz	2	encargado	2
matarife aprendiz	2	encargado de fábrica o similar	4
mozo	1	factor	1
mozo de almacén	1	farolero de palacio	1
mozo de carros	1	guarda	1
mozo de cuerda	1	guarda de arbolados	2
obrero	3	guarda municipal	6
papelero aprendiz	1	guarda peón caminero	1
papelista aprendiz	1	guardia civil	3
peón caminero	3	guardia municipal	1
peón concertador	1	jardinero	2
peón de albañil	8	jardinero capataz	1
peón de arbolados	1	mayor	1
peón del ferrocarril	1	mayoral de diligencia	1
peón municipal	1	mayoral de mulas	1
sillero aprendiz	2	mozo de billar	1
tornero aprendiz	1	mozo del parador	1
trabajador	1	oficial de vigilancia	1
trajinero	3	ordenanza	1

zagal de cuerda	1	panadero (jornaleros empleados)	10
zapatero aprendiz	3	pendiente de la fábrica de gas	1
		representante del comercio	1
		tahonero (empleado)	12
		zagal de diligencia	1

Estructura profesional de la población masculina en 1860 (3 de 4)			
Pequeño comercio		Profesiones liberales/Titulados	
	114 8,1%		13 0,92%
aguador	1	abogado	1
alquilador	1	aparejador	1
arriero	4	cirujano	2
barbero	10	ingeniero director de la fábrica de Gas	1
buñuelero	1	licenciado de la G.B.	1
carbonero	1	médico cirujano	1
carnicero	1	músico	1
carrero	1	pintor de cuadros	1
carretero	44	veterinario	4
carromatero	2		
corredor de vinos	2		1
estanquero	1	<b>Iglesia y militares</b>	0,07%
feriante	1	militar	1
fosforero	2		26
guarnicionero		<b>Labores agropecuarias</b>	1,85%
bodegonero?	1	esquilador	5
panadero	1	hortelano	12
peinero	2	hortelano capataz	1
posadero	1	labrador	7
prendero	1	corralero	1
quinquillero	5		
revendedor	1		16
ropavejero	1	<b>Industriales</b>	1,14%
tabernero	10	arrendatario	7
tahonero	2	comerciante de vinos	1
tendero	4	fabricante	2
trapero	1	fabricante de curtidos	1
tratante	1	fabricante de mantas	1
tratante de ganados	4	fabricante de pan	1
tratante en géneros	1	fabricante de papel	1
vaquero	1	negociante	1
vendedor	4	papelero fabricante de cartón	1
verdulero	1		

<b>Estructura profesional de la población masculina en 1860 (4 de 4)</b>			
<b>Servicio doméstico</b>	<b>42</b> 2,99%	<b>Propietarios y rentistas</b>	<b>16</b> 1,14%
criado	3	dueño de carros	2
encargado de la casa (criado)	1	hortelano arrendatario del lavadero	1
mozo de caballos	9	propietario	12
portero	2	yesero propietario	1
sirviente	27		
		<b>Sin oficio</b>	<b>15</b> 1,07%
<b>Sin determinar</b>	<b>142</b> 10,09%	enfermos, inválidos, ciegos	5
amo de casa	1	estudiante	9
cesante sin especificar	5	ninguna	1
desconocido	10		
no identificado	12		
no indican	114		



Estructura profesional de la población femenina en 1860. Ensanche Sur					
<b>TOTAL</b>		<b>1.322</b>			
<b>Artesanas, oficios y trabajo cualificado</b>	<b>193</b> 14,6%	<b>Sus labores</b>	<b>904</b> 68,38%	<b>Jornaleras/Trabajadoras sin cualificar</b>	<b>38</b> 2,87%
artesana	1	Sus labores	895	costurera aprendiz	1
calderera	1	No identificado	4	jornalera	34
cerrajera	1	Indeterminado (lo que salga)	1	sastra aprendiz	2
cester	3	labor de manos desconocido (cincillera, jarjorera, sajorera)	1	lavandera jornalera	1
cigarrera	79		3		
costurera	75				
doradora	1	<b>Servicio doméstico</b>	<b>140</b> 10,59%	<b>Propietarias y rentistas</b>	<b>6</b> 0,45%
guanter	3	ama de cría	1	arrendataria	2
guarnecedora	6	ama de gobierno	5	propietaria	4
guarnicionera	2	asistenta	4		
modista	1	ayudanta	3	<b>Servicios, empleadas y dependientas de comercio</b>	<b>3</b> 0,23%
sastra	15	cocinera	1	dependienta de comercio	1
sillera	1	criada	11	jardinera	1
sombrerera	2	sirvienta	51	caminera	1
zapat	1	lavandera	56		
zapatillera	1	ayudanta de lavandera	2	<b>Profesiones liberales/Tituladas</b>	<b>2</b> 0,15%
		moza de servicio	1	maestra de niñas	2
		peinadora	4		
<b>Pequeño comercio</b>	<b>33</b> 2,5%	lavadora	1	<b>Industrial</b>	<b>1</b> 0,08%
bodegonera	1			comercianta de vinos	1
cortante	1	<b>Pensionistas, jubiladas y retiradas</b>	<b>1</b> 0,08%		
fosforera	2	pensionista	1		
pellejera	1				
quinquillera	4	<b>Labores agropecuarias</b>	<b>1</b> 0,08%		
revendedora	2	hortelana	1		
ropavejera	1				
tabernera	2				
trapera	2				
vendedora	14				
vendedora	1				

ambulante		
vendedora de fósforos	1	
verdulera	1	

Estructura profesional de la población infantil (-12 años) en 1860. Ensanche Sur				
<b>Varones</b>		<b>502</b>		
<b>Artesanos, oficios y trabajo cualificado</b>	<b>10</b>	<b>1,99%</b>	<b>Sin oficio</b>	<b>5</b> 1%
carpintero	1		colegio	4
albañil	1		enfermos, inválidos	1
barquillero	1			
camintero	1		<b>Jornaleros/Trabajadores sin cualificar</b>	<b>11</b> 2,20%
esquilador	1		aprendiz	2
herrero	1		ayudante	1
manquitero	1		jornalero	8
picapedrero	1			
sillero	1		<b>Labores agropecuarias</b>	<b>1</b> 0,20%
zapatero	1		hortelano	1
<b>Sin determinar</b>	<b>469</b>	<b>93,61%</b>	<b>Labores agropecuarias</b>	<b>1</b> 0,20%
no indican	469		hortelano	1
<b>Pequeño comercio</b>	<b>4</b>	<b>0,80%</b>	<b>Servicios, empleados y dependientes de comercio</b>	<b>1</b> 0,20%
tahonero	1		representante del comercio	1
traficante	2			
trajinero	1			
<b>Mujeres</b>		<b>471</b>		
<b>Sus labores</b>	<b>455</b>	<b>96,60%</b>		
no indican	455			
<b>Artesanas, oficios y trabajo cualificado</b>	<b>16</b>	<b>3,40%</b>		
cigarrera	7			
costurera	1			
guarnecedora	1			
sastra	6			

<b>Estructura profesional de la población masculina en 1878. Ensanche Sur (1 de 4)</b>					
<b>TOTAL</b>		<b>5.724</b>			
<b>Artesanos, oficios y trabajo cualificado</b>		<b>1.105</b>	<b>19,30%</b>		
adornista	4	cupero	1	marmolista	4
afilador	2	cuchillero	1	matarife	13
ajustador	3	curtidor	37	mecánico	5
ajustador mecánico	1	charolista	1	medidor	2
albañil	70	diamantista	3	obrero de vía	2
alfarero	6	dorador	3	papelero	2
algodonero	1	ebanista	18	papelista	10
armero	2	embaldosador	1	paragüero	2
artesano	2	empedrador	2	pasamanero	2
aserrador	1	encajero	1	pellejero	1
				picador de	
bastonero	1	encuadernador	7	tabaco	3
botero	4	entallador platero	1	pintor	48
broncista	7	escultor	2	pirotécnico	1
		escultor			
cabero	1	marmolista	1	platero	8
cabestrero	2	espadero	2	polvorista	1
cajero	4	estampador	2	practicante	3
cajista	8	esterero	3	presista	1
cajista tipógrafo	1	estufista	2	relojero	2
calderero	5	fogonero	5	sastre	21
candelero	1	forjador	3	serrador	1
cantero	8	fundidor	19	sillero	21
carpintero	150	grabador	1	sillero de viejo	2
cedacero	2	guarnecedor	2	silletero	2
cepillero	1	guarnicionero	30	sombrerero	10
cerillero	1	herrador	3	tallista	3
cerote	2	herrero	49	tapicero	2
cerrajero	67	herrero de metal	1	tejedor	2
cerrajero mecánico	1	hojalatero	5	tejero	2
cestero	1	hormero	1	tipógrafo	4
cincelista	2	impresor	10	tornero	13
cofrero	3	jarrero	1	velonero	1
conservador	1	latonero	2	vidriero	11
constructor de carruajes	1	litógrafo	3	vinatero	2
cordelero	6	maqueador	2	yesero	5
cortador	1	maquinista	7	zapatero	283

cortador de botinas	1	marcador	2	zapatillero	2
---------------------	---	----------	---	-------------	---

Estructura profesional de la población masculina en 1878 (2 de 4)					
<b>Profesiones liberales/Titulados</b>		<b>43</b>	<b>Servicio doméstico</b>		<b>55</b>
		0,96%			0,96%
abogado	3		asistente	1	
actor	1		cocinero	1	
aparejador	2		criado	8	
aparejador de obras	1		criado jornalero	10	
arquitecto	1		doméstico	1	
bailador	1		echador sirviente	1	
delineante	1		jardinero	1	
dibujante	1		lacayo	1	
farmacéutico	3		mayordomo	1	
guitarrero	1		militar criado	1	
ingeniero	2		mozo de caballos	2	
ingeniero director de la fábrica de Gas	1		portero	6	
ingeniero industrial	1		sirviente	16	
licenciado	1		sirviente de comercio	2	
maestro	1		tahonero criado	1	
médico	3		tendero criado	1	
músico	7		vendedor sirviente	1	
pianista	1				
pintor de historia	1				<b>55</b>
profesor de instrucción primaria	4		<b>Iglesia y militares</b>		0,96%
profesor de pintura y propietario	1		carabinero	10	
veterinario	5		médico militar	1	
			militar	28	
			militar oficial	3	
			militar retirado	5	
			sacerdote protestante	1	
			sacristán	1	
			soldado	6	
					<b>28</b>
<b>Labores agropecuarias</b>		<b>35</b>	<b>Propietarios y rentistas</b>		0,49%
		0,61%	propietario	26	
esquilador	1		propietario alcalde de barrio	1	
hortelano	11		rentista	1	
trabajador del campo	1				
labrador	9				
pastor	2				
cabrero	6				
cazador	4				
porquero	1				

<b>Estructura profesional de la población masculina en 1878 (3 de 4)</b>			
<b>Pequeño comercio</b>		<b>342</b>	
		<b>5,97%</b>	
<b>Jornaleros/Trabajadores sin cualificar</b>		<b>3.159</b>	
		<b>55,19%</b>	
aguador	3	alumno meritorio del ferrocarril	1
barbero	29	aprendiz	18
bodegonero	3	aprendiz de coches	2
bollero	4	aprendiz de oficio	1
bueyero	1	barbero aprendiz	1
buñuelero	1	bracero	5
cacharrero	1	carpintero aprendiz	3
cafetero	1	cochero aprendiz	1
carbonero	11	cordelero aprendiz	1
carnicero	4	curtidor aprendiz	1
carrero	15	ebanista aprendiz	2
carretero	52	escultor aprendiz	1
cartonero	1	fregador	1
casquero	1	fundidor aprendiz	1
cerrajero (taller)	1	grabador aprendiz	1
colchonero	2	guarnicionero aprendiz	1
comerciante	12	herrero aprendiz	1
comercio (sin especificar)	20	impresor aprendiz	1
confitero	2	jornalero	3.043
cortante	2	jornalero de campo	1
estanquero	3	laborero	2
fabricante	1	ministrante	1
figonero	2	mozo	2
fondista	1	mozo de almacén	4
industrial	15	mozo de cuerda	21
lavandero	1	mozo de lavadero	1
maestro de coches	1	músico aprendiz	1
pajero	1	obrero	5
panadero	16	operario	1
peinero	3	peón	1
peluquero	2	peón caminero	3
quinquillero	1	peón de albañil	2
sartenero	3	pintor aprendiz	2
tabernero	42	sombrerero aprendiz	2
tablajero	2	trabajador	6
tahonero	4	trabajador particular	1

tendero	7	zapatero aprendiz	17
trapero	15		
tratante	16		
tratante de ganados	7		
vaquero	3		
vendedor	27		
vendedor ambulante	2		
verdulero	1		

Estructura profesional de la población masculina en 1878 (4 de 4)			
<b>Servicios, empleados y dependientes de comercio</b>			<b>315</b> 5,5%
administrador	2	mayoral de coches	1
agrimensor	2	mozo de café	1
alistador	1	ordenanza	4
asentador de vía	1	pasante	2
ayudante	1	portero	4
ayudante de tienda	1	repartidor de entregas	1
barbero dependiente	3	sereno	6
barrendero	8	telegrafista	2
bombero	2	trabajador en casa particular	1
cabo caminero	1	vendedor de periódicos	1
camarero	2	viajante	1
capataz	3	vigilante	2
cartelero	1		
cartero	4		<b>10</b> 0,17%
cesante del Estado (ministerios y organismos centrales)	2	fabricante de curtidos	3
cobrador	1	fabricante de yeso	2
cochero	16	industrial	1
conserje municipal	1	arrendatario	3
corredor	9	destaquista de Obras Públicas	1
dependiente	1	contratista	1
dependiente de comercio	31		
empleado	32		<b>99</b> 1,73%
empleado cesante	1	baldado	1
empleado de correos y telégrafos	4	colegio	12
empleado de fábrica	7	demente	1
empleado de ferrocarril	62	enfermos, inválidos, ciegos	32
empleado de orden público	11	escolapio	1
empleado de tranvía	4	estudiante	42
empleado del Estado (ministerios y organismos centrales)	7	estudiante superior	1
empleado interventor	1	holgazán	1
empleado municipal y provincial	38	músico ciego	1
empleado particular	4	pobre	1
encargado	2	servicio militar	6
encargado de fábrica o similar	2		
escribiente	7		<b>Sin determinar</b> <b>434</b>

			7,58%
factor	2	cesante sin especificar	24
guarda de arbolados	2	desconocido	12
guarda del Estado	2	no identificado	87
guarda municipal	7	no indican	311
guarda particular	4		
		<b>Pensionistas, jubilados y</b>	<b>18</b>
guardia civil	4	<b>retirados</b>	0,31%
guardia municipal	3	jubilado	7
jardinero	14	pensionista	2
jefe de estación	1	retirado	8
magistrado público	1	retirado de guerra	1

Estructura profesional de la población femenina en 1878. Ensanche Sur (1 de 2)			
<b>TOTAL</b>	<b>6.077</b>		
<b>Artesanas, oficios y trabajo cualificado</b>	<b>692</b>		<b>227</b>
	11,39%	<b>Jornaleras/Trabajadoras sin cualificar</b>	3,74%
alfarera	1	aprendiza	2
bruñidora	1	jornalera	206
cigarrera	442	laborera	16
cordonera	2	sastra aprendiz	2
cortinera	1	trabajadora	1
costurera	135		
			<b>6</b>
curtidora	1	<b>Propietarias y rentistas</b>	0,1%
ebanista	1	arrendataria	3
encajera	1	propietaria	3
gorrera	4		
		<b>Servicios, empleadas y dependientas de comercio</b>	<b>7</b>
guarnecedora	9		0,12%
guarnicionera	8	dependienta de comercio	2
latonera	1	empleada	1
maquinista	4	empleada de comercio	1
modista	12	guardesa	2
papelera	5	pasanta	1
pitillera	4		
			<b>10</b>
sastra	52	<b>Profesiones liberales/Tituladas</b>	0,16%
sillera	3	actriz	1
sombrerera	1	maestra superior	1
zapatara	2	profesora de instrucción primaria	8
zapatillera	2		

<b>Estructura profesional de la población femenina en 1878 (2 de 2)</b>			
		<b>4.494</b>	<b>167</b>
<b>Sus labores</b>	73,95%	<b>Pequeño comercio</b>	2,75%
desconocido	14	aguadora	3
Indeterminado (lo que salga)	1	bodegonera	1
No identificado	4	cacharrera	1
Sus labores	4.475	carbonera	3
		carnicera	2
		<b>422</b>	
<b>Servicio doméstico</b>	6,94%	carretera	3
ama	1	comercio	1
ama de cría	3	estanquera	2
ama de gobierno	4	figonera	1
asistentá	33	limpiabotas	1
aya	1	panadera	1
ayudanta	12	peluquera	1
ayudanta de río	2	rabanera	2
cocinera	7	tabernera	5
criada	35	tendera	4
doméstica	2	trapera	42
doncella	2	vaquera	2
lavandera	143	vendedora	84
lavandera y costurera	1	vendedora ambulante	5
lavandera y planchadora	1	verdulera	3
moza de servicio	1		
nana	2		<b>1</b>
niñera	3	<b>Industrial</b>	0,02%
peinadora	5	fabricanta	1
planchadora	6		<b>29</b>
portera	7	<b>Sin oficio</b>	0,48%
sirvienta	150	asilada	1
trabajadora en casa particular	1	baldada	1
		colegio	10
		enfermas, inválidas, ciegas	10
	<b>15</b>		
<b>Pensionistas, jubiladas y retiradas</b>	0,25%	escolapia	1
pensionista	15	estudiante	1
		lazarilla	1
<b>Labores agropecuarias</b>	<b>1</b>	pobre	3



	0,02%		
labradora	1	vaga	1
	6		
Iglesia y militares	0,1%		
monja	6		

Estructura profesional de la población infantil (-12 años) en 1878. Ensanche Sur					
Varones			Mujeres		
2.051			1.938		
<b>Artisanos, oficios y trabajo cualificado</b>			<b>Artisanas, oficios y trabajo cualificado</b>		
	33	1,61%		17	0,88%
cajero	1		cigarrera	12	
cajista	1		costurera	2	
cantero	1		montadora	1	
cardelero	1		sastra	1	
carpintero	5		pitillera de fábrica	1	
cerrajero	7				
conservador	1		<b>Sus labores</b>	<b>1.847</b>	<b>95,30%</b>
encuadernador	1		no indican	1.825	
fundidor	1		Sus labores	22	
guarnicionero	1				
herrero	2		<b>Sin oficio</b>	<b>60</b>	<b>3,10%</b>
pintor	2		colegio	59	
sastre	1		escolapia	1	
zapatero	8		<b>Servicio doméstico</b>	<b>10</b>	<b>0,52%</b>
<b>Jornaleros/Trabajadores sin cualificar</b>					
	34	1,66%	lavandera	1	
aprendiz	2		niñera	1	
jornalero	32		sirvienta	8	
<b>Sin oficio</b>	<b>114</b>	<b>5,56%</b>	<b>Pequeño comercio</b>	<b>3</b>	<b>0,15%</b>
enfermos, inválidos, ciegos	1		trapera	1	
colegio	105		vendedora	1	
escolapio	1		verdulería	1	
estudiante	7				
<b>Servicios, empleados y dependientes de comercio</b>			<b>Jornaleras/Trabajadoras sin cualificar</b>	<b>1</b>	<b>0,05%</b>
	3	0,15%	jornalera	1	
corredor	1				
dependiente de comercio	1				
empleado en puertas	1				
<b>Servicio doméstico</b>	<b>2</b>	<b>0,10%</b>			

criado jornalero	1	
sirviente	1	
<b>Sin determinar</b>	<b>1.855</b>	<b>90,44%</b>
no indican	1.855	
<b>Pequeño comercio</b>	<b>10</b>	<b>0,49%</b>
barbero	1	
cerillero	1	
comercio	1	
limpiabotas	1	
trapero	3	
vaquero	1	

## BIBLIOGRAFÍA

- APARISI LAPORTA, L. M.: *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo*. Gerencia Municipal de Urbanismo, Madrid, 2001, 2 vols.
- ARMENGAUD, A., y REINHARD, M.: *Historia de la población mundial*. Ariel, Barcelona, 1966.
- BAHAMONDE MAGRO, A.: “La historia urbana”, en FUSI, J. P. (ed.): *La historia en el 92. Ayer, nº 10*. Marcial Pons, Madrid, 1993.
- BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid (1856-1866)*. Editorial Complutense, Madrid, 1981.
- BAHAMONDE MAGRO, A.: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, 1980, pp. 143-175.
- BAHAMONDE MAGRO, A., y TORO, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, 1978.
- BAHAMONDE, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI, J. P.: *España. Autonomías, Madrid*, Espasa, pp. 517-613.
- BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, 2 vols. Madrid, Alfoz-Comunidad de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, 1986.
- BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*. 2 vols. Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1989.

- BAROJA, P.: *La lucha por la vida (La busca, Mala hierba y Aurora roja)*. Bibliotex, Madrid, 2001.
- BERNALDO DE QUIRÓS y LLANAS AGUINALEDO, J. M.: *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*. Rodríguez Serra, Madrid, 1901 (reeditado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998).
- BLASCO IBÁÑEZ, V.: *La horda*. Alianza, Madrid, 1998.
- BONET CORREA, A.: *Plan Castro*. COAM, Madrid, 1978.
- BORRÁS LLOP, J. M<sup>a</sup>: “Zagales, pinches, gamenes... Aproximación al trabajo infantil” en *Historia de la infancia en la España Contemporánea (1834-1936)*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1996.
- BRANDIS, D.: *El paisaje residencial de Madrid*. MOPU, Madrid, 1983.
- CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.
- CANDELA, P.: “Condiciones de vida (y trabajo) de las cigarreras madrileñas a comienzos del siglo XX” en CASTILLO, S.(coord.): *El trabajo a través de la historia*. Asociación de Historia Social, Madrid, 1996.
- CASTELLS, L., y RIVERO, A.: “Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)” en *Ayer, n° 19*, coordinado por L. CASTELLS. Marcial Pons, Madrid, 1995.
- CASTILLO, S. (ed.): *Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, Tomos 1 y 2.
- CHACÓN JIMÉNEZ, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, J. (eds.): *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*. Anthropos, Barcelona, 1992.
- DEL MORAL, C.: *El Madrid de Baroja*. Sílex, Madrid, 2001.
- DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1986.
- ESLAVA, R.: *La prostitución en Madrid. Apuntes para un estudio sociológico*. Vicente Rico, Madrid, 1900.
- ESTEBAN DE VEGA, M., GONZÁLEZ GÓMEZ, S., REDERO SAN ROMÁN, M.: *Salamanca 1900-1936: La transformación limitada de una ciudad*. Excma. Diputación Provincial, Salamanca, 1992.

- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. La Librería, Madrid, 2002 (facsimil de la edición de 1876).
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (coord.): *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida. Historia de España de Menéndez Pidal*. Tomo XXXIII. Espasa, Madrid, 1997.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (dir.): *Historia de Madrid*. Editorial Complutense, Madrid, 1993.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Vicens Vives, Barcelona, 1985.
  
- FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)” en *El Reformismo social en España: La Comisión de Reformas Sociales*. Actas de los IV Coloquios de Historia. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, pp. 163-180.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, G. (ed.): *Las relaciones de género. Ayer*, nº 17, Madrid, 1995.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: “Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar” en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. y ORTEGA LÓPEZ, M. (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Tomo III. *Política y Cultura*. Alianza, Madrid, 1995, pp. 515-532.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. (dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo (Economía, población y ciudad)*. Fundación BBVA, Bilbao, 1995.
- GONZÁLEZ YANCI, M<sup>a</sup> P.: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana de la ciudad*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1977.
- HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*. Edición a cargo de Carmen del Moral. Editora nacional, Madrid, 1979, 2 vols.
- HOBBSBAWM, E.: “Zapateros políticos” en *Gente poco corriente*. Crítica, Barcelona, 1999, pp. 29-56.
- JIMENO AGIUS, J.: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*. El Correo, Madrid, 1886.

- LÓPEZ MONDÉJAR, P.: *Madrid, laberinto de memorias. Cien años de fotografías (1839-1936)*. Madrid, 1996.
- MADOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1847, Tomo X.
- MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Instituto de estudios de Administración local, Madrid, 1982.
- MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización: Pamplona (1840-1930)*. Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002.
- MESONERO ROMANOS, R.: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*. Madrid, 1903.
- MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons, Madrid, 2001.
- NASH, M.: *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*. Anthropos, Barcelona, 1983.
- NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*. Madrid, 1985.
- OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P., GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.
- OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las ciudades en la España de la Restauración (1868-1939)” en *España entre repúblicas (1868-1939)*. VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos, noviembre 2005 (en prensa).
- PALLOL TRIGUEROS, R.: *El distrito de Chamberí, 1860-1880. El nacimiento de una nueva ciudad*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, Universidad Complutense de Madrid, 2004.
- PARADA, D. I.: *Higiene del habitante de Madrid. Advertencias, reglas y preceptos para la conservación de la salud, preservación de las enfermedades y prolongación de la vida en esta corte*. Imprenta de M. Minuesa, Madrid, 1876

- PARDO BAZÁN, E.: *Insolación*. Edimat Libros, Madrid, 2003.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Prim. Episodios Nacionales, n° 39*. Club Internacional del Libro, Madrid, 2003.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*. Cátedra, Madrid, 2004.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Misericordia*. Edimat libros, Madrid, 2004.
- PÉREZ MOREDA, V.: “La población de la ciudad de Madrid (siglos XVIII-XX)” en VVAA.: *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*. Sociedad Económica Matritense, Madrid, 1991, pp. 183-213.
- PERROT, M. (coord.): *De la Revolución francesa a la I Guerra Mundial*, en ARIÈS, Ph. y DUBY, G.: *Historia de la vida privada*. Tomo IV. Taurus, Madrid, 2001.
- PIQUERAS, J. A.: “El oficio ferroviario: especialización, solidaridad y política” en SANZ ROZALÉN, V. y PIQUERAS ARENAS, J. A. (eds.): *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*. Biblioteca Nueva, Madrid, Madrid, 2005, pp. 103-124.
- REHER, D. S.: “Urbanization and demographic behaviour in Spain, 1860-1930” en VAN DER WOUDE, A.; DE VRIES, J.; HAYAMI, A.: *Urbanization in History. A process of dynamic interactions*. Clarendon Press, Oxford, pp. 282-299.
- REHER, D. S.: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*. Siglo XXI, Madrid, 1988.
- REHER, D. S.: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Universidad, Madrid, 1996.
- REVENGA, R.: *La muerte en Madrid*. Dirección General de Sanidad, Madrid, 1901.
- RIVERA BLANCO, A.: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*. Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992.
- RUIZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976.

- RUIZ PALOMEQUE, E.: Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno VII. El Ensanche Sur y la ribera del Manzanares. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986.
- RULE, J.: *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución británica, 1750-1850*. Crítica, Barcelona, 1990.
- SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño (1758-1868)*. Siglo XXI, Madrid, 1994.
- SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en al Valencia de mediados del XIX*. Diputación de Valencia, Valencia, 1992.
- SITJÀ MORA, N.: “La inmigración en Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación”, comunicación presentada al VI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, Granada, 1-3 de abril de 2004.
- TARDIEU, A.: *Diccionario de higiene pública y salubridad... traducido y ampliado por don José Sáenz y Criado*. Imprenta Maroto e hijos, Madrid, 1883, Vol. 1.
- THOMPSON, E. P.: *Costumbres en común*. Crítica, Barcelona, 1995.
- TORO MÉRIDA, J.: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, pp. 44-51.
- TUÑÓN DE LARA, M. (dir.): *España entre dos siglos (1875-1931): Continuidad y cambio*. VII Coloquio de Historia Contemporánea de España, Siglo XXI, Madrid, 1991.
- UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.
- URÍA, J.: “La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas”, en SUÁREZ CORTINA, ed.: *La cultura española de la Restauración*. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999.
- VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*. El Liberal, Madrid, 1885.
- VICENTE ALBARRÁN, F.: “Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur (1878-1910)” en *Modernizar España, 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*.

Congreso Internacional del Dpto. de Historia Contemporánea de la UCM, Madrid, 20-22 abril de 2006.

- VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*. COAM, Madrid, 1980.